

DIRECTOR FUNDADOR
Jean Meyer

DIRECTOR
Luis Barrón

JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos

CONSEJO EDITORIAL
Adolfo Castañón
Antonio Saborit
Clara García Ayuardo
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN
Natalia Rojas Nieto

CONSEJO HONORARIO
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Pierre Chaunu †
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
Conaculta
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno
Fraginals †
Universidad de La Habana
Luis González †
El Colegio de Michoacán

Charles Hale †
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset †
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Daniel Roche
Collège de France
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Universidad de Indiana
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

-
- ISTAR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
 - El objetivo de ISTAR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
 - Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
 - Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
 - Todos los artículos son dictaminados.
 - Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
 - Puede consultar ISTAR en internet: www.istor.cide.edu
 - Editor responsable: Jean Meyer.

- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

- ISSN: 1665-1715
- Impresión: IMDI Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F.
- Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6091 e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



Soldados quemando libros después del golpe (1973). Imagen tomada por un agente de la CIA.

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

DOSSIER

- 3 **Gladys Lizama Silva.** Historia y memoria: testimonio del golpe militar de 1973: Universidad comprometida, militancia política y aniquilamiento de un proyecto de vida
- 19 **Francisco Zapata.** La nacionalización del cobre y la participación de los mineros de Chuquicamata (Chile, 1971-1973)
- 47 **Viviana Bravo Vargas.** Quimantú: Palabras impresas para la Unidad Popular
- 77 **Felipe Sánchez Barría.** Política nacional, conflictos locales. Los propietarios agrícolas de la provincia de Llanquihue y la movilización rural en la reforma agraria chilena
- 111 **Mara Polgovsky Ezcurrea.** Escrituras en el cielo: Una mirada a la poética (aérea) de la avanzada

VENTANA AL MUNDO

- 141 **Luis Bugarini.** Formas de leer a Zambra
- 145 **María Paz Amaro.** Somos los felices de en medio
- 153 **Valeria Luiselli.** Regresos a Chile

NOTAS Y DIÁLOGOS

- 157 **Javier Garcíadiego.** México en 1913: la efeméride trágica

COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS

- 175 **Marco A. Torres.** Alain Badiou: filósofo del termidor

TEXTOS RECOBRADOS

- 191 El estatuto político de Alemania según Joseph Görres (1776-1848)

RESEÑAS

- 195 **Patrice Gueniffey.** Un détail inutile
- 196 **Fernando G. Castrillo Dávila.** Constitución y Nuevo Mundo
- 209 **Raúl Olvera Mijares.** La corte del Rey Sol

- 213 CAJÓN DE SASTRE

- 223 IN MEMORIAM

Historia y memoria: testimonio del golpe militar de 1973

Universidad comprometida, militancia política y aniquilamiento de un proyecto de vida*

Gladys Lizama Silva

Que los obreros recuerden cuando podían ir a la universidad y cuando sus hijos podían también seguir carreras universitarias. Y que la gente se acuerde de cuando la Universidad Técnica del Estado llegaba hasta su sitio de trabajo, hasta su población llevando un mensaje de arte y cultura.¹

Enrique Kirberg Baltiansky

Tenía 26 años cuando cayó la larga noche que marcó el golpe militar de 1973. En ese torvo 11 de septiembre empezaron a derrumbarse los sueños de cambio del país desigual en el que me tocó nacer, porque, en honor a la verdad, gente joven como yo éramos en aquel entonces miles, o quizá millones, de independientes y militantes, que imaginábamos la posibilidad de un mundo mejor y socialmente más equilibrado. Por eso, los estudiantes y profesores de la Universidad Técnica del Estado (en adelante, UTE), además de dar clases o hacer investigación, participábamos en trabajos voluntarios, cuidábamos nuestros lugares de trabajo y, por supuesto, íbamos siempre a las decenas o quizá centenas de movilizaciones que hubo entre la llegada al poder de Salvador Allende y el golpe militar. Con este hecho sangriento se fue por la borda y a la memoria histórica el proyec-

* Agradezco a Manuel S. Garrido los comentarios a este testimonio; también vivió la experiencia del golpe en el mismo lugar de trabajo. Reconozco de igual manera la lectura crítica que hicieron de este documento María Palomar Vereca y mis colegas en el Seminario Interno Permanente del Departamento de Estudios Sociourbanos al cual estoy adscrita como investigadora docente.

¹ Enrique Kirberg Baltiansky, "Introducción", *Los nuevos profesionales. Educación universitaria de trabajadores. Chile: UTE, 1968-1973*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1981, p. 20.

to de un país socialista y democrático; sí, honestamente ése era nuestro imaginario colectivo. Vuelven a humedecerse mis ojos tan sólo por retrotraer el recuerdo. Los universitarios —académicos o estudiantes— que nunca rozamos las fuentes de poder más elevadas, los que formábamos la masa de apoyo al gobierno popular, creíamos en él, nos dominaba una fe casi religiosa, éramos felices, si es factible usar esa expresión tan manida y fácil de pronunciar, sabiendo que desde nuestros lugares de trabajo estábamos contribuyendo no sólo con el granito de arena necesario, sino también con la argamasa imprescindible para construir el edificio que encerraba la utopía de un país socialmente más justo. Sin embargo, tampoco olvido que el golpe del 73 fue la culminación de la más extrema polarización política que Chile haya vivido en el siglo xx entre dos proyectos, el nuestro y el de la derecha, que se opuso a sangre y fuego al cambio y a perder sus privilegios económicos y políticos.

A continuación presentaré un ejercicio de recuperación de la memoria histórica individual. Dividí el testimonio en varios apartados que permiten comprender mejor la trayectoria de la UTE, del Instituto Tecnológico de Santiago, y mi recuerdo. Señalo al lector que escribo desde el presente y que en el transcurso de estos 40 años han surgido nuevas experiencias políticas y activos movimientos sociales como: el NO que sacó a Pinochet del poder (1988), el de los “pingüinos” (estudiantes secundarios) en 2006, que puso a prueba al gobierno de Michelle Bachelet, el de los universitarios, en 2011, liderado por Camila Vallejos, Giorgio Jackson y Camilo Ballesteros, y los regionales como el aysenino (Aysén, sur de Chile)² y freirino (Freirina, provincia de Huasco, Atacama),³ que han cimbrado el gobierno de Sebastián Piñera.

² Movimiento social surgido en una de las regiones más apartadas (a casi 1400 kilómetros en línea recta) en el sur de Chile, en febrero de 2012, para exigir rebaja en los precios de la gasolina y todos los combustibles, mejoras en la infraestructura de salud, caminos y conexión con el país, rebajas en la canasta básica, regionalización de sueldos y pensiones, creación de una universidad en Aysén, apoyo a la pesca, etcétera.

³ Movimiento social ciudadano surgido en el norte del país, en 2012, en contra de la gigantesca planta criadora y faenadora de cerdos Agrosuper, que producía altísimos niveles de contaminación de la ciudad y la población.

UNIVERSIDAD TÉCNICA DEL ESTADO (UTE)

La Universidad Técnica del Estado se fundó en 1947, pero comenzó a funcionar en 1952. No surgió de la nada: se cimentó sobre la base de otra institución educativa histórica, la Escuela de Artes y Oficios, que funcionaba como tal desde que fue creada en 1847 por el presidente Manuel Bulnes. Como su nombre lo indica, fue un centro de enseñanza superior orientado a la formación de profesionales que irían al mundo de la producción industrial. Desde una perspectiva estructural y de país, habrá que hacer notar que la creación de la UTE se insertó dentro del modelo de desarrollo de “sustitución de importaciones” —dominante en América Latina— que pretendía industrializar al país. Para lograrlo era necesario un factor importantísimo: la educación técnica; es decir que la universidad en sus aulas y laboratorios formó y formaría los ingenieros, constructores civiles y técnicos indispensables para la industria, sin olvidar que de allí salieron y saldrían también los profesionales que con su trabajo apoyaron y siguen apoyando la minería.⁴ Históricamente, la UTE creció a ritmos normales hasta 1968, año en que lo hace de manera sorprendente; según Enrique Kirberg Baltiansky, rector en aquel entonces, las cifras fueron las siguientes (cuadro 1):

Cuadro 1. Crecimiento de la Universidad Técnica del Estado, 1968-1973

	1968	1972	1973
Número de alumnos matriculados	9 130	–	32 273
Número de sedes en diferentes localidades del país	9	–	24
Número de profesores con jornada completa	500	1 474	2 551
Número de profesores con jornada parcial u horas clases	–	18 224	22 798

Fuente: Enrique Kirberg, *Los nuevos profesionales, op. cit.*, p. 138.

⁴ En 1975 se aplicó lo que se llamó “política de shock”, que redujo drásticamente el gasto público con el despido de casi 30 por ciento de los empleados públicos, privatizó la mayor parte de las empresas estatales, salvo Corporación Nacional del Cobre (Codelco), liquidó los sistemas de ahorro y préstamos para vivienda e implementó el nuevo modelo neoliberal que echó al trasto de la basura toda posibilidad de desarrollo de la industria nacional.

La singularidad máxima de la UTE fue su articulación con los trabajadores y obreros chilenos, sindicalizados en la Central Única de Trabajadores (en adelante CUT), y también con aquellos que no lo estuvieron. Este rasgo se concretó al abrir el ingreso a la universidad a hijos de obreros mediante un sistema de admisión particularizado para ese fin, y becas que hicieran posible que esos estudiantes no desertaran de la educación universitaria.

Este perfil social se desarrolló al máximo en los años del gobierno de Salvador Allende después de que se firmara en 1969 el Convenio Universidad Técnica del Estado/Central Única de Trabajadores. Los objetivos de éste se centraron en cuatro aspectos: primero, el Plan de Nivelación para los trabajadores, a fin de que pudieran terminar su enseñanza media (secundaria y preparatoria en la nomenclatura mexicana) los que no la tenían; segundo, la participación de profesores de la UTE en la Escuela Sindical de la CUT; tercero, el diseño, la creación y la implementación de carreras tecnológicas cortas, de dos años de duración como máximo, que sacaran al mercado laboral “técnicos de mandos medios”, y cuarto, programar cursos y carreras en horarios vespertinos y nocturnos, de tal forma que pudieran asistir los trabajadores. Quizá lo más novedoso y al margen del convenio fue la creación de centros de enseñanza técnica especializada directamente en centros productivos, como por ejemplo en algunas minas (Chile fue y continúa siendo un país prioritariamente minero que explota el cobre), centros industriales o en ciudades apartadas.

A finales de la década de los sesenta la UTE vivía, como otras universidades, el problema estructural de la educación superior chilena, a saber, la gran cantidad de postulantes que año con año quedaban fuera de la universidad porque el cupo era mucho menor que el número de estudiantes demandantes de un lugar para continuar sus estudios. Los jóvenes excluidos no tenían más opciones que el desempleo o el mundo del trabajo sin cualificación alguna, lo que no contribuía en nada a mejorar sus condiciones de vida.

Las universidades chilenas eran pocas y de élite; además de la UTE, existían la Universidad de Chile y la Universidad Católica, que disponían de sedes en algunas ciudades importantes, como por ejemplo Valparaíso; a éstas se agrega la Universidad de Concepción, ubicada en el centro-sur del país. Por lo tanto, la frustración de muchos jóvenes excluidos era un problema social nacional que había que solucionar, tratando de romper con el

modelo de universidad de élite para ampliar el ingreso de grupos de estudiantes de escasos recursos. Según Enrique Kirberg Baltiansky, las cifras que corroboran la condición elitista de las universidades en Chile y América Latina de la década de los sesenta son los porcentajes de estudiantes de extracción obrera y campesina con relación al total, que era la siguiente (cuadro 2):

Cuadro 2. Porcentaje de estudiantes de extracción obrero/campesino en algunas universidades latinoamericanas con respecto al total de alumnos matriculados, 1960-1969

País	Año	Nombre de la universidad	Porcentaje de estudiantes de origen obrero/campesino
Argentina	1964	Universidad de Buenos Aires	8.0
Brasil	1960	Universidad de São Paulo	2.0
Bolivia	1966	Universidad Mayor de San Andrés, La Paz	4.0
Colombia	1962	Universidad Nacional	5.4
Chile	1969	Universidad de Chile	2.1
Chile	1963	Universidad Técnica del Estado	5.4
México	1964	Universidad Nacional Autónoma de México	14.0
Perú	1969	Universidad Católica	8.0
Uruguay	1968	Universidad de la República	12.0
Venezuela	1968	Universidad Central de Venezuela	11.0

Fuente: Enrique Kirberg, *Los nuevos profesionales, op. cit.*, p. 63.

Como se observa en el cuadro anterior, a pesar de que la UTE había desarrollado un modelo que incluyó el ingreso de estudiantes de escasos recursos, esto no era suficiente, y durante el rectorado de Enrique Kirberg trató de solventarse esa carencia al máximo de lo que la universidad podía en aquel entonces. Fue así como, en el marco de esta realidad y con el impulso de la Federación de Estudiantes de la Universidad, respaldados en el Convenio CUT/UTE, comienzan —como se dijo— a crearse en 1969 las carreras tecnológicas de mandos medios, que tenían una duración de cuatro semestres, al término de los cuales los graduados obtenían el título de técnicos de mandos medios con alguna especialidad de producción. Estas carreras estaban

destinadas a estudiantes que no podían acceder a carreras largas o que quedaban fuera de ellas, y directamente a trabajadores que tuvieran la enseñanza media terminada y, por supuesto, a proporcionar espacios educativos técnicos en lugares apartados y dispersos en el ámbito nacional. Hubo turnos matutinos, vespertinos y nocturnos, a fin de que la población trabajadora pudiera asistir a clases después de sus horarios de trabajo.

La generación de estos nuevos profesionales no se hizo con fines altruistas, sino como respuesta a la realidad de crecimiento industrial que el país vivía a finales de la década de los sesenta y comienzos de la de los setenta del siglo pasado, y a la ausencia de técnicos de mando medio entre el ingeniero y el obrero calificado, pero también, como mencioné más arriba, con el fin de incorporar a la universidad a más estudiantes de bajos ingresos. Tampoco se trató de crear carreras que a la larga generarían desempleados; por el contrario, se abrían de acuerdo con la demanda de la industria y la minería, y cuando se saturara el mercado de trabajo muchas de ellas serían suspendidas; ya que nunca tuvieron la finalidad de ser carreras permanentes. Otro aspecto que es necesario destacar es que desde el principio dichas carreras fueron diseñadas para que el estudiante joven y el estudiante-trabajador recibieran una educación integral, que además de los contenidos de ciencias básicas y diversas tecnologías, obtuvieran formación en ciencias sociales, de tal manera que el profesionista saliera de la universidad como un ser socialmente comprometido con su país y su centro de trabajo.

Hasta septiembre de 1973 funcionaban tecnológicos en Arica, Calama, Antofagasta, Copiapó, Vallenar, La Serena, Ovalle, Santiago con 3477 alumnos, San Antonio, Rancagua, San Fernando, Linares, Talca, Chillán, Concepción, Lota, Angol, Temuco, Valdivia, Castro, Coyhaique, Puerto Aysén y Punta Arenas. Algunas de las carreras más importantes eran manutención eléctrica y mecánica, instrumentación industrial, prevención de riesgos, técnicos plásticos, supervisión de alimentos, técnico en industria alimentaria, supervisión de obras civiles, refrigeración industrial, control de calidad, metalurgia y pirometalurgia del cobre, perforación y explosivos, tecnología en sondaje y tecnología en seguridad de faenas mineras y técnicos pesqueros.⁵ Para mejor comprensión del lector

⁵ Enrique Kirberg, *Los nuevos profesionales*, op. cit., pp. 318-326.

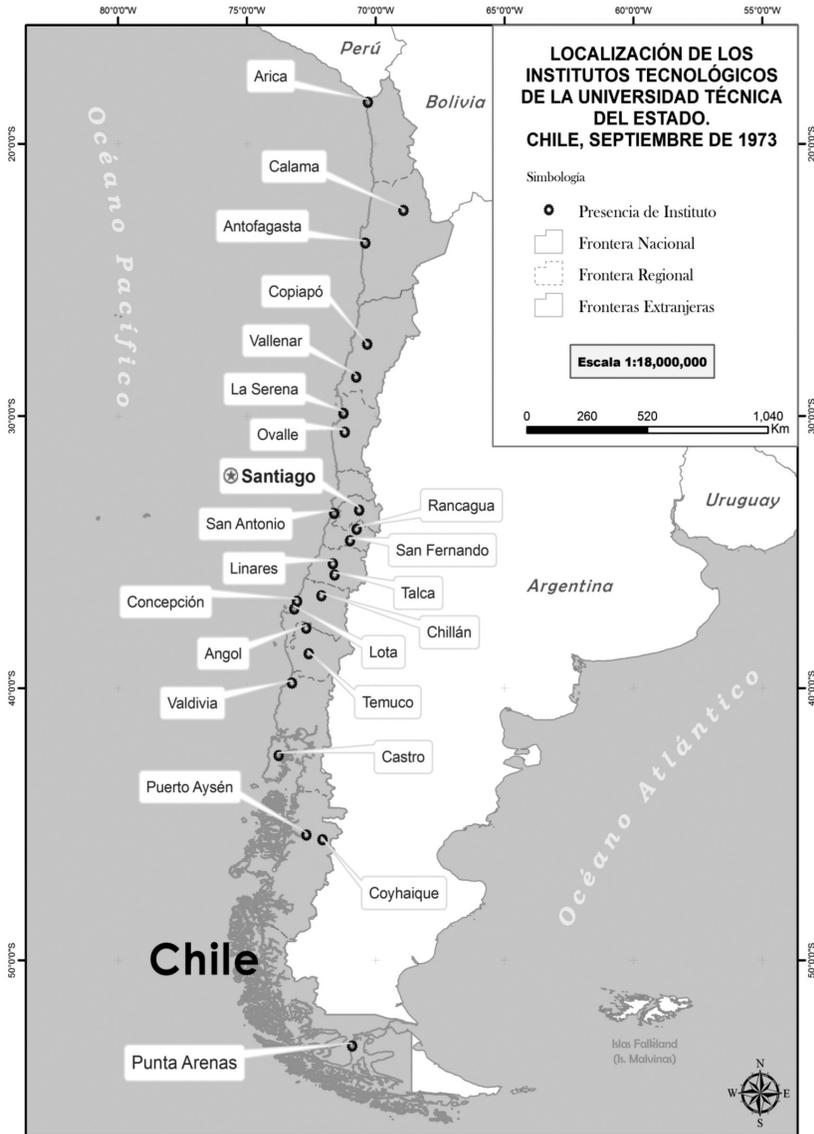
ajeno de la geografía chilena, presento el mapa que muestra la ubicación de los tecnológicos en el ámbito nacional (mapa 1):

El Instituto Tecnológico de Santiago, mi lugar de trabajo de 1971 a septiembre de 1973, funcionaba en las instalaciones que la orden dominica había cedido gratuitamente a la UTE, a espaldas de la iglesia recoleta dominica. Después de la firma de un convenio con dicha orden, ésta entregó, en 1971, la mitad de los edificios del convento para que fueran habilitados como salones de clases, laboratorios y oficinas administrativas que albergaron a estudiantes, profesores y personal de apoyo administrativo. Esto quiere decir que el Instituto Tecnológico de Santiago estuvo fuera del campus central de la UTE, ubicado en el área de la Estación Central y Quinta Normal (oeste de Santiago) y su espacio fue el popular barrio de Recoleta (norte), distante del anterior unos cuantos kilómetros de espacio urbano.

En síntesis, hasta los primeros días de septiembre de 1973, la UTE era a escala nacional un centro de educación superior de calidad orientado hacia la formación de profesionales vinculados principalmente con la industria, la producción minera, la ingeniería y el manejo de tecnología, carreras impartidas directamente en centros mineros y productivos para formar técnicos de mandos medios, en turnos matutinos, vespertinos y nocturnos. Las sedes se encontraban a lo largo y ancho del país, desde Arica a Punta Arenas. Era un proyecto unido al nacional de Salvador Allende en la búsqueda del mejoramiento de las condiciones de vida de todos los trabajadores chilenos. No obstante, la UTE era más que eso: tenía una radio que fue bombardeada el día 11, un canal educativo de televisión, e incorporaba a sus planes y programas de curso el gran campo de las ciencias sociales, la literatura y la filosofía. En suma, era un plantel universitario público nacional de excelencia que gestó un compromiso con la sociedad y que funcionaba con presupuesto proporcionado por el Estado.⁶

⁶ Después del golpe militar, la UTE tuvo, como todas las universidades, rectores militares designados. Como señalaré más adelante, en 1981, se desintegró como estructura nacional y quedó reducida al campus de la capital de la república, con el nombre de Universidad de Santiago. Actualmente, nada queda del proyecto que implementó la existencia de los tecnológicos encargados de formar mandos medios.

Mapa 1.



Fuente: Elaborado por Cheny Tomás Garrido Acebedo con base en información de Enrique Kirberg. *Los nuevos profesionales*, op. cit., pp. 318-322. DIVA-GIS y Google Earth.

MILITANCIA POLÍTICA

En 1968, cuando aún era estudiante de historia en la Universidad Chile, sede Valparaíso, donde después me titulé como Profesora de Estado de Historia y Geografía, inicié una reflexión que llevó meses, en la cual resaltó como relevante un hecho concreto: quería ayudar a cambiar la injusta realidad social que había vivido desde muy pequeña,⁷ pero percibí claramente que sola nada podía. Entonces surgió la necesidad de la militancia política, pues desde organizaciones como los partidos políticos podía sumarme a cientos que buscaban lo mismo que yo: la acción política colectiva de cambio. Sin embargo, enfatizo, estoy convencida de que mi militancia, más que pensada, fue sentida como una necesidad. La pregunta que siguió fue a cuál partido ingresar. Recuerdo que no tuve duda: me enfilé como militante en el Partido Comunista, porque lo percibí como más organizado y porque los profesores que más marcaron mi formación académica fueron destacados comunistas, entre ellos Fernando Ortiz Letelier, dirigente del Comité Central, desaparecido por los militares en 1976, y Leopoldo Benavides Navarro; ellos me instaron a formar parte del partido en la universidad. La Universidad de Chile de Valparaíso fue el lugar donde di mis primeros pasos como militante, con más entusiasmo que formación política. Desde esa trinchera participé en múltiples movilizaciones estudiantiles contra la represión, anduve en la calle tirando piedras a los carabineros, símbolos del poder represor del Estado, respiré en innumerables ocasiones el aire impregnado de gas lacrimógeno, fui empapada muchas veces por los “guanacos” (carros lanza-agua); luego, en Santiago, formé parte de las Brigadas Ramona Parra, grupo que por las noches no dormía pintando muros que apoyaban los diversos programas de la Unidad Popular y, obviamente, también en las campañas electorales. Pienso, a 40 años del golpe, que militar en el Partido Comunista era percibir el espíritu de cuerpo, de identidad grupal, sentir que era parte de algo que buscaba un país distinto. ¡Cuánta distancia con la realidad actual! Hoy domina el despresti-

⁷ Véase al respecto “Militancia política y emancipación biológica y educativa. La historia de Gladys”, en Angélica Illanes O., *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo xx: una revolución permanente*, Santiago de Chile, Lom Ediciones, 2012, pp.79-89.

gio generalizado de los partidos de izquierda y derecha; la identidad de gran parte de los universitarios se forja en la lucha contra el Estado chileno, en movimientos sociales al margen de los partidos, reclamando educación gratuita y de calidad.

TRABAJO ACADÉMICO Y CAMBIO POLÍTICO

En 1971 empecé a trabajar como docente en el Instituto Tecnológico de Santiago de la Universidad Técnica del Estado (UTE), rebautizada por los militares en 1981 como Universidad de Santiago de Chile, desde luego, después de la destrucción de la estructura nacional que había tenido hasta entonces. Allí formé parte del Departamento de Ciencias Sociales y di clases de esa disciplina, pero a la vez me integré como militante de la célula donde había otros jóvenes pero viejos militantes de las Juventudes Comunistas, con formación política, duchos en la organización de base y con mucha experiencia como dirigentes.

El tecnológico era el proyecto estrella de la UTE, que vinculaba la universidad con el mundo de los trabajadores y que les ofrecía la posibilidad de calificarse en una carrera para mejorar su situación económica. En ese entonces, los académicos verdaderamente creíamos que transformaríamos el país con nuestro esfuerzo; formábamos parte de una estructura mayor, había una identidad que nos ubicaba como agentes del cambio, teníamos la ilusión y el deseo de llegar a un mañana mejor.

En 1972 fui nombrada secretaria política del Partido Comunista en el tecnológico. Esto significaba ser la encargada de acción política y académica en nuestro centro de trabajo, cargo que obviamente me quedaba grande, pero según mis compañeros de partido eso no importaba, porque estaba dotada de una profunda fe en las acciones que había que emprender, un entusiasmo a toda prueba que podía arrastrar a los dudosos y, ellos decían, “para los problemas políticos fuertes estamos nosotros”; efectivamente me adiestraban, me enseñaban, me entrenaban, como bien había hecho estructuralmente durante años el Partido Comunista para formar a sus militantes.

La UTE y el tecnológico no eran ningún mar tranquilo; experimentaron como todos los centros universitarios las tensiones que vivía la sociedad a escala nacional: entre derecha e izquierda, entre la Democracia Cristiana y

la izquierda, entre socialistas y comunistas, entre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, socialistas y comunistas. Las rivalidades entre socialistas y comunistas eran frecuentes; se daban un día y otro también. Había radicales duros que veían en la universidad una escuela superior de formación de cuadros para la revolución, pero también había quienes la pensaban como un centro de formación de profesionales y ciudadanos para la transformación y el desarrollo pleno del país y la sociedad; en éstos nunca se perdió la noción de que la excelencia académica era nuestro norte.

Desde un punto de vista más global, los años de la Unidad Popular y del gobierno de Salvador Allende fueron para una gran parte de la sociedad el símbolo y la creencia de que había un futuro: había fe en él, una idea de progreso hacia el cual inexorablemente nos dirigíamos, una modernidad a alcanzar, un mundo más justo por el cual luchar; era la vida misma vuelta hacia el porvenir, la esperanza entendida como la confianza en el logro de un país más justo o en hacer siempre lo menos malo. A 40 años del golpe militar, especulo, nosotros, el tecnológico, representamos uno de los laboratorios educacionales universitarios más importantes que surgieron entre 1970 y 1973 y que fortalecieron las posibilidades de educación de sectores populares.

EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN MI MEMORIA

A eso de las nueve de la mañana todos estábamos enterados de que el golpe iba en serio. Valparaíso ya estaba bajo el control de los marinos. Cada uno de nosotros, los que creíamos que así debía ser, nos trasladamos a nuestros sitios de trabajo, en los pocos autobuses (*micros* en el lenguaje chileno) que había disponibles, en vehículos que aceptaban llevarnos o a paso firme. Al tecnológico llegamos alrededor de 30 o 40 personas; muchos compañeros dejaron a sus esposas y a sus hijos con otros familiares para estar en el lugar de trabajo y defenderlo: así de fuerte era el sentido del deber con el gobierno popular, el partido y la universidad. Como vemos, el ideal triunfó sobre el amor filial. Los solteros como yo también allí estuvimos, juntos todos, comunistas, socialistas e independientes, con el miedo a cuestras y sin un arma con la cual defendernos, pero con la fe y la convicción de que estábamos haciendo

lo correcto. Nos reuníamos casi cada hora, a fin de compartir la información que venía de la Casa Central de la UTE. Casi al mediodía quedamos al garete, huérfanos de información, porque los teléfonos dejaron de funcionar: los de la Casa Central fueron cortados por los militares.⁸ A la incomunicación se agregó el miedo a una muerte segura y violenta si los militares detectaban que estábamos allí reunidos en defensa del gobierno popular. A pesar de eso, nuestra decisión fue quedarnos; no había vuelta atrás, la voz de la resistencia fue más fuerte. Sobre todo después de oír el último discurso de Allende por radio Magallanes, única emisora que aún no era acallada por las ametralladoras y los cohetes de la fuerza aérea.

Aproximadamente al mediodía empezó el bombardeo de La Moneda (el palacio de gobierno), donde se encontraban Salvador Allende, los integrantes del GAP (Grupo de Amigos Personales, como se llamó a su cuerpo de seguridad) y todos los que acompañaron al presidente; subimos muchos de nosotros a la azotea del edificio y vimos con incredulidad caer uno a uno los cohetes Sura P-3 que los aviones Hawker Hunter lanzaron sobre el edificio de gobierno. El incendio fue inmediato, y si el miedo ya estaba en nosotros, en ese momento se disparó el pánico, surgieron la desesperanza, la rabia y la impotencia. Si horas antes estábamos al garete, en ese momento se fue el norte de nuestras vidas, nos invadieron el desaliento, la tristeza y la decepción.

Las horas que siguieron al toque de queda que se extendió durante dos días fue un tiempo largo y lento, dominado por la convicción de estar viviendo una situación límite. No teníamos alimentos suficientes, no había

⁸ La experiencia del golpe en la Casa Central de la UTE fue totalmente distinta y de una violencia extrema. En ella se concentraron alrededor de 700 personas, entre profesores, estudiantes y administrativos, obedeciendo la consigna de la defensa de nuestros lugares de trabajo. La noche del 11 de septiembre fueron bombardeadas las instalaciones del edificio central de la UTE. Simultáneamente fueron detenidos hombres y mujeres, dirigentes y militantes de base, rector y autoridades, que fueron trasladados, los hombres al Estadio Chile, y las mujeres al Ministerio de Defensa. Estas salieron en libertad; en cambio, los hombres permanecieron detenidos. Allí fue asesinado violentamente Víctor Jara, quien era funcionario de la UTE y se encontraba en su sede la noche del 11. Hay muchos relatos de lo que aconteció ese día, entre los cuales se pueden consultar en internet los siguientes: es.dir.groups.yahoo.com/group/testimonios-chile/message/455; marioynimia.blogoo.cl/.../Para-no-olvidar-Impactante-testimonio-cro...; www.oocities.org/uteito/text/KIRBERGTESTIGOYACTOR.rtf. Véase también el libro de Enrique Kirberg B., *Los nuevos profesionales*, op. cit., pp. 419-425.

cobijas que ayudaran a mitigar el frío de las interminables noches que nos esperaban, no había ni un arma con la cual repeler cualquier ataque, y si las hubiera habido nadie de los que allí estábamos había tenido instrucción militar. Algunos de los compañeros varones visitaron a los monjes del convento de los dominicos, que vivían en el edificio contiguo a espaldas del tecnológico; ellos proporcionaron algo de alimentos, cobijas y todos los rastrojos que les fue posible reunir, recomendándoles desaparecer al instante las largas y queridas barbas que poblaban sus rostros: eran peligrosas, y salir con ellas una vez levantado el toque de queda era una verdadera provocación y causal para ser detenidos por sospechosos: ¿de qué?, no importaba. Eran rojos, y a ellos sólo les esperaba la cárcel o las fauces de un animal que empezó a tragarse uno a uno. Muchos desaparecerían para siempre.

Cuando sobrevino la oscuridad de la primera noche, en medio del tableteo y del sonido constante de los disparos, y a pesar de que nunca perdí la fe en que hubiera resistencia militar posgolpe, mi pensamiento dominante era no ser ya responsable política del grupo. Deseaba en lo más profundo delegar a otros las decisiones que había que tomar en adelante, y que alguien que no fuera yo decidiera cómo reaccionar si los militares llegaban en algún momento. Quería ser nadie. Meses después identifiqué claramente que la sensación más profunda y subconsciente era el deseo de volver a ser hija, que mamá y papá me mimaran y tomaran las decisiones más atinadas. O sea que aún no era una adulta en plenitud.

Al amanecer del día siguiente, una vez reunidos en asamblea, emergieron las dos posturas, en mi opinión, representativas del sentir de muchísimos en el país. Al margen de la militancia comunista, socialista o mirista, una era la racional y más realista: sostenía que todo había terminado; la que tenía rabia, enojo verdadero e ira contra los dirigentes de los partidos; la que defendía que lo único cuerdo que se podía hacer era irse cada uno a su hogar una vez levantado el toque de queda, y esperar. En ese grupo, sospecho, hubo más de alguno o alguna que empezó a barajar la posibilidad del exilio. La otra posición era la ingenua, heroica y casi suicida, y en ésta me encontraba yo. ¿Por qué lo afirmo? Porque mi discusión con los racionales era que la lucha seguía, que había que llevarse el mimeógrafo del tecnológico en la cajuela del auto de uno de ellos (claro, yo era ciudadana de a pie) para en el futuro imprimir los documentos de la resistencia; la fe en que la

dictadura caería al mes siguiente nunca me abandonó en esos primeros meses. Tenía, como muchos, la convicción de que el ejército se dividiría. Por supuesto, el compañero se negó rotundamente a hacerlo, me advirtió y dijo: “qué sucedería si los militares lo detenían y revisaban el auto”, lo menos que le hubiera ocurrido era una detención por robo de bienes del patrimonio universitario y lo peor, explicar para qué y por qué transportaba un mimeógrafo, con la consiguiente acusación de agitador y comunista destructor de la patria, y por lo tanto su destino probable era la prisión, la desaparición o la muerte segura, producto de un balazo que se escapó de la metralla. Yo nunca percibí la gravedad de la situación. Cuando levantaron el toque de queda fuimos saliendo uno a uno, ateridos por el miedo y destruidos por la muerte de nuestro proyecto de país, y por ende de nuestro proyecto de vida. Los militares se habían encargado de cercenarnos el futuro.

La ingenuidad y la audacia suicida me llevaron el mismo día que salí del tecnológico a recorrer el centro de Santiago, a ver La Moneda bombardeada, a mirar desde lejos las calles adyacentes atascadas de tanques apostados en las esquinas. Luego caminé por la avenida Bernardo O'Higgins, principal arteria urbana de Santiago, que comunica con la Universidad Técnica del Estado. La universidad era la desolación misma. Una vez que vi los boquetes abiertos por las ametralladoras durante la toma de las instalaciones de la Casa Central durante la noche, encontré a un profesor al que conocía perfectamente y que, según él, lo dejaron encargado del cuidado de los edificios; ingenua, le creí, sin pensar siquiera que la tarea encomendada era imposible porque el campus era inmenso, o que quizá estaba frente a uno de los tantos que colaboraron con el régimen militar. Con él recorrí pasillos, llevando en mi bolsa aún el *Manifiesto comunista*, que había rescatado de mi oficina en el tecnológico; cuando se enteró después de preguntar si no llevaba nada comprometedor, no me bajó de loca. De inmediato lo saqué y lo tiramos en el primer cesto de basura que encontramos. Me fui a casa al borde del llanto, pero mi fe en que lo que seguía era organizar la resistencia me llevó al día siguiente a buscar y encontrar el domicilio donde nos reagruparíamos. Desde luego, la única que llegó fui yo. La sensatez no quiso entrar en mi mente, o era la audacia más necia. No sentí nunca la inminencia de la muerte. Tal vez por ello me quedé a vivir en Chile los primeros siete años de la dictadura militar, quizá los de mayor represión, en

una situación de vida parecida a la de Vladimir y Estragón en *Esperando a Godot* de Samuel Becket: justamente esperando que cayeran Pinochet y el gobierno militar. Claro que mi espera nunca fue pasiva. Siempre fui una activa militante clandestina que fue presa del miedo colectivo dominante y estaba expuesta a ser detenida si era descubierta.

A mediados de septiembre de 1973 se me notificó mi expulsión como académica de la UTE por el Decreto Universitario Número 560 a partir del primero de octubre de 1973. Mi primer trabajo, porque no podía permitirme el desempleo, fue como secretaria en una fábrica de “fonolitas” (láminas impermeables semejantes a las de zinc que sirven de techumbre para viviendas de bajos recursos); luego, en marzo de 1974, ingresé a la Licenciatura en Historia impartida en el departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile en Santiago, carrera que actualmente podría considerarse como una maestría en historia. Simultáneamente empecé a dar clases en un liceo de la capital, donde experimenté el cambio de la orientación ideológica de los programas de curso dictados por el Ministerio de Educación Pública, que desterró todo contenido definido como alterador de la paz social.

Cuando percibí que la caída de la dictadura era más un deseo que una realidad y que las posibilidades de perfeccionamiento académico eran nulas, decidí salir del país. Postulé a una beca en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, sede México) para hacer la maestría en Ciencias Sociales, y la gané. Más adelante cursé el doctorado en historia en CIESAS Occidente. Como conclusión diría, parafraseando a un querido amigo chileno, “el mundo no se nos acabó como pensábamos, México nos abrió otro”.

Quizá valga la pena decir, antes de terminar este testimonio, que los siete años de dictadura que viví fueron de destrucción absoluta de las cúpulas dirigentes de los partidos políticos de izquierda y principales organizaciones sociales de base que se formaron durante el gobierno de la Unidad Popular, como los partidos Comunista y Socialista, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, los Cordones Industriales, los Comandos Comunales y las Juntas de Abastecimiento. También fueron años dominados por un clima de terror y represión creado expresamente para amedrentar, infundir miedo y coartar toda acción política de resistencia. En la cotidianidad de cada uno de nosotros y de la sociedad en la cual estábamos

insertos se estableció la crueldad como dispositivo cultural. Sin embargo, a pesar del miedo surgió la resistencia de los que nos quedamos adentro, se organizó también en el exterior la lucha incansable de los exiliados y se incorporó a la contienda la nueva generación que venía detrás, que acompañó a sus padres en la campaña por el NO. Nunca olvidaré, cuando salí de Santiago rumbo a la ciudad de México, que dejé una sociedad dominada por la tristeza y el miedo dibujado en los rostros. ❧

La nacionalización del cobre y la participación de los mineros de Chuquicamata (Chile, 1971-1973)

Francisco Zapata

El 11 de septiembre de 1973, el gobierno del presidente constitucional Salvador Allende Gossens fue derrocado. Los militares, encabezados por una junta militar, establecieron una de las dictaduras más duraderas de América Latina (1973-1990). La dictadura dio fin a cuarenta años (1932-1973) de vigencia ininterrumpida de un régimen democrático cuyo rasgo más notable fue que no se basó en la dominación de élites excluyentes sino en la capacidad de decisión de grupos sociales medios y populares. Ese régimen, por medio de la organización de amplios sectores de la sociedad chilena en sindicatos, juntas de vecinos y del fortalecimiento de los partidos políticos de todos los signos ideológicos, logró construir un sistema político que, por medio de elecciones celebradas regularmente a lo largo de todo el periodo, permitió integrar a los chilenos(as) en estructuras de participación política notables.

En el periodo 1964-1973, durante los gobiernos de Frei (1964-1970) y Allende (1970-1973), ese régimen se consolidó con la promulgación de leyes como la de reforma agraria, de la sindicalización campesina, de la “chilenización” y de la nacionalización de la Gran Minería del Cobre (en adelante GMC) y la legalización de la Central Única de Trabajadores (en adelante CUT). En ese periodo, también se tomaron decisiones importantes sobre la reforma de las formas de administración de las universidades públicas, la expansión de los servicios de salud y la construcción de vivienda popular. Se reforzaron las bases de la estructura industrial a través del desarrollo de la siderurgia, la extracción de petróleo, la creación de industrias manufactureras en los sectores de la alimentación, la fabricación de aparatos

tos domésticos y también la elaboración de derivados del cobre. En suma, en esa década se sentaron las bases de la modernización económica, social y política de Chile.

Es pertinente recordar que ese régimen político se nutrió de los proyectos políticos enraizados en los grupos populares (mineros, obreros industriales y campesinos) y en grupos de clase media (profesores, médicos, ingenieros) cuya trayectoria histórica se había iniciado en la década de 1920 con la promulgación de la Constitución de 1925, del Código del Trabajo en 1931 y de la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (en adelante Corfo) en 1939, entre otras instituciones que contribuyeron a encuadrar el desarrollo del país. Gracias a ese régimen se formaron varias generaciones de dirigentes económicos, sociales y políticos que dieron contenido a esos proyectos y los realizaron. Es decir, el régimen derrocado violentamente en 1973 había logrado reflejar las inquietudes de grandes masas de población en el campo y en las ciudades a lo ancho y a lo largo de la difícil geografía de Chile.

Es importante resaltar que en ambos procesos —la modernización económica, social y política del país y el triunfo del proyecto político— el papel de los partidos políticos de raigambre popular, como fueron los partidos radical, demócrata cristiano, socialista y comunista, fue fundamental. A la vez, el papel de grandes dirigentes, tales como Luis Emilio Recabarren, Arturo Alessandri, Pedro Aguirre Cerda, Clotario Blest, entre muchos otros, fue refrendado con el ascendiente progresivo que fue logrando Salvador Allende en tanto líder de coaliciones partidarias que lograron acercarse a la presidencia de la república en 1954, 1958 y 1964, para obtenerla en 1970.

Con el triunfo electoral del 4 de septiembre de 1970 y en la toma de posesión de la presidencia de la República el 4 de noviembre del mismo año, la coalición de los partidos de la Unidad Popular, encabezada por Allende, inició una profundización de lo que había sido el régimen democrático definido en la Constitución de 1925 y consolidado en 1932. En efecto, las medidas del Programa de la Unidad Popular guardaban estrecha relación con las demandas históricas del pueblo chileno, expresadas políticamente a través de sus partidos. Nos concentraremos en una de las demandas cruciales que permitieron fincar las bases de la estructura económica que se

generó desde finales de la década de los ochenta, durante la dictadura militar, y que se consolidó durante los cuatro gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia en el periodo de 1990 a 2010: la nacionalización de la Gran Minería del GMC. Y, a partir de esa contextualización general, abordaremos una experiencia que conocimos de cerca: la de las consecuencias que la nacionalización tuvo en una las minas de la GMC, Chuquicamata. Esa experiencia nos permitirá ilustrar las tensiones que la nacionalización provocó en un sector particular, el de los mineros del cobre. Con ello, esperamos dar cuenta de lo que fue el gobierno del presidente Allende y quizá proporcionar antecedentes de por qué los sectores conservadores de la sociedad chilena buscaron el apoyo de los militares para bloquear y ahogar en sangre lo que prometía una transformación profunda de la economía, la sociedad y la política chilenas.

LA NACIONALIZACIÓN DE LA GRAN MINERÍA DEL COBRE

Cuando el 11 de julio de 1971 fue nacionalizada la Gran Minería del Cobre, a partir de un acuerdo unánime del Congreso Pleno, reunido en Santiago, se cumplió un propósito que los trabajadores del cobre, sus sindicatos (la Confederación de Trabajadores del Cobre) y la izquierda chilena habían planteado al país al menos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. La nacionalización del cobre profundizó lo que el gobierno del presidente Frei había iniciado en 1965 con la denominada “chilenización” de las minas pertenecientes a las empresas estadounidenses. Ese proceso se explica en gran medida por el resentimiento que habían generado los acuerdos políticos que habían resultado de la imposición por parte del gobierno norteamericano de precios inferiores al precio internacional fijado en la Bolsa de Metales de Londres,¹ y que habían dado lugar a pérdidas de sumas incalculables de divisas.

La GMC, propiedad de grandes empresas multinacionales, la Anaconda Copper Company y la Kennecott Copper Company, incluía mi-

¹ Véase Eduardo Novoa Monreal, *La batalla por el cobre*, Santiago, Editorial Quimantú, 1972; Mario Vera Valenzuela, *La política económica del cobre en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1961; del mismo autor, *Una política definitiva para nuestras riquezas básicas*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1964.

nas como la Chuquicamata, El Teniente, Exótica y Potrerillos-El Salvador, que empleaban no más de 70 mil trabajadores en 1970. El volumen de producción de esas minas colocaba a Chile en uno de los primeros lugares mundiales de producción y elaboración de dicho mineral. Durante casi todo el siglo XX, el valor de la producción cuprífera representó más de la mitad de los recursos en moneda dura del país. Para las multinacionales mencionadas, la explotación del cobre chileno era la gallina de los huevos de oro, pues poco después de su nacionalización dichas empresas lisa y llanamente desaparecieron del mercado internacional del cobre.

La recuperación de la riqueza básica más importante de Chile no fue tarea fácil. Implicó la construcción de un consenso político y, sobre todo, la confrontación con el gobierno de Estados Unidos, encabezado por el presidente Nixon, quien desde el triunfo de Allende desarrolló una estrategia que eventualmente culminaría con el golpe de Estado de 1973. El logro de ese propósito constituyó el primer escollo que enfrentó el gobierno de la Unidad Popular. Durante el segundo semestre de 1971, las multinacionales impugnaron el decreto de la nacionalización. Con órdenes judiciales secuestraron en Le Havre y en Amberes los envíos de cobre en barra exportados a Francia y Bélgica. Advirtieron a las empresas proveedoras de repuestos para las instalaciones mineras que debían dejar de abastecer a la nueva empresa estatal, creada para administrar las minas nacionalizadas. Corrompieron a las dirigencias sindicales y profesionales (Asociación Nacional de Supervisores del Cobre, en adelante AnSCO) para que no colaboraran en la puesta en marcha de las minas, en manos nacionales, aludiendo a privilegios perdidos como el pago en moneda extranjera. Contribuyeron a la agitación laboral contando para ello con la colaboración de dirigentes políticos² y de figuras poderosas, como el dueño del periódico *El Mercurio*, que se transformó en el órgano central de la estrategia mediática en contra del gobierno, y en particular de la nacionalización del cobre.

² Véase Francisco Zapata, *Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios?*, México, El Colegio de México, Cuadernos del CES, núm. 13, 1975.

Esta breve reseña del escenario de la nacionalización del cobre estaría incompleta si no mencionáramos que, paradójicamente, el régimen militar no dio marcha atrás y, contrariamente a lo que se hubiera podido esperar, mantuvo la propiedad estatal de las minas que hasta hoy constituyen un sector altamente funcional para el financiamiento del Estado chileno. Más aún, el gobierno militar estableció que diez por ciento del valor de las exportaciones de cobre pasara a ser administrado por las fuerzas armadas con el fin de financiar la compra de armamento y la construcción de instalaciones militares a lo largo del país. Puede entonces concluirse que el gobierno del presidente Allende realizó una transformación profunda de la economía chilena al recuperar la riqueza cuprífera para el patrimonio nacional.

En consecuencia, la nacionalización del cobre tuvo una repercusión estructural sobre el sistema de dominación y sobre la estructura económica que imperaba en Chile. Ambos logros, hasta ahora poco resaltados e incluso desconocidos por quienes gobernaron Chile entre 1990 y 2010, pueden considerarse como revolucionarios en términos de la evolución histórica del país.³

LA CREACIÓN DE LAS ÁREAS SOCIAL Y MIXTA DE LA ECONOMÍA

Antes de referirnos a las consecuencias sociales de la nacionalización del cobre, que ilustraremos a partir de la experiencia de lo ocurrido en la mina de Chuquicamata, vale la pena detenerse un momento en uno de los objetivos centrales del gobierno en cuanto a la participación de los trabajadores en la administración de las empresas de las áreas social y mixta de la economía. Esta política se concibió como inseparable de la nueva forma en la que el gobierno quería administrar la economía del país. En efecto, se trataba de incentivar a las empresas industriales a incrementar el uso de

³ Un síntoma de esta ausencia de perspectiva histórica de los actuales gobernantes de Chile es que no realizaron ningún acto conmemorativo de la nacionalización del cobre cuando ese hecho cumplió veinte años en 1991, treinta años en 2001 y cuarenta años en 2011, lo cual contrasta con lo que ocurre en México con motivo de los aniversarios de la nacionalización del petróleo, los días 18 de marzo de cada año, conmemorados por el sistema político más allá de las diferencias ideológicas que puedan existir.

su capacidad instalada a partir de un esfuerzo sostenido de los trabajadores, que se podría generar sólo si éstos se concebían a sí mismos como parte integrante del proceso productivo. Se trataba de incrementar la productividad del trabajo para proporcionar mayor volumen de producto cuyo precio pudiera abarataarse y permitiera abastecer una demanda en expansión. Por ello, la creación de las áreas social y mixta de la economía fue acompañada de la puesta en marcha de las Normas de Participación de los Trabajadores en la dirección de esas empresas. Sobresalen aquí las empresas textiles como Yarur y Sumar, que fueron incorporadas al área social en 1971. Entre diciembre de 1970 y mediados de 1972, la expansión de la producción y del consumo acompañaron mejoramientos en las remuneraciones.

La hipótesis sobre la baja utilización de la capacidad instalada se verificó, a la vez que se constató que el aparato industrial centrado en el abastecimiento de productos de consumo inmediato tenía dificultades para lograr satisfacer la demanda, lo que indujo presiones inflacionarias que empezaron a hacerse sentir con fuerza durante el segundo semestre de 1972. No obstante, es importante recalcar que en esos 18 meses (de diciembre de 1970 a junio de 1972) la política económica de expansión del consumo dejó una huella imborrable en la conciencia del pueblo chileno y demostró que las políticas de restricción del consumo (implementadas en los gobiernos de Alessandri y de Frei) no permitían mejorar la situación de los trabajadores chilenos ni servían para estabilizar una economía propensa a la inflación.

De manera que, a 40 años del derrocamiento del régimen democrático en Chile y del gobierno del presidente Allende, podemos pensar que el proceso histórico desarrollado entre 1970 y 1973 dejó su huella. En primer lugar, el pueblo de Chile jugó un papel protagónico en la recuperación del cobre para el patrimonio nacional, en la reestructuración radical de la propiedad agraria y en la definición de nuevas formas de organización de la producción a través de la creación del área social y mixta de la economía. En segundo lugar, el gobierno del presidente Allende logró que dicho pueblo tomara conciencia de su dignidad esencial, así como de la trascendencia de su proyecto histórico en el contexto de la evolución del país. Estos dos elementos forman parte de la memoria de los que hoy buscan dar sentido a lo que ocurrió en esos años.

LA EXPERIENCIA DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES EN LA COMPAÑÍA DE COBRE CHUQUICAMATA (COBRECHUQUI) (1971-1973)⁴

Desde el mes de agosto de 1971 y basándose en estudios emprendidos desde comienzos de ese año, Cobrechiqui comenzó a elaborar un orden de prioridades que reflejara el programa político que se estaba aplicando a escala nacional y las prioridades de orden interno, financiero y político de inversiones que iban a ser aplicadas en el transcurso de esta etapa. Este orden se reflejó en dos direcciones principales: la política de inversiones en el ciclo productivo y la política laboral en sus aspectos sociales y económicos.

La política de inversiones comprendió el análisis del cumplimiento del programa de construcciones emprendido bajo las medidas de “chilenización” (1969-1970). Paralelo a ello estuvo dirigida al mantenimiento de los equipos que durante la administración norteamericana adolecía de muchos defectos, particularmente de la ausencia de mantenimiento preventivo. Por otra parte, se tomaron decisiones para realizar planes de expansión de la producción (construcción de nuevos convertidores, expansión de la planta termoeléctrica). Esta definición de prioridades conciliaba el objetivo de la nacionalización del cobre —medida esencialmente económica y política— con ciertas medidas del programa general de gobierno (programa de la Unidad Popular) identificadas con el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores.

Para concretar los elementos específicos de la política laboral, se definieron tres aspectos básicos: las remuneraciones, la participación de los trabajadores en la dirección de la empresa y las medidas de bienestar social colectivo (vivienda, salud, educación).

Las remuneraciones

Los nuevos ejecutivos, al tomar la administración de la empresa, se encontraron con un sistema de remuneraciones en el cual el número de

⁴ Esta sección es una versión actualizada del texto de Francisco Zapata, *Los mineros de Chuquicamata*, *op. cit.*

ítems distintos que constituían ingreso monetario era largo de enumerar.⁵ La revisión de esos ítems y un análisis de las relaciones entre ellos en términos proporcionales revelaban una elevación excesiva de los sueldos o salarios base en contraste con los incentivos o bonos de producción que reflejaban los niveles efectivos de productividad del trabajo. Por otro lado, existían numerosos beneficios monetarios no ligados al trabajo, relacionados con la familia del trabajador. También existía una política liberal en materia de horas extraordinarias que redundaba en porcentajes exagerados, llegando incluso a tener en algunas secciones más de tres veces el tiempo trabajado en horas extraordinarias que en tiempo ordinario, especialmente en el sector de mantenimiento de los equipos.

La política de la nueva administración tenía como objetivo que de los tres principales componentes —el sueldo o salario base, los incentivos y las horas extraordinarias— fueran los incentivos los que progresaran más rápido en relación con los otros dos. Esto reflejaba un planteamiento general referido al problema de la productividad del trabajador, pero también buscaba mejorar el nivel de organización de la producción y estimular a los ingenieros a establecer nuevos métodos de trabajo que, incorporando a los trabajadores desde el ángulo económico, sirvieran a la vez para aumentar los rendimientos productivos. Estos planteamientos estaban relacionados con la política de los acuerdos de productividad (*productivity agreements*) fomentados en Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial. Esta orientación se concretó entre septiembre de 1972 y septiembre de 1973.⁶

En la totalidad de las secciones de trabajo de la mina y de la planta (fundición, concentradora, refinerías) con excepción del sector superior (rol A) se empezaron a aplicar incentivos muy estrechamente ligados a la producción efectiva (carros y camiones cargados, toneladas flotadas, toneladas promedio fundidas, refinadas, etc.). Los cálculos para establecer la progresión de los incentivos estaban basados en los rendimientos de los 24 meses anteriores a que el incentivo fuese puesto en práctica. Los resultados de la apli-

⁵ Manuel Barrera, “El conflicto obrero en el enclave cuprífero”, trabajo presentado en el Seminario sobre Movimientos Laborales en América Latina, CLACSO, México, noviembre de 1972.

⁶ H.A. Clegg, “The Substance of Productivity Agreements”, en Allan Flanders (ed.), *Collective Bargaining*, Londres, Penguin Books, 1966.

cación de estos bonos de producción indicaron, a mediados de 1973, que estaban obteniéndose rendimientos superiores a los anteriores. Además se constató que los incentivos que significaban mejorías individuales tenían menor eficiencia que cuando eran de aplicación colectiva, es decir cuando cada trabajador perteneciente a un grupo recibía el mismo bono por un nivel dado de producción. Una innovación respecto a prácticas corrientes en materia de incentivos lo constituye el hecho de que éstos se pactaron conjuntamente con “compromisos” de los trabajadores para eliminar vicios o costumbres restrictivas. Los incentivos fueron producto de una negociación de estas restricciones a la producción. El ausentismo, el uso excesivo de horas extraordinarias (incluso se calcularon incentivos inversamente proporcionales al uso de sobretiempo), el desaseo de las secciones de trabajo donde había mucho polvo (molinos), la prolongación exagerada de los horarios de comida, el respeto de las descripciones de trabajo, la disciplina y los sistemas de promoción equilibrando antigüedad y calificación, todos estos aspectos fueron discutidos en cada sección y se firmaron los convenios sólo con el compromiso de los trabajadores de eliminar esas prácticas. En otras palabras, el jefe de sección, al firmar junto a los trabajadores el incentivo en cuestión, adquiriría la facultad de sancionarlos con la supresión del incentivo, en caso de que continuaran realizando esas modalidades de trabajo.

La participación

Como en el resto de las empresas nacionalizadas, en Chuquicamata se implementó el modelo de participación de los trabajadores en la dirección de la empresa pactado a escala nacional por la CUT y el gobierno. Éste consistía esencialmente en que los trabajadores (obreros, empleados y profesionales) tenían acceso, por un lado, a una representación directa en el Consejo de Administración y, por otro, al derecho de organizar “comités de producción” en las secciones de trabajo destinadas a discutir los problemas de la producción en conjunto con la línea ejecutiva. Los objetivos y el significado del sistema de participación fueron explicados personalmente por el presidente Allende a los trabajadores del mineral.

El 28 de octubre de 1971 Allende visita Chuquicamata y en asamblea sindical explica que el sistema de participación en la administración de la

empresa está íntimamente ligado a una nueva forma de remunerar el trabajo de los obreros. Dice:

Pero cuál es el fondo: que esta empresa dejará de tener las características de una empresa capitalista y los compañeros dejarán de ser los patrones nombrados por nosotros [se refiere a los nuevos gerentes]. Ustedes van a dirigir la empresa y ustedes deben tener conciencia de que los ingresos serán, sin discusión, más altos de los que pudieran obtener por un reajuste habitual, pero al mismo tiempo, se hará en relación con la producción y la productividad de la empresa, que es lo justo, porque Chile necesita eso y la empresa también lo necesita.⁷

Por otro lado, el 14 de noviembre, el primer ministro de Cuba subrayaba frente a los mismos problemas que generaron la visita de Allende al mineral, la necesidad de lograr un cambio en la conciencia de los obreros para adaptarse a las transformaciones que estaba experimentando el país.

Decía Fidel Castro:

Es más fácil cambiar la estructura que cambiar la propia conciencia del hombre. Se cambian las estructuras sociales y esto cuesta mucho trabajo. Pero si trabajo cuesta cambiar las estructuras, trabajo cuesta cambiar muchas veces los hábitos. Adaptarse a un cambio, a una situación nueva, derivada de largos años de lucha, de un conflicto entre los intereses de la patria y los intereses del exterior; un conflicto entre los intereses de la clase obrera y los intereses de los que explotaban a los trabajadores.⁸

De esta forma se planteó la ofensiva de concientización de los trabajadores del mineral por parte de las más altas instancias políticas del país.

Veamos qué ocurrió en los meses siguientes. En diciembre de 1971, seis meses después de la toma de posesión de Chuquicamata por el Estado chileno, se reunió por primera vez el Consejo de Administración compuesto por representantes directamente elegidos por los trabajadores y de represen-

⁷ Salvador Allende, "La participación de los trabajadores en la dirección de Chuquicamata", discurso del 28 de octubre de 1971.

⁸ Fidel Castro, "A los mineros de Chuquicamata", 14 de noviembre de 1971, *Cuba-Chile* (Libro sobre la visita de Fidel Castro a Chile en octubre-noviembre de 1971), La Habana, 1971.

tantes del Estado, en su mayoría también originarios del mineral. El presidente del Consejo era responsable directamente ante Allende. La composición política del Consejo de Administración reflejaba la composición política de los sindicatos porque, previamente a la elección de los representantes, se había acordado entre la Unidad Popular y la Unión Socialista Popular que habría apoyo mutuo a los candidatos de ambas corrientes. La Democracia Cristiana había ordenado a sus militantes que no participaran en estas elecciones, pero muchos de ellos votaron en las diferentes secciones en donde la votación se produjo. Esta situación reflejaba las discusiones que tenían lugar a escala nacional sobre el sistema de participación, en las cuales la Democracia Cristiana defendía puntos de vista diferentes de los del planteamiento de la Unidad Popular. La elección de los representantes tuvo bastante éxito en términos de la participación de los trabajadores en la votación, ya que hubo un porcentaje de votantes similar al que se daba en las elecciones sindicales del mineral, tradicionalmente las más concurridas. Votó más de 55 por ciento de los trabajadores.

Las elecciones de los representantes de los trabajadores en el Consejo de Administración confrontaron las posiciones de la Unión Popular con las de la Democracia Cristiana en relación con el sistema de participación propuesto. La Democracia Cristiana defendía la posición según la cual el sistema no era un mecanismo efectivo de representación de los trabajadores porque no les daba la mayoría en el Consejo. Más de una vez, frente a ese argumento, la Unidad Popular había retado a la Democracia Cristiana a llevar el argumento a su conclusión lógica y simplemente proponer algo imposible: el manejo del sector más estratégico de la economía del país sin intervención decisiva del Estado, sólo por parte de los trabajadores. La Unión Popular consideraba que esto constituía una aventura, especialmente por la influencia que los sectores foráneos tenían sobre muchos de los trabajadores e ingenieros del mineral. La Democracia Cristiana tenía también objeciones respecto a la relación entre el sistema de participación y los sindicatos. En Chuquicamata, el incidente que puso de manifiesto esta relación y sus problemas fue la huelga que se verificó en febrero de 1972 en favor de un trabajador que había sido despedido por haber abandonado su puesto de trabajo prematuramente, lo que había causado que el convertidor que tenía a su

cargo se rompiera. La huelga pasó a llamarse “la huelga de Titichoca”, nombre del trabajador en cuestión.⁹

Frente al despido del trabajador los representantes en el Consejo defendieron la posición según la cual lo más importante era defender la integridad de los equipos, lo que los llevó a censurar la acción del obrero que, en los reglamentos de la empresa, era sancionado con el despido. Los dirigentes sindicales, por su parte, defendieron al obrero en cuestión, mencionando, entre otras cosas, que eran los supervisores de la fundición y no el obrero los responsables de la rotura del convertidor. Además, naturalmente, operó la solidaridad. Con base en esto, declararon un paro de la fundición en defensa del obrero. Cuando el paro llevaba más de tres días de duración (hay que notar que cada periodo de 24 horas de paro significaba 500 mil dólares de pérdidas de producción) la empresa, de acuerdo con la decisión del Consejo de Administración, revocó la decisión de despido, y se reintegró al obrero, rebajándole de su cargo de capataz. A su vez, esta decisión generó una crisis a nivel de la administración de la empresa al provocar la renuncia del superintendente general y gran fricción entre los ingenieros de la fundición.

Este incidente no estaba aislado. Estos paros habían sido frecuentes antes de la nacionalización, y se produjeron después. No era un problema nuevo. Sin embargo, en el clima social imperante en la mina en esos días fue un elemento fundamental para la expresión de las relaciones que se estaban gestando entre la empresa, los sindicatos y el Consejo de Administración. Era, por un lado, una prueba para la autoridad de los ejecutivos nombrados por el gobierno en el mineral, recientemente llegados y con escasas ideas comunes con el cuerpo de ingenieros y técnicos a cargo de la operación del sistema productivo que, por lo demás, ya habían entrado en colisión con la empresa durante la huelga que ellos mismos habían declarado en agosto de 1971. Por otro lado, era una prueba para los representantes de los trabajadores en el Consejo, que de hecho constituían la autoridad máxima de la empresa, y que salieron bastante debili-

⁹ La huelga de Titichoca ocurrió en octubre de 1972 a raíz del despido del minero del mismo nombre, capataz de la sección convertidores de la Fundición de Concentrados, que se había retirado de su lugar de trabajo antes de que el convertidos terminara su ciclo, dando lugar a la rotura del mismo.

tados del resultado de la huelga de Titichoca. Finalmente, era una prueba para todo el programa de nacionalización en cuanto iniciativa esencialmente política porque, en el contexto de las relaciones internacionales, el crecimiento, y más que nada mantener los niveles de producción de la mina, era fundamental para conservar a su vez un flujo constante de divisas para implementar los proyectos de desarrollo industrial y la confianza en el país por parte de los organismos de crédito, que en parte debían proporcionar los recursos para comprar refacciones para los equipos de la mina. En este sentido, no debemos olvidar que Chuquicamata representaba alrededor de 30 por ciento del total de las divisas obtenidas en el país por las exportaciones de cobre, una suma equivalente a 300 millones de dólares anuales de la época (1971).

La solución a la huelga de Titichoca no fue, por consiguiente, la mejor. Dio lugar a una serie de paros seccionales durante el año 1972 (que sumaron 97 al final del año) y a varios paros generales del mineral. En otras palabras, la solución del conflicto provocó en los trabajadores la sensación de que la empresa estaba en una posición débil, por lo cual ellos podían ejercer al máximo su poder de negociación. Aún más grave era el efecto que tuvo el resultado de la huelga sobre el contenido del programa de participación de los trabajadores en la dirección de la empresa. La huelga le quitó autoridad a los representantes de los trabajadores en el Consejo e hizo necesario realizar un esfuerzo muy importante para definir el sentido de la participación, como basado esencialmente en indicar a los trabajadores que la responsabilidad de la producción era de ellos, misma que se había puesto en entredicho por la acción de Titichoca. De hecho, el objetivo último de la nacionalización en Chuquicamata era el de provocar un proceso de incorporación de los trabajadores a la toma de decisiones. Esto fue lo que empezaron a hacer los representantes y los ejecutivos superiores (de responsabilidad política), durante 1972, a través de iniciativas como las que ya mencionamos en materia de remuneraciones, o como las que mencionaremos a continuación en materia de trabajo voluntario, medidas de carácter social.

A pesar de los efectos políticos de esa confrontación es necesario señalar que paralelo a ello los trabajadores se trenzaron en amplias discusiones sobre el significado de la nacionalización del cobre para Chile, sobre la

importancia del cobre en la economía del país, sobre las aspiraciones que tenían en ese nuevo marco de relaciones con la empresa, sobre las dificultades que Chile tenía como consecuencia de la implementación real de la nacionalización, sobre los ritmos de trabajo, los tipos de remuneraciones, los problemas de manutención de los equipos y los problemas técnicos que se generaron y que por primera vez estuvieron abiertos a la discusión por parte de los trabajadores comunes y corrientes. Esta discusión, animada por los dirigentes políticos, por los representantes de los trabajadores en el Consejo, se enfrentó a la oposición de la Democracia Cristiana, que defendió sus planteamientos con base en colocar al sindicato en la situación de representación exclusiva de los trabajadores. La Democracia Cristiana mantenía que el sistema de participación era un mero eslogan que no tenía bases reales. Ese planteamiento entró en discusión al ponerse en marcha los mecanismos en los cuales los trabajadores sí tenían la posibilidad de expresarse. Los cuerpos técnicos de la empresa también intervinieron en la discusión y defendían la posición tradicional, según la cual el único mecanismo efectivo de administración es el de la autoridad vertical. Al final del año se pudo apreciar el surgimiento de un consenso que favorecía al sistema de participación y que tendió gradualmente a modificar la posición de los dirigentes sindicales democristianos, que tuvieron que pasar de su oposición a ciertas posiciones de discusión, debido a la evolución que tenía la actitud de los trabajadores en algunas secciones de la empresa. Este consenso generó una alianza, de hecho, entre la Unión Popular y la Democracia Cristiana en detrimento de la Unión Socialista Popular (Usopo), especialmente en los primeros meses de 1973 (hasta la huelga que estalló en El Teniente, que rompió el curso favorable de estas relaciones). Como efectos prácticos de este consenso, se pudo implementar una serie de medidas sociales, los sistemas de incentivos conectados a la productividad global de la empresa y, sobre todo, llegar a acuerdos respecto de la jurisdicción respectiva de los sindicatos y de los representantes de los trabajadores.

Este consenso permitió la conciliación entre la dimensión reivindicativa de la acción sindical con el sentimiento favorable hacia la participación de parte de muchos trabajadores que tenían interés en resolver los problemas al nivel de la sección de trabajo. El análisis de los problemas

que surgieron como resultado de la implementación del sistema de participación de Chuquicamata no debe hacer olvidar que la aplicación de estos principios derivó de una discusión sobre dos facetas de la posición de los trabajadores en el sistema de relaciones sociales: por un lado, la naturaleza del proletario sujeto al proceso de explotación y de generación de plusvalía y, por otro, la naturaleza de productor de riqueza y de valor que se ponía de relieve en las posibilidades abiertas por el sistema de participación. La tensión generada entre los organismos que asumían cada una de estas facetas, el sindicato y el Consejo de Administración, se resolvió, especialmente como resultado de la huelga de El Teniente,¹⁰ en favor de la preeminencia del proletariado, que resultó en una defensa en extremo fuerte del sindicato como la única institución legítima de representación de la clase obrera en el mineral. En cualquier caso, y como conclusión de estas breves consideraciones, se debe decir que en un balance objetivo, el sistema de participación generó, al parecer, más problemas de los que resolvió, y se vio entorpecido en su desarrollo por divergencias políticas, pero en realidad puso de relieve problemas que históricamente nunca habían sido objeto de difusión masiva y que fueron enfrentados por primera vez en forma global.

El trabajo voluntario

Dentro de las iniciativas que se tomaron para dar cabida a la participación de los trabajadores, estuvo la puesta en marcha de un programa de trabajo voluntario que tuvo como punto de partida el establecimiento de un desafío que tenía que ver con el estado en que había quedado la mina al fin de la administración americana. En efecto, como resultado de una política de extracción acelerada de los minerales de más alta ley, en la mina se produjo el fenómeno denominado “floreo”, que resultó en el desarrollo de “fren-

¹⁰ Entre abril y junio de 1973, en la mina de El Teniente, ubicada a 200 kilómetros de Santiago, de explotación subterránea, ocurrió un prolongado conflicto derivado de la exigencia de los mineros de establecer una escala móvil de salarios, lo cual fue bloqueado por el gobierno del presidente Allende. Para los pormenores, véase, Sergio Bitar y Crisóstomo Pizarro, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente*, Santiago, Ediciones del Ornitórrinco, 1986. También, Jaime Ruiz Tagle, “En torno a la situación política chilena, huelga en El Teniente”, *Revista Mensaje*, núm. 219, junio 1973, reproducido en *El Trimestre Económico*, núm. 160.

tes” o terrazas demasiado altas, que como resultado del aumento de la pendiente, representan un aumento del peligro de derrumbes. Los trabajadores voluntarios desde agosto de 1971 en adelante se fijaron como meta la remoción del lastre que no se había removido por la aplicación de esta política de floreo en la mina.

Se puso en marcha el trabajo voluntario a través de la creación de un Comité de Trabajo Voluntario dirigido por los trabajadores de la mina, los cuales se comprometieron a dedicar un domingo por mes de trabajo gratuito, organizado por ellos con la asesoría de los técnicos que quisieran colaborar; la mina trabajaba sólo excepcionalmente los domingos en la época anterior, ya que así se regularizaban los descansos del trabajo por turno; además la operación en la mina no era continua como la fundición, y por tanto no exigía trabajar los domingos.

Desde agosto de 1971 hasta los primeros días de septiembre de 1973, los trabajadores voluntarios de la mina de Chuquicamata removieron cantidades importantes de mineral y lastre que ayudaron significativamente a crear una mística de trabajo en la mina. Algunos estudios realizados sobre los rendimientos de esos días de trabajo voluntario revelaron que la productividad era significativamente mayor en esos días que en los días normales de trabajo. A pesar de que el número de trabajadores era bastante menor (no todos los trabajadores de la mina asistían al trabajo voluntario), el volumen de material que se removía a veces era superior al de los días normales de trabajo.

De esta forma, tanto la puesta en marcha del programa de participación institucional como la realización de las jornadas de trabajo voluntario dieron lugar a nuevas formas de intervención directa de los trabajadores en la operación de las faenas. Estas iniciativas, que no eran originales del mineral —en el resto del país se produjeron muchas otras experiencias del mismo tipo— dieron la oportunidad a los trabajadores de demostrar cuál era su toma de conciencia respecto a las nuevas condiciones que imperaban bajo el gobierno de Allende en relación con la clase obrera.

Las medidas de carácter social

Junto a las iniciativas sobre remuneraciones y participación, la empresa estructuró un programa de medidas de carácter social que buscaba cam-

biar la relación tradicional entre ésta y la comunidad. Así pues, es importante recalcar que a pesar de la riqueza generada por el mineral, el nivel socioeconómico de la región no se había transformado significativamente.¹¹ Las medidas que se plantearon incluyeron la educación (creación del Liceo de Chuquicamata para atender la educación secundaria, inexistente en el mineral hasta 1972), bienestar (jardín infantil, salas cuna), infraestructura (caminos), vivienda (eliminación de campamentos y construcción de nuevas casas), deportes y medicina del trabajo. Este programa iba enlazado en cuanto a su objetivo con la política de remuneraciones. Se pensaba que las características economicistas de los trabajadores del mineral podían modificarse a través de la aplicación paralela de los incentivos nuevos y de medidas de beneficio colectivo en el ámbito comunitario. En otras palabras, la concepción de la empresa afirmaba que era necesario, por un lado, reflejar directamente los aumentos de la productividad, incluso a nivel de secciones de trabajo, en la remuneración global del trabajador y, por el otro, era necesario demostrar que la empresa, si bien a escala individual no estaba dispuesta a mejorar las remuneraciones por encima del aumento de la productividad, en el terreno comunitario sí lo estaba a realizar instalaciones de índole social que beneficiaran a la totalidad de los trabajadores. Para eliminar toda sospecha de paternalismo en estas iniciativas, la empresa sometió a consideración de los sindicatos este programa de medidas sociales bajo la forma de una enumeración evaluada en cuanto a su costo, que permitiera a los dirigentes sindicales, en consulta con sus afiliados, determinar el orden de prioridades en que se aplicarían. Esta discusión se prolongó y la empresa, en muchos casos, debió poner en marcha la aplicación de su programa sin esperar el pronunciamiento de los trabajadores. Sin embargo, en la discusión del pliego de peticiones

¹¹ A excepción de algunas medidas que tomó la Chile Exploration Company (Chilex), nombre de la empresa cuando su propietaria era la Anaconda Copper Company. Por ejemplo, construyó un hospital a un costo de doce millones de dólares (juzgado como el más moderno de Chile, pero abierto sólo a los obreros del mineral). Financió la construcción del local sindical (350 000 dólares), de una planta procesadora de leche y de varias escuelas. También subvencionó de alguna forma la construcción y operación del ferrocarril, de la línea aérea (Ladeco), de los locales en que funciona la policía, el ejército y los servicios judiciales. Sin embargo, a pesar de estas obras y aportes, nunca construyó un camino seguro entre el mineral y las ciudades más cercanas, Calama, Tocopilla y Antofagasta. Tampoco construyó escuelas secundarias técnicas.

que estaba en negociación en septiembre de 1973, se estaban considerando estas prioridades como parte del contrato colectivo a firmarse.

Adicionalmente a las medidas comunitarias de carácter social, la empresa puso en práctica la realización de un programa de mejoramiento de las instalaciones como comedores, casas de cambio en las secciones de trabajo, etcétera. También se pusieron en práctica medidas de control del polvo y se revisó a todo el personal en lo que respecta a la silicosis, que afectaba gravemente a muchos trabajadores. Los programas de medicina del trabajo fueron una innovación en la historia del mineral.¹²

La defensa de la autonomía del sindicato: el conflicto con los organismos de participación y la afirmación de los dirigentes sindicales como líderes políticos

En diciembre de 1971 se constituyó el Consejo de Administración de la nueva empresa. La composición política de los representantes elegidos reflejaba poco la composición política de los sindicatos porque había existido un acuerdo previo entre la Unidad Popular y la Unión Socialista Popular (Usopo) para votar por los candidatos de cada tendencia en conjunto.

La Democracia Cristiana había dado orden de no participar en la elección, a pesar de lo cual, por la forma en que se desarrolló la votación (en las secciones de trabajo y no en el Auditorio Sindical) muchos de sus militantes o adherentes efectivamente se pronunciaron en la elección. Hubo una alta participación de trabajadores en la votación, aproximándose a 55 por ciento del total, algo normal en una elección sindical (que atrae más interés) aproximadamente equivalente a 65 por ciento. La Democracia Cristiana se había marginado de la votación a pesar de haber participado activamente en las discusiones seccionales, planteando que el modelo de participación propuesto por el gobierno era un mecanismo de control de los trabajadores porque no les daba una mayoría en el Consejo (efectivamente los trabajadores tenían una representación paritaria con el Estado). En más de una ocasión, la Unidad Popular contestó ese planteamiento, afirmando la imposibilidad de que los trabajadores asumieran toda la responsabilidad

¹² Cobrechuqui, *Respuesta al pliego de peticiones de los trabajadores de Chuquicamata*, Chuquicamata, agosto de 1973.

de la administración de una empresa que pertenecía a un sector económico estratégico, y que además estaba empezando a ser administrada por el Estado chileno.

A medida que se constituyeron los demás organismos de participación, comités de producción y comité coordinador, las relaciones entre los dirigentes sindicales y los representantes directos de los trabajadores en estos organismos se tensaron. El primer incidente grave que provocó la eclosión del conflicto latente fue la huelga de Titichoca. Frente a este hecho los representantes de los trabajadores en el Consejo de Administración asumieron la defensa de la posición de la empresa, que afirmaba la negligencia del trabajador y la falta de preocupación por los equipos que tenía a su cargo. Los dirigentes sindicales, sin negar la gravedad del hecho, defendieron al trabajador y provocaron una huelga de toda la Fundición de Concentrados en su apoyo. Su solución no fue ciertamente la mejor: desencadenó una serie de paros y huelgas seccionales, e incluso paros generales. Lo más grave fue sin duda el hecho de que los consejeros elegidos directamente, así como los que representaban al Estado, no pudieron actuar frente a los trabajadores, lo que demostró la necesidad de plantearse con claridad la responsabilidad nacional de su papel en la producción, objetivo último del modelo de participación.

A partir de ese momento se explicitó el conflicto y se produjo, por parte de la empresa y de los consejeros, una lucha en las secciones de trabajo a favor del sistema de participación. Se pudo observar, por primera vez en la historia del mineral, una discusión sobre la significación de la nacionalización, sobre la importancia del cobre en la economía chilena, sobre las aspiraciones de los trabajadores, sobre las dificultades económicas que tenía el país debido a la voluntad de cumplir con el programa que el gobierno estaba proponiendo, etc. Esta discusión, animada por todos aquellos que en puestos de responsabilidad eran partidarios del gobierno, encontró eco en algunos dirigentes sindicales, incluso democristianos. En esos meses, por ello, la claridad sobre los papeles recíprocos del sindicato y de la participación fue haciéndose posible y dio lugar, en el segundo semestre de ese año, a la discusión significativa de los incentivos, que fue la forma en que se resolvió la antinomia entre los dos elementos. La discusión de estos incentivos permitió conciliar la tendencia reivindicacio-

nista de los trabajadores con su necesidad de participación en la resolución de sus propios problemas.

En términos generales, el conflicto entre estos dos agentes se puede resumir recordando que, si bien teóricamente el movimiento obrero tiene a la vez funciones reivindicativas y funciones políticas, en la acción sindical cotidiana en el ámbito local el componente reivindicativo tiende a predominar. Si se agregan iniciativas, como fue el proceso de puesta en marcha de la participación de los trabajadores en la dirección de la empresa, la acción sindical local aumenta el grado de ambigüedad entre esas funciones, sobre todo si la degradación progresiva de la situación económica no favorece el incremento o el mantenimiento del nivel de ingreso de los trabajadores. Por eso, el conflicto entre los sindicatos y el Consejo de Administración se dio en términos extremadamente duros, pues en último término se trataba de un antagonismo entre la concepción tradicional del sindicalismo y un nuevo modo de encarar las tareas reivindicativas del movimiento obrero. Se definió la situación como conflictiva y se planteó un problema entre una participación y un sindicalismo que de hecho deberían haberse definido como complementarios.

CONCLUSIÓN: UN BALANCE DE LA EXPERIENCIA DE CHUQUICAMATA ENTRE 1971 Y 1973

A lo largo de este texto se proporcionan elementos que describen la naturaleza de las relaciones sociales en la mina de Chuquicamata en el contexto del proceso de nacionalización del cobre. Se presentan algunos intentos de explicación referidos esencialmente al contexto del periodo en que la Unidad Popular gobernó Chile. Tratamos de desarrollar hipótesis de trabajo que sirvan para comprender las orientaciones de los mineros en el proceso de participación en la administración de la empresa. En esta conclusión se trata de recapitular y de sintetizar las explicaciones mencionadas respecto de la naturaleza de las relaciones sociales en Chuquicamata y de cumplir con el propósito de aclarar cuáles fueron las características de la acción obrera en el periodo de 1971 a 1973. En otras palabras, buscamos interpretar el comportamiento político de los mineros y tratar de responder a las interrogantes que genera la experiencia de participación. Así, será posible

saber si las orientaciones de los mineros responden solamente al marco reivindicativo que los identifica como proletarios, o si también respondieron, al menos durante el periodo en que eso fue posible, a orientaciones referidas al proceso de decisiones de la economía, es decir, a orientaciones que los identificarían como productores. De ninguna manera tratamos de oponer unas orientaciones a las otras, o de calificarlas valorativamente. Se trata simplemente de comprender cómo contribuyeron a la generación de un tipo particular de relaciones sociales. En este sentido, podemos distinguir tres posibilidades de interpretación de la acción de los mineros de Chuquicamata durante el gobierno de Allende.

Es posible decir que el comportamiento político de los mineros se explica en parte por su gran poder de negociación en el área laboral. El poder de negociación no es sino el reflejo del carácter del enclave que posee el mineral y en general todos los centros productores de materias primas geográficamente aislados. Se argumenta que interrupciones localizadas de labores, huelgas generales y toda clase de conflictos que surgen en el enclave resultan en pérdidas considerables de ingresos y de volumen exportables de los productos en cuestión, tanto para el sector económico en particular, como para la economía del país en su totalidad, que dependen estrechamente de las divisas obtenidas por las exportaciones mineras.

Este poder de negociación es conocido por los trabajadores. Esta conciencia se refleja en la intensidad de los conflictos. El minero se siente proletario y actúa como tal al animar conflictos que con frecuencia asumen formas radicales y violentas. De esta forma, los mineros instrumentalizan la posición clave que tienen en la economía del país para mejorar su situación socioeconómica, utilizando para ello el poder de negociación que han logrado más por su ubicación en el sistema productivo que por un nivel de organización muy avanzado. Sin embargo, este poder de negociación no es particular de los mineros. El propietario, el administrador del centro productor —en este caso la empresa transnacional y la empresa estatal después de la nacionalización— se coloca en una posición similar frente al Estado. También está situado estratégicamente frente al gobierno del país. Tanto en términos estrictamente económicos —como por ejemplo, el nivel de inversiones que implementa— como en términos sociopolíticos, la empresa puede articularse con el poder político de la misma forma en que los

mineros lo hacen con él. En el plano laboral, lo que niega o lo que cede la empresa a los obreros lo hace casi siempre de acuerdo con la autoridad gubernamental. Surge de esa forma un sistema de decisiones en materia de relaciones industriales que involucra a todo el sistema político. Los conflictos que resultan del ejercicio del poder de negociación se dirimen a nivel gubernamental.

En Chuquicamata, el poder de negociación de los mineros se reflejó en 180 paros seccionales, cuatro huelgas generales, una huelga general de los empleados y una huelga del personal profesional durante el lapso de 24 meses que duró la administración de la Unidad Popular (julio de 1971-septiembre de 1973). Muchos de los paros seccionales, todas las huelgas generales, así como las dos huelgas categoriales mencionadas se resolvieron con la intervención directa o indirecta de las autoridades del gobierno central. En efecto, ello resultó de la imposibilidad de aplicar una línea particular de resolución de conflictos en Chuquicamata. La política laboral era una sola, lo que resultaba en los problemas que hemos mencionado.

Si colocamos los mismos datos que usamos para apoyar la tesis según la cual las orientaciones de los trabajadores de Chuquicamata se explican en función del planteamiento del enclave,¹³ —es decir, la posición que explica su alta propensión al conflicto por el hecho de encontrarse aislados geográficamente y por estar ubicados en un sector estratégico de la economía del país— podemos apoyar otra tesis que ha sido sostenida por los que consideran a los mineros en términos de la vanguardia de la clase obrera del país por su alto grado de combatividad y sobre todo porque ven en esa combatividad el reflejo de una conciencia de clase desarrollada, apoyada en planteamientos ideológicos sobre la transformación estructural de la situación de la clase obrera. Sin embargo, al analizar la acción obrera durante el transcurso del periodo de 1971 a 1973, el radicalismo de las posiciones de los mineros, el uso del poder de negociación ya mencionado, la articulación con los partidos populares, asumió una ambigüedad que induce a una reflexión más profunda sobre los condicionantes de las orientaciones de los trabajadores de Chuquicamata.

¹³ Kerr Clark y A. Siegel, "Inter-industry Propensity to Strike", en A. Flanders (ed.), *Collective Bargaining*, Penguin Books, 1966. [Original en William Kornhauser y Arthur Ross, *Industrial Conflict*, Nueva York, MacGraw Hill, 1954.]

En efecto, constatamos que durante los años de 1971 a 1973, los mineros traspasaron su apoyo político a la Democracia Cristiana. Paralelo a ello, retiraron el apoyo a la Unión Socialista Popular, y sólo algunos se lo dieron al Partido Comunista. Estas transferencias de apoyo revelan un fenómeno interesante: los mineros en ese lapso se alinearon con los partidos políticos que representan la oposición política al gobierno de Allende. De partidarios de la izquierda política que fueron durante más de 30 años, los mineros pasaron a ser partidarios de las tendencias políticas del centro y la derecha del país. Este fenómeno se produjo junto a las manifestaciones de conflicto que mencionábamos antes. ¿Por qué se produce? ¿Qué elementos pueden considerarse como explicativos de estas actitudes y acciones tan diferentes de la trayectoria de las orientaciones políticas de los mineros?

Es posible sustentar que el fenómeno de la instrumentalización de los mecanismos de poder es útil para explicar estos cambios. Por ejemplo, en vez de considerar el radicalismo político como reflejo de convicciones ideológicas, podemos simplemente interpretarlo como un medio utilizado para apoyar a los partidos populares que representan a los mineros en el sistema político. En vez de considerar a los partidos populares como representantes de orientaciones políticas de los mineros, podemos sugerir que son más bien medios que los mineros utilizan para lograr reivindicaciones económicas y sociales. Asimismo, en vez de considerar a los mineros como vanguardia del movimiento obrero nacional, se puede sugerir la idea de que en determinadas coyunturas sus intereses economicistas coinciden con los del resto de la clase obrera, pero que esta conciencia es meramente táctica, ya que la distancia que los separa del resto de la clase es tan grande que escasamente habría manera de vincular sus reivindicaciones con las del resto del movimiento obrero.

Se obtiene así un diagnóstico en el cual el radicalismo de la acción de los mineros, la intensidad de los conflictos en la mina y los vaivenes de sus compromisos políticos durante el periodo de 1971 a 1973, están asociados a una posición instrumental en la cual el apoyo político ha sido sólo un medio para mejorar las condiciones de ejercicio del poder de negociación, y no un medio que tenga en perspectiva la transformación profunda de su situación en el sistema de dominación vigente. La adhesión a los partidos populares en vez de ser reflejo de compromisos políticos, posiblemente refleje actitu-

des de éstos en relación con los trabajadores del cobre, considerados más bien como masa de maniobra de apoyo a ciertas estrategias que como componentes de acciones de clase. Así, las relaciones que se dan entre los partidos populares y los mineros son más de clientela que de clase; más relaciones entre una dirección política y grupos de presión que vinculaciones orgánicas entre el partido y la clase.

Los conflictos generados entre los sindicatos y los organismos de participación, así como la posición de los sindicatos frente a la política laboral de la empresa en el periodo de 1971 a 1973, entre otros ejemplos, apoyan la interpretación según la cual los mineros defienden una institución por encima de todas las otras, vale decir el sindicato. Esto es perfectamente coherente con la posición que ocupa de hecho esta organización en el enclave. No son los partidos políticos ni las autoridades gubernamentales los que representan efectivamente a los mineros, es el sindicato el que asume funciones políticas más allá de las propias de defensa de la clase. Es el sindicato el que se inserta, por distintas mediaciones, en el sistema institucional del país, el que juega un papel en el ámbito urbano del enclave y el que muchas veces dirime conflictos familiares o de vecindario. El sindicato es el poder del proletariado de Chuquicamata y de los enclaves en general.

Desde que el sindicato se crea en la década de los treinta, constituye la defensa del minero contra el patrono arbitrario y contra las fluctuaciones de la correlación de fuerzas políticas. Defiende el trabajo y la posibilidad de controlar las condiciones de su ejercicio. Los mineros desconfían del Estado y por eso necesitan contraer alianzas, por ejemplo, con los partidos políticos, para hacerle frente. Por estas razones, los mineros no son ni aristócratas obreros ni revolucionarios, sino más bien actúan en función de estrategias muy típicas de los trabajadores industriales con gran tradición de organización que circunscriben el ámbito de su acción al contexto de la fuente del trabajo. De esta forma actúan más como grupos profesionales que como miembros de una clase. Sus intereses se definen en forma muy limitada y no necesariamente coinciden con los del resto de la clase obrera. A veces, incluso, como fue el caso en la huelga de El Teniente —que jugó un papel importante en el derrocamiento de Allende—, esos intereses coinciden con los de la clase dominante, y las alianzas contraídas con partidos como el demócrata-cristiano o el nacional se vuelven en contra. Por ello, no

es que los mineros sean reaccionarios o derechistas: lo que sucede es que rechazan todo lo que de alguna manera pueda contribuir a debilitar al sindicato, y para ejercer ese rechazo deben recurrir a cualquiera que, por las razones que sea, contribuya a defender lo que ellos conciben como sindicato. Esto es lo que ocurrió en Chuquicamata cuando los mineros vacilan en participar, o en discutir, los nuevos sistemas de remuneración.

Si en las elecciones sindicales de febrero de 1973 se produce un fenómeno nuevo en el mineral, es decir el alineamiento del voto del mineral con las tendencias políticas nacionales, es porque ya no es posible hacer valer sólo el poder de negociación en el sistema político: los mineros deben apoyar a la Democracia Cristiana porque ésta deviene, en esos últimos meses del gobierno de la Unión Popular, en el punto aglutinante de todas las fuerzas que rechazan a esta última con motivaciones muchas veces opuestas. Las motivaciones de los mineros están vinculadas a su rechazo del poder estatal, relacionado a su vez con la postura sindicalista de su acción.

Por lo tanto, el poder de negociación que obtienen como producto de su localización estratégica en la economía, y el radicalismo que manifiestan en el plano político, no son sino medios; instrumentos de lucha que los mineros articulan efectivamente y con los cuales logran ciertas conquistas económicas, posiciones en el sistema político, a la vez que el control de la acción obrera en el mineral. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Salvador, “La participación de los trabajadores en la dirección de Chuquicamata”, discurso del 28 de octubre de 1971.
- Angell, Alan, *Politics and the Chilean Labor Movement*, Oxford, Oxford University Press, 1972.
- Aliaga, Ignacio, *La economía de Chile y la industria del cobre*, Santiago, Talleres Gráficos Ecuador, 1947.
- Barrera, Manuel, “Participación de las organizaciones profesionales en la planificación económica y social de Chile”, *Revista Internacional del Trabajo*, Ginebra, agosto de 1967.
- _____, “El conflicto obrero en el enclave cuprífero”, trabajo presentado en el Seminario sobre Movimientos Laborales en América Latina, Consejo

- Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), México, noviembre de 1972.
- Barría, Jorge, *Los sindicatos de la Gran Minería del Cobre*, Santiago, INSORA, 1970.
- Bitar, Sergio y Grisóstomo Pizarro, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco, 1986.
- Bray, Donald, "Chilean Politics during the Second Ibáñez Administration 1952-1958", tesis, Stanford University, 1961.
- Carrel, André, "Chuquicamata, la mine du bout du monde", *L'Humanité Dimanche*, París, junio de 1973.
- Castro, Fidel, "A los mineros de Chuquicamata", 14 de noviembre de 1971, *Cuba-Chile* (Libro sobre la visita de Fidel Castro a Chile en octubre-noviembre de 1971), La Habana, 1971.
- Central Única de Trabajadores de Chile, *Normas básicas de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas del área social y mixta*, Santiago, 1971.
- CEPAL, "La minería en América Latina", *Boletín Económico de la CEPAL*, vol. 14, núm. 2, 1969.
- Clegg, H.A., "The Substance of Productivity Agreements", en Allan Flanders (ed.), *Collective Bargaining*, Londres, Penguin Books, 1966.
- Cobrechiqui, *Normas básicas de participación*, 27 de octubre de 1971.
- Cobrechiqui, *Respuesta al pliego de peticiones de los trabajadores de Chuquicamata*, Chuquicamata, agosto de 1973.
- Cobrechiqui, "Responsabilidad total", Carta del Gerente General al Consejo de Administración, Chuquicamata, 1973. Publicado en el diario *El Mercurio de Antofagasta* en marzo de 1973.
- Correa, Carlos, artículos en *El Mercurio de Santiago*, diciembre 1971.
- Debuyst, Frédéric, entrevistas a profesionales y técnicos durante el gobierno de Allende, 1972.
- El Mercurio de Santiago*, 23-25 de diciembre de 1971, 17 de febrero de 1972, 5 de junio de 1972, 4 de agosto de 1972.
- French-Davis, Ricardo y Ernesto Tironi, *El cobre en el desarrollo nacional*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad, 1974.
- Figueroa, Marcial, *Chuquicamata. La tumba del chileno*, Santiago, Renovación, 1934.
- Forbes Magazine*, "From Riches to Rags", diciembre de 1971.
- Gall, Norman, *Copper in Chile*, American Universities Field Staff, Fieldstaff Reports, 1972.

- Gálvez, Emilio, “La fuerza de trabajo en la Gran Minería del Cobre”, Memoria, Escuela de Economía, Santiago de Chile, 1966.
- Gutiérrez, Eulogio y Marcial Figueroa, *Chuquicamata, su grandeza y sus dolores*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1920.
- Kerr, Clark y A. Siegel, “Inter-industry Propensity to Strike”, en A. Flanders (ed.), *Collective Bargaining*, Penguin Books, 1966. [Original en William Kornhauser y Arthur Ross, *Industrial Conflict*, Nueva York, MacGraw Hill, 1954.]
- Lafferte, Elias, *Vida de un comunista*, Santiago, Editorial Quimantú, 1971.
- Latham, Ricardo, *Chuquicamata, Estado Yankee (visión de la montaña roja)*, Santiago, Editorial Nascimento, 1926.
- Mikesell, Raymond, *Foreign Investment in the Petroleum and Mineral Industries*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1971.
- Mining Engineering*, “40 years old, Chuquicamata looks to the future”, diciembre 1952.
- _____, “Chuqui”, noviembre, 1969.
- Moran, Theodore, *El cobre es chileno: dependencia en la economía política interna del cobre chileno, 1946-1970*, Santiago, Instituto de Economía de Chile, 1970.
- Morgado, Emilio, *Régimen legal de trabajo y de vida en la Gran Minería del Cobre*, Santiago, Universidad de Chile, 1968.
- Morris, James, *Las élites, los intelectuales y el consenso: estudio de la cuestión social y del sistema de relaciones industriales de Chile*. Santiago, Ed. del Pacífico, 1967.
- Muñoz, Liliana, *Estudio ocupacional de la minería del cobre*, Santiago, Servicio Nacional de Empleo, 1971.
- Novoa Monreal, Eduardo, *La batalla por el cobre, comentarios y documentos*, Santiago, Editorial Quimantú, 1972.
- Nash, June, *We Eat The Mines and The Mines Eat Us*, Nueva York, Columbia University Press, 1979.
- Puga Vega, Mariano, *El cobre chileno*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Reynolds, Clark Winton, “Development Problems of an Export Economy: The Case of Chile and Copper”, en Markos Mamalakis y Clark Reynolds, *Essays on the Chilean Economy*, Homewood, Yale Economic Growth Center, Richard Irwin, 1965.
- Ruiz Tagle, Jaime, “En torno a la situación política chilena, huelga en El Teniente”, *Revista Mensaje*, núm. 219, junio 1973, reproducido en *El Trimestre Económico*, núm. 160.

- Sawyer, Thorp, "A portrait of Chuqui as a young mine", *Mining Engineering*, diciembre 1960.
- Sindicatos de Cobrequi, *Pliego de peticiones*, Chuquicamata, 1971.
- Valdés, Víctor y Aurelio Butelman, *Aspectos económicos y laborales de la Gran Minería del Cobre, 1955-1966*, Santiago, 1969.
- Vera Valenzuela, Mario, *La política económica del cobre en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1961.
- _____, *Una política definitiva para nuestras riquezas básicas*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1964.
- Whitehead, Lawrence, "El comportamiento político de los trabajadores mineros chilenos, un enfoque comparativo", Centro de Estudios de Planificación, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1973, manuscrito.
- Zapata, Francisco, *Los mineros de Chuquicamata: ¿productores o proletarios?*, México, El Colegio de México, Cuadernos del CES, núm. 13, 1975.
- _____, "La acción sindical en la Gran Minería del Cobre (GMC): ¿continuidad o ruptura?", en Francisco Zapata (ed.), *Clases sociales y acción obrera en Chile*, México, El Colegio de México, 1986, pp. 189- 230.
- Zausquevitch, Andrés, Declaraciones al diario *El Mercurio de Santiago* y Antofagasta, febrero de 1972. (Carta renuncia.)
- Zonal de Sindicatos de Cobrequi, "Declaración", 5 de septiembre de 1973, Santiago de Chile.
- Zonal de Sindicatos de Cobrequi, "Declaración", 17 de febrero de 1972, Santiago de Chile.

Quimantú: Palabras impresas para la Unidad Popular*

Viviana Bravo Vargas

Para la izquierda chilena de fines de la década de los sesenta, lo políticamente correcto era hacer la revolución. Con pocos o con muchos, a corto o a largo plazo, con las armas o sin ellas. Salvador Allende era de aquellos que quería las transformaciones a través de una vía pacífica, tal como parecía quererlo la mayoría de quienes lo acompañaban en la Unidad Popular. En tiempos de trincheras bipolares, de amenazas estadounidenses o recetas soviéticas, él marcaba su raya postulando una vía chilena al socialismo “con sabor a empanada y vino tinto”. Su crítica a la organización capitalista del trabajo y de la vida siempre fue profunda, categórica. Como médico, ponía atención a los síntomas del subdesarrollo. Allende se sensibilizaba ante la injusticia, la miseria, la deshumanización productiva, ética y espiritual; le preocupaban la ignorancia, el analfabetismo, el acceso restringido a bienes culturales, que —según su criterio— fortalecían la dominación de las conciencias y los espíritus.

“Sólo un hombre culto puede ser libre”, repetía, tal como lo había hecho varias décadas antes el escritor cubano José Martí. Ambos pertenecientes a una tradición de pensamiento humanista latinoamericano, ilustrado, gestado en sus ciudades y en sus letras. Ambos eran masones y ambos estaban empeñados en elevar la condición educativa de los pueblos, promover valores libertarios y una ética solidaria entre hombres hermanos (las muje-

* Ensayo realizado en el marco del Programa de Becas Posdoctorales de la CEIICH-UNAM. “Cultura política y praxis de la izquierda latinoamericana. Construcción del socialismo, militancia comunista y vida cotidiana (1960-1973)”.

res tendrían que emprender sus propias luchas y definiciones para ser nombradas). Que el conocimiento, junto a la transformación de las relaciones productivas, sería una llave para la emancipación, que liberaría energías y potenciales creadores era una concepción que expuso en el fragor de la década de los sesenta Ernesto Che Guevara. En su extensa carta sobre el papel del hombre en las transformaciones sociales, reflexiona:

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no sólo en la conciencia individual en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este periodo de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capitalista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.¹

Comparemos esas letras con las palabras pronunciadas, siete años más tarde, por Salvador Allende al inaugurar el primer año escolar de su gobierno:

Romper la dependencia cultural y económica es un paso audaz y decisivo en el desarrollo de la patria. Pero construir la nueva vida y la nueva sociedad requiere un nuevo hombre, una nueva voluntad, una nueva responsabilidad y para ello tenemos que prepararnos [...] preparar con pasión patriótica a los niños, para que sean mañana ciudadanos, no sólo en el aspecto de la enseñanza cultural, sino en la transformación interna que haga de ellos los hombres del siglo XXI, con una nueva mentalidad, un nuevo espíritu, una nueva conciencia social.²

La adscripción a una tradición de pensamiento es clara. No son los únicos; en esta dimensión humanista es precisamente donde convergen Allende y los intelectuales que participan en la Unidad Popular. La politización, los debates, los intentos, incluso las ingenuidades y las astucias no sólo se desarrollaron en el proceso de la reforma agraria, la nacionalización del cobre o las tomas de terrenos: también hubo una generación que con sus plu-

¹ Ernesto Guevara, “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Revista Marcha*, Montevideo, 12 de marzo de 1965, p. 4. Disponible en línea en: <http://www.marxists.org/espanol/guevara/65-socyh.htm>.

² Salvador Allende, “¡Por un Chile sin analfabetos! ¡Que todo Chile sea una escuela!” 1971, en *Allende, 100 miradas*, edición especial *La Nación*, 26 de junio de 2008, p. 5.

mas, pinceles y brochas apostó a cambiar el mundo. Aunque se quejaban y hacían correr la tinta para aclamar: ¡la Unidad Popular carece de una política cultural! —porque una cosa eran los “avances” y otra un proyecto coordinado— era esa discusión la que le daba su propio sello. Eso sólo podría comprenderse décadas después.

La Unión Popular tuvo sus modos, sus formas, sus visiones y sueños, de convivencia, de participación, polarización, enfrentamiento y acuerdo. Construyó una comunidad política que aún no consigue librarse del desenlace para pensarla; terminó siendo un puente, entre el antes y lo que sucedió después, pero casi nunca ella misma. De ahí que en estas páginas nos propongamos el desafío de contar otra historia. Una que pueda contextualizar y explicar (en parte) el desgarramiento de las letras que después del 11 de septiembre de 1973 se esparcieron por el planeta; un fragmento que ha resultado incólume en las memorias pero olvidado en la reconstrucción de su pasado, como otras tantas experiencias —quizás infinitas, si infinita es la tentativa humana— emprendidas durante los mil días del gobierno de Salvador Allende. Se trata de la Editora Nacional Quimantú, palabra que en lengua mapuche significa “Sol del saber”. Un ambicioso proyecto cultural que reunió a influyentes intelectuales, creadores y profesionales, y que supo llegar masivamente, con letras locales y universales, hasta bolsillos obreros, hogares campesinos y recónditos lugares de la larga y delgada geografía chilena.

Quimantú desapareció hace 40 años y esta es parte de su historia.

EL PRESIDENTE

Salvador Allende inició su trayectoria política como vicepresidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile. Finalizaba la década de los veinte del siglo pasado, y su protesta frente a la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) le costaba la expulsión de la Universidad. Que lo acusaran de “peligroso agitador” era una cuestión que le tenía sin cuidado: es más, lo enorgullecía. Con ese mismo ímpetu y esa seguridad perturbadora que le hizo ganar fervorosos aliados e indignados enemigos, el joven militante del Partido Socialista fue electo diputado por Valparaíso. Tenía 29 años y pocos días en el cargo cuando llegó hasta el

Congreso santiaguino con un proyecto bajo el brazo. Aunque la defendió con fervor, su primera propuesta legislativa pasó sin trascendencia. A pocos de los legisladores presentes les quitaba el sueño aprobar un proyecto que bogaba por la “alfabetización obrera y campesina”. Insistiría.

Meses después de la escena que relatamos, Salvador Allende se dirigió al nuevo presidente de la república. Don Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), abogado y maestro, era líder del Partido Radical e inauguró el primer periodo de gobierno del Frente Popular. Algunos lo llamaron “el presidente de los pobres” por su preocupación por el bienestar de los sectores populares, y no es casual que Allende hubiese realizando una intensa y esperanzadora campaña electoral en su región. “Gobernar es educar” fue el lema del nuevo presidente, adscrito a la masonería, al igual que el diputado que le entregaba el documento que tenía en sus manos y titulaba (o arengaba): “¡Por un Chile sin analfabetos! ¡Que todo Chile sea una escuela!” invitando a crear un Departamento de Alfabetización. Entre sus párrafos podemos leer:

Nosotros, más que de un problema de alfabetización hablamos de un problema de cultura popular. Por eso cuando observamos y buscamos solución a las necesidades culturales del pueblo, no nos detenemos solamente en los 850 mil analfabetos mayores de nueve años que existen en nuestro país. Nuestra visión es más amplia. Defendemos el derecho a la cultura y no sólo a instrumentos de cultura de toda la masa trabajadora; de todos los que siendo alfabetos no logran concebir y practicar nuevas formas de vida individual y colectiva [...] Defendemos el derecho a disponer de todos los recursos de promoción cultural para el pueblo considerado como entidad orgánica.³

Don Pedro Aguirre Cerda debió mirar con buenos ojos el texto, ya que él mismo había dedicado buena parte de su tiempo a impartir gratuitamente clases nocturnas para obreros. Aún más, Allende tenía sólo 31 años cuando le ofrecieron asumir el cargo de ministro de Salubridad y Previsión Social (1939-1941) y no dudó en renunciar a su escaño como diputado. Fue en ese tiempo cuando publicó su trabajo *La realidad médico-social chilena*, en el que detallaba la desdicha de ser pobre en Chile. Aguirre Cerda murió antes de

³ Salvador Allende, *loc. cit.*

terminar el mandato, pero sus obras e ideas trascenderían. Entre ellas, las cientos de escuelas primarias que inaugurara, la creación de centros de educación técnica, el aumento de plazas para profesores y la mejora de sus condiciones de trabajo. También el programa de Defensa de la raza y el aprovechamiento de las horas libres, con el fin de promover “las buenas costumbres y la instrucción de las masas”, y el respaldo entusiasta al proyecto de ley para instaurar el Premio Nacional de Literatura, a petición expresa de la Sociedad de Escritores junto con un grupo de intelectuales con cargos en el gobierno.

Fue el presidente de las lecciones extraídas de la crisis de la década de los treinta, de la sustitución de importaciones y el fomento de la industrialización nacional a través de la Corporación del Fomento de la Producción de Chile (en adelante, Corfo); de la protección y apoyo crediticio al empresariado local y la tutela del Estado para expandir el mercado interno. No obstante, en ese plan operativo, hubo una ausencia que siguió brillando a lo largo del siglo: el apoyo estatal a la industria chilena del libro. Así, mientras la integración social de la nación se afirmaba en la expansión de la educación y movilidad de las clases medias, y la cultura de masas se consolidaba con la masificación de la prensa y sus lectores, de las radios y sus radioescuchas, el libro vive una etapa de estancamiento. Sus páginas no figuran en el espectro de productos que interesan a la industria cultural moderna del país. Como señala Bernardo Subercaseaux, a comienzos de la década de los sesenta, en las dos principales editoras chilenas de la época, Zig-Zag y Lord Cochrane: “la producción y venta de revistas (con un alto componente de industria cultural extranjera) desplaza completamente a la de los libros (que representaba una posibilidad de industria cultural nacional)”.⁴ En la primera de ellas, las revistas llegan a representar 90 por ciento del volumen total de ventas al año, mientras que los libros solo alcanzan 10 por ciento. Situación parecida en Lord Cochrane, con una relación de 95 a 5 por ciento. En tanto, el número de títulos —entre libros y folletos— producidos anualmente es de 1 227 y diez años más tarde sólo de 1 100. Las primeras ediciones —sin contar los *best sellers*— apenas sobrepasan los 1 500 ejemplares. Si durante el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva,

⁴ Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 1993, p. 150.

como consecuencia directa del proceso de reforma estudiantil (1967-1968) aumentan las editoriales universitarias, éstas no alteran el panorama de una industria del libro de paso lento, desprotegida, imposibilitada de proyectarse en América Latina o de competir con los libros importados sobre todo de España, Argentina y México.⁵

Ante ese contexto, el presidente de la cámara alta, Salvador Allende, presentó un proyecto de ley para la creación de una editorial estatal. Corría el año 1967 y proponía modificar y ampliar los estatutos de la Editorial Andrés Bello, abocada meramente a asuntos legales y jurídicos. Ello, según argumentaba en la moción: “contribuiría a amplificar los horizontes intelectuales y culturales de la nación, se facilitaría a educandos y estudiosos y a lectores en general el acceso a las grandes fuentes del pensamiento nacional y universal”. Además habría que contemplar otro punto estratégico, que no era poca cosa: se abaratarían los costos de los libros, lo que “redundaría especialmente en beneficio de las capas modestas de la población”.⁶ El proyecto fue rechazado. Y para aumentar su frustración, poco después se aprobó una insólita propuesta legislativa: un decreto ley que rebajaba los aranceles y permitía la libre importación de papel a condición de que fuese destinado a revistas y no a libros, lo que daba cuenta del poder de presión de la incipiente industria cultural.⁷

Para ese entonces ya se había presentado como candidato a la presidencia de la república y acumulaba tres intentos fallidos (1952, 1958 y 1964). Fue el 4 de septiembre de 1970 cuando las mesas electorales vitorearon su nombre; meses antes, el bloque de izquierda que conformó la llamada Unidad Popular y que reunía a socialistas, comunistas, radicales, a la izquierda cristiana y al Movimiento de Acción Popular Unitaria Obrero Campesino (MAPU-OC), puso su propuesta sobre la mesa. El programa fue condensado en 40 medidas básicas, que con lenguaje sencillo explicaban el plan de acción inmediato y que grupos de jóvenes voluntarios repartían con

⁵ *Ibid.*, p. 156.

⁶ Salvador Allende, “Moción del H. senador Allende, con la que inicia un proyecto de ley que crea la empresa editora del Estado”, Senado, legislatura extraordinaria, tomo 304, vol. 1, sesión 14, del 26 de octubre de 1967.

⁷ Informe Corfo Industria Editorial. Decreto 1369 de 1968 que establece rebajas a derechos al papel para impresión de revistas, Bernardo Subercaseaux, *op. cit.*, p. 154.

el pregón “por lo que está combatiendo el pueblo de Chile”. En el último ítem, precedido por el medio litro de leche diaria para los niños, becas para estudiantes y trabajo para todos, puede leerse la Creación del Instituto Nacional del Arte y la Cultura, y escuelas de formación artística en todas las comunas, con el fin de democratizar el acceso de las mayorías a los bienes artísticos y culturales del país.

Pero específicamente, ¿dónde estaba el fomento del libro y la lectura? Allende estaba convencido que el *hombre nuevo*, necesitaría contar con esas herramientas, que sólo se podrían promover por medio de una iniciativa estatal. Este era el panorama: el costo de un libro lo ponía fuera del alcance de las mayorías, los tirajes eran reducidos y los autores padecían la falta de reconocimiento social. Esto redundaba en un bajísimo hábito de lectura. Pues bien, la oportunidad de concretar uno de sus viejos sueños se presentó pocos meses después de ser presidente electo. Era febrero de 1971 cuando el presidente se reunió con Jorge Arrate, líder socialista, entonces Director del Instituto de Economía de la Universidad de Chile y luego ministro de Minería de la Unión Popular:

“Tengo un proyecto” me dijo Allende, con ese tono de voz y esa forma particular de enfatizar la pronunciación de las palabras. Tengo ganas de formar una gran editorial pública, y está con dificultades la empresa Zig-Zag. Y agregó: quiero que usted compre esa empresa para fundar esta editorial pública y que lo haga correctamente. Esta es una empresa de ideas, y yo no quiero que pase por el Ministerio de Economía, porque si así ocurre, van a decir que es una expropiación.⁸

Era un anhelo que masticaba mientras preguntaba, reunía información, buscaba *el momento*. Cuando a Jorge Arrate le preguntan si antes de eso él había escuchado algo, se remonta a enero del mismo año, es decir, muy poco antes del nacimiento de Quimantú:

Lo más concreto que recuerdo de eso es que Allende se reunió, en un momento, con el presidente de la Cámara del Libro de La Habana, quien vino invita-

⁸ Ana María Campillo, “Quimantú, utopía o vigencia. Apuntes sobre un proyecto editorial público”, 2007, p. 4. Disponible en línea en: <http://revista-offset.wikispaces.com/file/view/AM+CAMPILLO++Quimant%C3%BA.doc>.

do por el gobierno de Chile [...] Allende nos invitó a almorzar con él a Cerro Castillo. Rodríguez —sólo recuerdo su apellido— era cubano, muy joven, y entonces se vivía un momento de una gran producción de libros en Cuba, a precios que eran una maravilla [...]. En ese almuerzo se habló del libro, de cómo había que gestionar la editorial, del momento político cultural, de la producción masiva de libros, de la distribución, la exportación, el intercambio, etcétera.⁹

LAS LETRAS

Pocos podrían abstraerse de la efervescencia política que se experimentaba en el Chile de la década de los sesenta y comienzos de los setenta. Escritores, artistas plásticos y músicos participaron activamente en el momento histórico que les tocó vivir. Es la época de los manifiestos, del compromiso militante. Obligados a redoblar la guardia y los esfuerzos en aras de la transformación sistémica, en un mundo conmocionado con la Revolución Cubana, la Reforma Universitaria, la muerte del Che en Bolivia, el mayo francés, la Guerra de Vietnam. Cuando piensa en ello el escritor Waldo Rojas, reflexiona: “El mundo se puso algo más serio”. Y la forma de ser y crear se transformó: arte y política, compromiso e inspiración, ser y deber ser, juventud y revolución, ¿cómo separarlos? Los intelectuales y artistas de la Unidad Popular pensaban que había llegado su *momento*. Vivirían la singular experiencia de concretar los sueños y nada peor visto que la actitud contemplativa o el arte hecho desde y para las nubes. Si se pudiera definir la estética oficial del periodo, coincidiríamos con el escritor Jorge Edwards¹⁰ en que con Allende entra a La Moneda la estética del *Canto general* de Neruda: así de épica, social y territorial, agregaríamos.

Con el entusiasmo de los inicios, asumían que les aguardaban grandes tareas que requerirían de su compromiso cotidiano, sacando la inspiración desde el terruño y los conflictos cotidianos. “Con Allende en septiembre, a vencer”, coreaba el himno electoral interpretado por el grupo Quilapayún

⁹ *Ibid.*, p. 5.

¹⁰ Jorge Edwards, “La relectura creativa”, en Manuel Antonio Garrretón, Saúl Sosnowski y Bernardo Subercaseaux, *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 49.

y la Orquesta Sinfónica Popular. Los acordes de Víctor Jara, Inti-Illimani, de la familia Parra, entre otros músicos de la llamada “nueva canción chilena”, acompañaron con sus guitarras contestatarias e instrumentos andinos los actos del candidato. Las brigadas de muralistas como Ramona Parra y Elmo Catalán llenaron de puños y cascos obreros avenidas centrales y calles periféricas. El pintor Roberto Matta regresó a Chile luego de años de radicar en Francia, orgulloso del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba. Entrevistado en mayo de 1971, mientras realizaba un trabajo colectivo junto a jóvenes brigadistas en las paredes de una alberca comunal, explicaba: “La idea partió de la municipalidad, que me pidió que realizara un mural aquí. No podía ser tipo museo, se me ocurrió hacerlo con los muchachos porque si van a cambiar las cosas, tiene que cambiar la idea de museo. Los museos tienen que ser todas las calles y no lugares cerrados [...] Lo que a mí me interesa es que salga un arte de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo”.¹¹

El escritor y premio nacional de literatura (1998) Alfonso Calderón recuerda las clases en las poblaciones, la labor de difusión de la cátedra abierta del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (en adelante Ceren), dirigido por Manuel Antonio Garretón; los grandes festivales de cine de la Europa Central; los foros y las cinetecas que llegaban a los barrios populares, y el Museo de la Solidaridad, cuyos cuadros comenzaban a enviarse al país.¹²

También el teatro cobraba nuevos bríos bajo el auspicio de la Central Única de Trabajadores (en adelante CUT), con la conformación de Teatro Nacional Popular. Las compañías de aficionados crearon y representaron obras dramáticas que trataban el “tema” de la época: la lucha social y la participación de los trabajadores en las conquistas sociales. Algunas recorrieron el país de norte a sur y viceversa, a bordo del llamado “tren de la cultura”, organizado por el Departamento de Cultura que fuera presidido por Waldo Atías. Comparten vagones con bailarines, como los del conjunto de baile de la fábrica Yarur, músicos como Ángel Parra y reconocidos escritores.

¹¹ “Roberto Matta y las BRP: un arte sin cuello ni corbata”, *Revista Ahora*, núm. 32, 23 de mayo de 1971, p. 8.

¹² Alfonso Calderón, “1964-1973: La cultura. ¿El horror de lo mismo de siempre?”, en Manuel Antonio Garretón, *et al.*, (eds.), *op. cit.*, p. 28.

Para familiarizar a las masas con la poesía, Neruda recorrió las minas leyendo sus versos, mientras el proceso en curso marcaba con énfasis a la llamada generación literaria de los *novísimos* o generación del sesenta. Entre mesas redondas, recitales colectivos, ediciones conjuntas, los jóvenes literatos compartían las musas de lo cotidiano, la defensa de una propuesta estética y política, el lenguaje sencillo, la ciudad, la sociedad de consumo y la ironía. Como señala el escritor Fernando Jerez:

Al comienzo de los años setenta la capacidad creativa de estos escritores adquiere nuevos rumbos, quizás caminos inesperados debido a la presión que ejercen sobre su sensibilidad los ecos de las luchas sociales que conmueven al país y a gran parte del continente. Estas realidades provocadoras intervienen en la formación de un mundo interior que habrá de manifestarse con mayor o menor énfasis en sus obras. Se encuentran ante un mundo insoslayable y con perspectivas claras de poder llegar con su arte a la comunidad, en los umbrales de un sueño posible.¹³

Las letras chilenas parecen vivir una época floreciente. En 1971 es otorgado el Premio Nobel al poeta comunista Pablo Neruda; Nicanor Parra, el antipoeta, publica *Artefactos*. Carlos Droguett sorprende con *Todas esas muertes* y *El hombre que trasladaba las ciudades*. Aparece *Muertes y maravillas*, de Jorge Teillier; *Cielo raso*, de Waldo Rojas; de Armando Uribe *No hay lugar*, de Hernán Lavín Cerda *La conspiración* y Miguel Arteche recopila su trabajo en *Antología de veinte años 1950-1970*. Omar Lara publica *Los buenos días*, Mario Ferrero, *Jesucristo en el clóset* y Osvaldo Gitano Rodríguez *Estado de emergencia*. Entonces Ariel Dorfman tiene 31 años y ha escrito *Para leer al Pato Donald* y pronto lanzará *Moros en la costa*; Hernán Valdés publica *Zoom* con 37 años, al igual que Poli Délano que ya suma en su haber *Gente solitaria*, *Amaneció nublado*, *Cuadrilátero*, *Cero a la izquierda*, *Cambalache* y *Vicario*; Antonio Skármeta, a sus 33 años, ha escrito los libros de cuentos *El entusiasmo* y *Desnudo en el tejado*, galardonado con el premio Casa de Las Américas, reconocimiento que obtuvo en 1968 Enrique Lihn con su *Poesía de paso*; Fernando Lamberg con *Señoras y señores* y Poli Délano con *Cambio de máscara* en 1973.¹⁴

¹³ Fernando Jerez, "Generación del 60, tiempos difíciles", s/f, p. 1. Disponible en línea en: <http://www.escritores.cl/base.phpf1=articulos/texto/gener60.htm>

¹⁴ Olver Gilberto de León, *Literaturas ibéricas y latinoamericanas contemporáneas: una introducción*, París, Ophrys, 1981, pp. 226-227.

Un lugar privilegiado para aglutinar a la gente de letras de aquel entonces fueron las universidades y sus revistas, como *Trilce*, de la Universidad Austral de Valdivia; *Arúspice*, de la Universidad de Concepción; *Tebaida*, formada por alumnos y profesores de la Universidad de Chile de Arica, Iquique y Antofagasta, y la constitución de grupos literarios entre los que destacó el Taller de Escritores de la Universidad Católica, organizado por Enrique Lihn y Luis Domínguez en 1969. Bajo los muros del Salón Ducal de la casa central universitaria, se reunieron escritores *novísimos* junto a otros de la llamada generación del cincuenta, para hablar, analizar y discutir textos de poesía, prosa, ensayo y teatro.¹⁵

Si bien su razón de ser era el quehacer literario, ante la campaña electoral de Allende y el triunfo de la Unidad Popular, el propio Taller comenzó a experimentar el furor de la discusión política y los vaivenes polarizadores de la época. Rememora Enrique Lihn:

En la reunión de despedida del año, cuando nos reunimos con el rector y otras autoridades universitarias, uno de los poetas pidió la palabra para mostrarse disconforme con la actividad del taller [...] desaprobó el hecho de que nos hubiéramos enclaustrado manteniéndonos en nuestras reuniones semanales [...] en las nubes, mientras a nuestro alrededor reinaba un clima electrizado. Pidió, pues, que los poetas respondieran en lo sucesivo a ese estímulo y que participaran en la lucha a través de su propia obra, llevando a la poblaciones una aclaración suficiente sobre los procedimientos lingüísticos de su especialidad, haciéndolos así extensivos a la comunidad. No guardar falsos secretos, compartirlos con todos. Promover la acción poética general o al menos escribir para las mayorías en el lenguaje de las mismas, en, por y para las masas.¹⁶

Las reuniones de la Universidad Católica fueron la plataforma del llamado Taller de Escritores de la Unidad Popular compuesto por Alfonso Calderón, Poli Délano, Luis Domínguez, Ariel Dorfman, Jorge Edwards,

¹⁵ En él participaban: Luis Domínguez, Ariel Dorfman, Jorge Edwards, Cristián Huneeus, Hernán Lavín Cerda, Enrique Lihn, Germán Marín, Waldo Rojas, Antonio Skármeta, Federico Schopf, Hernán Valdés, Omar Lara, Manuel Silva, Gonzalo Millán, Marta Blanco, Adolfo Couve, Martín Cerda, Cecilia Vicuña, Mauricio Wacquez, Sonia Quintana, César Soto, Carlos Olivares y Jaime Quezada.

¹⁶ Enrique Lihn, *Circo en llamas: una crítica de la vida*, Santiago, Lom Ediciones, 1997, pp. 124-125.

Cristián Huneeus, Hernán Lavín Cerda, Enrique Lihn, Hernán Loyola, Germán Marín, Waldo Rojas, Antonio Skármeta, Federico Schopf y Hernán Valdés, pero, aunque así deciden llamarse, no los pensemos monolíticamente. Entre ellos afloran y se agudizan tensiones, diferencias, recelos; Enrique Lihn, en su *Circo en llamas* (1997), rememora acontecimientos, polémicas y desencuentros sobre el lugar correcto de la enunciación o las libertades y las censuras de la palabra. A pesar de ello, los unía el compromiso con la emancipación humana y la crítica radical al subdesarrollo capitalista. Cultura y educación serían las herramientas para conformar una anhelada comunidad de lectores emancipados, seres libres de la enajenación, hombres nuevos. Sobre el espíritu que unió al grupo rememora Alfonso Calderón:

Hicimos de las bravatas y de las consignas un poema brechtiano a voces [...] los intelectuales de la Unidad Popular (así decidimos nombrarnos) quisimos que la cultura alcanzase los privilegios necesarios para fundar la utopía global. Entre nosotros se discutió la idea de crear el Ministerio de la Cultura, un probable instrumento institucional capaz de resolver en su interior las contradicciones culturales de Chile. Allí había un rasgo genérico que valida nuestras insuficiencias: creer en la virtud mágica de las instituciones [...] Creíamos que el arte iba a caer sobre las masas como el gran maná. El artista iba a ayudar a poner las cosas en su lugar. El gesto moral del artista ya no sería la voz que clamaba en el desierto.¹⁷

En diciembre de 1970, difundieron un documento titulado “Política cultural y gobierno popular”, en el que además de dar cuenta del panorama apuntando a la carestía de los productos culturales, la reverencia ante formas y contenidos extranjerizantes y alienantes, invitaba a formar un Instituto del Libro y las publicaciones. Aquí podemos leer parte de su diagnóstico:

El empobrecimiento deliberado del horizonte emocional y racional de nuestro pueblo, el antiguo culto de ciertos mensajes verbales (la eficiencia, la tranquilidad, el orden, el trabajo, la patria, la tecnología, la ciencia pura) [...] la utilización de una subcultura extraña (cómicos, cine-novela, seriales de televisión), la

¹⁷ Alfonso Calderón, *op. cit.*, p. 25.

falsificación turística de la cultura autóctona [...] el analfabetismo oficial, real y disfrazado, la carencia de estructuras (educativas, distribuidoras, difusoras, etcétera) y la total desorganización y falta de coordinación de las existentes, la centralización y la falsa institucionalización, se consagran en organismos obsoletos o en instituciones legítimas que, al sufrir la tergiversación de su sentido, se reducen a aparatosas fachadas que impiden el ejercicio de sus verdaderas funciones sociales.¹⁸

Parte de los debates respecto a la política cultural de la Unidad Popular quedaron transcritos, por ejemplo, en la compilación de intervenciones de la Asamblea Nacional de Trabajadores de la Cultura del Partido Comunista de Chile, “La revolución chilena y los problemas de la cultura”, realizada el 11 y 12 de septiembre de 1971. En el polémico libro *La cultura en la vía chilena al socialismo*, en el que se incluyen ensayos de Enrique Lihn, Hernán Valdés, Cristián Huneeus, Carlos Ossa Coó y Mauricio Wacquez, en diciembre del mismo año; además de las revistas culturales de la época, en especial *Quinta Rueda*. En ellos podrá leerse sobre la desconfianza hacia los centros en materia cultural (léase París, Londres, Nueva York y, para algunos, Moscú o La Habana); el problema de la dependencia, la enajenación, la vuelta a las raíces, lo insatisfactorio de los avances de la Unión Popular en términos culturales. El anuncio del próximo nacimiento Editora Nacional Quimantú vendría a bajar un poco el volumen de la discusión y arrancarles más de una sonrisa. No sólo por la posibilidad de democratizar el acceso a la industria del libro; también podrían participar con propuestas de contenido y, mejor aún, podría masificarse el trabajo de los autores nacionales, sobre todo de aquellos comprometidos con *la tarea de las tareas*: el cambio social. Continúa Alfonso Calderón:

En medio del rigor de la batalla por el cambio, aterrados por el peso de un voluntarismo ineficaz y precario, dogmáticos sin vuelta, locuaces de tiempo completo, hubo un hecho que fue el gran trabajo creativo de ese tiempo, la mayor conquista cultural de la que yo pueda dar cuenta, y eso fue el nacimiento de la Editorial Quimantú, de la cual fui asesor literario, luego de que Jorge Arrate, por encargo del presidente Allende, decidiera cumplir con la petición constante de tener un lugar en donde el libro fuera algo más que un negocio, movién-

¹⁸ “Política cultural y gobierno popular”, *Revista Cormorán*, núm. 8, diciembre de 1970, pp. 7-10.

dose en un terreno en donde pudiera vertebrarse un quehacer capaz de volver natural la cultura, poniéndola al servicio de todo el mundo, no de un partido, de una clase, de una facción, de un interés mezquino.¹⁹

Como ha señalado Bernardo Subercaseaux, en una experiencia inédita, la industria estatal promovió el ingreso del libro a la cultura de masas.²⁰ “Hicimos la revolución del libro” diría orgullosamente, 20 años más tarde, el editor Joaquín Gutiérrez, y quizás, no exageraba.

LA EDITORIAL

Mientras, los debates de toda índole se escuchaban en las politizadas y ajetreadas calles, aulas y plazas de la sociedad chilena. En los talleres de la influyente Editorial Zig-Zag no tenía atisbos de solucionarse el conflicto laboral entre los trabajadores de la empresa, que pedían poner al día sus pagos atrasados y reajustes de salarios, y sus patrones, que acusaban poco corriente por estar al borde de la quiebra. Fue entonces cuando el gobierno —después de unos meses de negociaciones— decidió intervenir con una oferta de compra. Así, el 12 de febrero de 1971, el ministro de Economía y Comercio, Pedro Vuskovic, el director del Instituto de Economía de la Universidad de Chile, Jorge Arrate, y Sergio Mujica, presidente de la empresa Zig-Zag, firmaron el acuerdo de compra-venta. Comenzaba su estatización. La empresa fue nacionalizada —no expropiada— y pasó a engrosar la llamada Área de Propiedad Social.

Aunque se desconoce el monto total de la transacción, se supo que el Estado entregó al contado 35 por ciento del precio total; el resto sería pagado a través de bonos emitidos por el Banco Central. Quimantú heredó las dependencias ubicadas en Avenida Santa María 076, barrio Bellavista de Santiago, con todas las condiciones para ser autosuficiente: amplios espacios de almacenamiento, maquinarias de punta (tres de huecograbado rotativo, tres rotativas offset y tipográficas) y todos los servicios accesorios de fotomecánica, composición, encuadernación y distribución. Heredó

¹⁹ Alfonso Calderón, *op. cit.*, p. 27.

²⁰ Bernardo Subercaseaux, *op. cit.*, p. 175.

además alrededor de 800 trabajadores calificados no sólo en el taller, sino en cuestiones administrativas, de mercadotecnia y distribución. Conocimiento, experiencia, calidad y velocidad se combinarían en los requerimientos de una producción masiva, hasta entonces desconocida en el país. A ello se agregó una mística que es difícil explicar. Vamos a intentarlo.

Alfonso Calderón renunció a su sueldo en Zig-Zag (que continuaría imprimiendo su paquete de exitosas revistas) para apoyar al sociólogo Tomás Moulián en el departamento de literatura. Lo mismo sucedió con Guillermo Canals, futuro director de la División de Comercialización con largo camino en la administración pasada; además de Claudio Torres, quien continuó a cargo del Departamento de Promoción y campañas publicitarias. El aumento de producción requirió duplicar el personal y crear un tercer turno. La organización de los trabajadores fue orientada según las normas de la CUT, es decir, con sindicato único, asambleas generales y comités de producción. A través de ellos, los obreros destacaron con iniciativas para reducir costos, aumentar la producción o paliar la falta de materiales o piezas que no llegaban al país debido al bloqueo estadounidense. Tal fue el caso de piezas usadas para separar colores durante la impresión o para revelar los tirajes dentro de la sección de fotograbado. Según relata el periodista Tito Drago, quien participó en el departamento de publicidad, los comités organizaron en 1973 una muestra de piezas fabricadas por ellos mismos, para reemplazar piezas rotas o gastadas en las máquinas de composición, fotografía, impresión y encuadernación.²¹ Era una experiencia que se repetía en otras fábricas. Es más, el inmenso cartel de 24 por ocho metros, que desde mayo de 1972 cubría el frontis alto del edificio, anunciando: Editora Nacional Quimantú, fue confeccionado gracias al trabajo voluntario, con materiales recuperados que bajaron drásticamente su costo.

Los principales partidos de la Unidad Popular estuvieron representados en el organigrama administrativo. La dirección de la División Editorial fue encomendada al escritor y periodista costarricense Joaquín Gutiérrez, comunista cercano al círculo de Neruda, con larga trayectoria en la Editorial Nascimento. Como Jefe de Ediciones Especiales fue nombrado el socialis-

²¹ Solene Bergot, "Quimantú: editorial del Estado durante la Unidad Popular Chilena", *Revista Pensamiento Crítico*, núm. 4, noviembre 2004, p. 10. Disponible en línea en: http://pensamiento-critico.imd.cl/attachments/099_s-bergot-num-4.pdf

ta Alejandro Chelén Rojas, obrero salitrero, del cobre y la plata, lector apasionado y periodista aficionado. El llamado “cuoteo político” permitió diversificar las publicaciones, aunque también trajo algunos conflictos. La anécdota que recuerda Jorge Arrate es ilustrativa: “Por ejemplo en libros, donde estaban Alejandro Chelén y Joaquín Gutiérrez —que es como poner a un nieto de Stalin junto a un nieto de Trotsky— Alejandro propuso publicar *Historia de la Revolución Rusa* de León Trotsky. Y ardió Troya. Allende tuvo que intervenir para resolver el *impasse*, y dirimió el asunto decidiendo que ese libro debía publicarse”.²²

En agosto de 1971 apareció el primer ejemplar. Antes de eso, el equipo debió resolver varias interrogantes: ¿Cómo motivar la lectura de libros?, ¿sería suficiente la red de librerías?, ¿bastaría una campaña difusora para que los sectores populares llegaran hasta ellas? A principios de 1970 existían en Chile alrededor de 108 librerías, 75 por ciento de ellas ubicadas en Santiago y concentradas en los barrios acomodados, principalmente Providencia, Las Condes, Ñuñoa y La Reina. Otro problema objetivo eran los horarios, pues estaban cerradas cuando los ciudadanos de a pie salían del trabajo. Quimantú quiso cambiar la lógica: si ellos no venían al libro, los libros irían hasta ellos.

Hemos señalado que hasta entonces el público chileno prefería con creces el consumo de revistas, cuestión que era apoyada por un buen contingente de afanosos voceadores callejeros, suplementeros y una nutrida red de quioscos. ¿Y qué tal si para distribuir los libros se utilizaban esos viejos contactos en los que *Zig-Zag* solía colocar sus productos? Fue una iniciativa hasta entonces desconocida en el país. A la red de puestos de periódicos se agregó un sistema de venta directa a través de convenios con sindicatos, oficinas de personal, organizaciones comunales, estudiantiles, centros de madres y jardines infantiles. Incluso, se solicitó el apoyo de la Fuerza Área para llegar hasta zonas apartadas del país, como la Isla de Pascua o la austral Punta Arenas. “Armamos una flotilla de camiones, que exhibían el material en repisas y que iban por los barrios vendiendo”, recuerda Joaquín Gutiérrez;²³ además, se acondicionó un servicio de *bibliobuses playeros* que

²² Ana María Campillo, *op. cit.*, p. 7.

²³ Joaquín Gutiérrez, “Hicimos la revolución del libro”, *La Tercera*, 28 de diciembre de 1999, p. 1. Disponible en línea en: <http://www.meliwaren.cl/>.

recorrían el litoral ofreciendo libros para acompañar el verano. Mejor aún, los libros eran baratos.

Cuando la mayor parte de las editoriales tenían tirajes de entre 1 500 y 2 500 ejemplares, y la producción anual oscilaba entre nueve y 15 mil ejemplares; Quimantú nunca bajó de los 5 mil, de hecho, el promedio eran tirajes de entre 30 y 50 mil. Si sumamos todas sus producciones (libros, revistas y documentos especiales) tenemos un promedio de hasta 800 mil ejemplares mensuales, dentro de los cuales 500 mil son libros. Es decir, llegó a producir en un mes lo que Zig-Zag en un año y en doce meses lo que producían todas las editoriales del país en casi cuatro años. Y esto enfrentando problemas de escasez de papel. En sus 32 meses de vida imprimió casi 12 millones de libros.²⁴

Enrique Penjean, encargado del área de difusión, explicaba las distribuciones de ventas: “Por ejemplo, de los 50 mil ejemplares de una obra, 30 mil son distribuidos en los quioscos (20 mil en Santiago y 10 mil en provincia) y 20 mil a través de otros canales (librerías, instituciones, organizaciones sindicales, centros de estudio)”.²⁵ Cada lanzamiento —semanal o quincenal— se acompañaba con diversas actividades de promoción, que incluían “jornadas de trabajo voluntario” en barrios, fábricas, minas y campos. Los carteles que anunciaban nuevas publicaciones empapelaban la ciudad. Entre sus principales consignas: “El libro Quimantú: Una llave para abrir cualquier puerta”, “Sólo progresa aquel que sabe”, “Su mejor amigo, su mejor instrumento de progreso, alimenta su diaria lucha por un futuro mejor”. Además, se realizaron coproducciones con Televisión Nacional que, por ejemplo, reproducía documentalmente los contenidos de la colección “Nosotros los chilenos”, y sus anuncios ganaban espacios dentro del circuito de revistas y periódicos. En uno de ellos podemos leer: “Así como Juan Pérez acostumbra comprar todos los días su medio kilo de pan, la leche, la carne y los huevos, hoy día podrá incorporar a su pedido de rutina un libro. Un pedazo de cultura que descubrió en el quiosco de la esquina de su casa, por el valor de 12 escudos. Y lo mejor de todo es que

²⁴ Bernardo Subercaseaux, *op. cit.*, pp. 172-175.

²⁵ César Alborno, “La cultura en la Unidad Popular. Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en Julio Pinto (coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2005, p. 155.

Juan Pérez —el mismo— es el protagonista de ese libro dedicado hoy a los organilleros, mañana quizás a los lustrabotas, camaroneros, garzones o ministros de Estado”.²⁶

Doce escudos era lo que costaba un paquete de cigarros Hilton, los más comunes de la época. Hoy se trataría de menos de un dólar. Masividad, distribución y bajos precios sería la fórmula para crear un nuevo hábito. Continúa el anuncio: “Si Juan Pérez se tienta y comienza a adquirir esos libros semana por semana, y los mete en la misma bolsa que el pedido del pan, la leche y los huevos, entonces los integrantes del equipo Editorial Quimantú podrán darse por satisfechos”.

Ahora, ¿qué textos se editaron? Los temas fueron bastante diversos, en parte, como hemos señalado, gracias al crisol que conformaban las posturas dentro de la Unión Popular, además de contar con connotados asesores literarios. Dentro de sus colecciones podemos agrupar cuatro grandes categorías: los abocados a la literatura universal y nacional, sin duda, entre las colecciones más recordadas y exitosas; las colecciones de concientización y debate de corte netamente político e ideológico; una tercera vertiente de inspiración etno-antropológica, y una cuarta en la que se encontraba un paquete de revistas dirigidas a sectores específicos (mujeres, niños, jóvenes, artistas). En la primera categoría destacó, desde octubre de 1971, la colección Quimantú para todos, que escogió para iniciarse los dos tomos de la *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán, escritor proletario exponente de la combativa generación literaria del 38. Aprovechando una novela que se desarrolla en la huelga de los tranviarios en la década de los treinta, la serie se presenta de la siguiente manera: “Esta colección nace dirigida a satisfacer una amplia necesidad cultural: la de ofrecer lo mejor de la literatura chilena, latinoamericana y universal de todas las épocas a precios al alcance de nuestro pueblo, abriéndole así una ancha ventana hacia la vida”.

Dos semanas más tarde fue el turno de Gabriela Mistral, con *Todas íbamos a ser reinas* y se fueron turnando puntualmente: *El chilote Otey y otros relatos* de Francisco Coloane, *La viuda del conventillo* de Alberto Romero e *Hijo de Ladrón* de Manuel Rojas. Entre textos de Pablo Neruda, Alberto

²⁶ “Quimantú para todos”, *Revista Ahora*, núm. 29, 2 de noviembre de 1971, p. 45.

Blest Gana, Gorki y Gogol, circuló *Poesía popular chilena* a cargo de Diego Muñoz; *Diez cuentos de bandidos*, seleccionados por Enrique Lihn; *Historias de risas y lágrimas* con trabajos de José Miguel Varas, Alfonso Alcalde, Nicolás Ferraro y Franklin Quevedo. Sobre su repercusión, asegura Alfonso Calderón:

Doy fe: la antología de Gabriela Mistral, *Todas íbamos a ser reinas*, vendió más que todas las ediciones de todos los libros juntos de la Mistral que aparecieron entre 1922 y 1971. Le oí al novelista Alberto Romero decir que la edición nuestra de *La viuda del conventillo*, su más conocida novela, de la que se publicaron dos ediciones de 50 mil ejemplares cada una, le produjo ingresos por derechos de autor mucho más elevados que el total percibido por los trece libros que publicó.²⁷

Algo similar ocurrió con la colección Minilibros. Transportable en el bolsillo de cualquier trabajador o estudiante, desde julio de 1972 apareció semanalmente en los quioscos, con tirajes que no bajaron de los 30 mil ejemplares e incluso llegaron hasta 100 mil, como fue el caso de las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. El primer número del pequeño formato de 15 por 7.2 centímetros fue, *El chiflón del diablo*, de Baldomero Lillo. Luego tocaría el turno a Edgar Allan Poe, Dostoyevsky, Salgari y Conan Doyle, entre otros. Las letras y los autores nacionales que publicó Quimantú, en términos generales se solidarizaron con el mundo de los desheredados y la injusticia social. Bajo su sello editorial, Volodia Teitelboim presenta *Pisagua*; a pesar de lo convenido con otra casa editorial, Pablo Neruda publica *Poemas inmortales* e *Incitación al Nixonicidio*. Armando Cassigoli aparece con la selección de cuentos agrupados en *Pequeña historia de una pequeña dama*, Gonzalo Drago con *Mister Jarpa*, Alfonso Alcalde con *Las aventuras del Salustio y el Trubico*, Walter Garib con *Festín para inválidos*, Braulio Arenas con *La promesa en blanco* y Germán Marín con *Fuegos artificiales*. También, por supuesto, hay que referir a un clásico de la época: *Y corría el billete* de Guillermo Atías. Esta novela, que trata sobre los problemas que enfrentan los obreros de una fábrica expropiada, se agotó poco después de su aparición en abril de 1972 y salió una segunda edición antes de finalizar el año.

²⁷ Alfonso Calderón, *op. cit.*, p. 28.

Aunque aún faltan por realizarse estudios de recepción e impacto en términos de lectura para indagar qué pasaba en los hogares una vez comprado un libro, los índices de venta muestran que en pocos meses se alcanzaron cifras que antes requerían años. En los microbuses y sus paradas se veía a hombres y mujeres, jóvenes y viejos, entretenidos con la lectura de sus libritos. Alfonso Calderón asegura: “La lectura se convirtió en un hábito positivo. Podíamos ver a los empleados, obreros y estudiantes esperando, en cola, junto al quiosco, para adquirir el último libro editado por Quimantú”,²⁸ y Joaquín Gutiérrez coincide: “La gente andaba con sus libritos en la mano para leer en los buses. Era muy lindo el cariño que se despertó en los trabajadores por la cultura. Logramos cambiar socialmente el panorama del libro, porque hasta ese momento era privilegio de una elite”.²⁹ El proyecto lograba no sólo el objetivo de llegar a los sectores populares, sino de crear bibliotecas en sus casas: “Hay un caso de una persona que llamó a Quimantú para pedir que por favor distribuyéramos también anaqueles, porque no tenía donde poner los libros que estaba adquiriendo, nunca había poseído libros, ni menos un estante para coleccionarlos”.³⁰

Entre las colecciones de corte netamente político-ideológico destacaron los Clásicos del Pensamiento Social, bajo la cual se editaron textos de Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Bujarin, Kautsky y Ernesto Che Guevara, entre otros. La presentación incluía una breve referencia del autor y situaba la obra que el lector tenía en sus manos. También salieron a la calle los llamados Cuadernos de Educación Popular, a cargo de Marta Harnecker y Gabriela Uribe. Estos cuadernillos, de 50 a 60 páginas, iban acompañados de fotografías, ilustraciones y un pequeño cuestionario sobre los temas tratados; se distribuían preferentemente en sindicatos y organizaciones barriales. Su primer ejemplar, *Explotados y explotadores*, apareció en 1971. Siguió *Monopolios y miseria, Capitalismo y socialismo y Lucha de clases*, entre otros. En ellos la vocación pedagógica no podía —ni quería— ocultar la inspiración althusseriana de su mentora, Marta Harnecker. Así, se presentan las credenciales de la colección: “Responden a la necesidad que tiene

²⁸ *Ibid.*, p. 27.

²⁹ Joaquín Gutiérrez, *op. cit.*, p. 1.

³⁰ *Ibid.*, p. 2.

cada país de producir sus propios textos de educación política, para elevar la conciencia de las grandes masas y permitir que sean ellas quienes construyan en forma efectiva y creadora su propio futuro”.

En la colección Camino Abierto se publicaron los debates sobre el proceso en curso y las distintas estrategias de conducción del movimiento popular que se confrontaban dentro de la Unión Popular. Así, en el prólogo al libro *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista*, dedicado a los 39 años de su trayectoria, el historiador Julio César Jobet y Alejandro Chelén Rojas polemizan con el Partido Comunista. Lo mismo ocurre con el controvertido texto de Carlos Altamirano, *Decisión revolucionaria*, publicado en abril de 1973. Pero la colección también servía para explicar con dimensión histórica ciertas coyunturas. En esa línea se publicaron cinco mil ejemplares de *Génesis histórica del proceso político chileno actual*, fruto del trabajo de investigación encomendado a los académicos del departamento de sociología de la Universidad de Chile, Enzo Faletto, Eduardo Ruiz y Hugo Zemelman, y *La batalla por el cobre* de Eduardo Novoa Monreal.

Por otra parte, en la perspectiva etno-antropológica, desde octubre de 1971 sobresalió la colección Nosotros los chilenos, en un principio a cargo del escritor Alfonso Alcalde y del editor Alejandro Chelén Rojas, y más tarde de Hans Ehrmann y Mario Vergara. En un formato horizontal de 18.5 por 14 centímetros, alrededor de 96 páginas, más de 50 fotografías de Patricio Guzmán, Carlos Tapia y Luis Ladrón de Guevara, y tiraje quincenal, quería ensanchar las bases de la nación incorporando personajes, oficios y hábitos de la cultura popular. Estos trabajos de investigación documental se abocaron al conocimiento de distintas facetas de la “chilenidad”. Sobre su orientación explicaba Alfonso Alcalde: “Se trata de una transición entre el libro y el reportaje, que permitirá desarrollar aquellos temas que quedaron en el tintero de los periodistas y a la vez de la verdadera significación que se merecen algunos oficios e historias tan comunes a nuestro pueblo [...] Nuestras penas y alegrías, nuestro trabajo, nuestra historia”.³¹

Hubo números dedicados a la mujer, como *La mujer chilena* de Amanda Puz y *La emancipación de la mujer* de Virginia Vidal; a los *Niños de Chile* a

³¹ Alcalde, art. cit., p. 48.

cargo de Cecilia Urrutia, quién también escribió *Historia de las poblaciones callampas* y *Los inventores obreros*. El poeta de 30 años y exdirector de la revista *Arúspice*, Jaime Quezada, se dedicó a *Leyendas chilenas*. Entonces escribía:

Lo que ha venido desde los tiempos del Rey Perico, seguirá, por cierto, de boca en boca, sin perder su magia, imaginación y apasionamiento. Y de cómo nuestro pueblo ha conservado y mantenido y divulgado esta tradición oral, de generación en generación, es digno de tomarse en cuenta. Ello contribuye al enriquecimiento de nuestra literatura folclórica, a amar de veras el alma de lo chileno, a darle valoración y significado. Esa es —no cabe duda— nuestra intencionada actitud también.³²

Alfonso Calderón colaboró con *Cuando Chile cumplió cien años*, Patricio Manns con *Las grandes masacres* y *Breve síntesis del movimiento obrero*, Hernán San Martín aportó *Los araucanos*, Carlos Ossa Coo hizo *Historia del cine chileno* y Alfonso Alcalde *Comidas y bebidas de Chile*, Jaime Concha le dedicó un número a los novelistas y otro a los poetas del país. Las páginas sobre *La nueva canción chilena* quedaron a cargo de Fernando Barraza y *El teatro chileno* en manos de Orlando Rodríguez. Aunque el libro era lo central, las revistas también estuvieron dentro de la estrategia editorial. Fue el caso de la revista *Paloma*, donde colaboraban periodistas como Marcia Scantleberry, Cecilia Allendes, Luisa Ulibarri y Ximena Ortúzar, quien señala que a pesar de estar dirigida a la mujer, estaba dedicada a toda la familia chilena, y recalca lo de *chilena*, ya que sus principales competidoras mostraban rostros europeos y una moda imposible de seguir para los estándares nacionales. La miscelánea *Paloma* traía consejos para cocinar con ingredientes baratos, entrevistas, columnas de opinión, etcétera.³³

La revista juvenil *Onda*, marcada por una estética psicodélica y diversidad temática, fue creada por los socialistas de Quimantú como una alternativa a la revista *Ramona*, de la misma editora, cuyo público objetivo apuntaba —como señala su nombre— preferentemente hacia las juventudes comunistas. Se reprochaba de “ser muy livianos” a los unos o de “ser muy gra-

³² Jaime Quezada, *Leyendas chilenas*, Santiago, Editorial Quimantú, 1973, p. 8.

³³ Entrevista con Ximena Ortúzar, 10 de mayo 2013, México D.F.

ves” a los otros, pero ambos equipos convivían en el mismo espacio. También se encontraba la revista cultural *Quinta Rueda* dirigida por Hans Ehrmann, donde colaboraba un buen número de escritores e intelectuales y se leía en círculos especializados. Hubo revistas netamente políticas y sin gran impacto como referentes de opinión, como *La Firme* y *Chile Hoy*, dirigida por Marta Harnecker.

El periodista y sociólogo Arturo Navarro trabajó en las ediciones infantiles, principalmente en Cuncuna, colección de cuentos con originales ilustraciones a todo color y buenas ventas. Desde ahí conoció la experiencia de la revista *Cabrochico* y realiza una autocrítica: “Allí veíamos a Caperucita cantando el ‘Venceremos’ del recientemente fallecido Sergio Ortega o al Gato con Botas perdonando a sus ofensores y abrazando la causa de los pobres del campo”. Quizás éste fue el motivo de su escaso éxito y de que durase poco tiempo en circulación: “En una sociedad como la chilena, el solo hecho de difundir la cultura es —usando términos de la época— ‘revolucionario’. No es necesario tergiversar sus contenidos. Si hay algún texto que no comparte la línea de la colección, sencillamente no se publica”. Se puede comprobar lo que señala Navarro si observamos el caso de las historietas heredadas de *Zig-Zag*, como *Mizomba el intocable*, que en sus manos pasó de ser una especie de Tarzán semidesnudo a un agitador de masas africanas.³⁴

Por otra parte, la periodista Ximena Ortúzar no coincide con este planteamiento y acusa de su fracaso a una campaña de desprestigio contra una propuesta que quería potenciar en los niños otros valores, como la solidaridad, la complicidad, el hombre del siglo XXI. Es más, según señala, las investigaciones en las que se empeñó el equipo editorial de *Cabrochico*, indagaron bastante tiempo en los mensajes de la literatura de masas de sus competidoras, lo que habría servido de base para el libro que en 1972 publicaron los asesores de Quimantú, Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, texto en el que a través de herramientas marxistas y el psicoanálisis, los autores buscan desenmascarar los componentes de dominación ideológica de los conocidos dibujos animados de Disney.

³⁴ Arturo Navarro, “Quimantú o la propagación de los niños lectores”, 2003, p. 2. Disponible en línea en: <http://arturo-navarro.blogspot.mx/2007/11/quimant-o-la-propagacin-de-los-nios.html>.

Otra dimensión que la Editora Nacional quería potenciar era la comunicación con los receptores. A lo largo del país se crearon los llamados “talleres de evaluación”, encargados de trabajar con diversos grupos de interés para el análisis y crítica de las publicaciones. Según cuenta Tito Drago, para el caso de la historieta del héroe rural *El Manque*, se acudió al apoyo de organizaciones campesinas, que evaluaron formatos, colores y contenidos: “tiene letra muy chiquita [...] y en las noches en nuestras casas tenemos muy poca luz”, opinaban algunos. Entonces venía la tarea de reformular tipografías, grosores y la paleta de colores que incide en la lectura.³⁵

En 1972 Quimantú organizó el Primer Concurso de Cuentos Baldomero Lillo. Los diez textos ganadores fueron publicados en el libro *Cuentos 72*. Un párrafo del acta del jurado compuesto por representantes de la SECH, Ministerio de Educación, Universidad de Chile, CUT y la editora, justifica su elección y nos ilustra sobre la orientación de su proyecto: “el jurado considera en la selección de los cuentos valores como capacidad imaginativa, habilidad técnica, conciencia de los conflictos individuales y colectivos que, de una manera u otra, están interpretando el momento actual de cambios profundos de nuestras estructuras sociales y políticas”.³⁶ Poco antes del golpe de Estado, el 16 de agosto de 1973, apareció *El miedo es un negocio* de Fernando Jerez. La que sería una de las últimas novelas que circuló bajo el sello de la editora, se centraba en el pánico que experimentaron sectores financieros ante el triunfo de la Unión Popular y, al igual que la mayoría de los libros de Quimantú, iba acompañado por el prólogo de sus camaradas de letras. Introduce Skármeta: “En esta obra nadie toma el punto de vista de la fuerza política de la izquierda. Jerez no ha querido construir héroes que pudieran resultar acartonados. Ha preferido que sea la fuerza social del pueblo, sentida por sus personajes, la que los desnude [...] en la exhibición de sus recovecos íntimos, de sus alienadas existencias, se siente con vigor la fuerza revolucionaria que eriza sus cimientos”.

Pancho Villa, de Lavretski, apareció a principios de septiembre. Fue el último número de la colección Quimantú para todos. Más tarde dirían que el general corrió con suerte...

³⁵ Tito Drago, *Chile, un doble secuestro*, Madrid, Editorial Complutense, 1983, p. 89.

³⁶ Fernando Jerez, *op. cit.*, p. 2.

LA HOGUERA Y LA DIÁSPORA

El 11 de septiembre de 1973 tres tanques apuntaban hacia el edificio de Quimantú. Los trabajadores que lograron llegar no sabían bien de qué se trataba el movimiento de tropas. Más tarde, al igual que la mayoría de los chilenos, recordarían cada detalle, pero esa mañana todo era muy confuso. El mensaje quedó claro junto al horror, porque según rememoran fue *horror* lo que sintieron cuando desde el último piso del edificio observaron a los aviones maniobrar sobre La Moneda. Luego un ruido ensordecedor, el fuego, el humo y el silencio.

Automáticamente comenzaron a romper y quemar documentos del partido: comunista, socialista, mirista, en ese momento daba igual. Todos eran enemigos declarados de la Junta. También se deshicieron de impresiones que distintas organizaciones sociales solían cotizar y encargar en la editora, y de convenios, como el que habían suscrito con el gobierno de Cuba. A cambio de toneladas de azúcar les imprimieron libros escolares en máquinas que los obreros, periodistas y gerentes echaron a andar en horas semanales de trabajo voluntario. ¿Qué pasaría con esos textos? ¡Eran millones! ¿Y los otros que estaban en bodega?

Al día siguiente el panorama era desolador: los talleres destrozados y las publicaciones destruidas mediante las guillotinas de los talleres. A través de los medios de comunicación se expandió un clima de amedrentamiento a quienes tuviesen en su poder libros de Quimantú, llamada “literatura subversiva al servicio de intereses foráneos”, lo que se extendía a todos los autores susceptibles de ser relacionados con el gobierno de la Unidad Popular.³⁷ Muchos debieron buscar refugio en la clandestinidad. Allanamientos e incineraciones públicas de libros era el mensaje de la suerte que le esperaba a la izquierda obrera e intelectual. En diversos puntos del país, hombres y mujeres cavaban la tierra para esconder sus bibliotecas. Querían salvarlas de un destino que también les amenazaba. Desaparecer.

Entre tantos otros, fueron prohibidos y quemados en acto de fe: *Inciutación al Nixonicidio* y *Alabanza de la revolución chilena* de Neruda; *La viuda del conventillo* de Alberto Romero, *Fuegos Artificiales* de Marín. Pocos ejem-

³⁷ Bernardo Subercaseux, *op. cit.*, p. 182.

plares se salvaron de la destrucción de *Mister Jara* de Gonzalo Drago, *Puerto Engaño* de Leonardo Espinoza y *Poesía popular chilena* de Diego Muñoz. Ariel Dorfman, que poco antes había sido nombrado consejero cultural del presidente Allende, recuerda en su libro *Ensayos quemados en Chile*, que mientras se ocultaba en la casa de un obrero, observó frente al televisor cómo las piras crematorias ubicadas en las Torres de San Borja consumían *Para leer al Pato Donald*.

Entonces no podía dejar de pensar que en los talleres de Quimantú existían dos títulos casi finiquitados en los que había participado activamente. El 15 de septiembre debía distribuirse *La historia me absolverá* de Fidel Castro, para la que él había escrito una extensa introducción como homenaje por la conmemoración de los 20 años del asalto al Cuartel Moncada. Escribe Dorfman: “Según mis cálculos, debió ser una de las primeras en mandarse a la hoguera: incluía orgullosamente, como símbolo de la hermandad chileno-cubana, un prólogo-homenaje del compañero Salvador Allende. De este libro no debía quedar ni una hoja suelta flotando por ahí”. El otro era *Poesías escogidas* de Ernesto Cardenal que, apelando a la poca cultura de los militares, esperaba que hubiese corrido con mejor suerte.³⁸ También estaba listo para circular el número 56 de la serie Minilibros y si la historia hubiese sido distinta, el 13 de septiembre los suplementeros hubiesen anunciado *El escarabajo* de D.H. Lawrence.

Los primeros días ardieron toneladas de libros que se encontraban en las bodegas de Quimantú, hasta que un criterio más austero habría resuelto venderlos como papel picado. Lo supo Dorfman mientras estaba asilado en la embajada argentina y con la vista fija en la calle central meditaba sobre el desolador panorama. La pregunta de un compañero lo sacó de sus abstracciones: “¿Sabes lo que llevan esos camiones? Libros —y agregó—: Los llevan desde Quimantú (y señaló vagamente hacia el edificio de la Editora Estatal, que se divisaba a dos cuadras de distancia) hasta la papelera (se refería a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones ubicada en Puente Alto)”. Fue impresionante, dice Dorfman: “Presenciar el transporte de libros, vagones repletos hacia su Auschwitz chileno, obras que eran

³⁸ Ariel Dorfman, *Ensayos quemados en Chile*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1974, p. 11.

fruto del esfuerzo colectivo del país por salir adelante cultural, ideológicamente, por romper el subdesarrollo educacional y la dependencia”.³⁹

Al igual que en el resto de las empresas estatales, los militares ordenaron que todos los trabajadores se presentaran en sus trabajos. Pero no les permitían el ingreso, y los obligaban a estar seis u ocho horas en la calle. Así durante más de treinta días. “De todas formas servía para estar en contacto y pasarnos información” dice Ximena Ortúzar. Un día pasaron lista: “Pase, está despedido, firme, retírese”. Así con más de 800 trabajadores. El dirigente sindical Arturo San Martín fue asesinado el 12 de septiembre de 1973; el director de la revista *Hechos Mundiales*, Guillermo Gálvez Rivadeneira, el corrector de pruebas Eduardo Moisés Mujica Maturana y la periodista de la revista *Onda*, recién egresada de la Universidad Católica y militante del MIR, Diana Arón Sviçiliski, se encuentran en la lista de detenidos desaparecidos. Joaquín Gutiérrez regresó a Costa Rica, al igual que muchos que tuvieron que abandonar el país. La mayoría de los *novísimos* debieron buscar refugio en el extranjero. Nunca una generación literaria se había desterrado tan masivamente:

Un número considerable de escritores, la mayoría, diría yo, se marcha con sus maletas ligeras a diversos lugares geográficos, mientras otros se quedan en el país, como si permaneciesen ausentes. El golpe militar brinda a los escritores una larga interrupción de sus carreras literarias frente al público de su propio país. Precisamente, cuando los autores del periodo emergían exhibiendo una precoz madurez literaria, sus obras merecerán, las más afortunadas, un periodo muy corto de divulgación antes del 11 de setiembre de 1973.⁴⁰

Se calcula que alrededor de 150 escritores salieron al exilio. No sólo los del sesenta. Ariel Dorfman va a Francia y luego a Estados Unidos. Jorge Edwards se refugia en Barcelona, Hernán Loyola en Italia. Skármeta sale del país junto con el cineasta Raúl Ruiz hacia Argentina, luego rumbo a Alemania. En ambos lados del muro habrá chilenos como Carlos Cerda, José Rodríguez Elizondo, Antonio Avaria, Constanza Lira, Federico Schopf, Salvattori Coppola, Omar Saavedra, Hernán Valdés y Luis

³⁹ *Ibid.*, pp. 9-10.

⁴⁰ Fernando Jerez, *op. cit.*, s/f, p. 2.

Sepúlveda. Germán Marín se refugia en México, al igual que Hernán Lavín Cerda, Poli Délano y Eugenia Echeverría; Waldo Rojas lo hace en Francia, también el poeta Efraín Barquero, Armando Uribe, Patricio Manss y Guillermo Atías. El poeta Omar Lara vivió en Lima y luego se trasladó a Rumania. Alfonso Alcalde se instaló primero en Argentina y luego emigró a Holanda. Carlos Droguett optó por Suiza, Luis Domínguez por Nueva York y Volodia Teitelboim por Moscú.

Hubo quienes no salieron, como Alfonso Calderón. Tampoco lo hicieron Carlos Olivarez, Fernando Jerez o Ramiro Rivas; pero a cambio, experimentaron un exilio interno marcado por la clandestinidad de sus obras, por la soledad del taller, por las palabras hacia dentro. El poeta José Ángel Cuevas intenta describir el impacto del abrupto final:

De un día para otro se terminó la producción de libros, diarios, revistas, programas de televisión, grupos literarios, talleres poblacionales, teatro, danza. Mataron a Víctor Jara, Neruda murió de dolor; Ángel Parra y otros, presos en los campos de concentración, Inti Illimani, Quilapayún, Payo Grandona, Manns, huyeron, se exiliaron largas listas de artistas, los grupos Trilce, Tebaida, Escuela de Santiago; los escritores [...] de todas las generaciones y grupos. Son listas y más listas que conformarían el poema de Chile. Se terminó. Es como si de un día para otro nos demolieran la casa, echaran abajo el cerro San Cristóbal con la Virgen Iluminada. Uno está acostumbrado, no es muy consciente, pero cuando desaparece, allí siente lo que perdió. Todos mis amigos se fueron, los del Pedagógico, los poetas *underground* y, en especial, esa vida libre, poderosa. ¡Destrozada!⁴¹

Quimantú fue rebautizada como Editora Nacional Gabriela Mistral, bajo la dirección del general Diego Barros Ortiz. A pesar de contar con las mismas instalaciones, nunca pudo recuperarse. En 1976 fue subastada y quedó en manos privadas. Siete años después se declararon en quiebra y sus máquinas se remataron a muy bajos precios. Los bandos militares que prohibieron publicar libros sin contar con la autorización del Ministerio del Interior, se prolongaron hasta junio de 1983, cuando en el paquete de concesiones logradas por las llamadas Jornadas Nacionales de Protesta, Augusto

⁴¹ José Ángel Cuevas, “30 años de poesía”, *Revista Calabaza del Diablo*, núm. 13, enero de 2002, p. 1. Disponible en línea en: <http://www.lettras.s5.com/jac240204.htm>

Pinochet anunció su suspensión como un gesto de buena voluntad. En tanto, la censura previa, e incluso la prohibición para publicar fotografías, se extendió y aplicó —con mayor o menor rigidez— hasta prácticamente finalizar el régimen. La industria del libro en Chile aún no consigue repuntar. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- Albornoz, César, “La cultura en la Unidad Popular. Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en Julio Pinto (coord), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2005.
- Allende, Salvador “¡Por un Chile sin analfabetos! ¡Que todo Chile sea una escuela!”, 1971, en *Allende, 100 miradas*, edición especial *La Nación*, 26 de junio de 2008.
- _____ “Moción del H. senador Allende, con la que inicia un proyecto de ley que crea la empresa editora del Estado”, Senado, legislatura extraordinaria, tomo 304, vol. 1, sesión 14, del 26 de octubre de 1967.
- _____ Discurso del Presidente de la República de Chile, inauguración del año escolar, Santiago. Disponible en línea en: <http://www.lemondediplomatique.cl/Discurso-pronunciado-por-Salvador.html> Último acceso 18 de mayo 2013.
- Bergot, Solene, “Quimantú: editorial del Estado durante la Unidad Popular Chilena”. *Revista Pensamiento Crítico*, núm. 4, noviembre 2004. Disponible en línea en: http://pensamientocritico.imd.cl/attachments/099_s-bergot-num-4.pdf. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Calderón, Alfonso, “1964-1973: La cultura. ¿El horror de lo mismo de siempre?”, en Manuel Antonio Garretón, Saúl Sosnowski y Bernardo Subercaseaux, *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Campillo, Ana María, “Quimantú, utopía o vigencia. Apuntes sobre un proyecto editorial público”, 2007. Disponible en línea: <http://revista-offset.wikispaces.com/file/view/AM+CAMPILLO+-+Quimant%C3%BA.doc>. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Cuevas, José Ángel, “30 años de poesía”, *Revista Calabaza del Diablo*, núm. 13, enero de 2002. Disponible en línea en: <http://www.letras.s5.com/jac240204.htm>. Último acceso 18 de mayo 2013.

- León, Olver Gilberto de, *Literaturas ibéricas y latinoamericanas contemporáneas: una introducción*, París, Ophrys, 1981.
- Dorfman, Ariel, *Ensayos quemados en Chile*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1974.
- Drago, Tito, *Chile, un doble secuestro*, Madrid, Editorial Complutense, 1983.
- Edwards, Jorge, “La relectura creativa”, en Manuel Antonio Garretón, Saúl Sosnowski y Bernardo Subercaseaux, *Cultura, autoritarismo y redemocratización en Chile*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Guevara, Ernesto, “El socialismo y el hombre en Cuba”, *Revista Marcha*, Montevideo, 12 de marzo de 1965. Disponible en línea en: <http://www.marxists.org/espanol/guevara/65-socyh.htm>. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Gutiérrez, Joaquín, “Hicimos la revolución del libro”, *La Tercera*, 28 de diciembre de 1999. Disponible en línea en: <http://www.meliwaren.cl/>. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Jerez, Fernando, *El miedo es un negocio*, Santiago, Editorial Quimantú, 1973.
- _____, “Generación del 60, tiempos difíciles”, s/f. Disponible en línea en: <http://www.escriitores.cl/base.phpf1=articulos/texto/gener60.htm>. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Lihn, Enrique, *Circo en llamas: una crítica de la vida*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.
- Navarro, Arturo, “Quimantú o la propagación de los niños lectores”, 2003. Disponible en línea en: <http://arturo-navarro.blogspot.mx/2007/11/quimant-o-la-propagacin-de-los-nios.html>. Último acceso 18 de mayo 2013.
- Quezada, Jaime, *Leyendas chilenas*, Santiago, Editorial Quimantú, 1973.
- Subercaseaux, Bernardo, *Historia del libro en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 1993.

Política nacional, conflictos locales

Los propietarios agrícolas de la provincia de Llanquihue y la movilización rural en la reforma agraria chilena

Felipe Sánchez Barría*

La historiografía sobre la reforma agraria chilena ha caracterizado a los terratenientes y propietarios agrícolas como sujetos reaccionarios y violentos que, al ver afectados sus intereses de clase, se habrían armado para entablar una lucha en contra de campesinos y funcionarios del gobierno. Si bien es cierto que en muchas partes de Chile así fue —especialmente en la zona de la Araucanía, donde el conflicto por las tierras Mapuche se radicalizó profundamente— la bibliografía no ha dado cuenta con suficiente especificidad de la experiencia de los propietarios agrícolas durante este periodo de gran agitación rural. Por una parte, los trabajos publicados en el periodo inmediatamente posterior al golpe militar de 1973 describieron el proceso de reforma agraria como un conflicto de clases que enfrentó a patrones y campesinos en una lucha política radicalizada e ideológica, la cual habría conducido inevitablemente a que las fuerzas reaccionarias hayan promovido el derrocamiento de Salvador Allende.¹ Por otra parte, los trabajos más recientes han ido incorporando nuevas dimensiones de análisis que integran mejor a los sujetos y fenómenos que se tratan. Gran parte de esta

* Agradezco al Profesor Pablo Whipple Morán por su revisión y comentarios a este trabajo. Todos los errores y omisiones del mismo son responsabilidad propia. Asimismo, agradezco a la Comisión Nacional de Investigación, Ciencia y Tecnología (Conicyt) que me apoyó con una beca para el desarrollo de mis estudios de magíster durante el año 2012.

¹ James Petras y Hugo Zemelman, *Peasant and Revolt*, Austin, University of Texas Press, 1972; Peter Winn y Cristobal Kay, “Agrarian Reform and Rural Revolution in Allende’s Chile”, *Journal of Latin American Studies*, 6 (1974); Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile*, Bloomington, University of Indiana Press, 1976; Cristobal Kay, “Agrarian Reform and Class Struggle in Chile”, *Latin American Perspectives*, 18 (1978); Kyle Steenland, *Agrarian Reform under Allende*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977.

bibliografía se enfoca en estudiar principalmente a actores “subalternos”, narrando con gran profundidad y detalle las historias y experiencias de estos sujetos durante la reforma agraria. No obstante, esto ha ido en detrimento del análisis de las élites rurales, lo cual no ha permitido una comprensión más compleja del dramático proceso que significó la reforma agraria durante la Unidad Popular, en tanto los propietarios agrícolas constituyeron una de las fuerzas sociales fundamentales en este proceso.²

En este sentido, el estudio de casos a nivel local contribuye enormemente a iluminar aspectos que, en un análisis a gran escala, pasan desapercibidos, impidiendo una perspectiva compleja de la relación entre procesos nacionales, conflictos locales y las relaciones entre los actores sociales. Al respecto, este trabajo examina el caso de los propietarios agrícolas de la provincia de Llanquihue, en el sur austral de Chile, durante la implementación de la reforma agraria por la Unidad Popular. Específicamente, busca analizar los discursos y acciones desplegados por esta élite rural local para hacer frente al desafío que significó la reforma agraria y los conflictos políticos y sociales asociados a ella, especialmente a través de su principal organización gremial, la Asociación de Agricultores de la provincia de Llanquihue (Agricultores de Llanquihue).

En cuanto al tiempo, este trabajo centra su atención desde la llegada de Salvador Allende a La Moneda, en 1970, hasta la huelga provincial de marzo de 1971. Durante este periodo, la provincia experimentó un aumento significativo en la movilización de los sectores rurales, que desplazó el curso de la política local hacia el campo. Sin embargo, las características que guiaron el conflicto político estuvieron ampliamente cruzadas por la contingencia nacional. El periodo inmediatamente posterior a la victoria de la Unidad Popular significó la intensificación de la movilización en el campo, que estuvo liderada por la Democracia Cristiana, cuyos objetivos estaban

² Véase por ejemplo Patricia Garrett, “Women and Agrarian Reform in Chile, 1964-1973”, *Sociología Ruralis*, 22 (1982); Florencia Mallon, *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS, Colegio de Michoacán y Colegio de San Luis, 2003; Florencia Mallon, *La sangre del copihue. La comunidad de Nicolás Ailto y el Estado chileno, 1906-2001*, Santiago, Lom Ediciones, 2004; Martín Correa *et al.*, *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*, Santiago, Lom Ediciones, 2005; Heidi Tinsman, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*, Santiago, Lom Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2009.

menos relacionados con la aplicación de la reforma agraria que dedicados a entorpecer la política de la Unidad Popular en la provincia. En este contexto, los propietarios agrícolas debieron hacer frente a una actividad política cada vez mayor en la zona, llevada a cabo por actores que centraron su acción especialmente en el sector rural. De este modo, los vertiginosos cambios que experimentó esta provincia y su vinculación directa con la reforma agraria como nuevo factor gravitante en la política local, obligaron a los propietarios a desarrollar acciones y discursos originales que permitiesen minimizar las consecuencias que el desafío de la movilización rural local y la contingencia nacional pudieran acarrear. La politización de los propietarios agrícolas fue, por lo tanto, igualmente vertiginosa y contingente, influida tanto por el acontecer local como por la política nacional.

A nivel conceptual, el elemento que guía el análisis en este trabajo es la política. En efecto, como han señalado otros estudios, “el momento y alcance de una reforma agraria están determinados más por presiones políticas que por genuinas necesidades sociales y económicas de la población rural”.³ Por lo tanto, si bien el estudio propuesto se enfoca en un actor específico, la participación de éste y las consecuencias de sus acciones en el curso de la política local y nacional, no puede comprenderse si no es en relación con los demás actores que participaron del proceso. Así, estudiar la política de los propietarios agrícolas requiere comprender los elementos que conforman la acción de los obreros rurales movilizados. Esto se hace con la consideración de que los grupos subalternos intentan influir “las formas políticas dominantes” desde el comienzo de una coyuntura histórica, y este compromiso es crucial para la transformación de las organizaciones políticas de los grupos dominantes y de los subalternos. Además, “cuando los subalternos luchan para crear sus organizaciones cada vez más autónomas, lo hacen en diálogo con, y en contra de, estas configuraciones históricas de las relaciones de poder”,⁴ lo que contribuye a definir las opciones de lucha de los demás grupos que forman parte del conflicto: en este caso, los propietarios agrícolas locales.

³ John Duncan Powell, *Political Mobilization of the Venezuelan Peasant*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, p. 2.

⁴ Florencia Mallon, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, *The American Historical Review*, 99 (1994), p. 1495.

En su interesante estudio sobre el sindicato de terratenientes “de toda Rusia” durante la revolución, Matthew Rendle ha mostrado cómo las visiones y actividades de dicho sindicato estuvieron parcialmente determinadas por la acción de sus oponentes: políticos revolucionarios y campesinos. Esta organización se habría involucrado activamente en la contingencia política para defender sus intereses e influir el curso de la política. Pero, además, muestra cómo el nuevo contexto social y político creado por la revolución determinó el desarrollo de una estrategia flexible y abierta no para subvertir los sucesos de octubre de 1917, sino para adaptar sus intereses al nuevo contexto político.⁵ Por otro lado, con un análisis más enfocado en las teorías sociológicas sobre movimientos sociales, Nelson Pichardo estudió el caso de los Agricultores Asociados de California, sosteniendo que las élites suelen movilizarse en respuesta a la intensidad de un movimiento insurgente desde abajo y a la amenaza de su posición socioeconómica.⁶ Además, éstos pueden movilizarse más rápida y efectivamente si el contramovimiento es construido sobre organizaciones preexistentes. Con ello, es posible sostener que los propietarios agrícolas se vieron determinados por la movilización rural así como por el nuevo contexto político a partir de la elección democrática de un gobierno marxista. Al mismo tiempo, gracias a la existencia de una organización gremial que pudiera aglutinarlos y darle una forma institucional a su actuación, trataron de mantener su acción dentro de una posición cercana al diálogo en canales tanto formales como informales, al menos durante este primer periodo.

Para comprender la politización de esta élite local es necesario recurrir al concepto de hegemonía. Si bien los historiadores latinoamericanistas han empleado este concepto para enfocarse en las posibilidades de acción política de los sectores populares, su definición permite un acercamiento mucho más amplio de la política de los sujetos en múltiples niveles. Florencia Mallon ha definido este concepto como “una serie de procesos sociales, continuamente entrelazados, a través de los cuales se redefine y disputa el

⁵ Matthew Rendle, “Conservatism and Revolution: The All-Russian Union of Landowners, 1916-1918”, *The Slavonic and East European Review*, 84 (2006), p. 482.

⁶ Nelson Pichardo, “The Power Elite and Elite-Driven Counter-movements: The Associated Farmers of California During the 1930s”, *Sociological Forum*, 10 (1995).

poder y el significado en todos los ámbitos de la sociedad”.⁷ A su vez, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes han desarrollado este concepto ampliamente, lo han definido como el momento en que un grupo particular se aboca a la representación universal de la sociedad, centrándose principalmente en el momento de la articulación contingente de la política. En este sentido, la acción de los sujetos está determinada por la política en tanto actividad autónoma más allá “de entidades constituidas fuera del campo político, tales como los ‘intereses de clase’”. Este concepto otorga cierta autonomía al estudio de la política, al examinarla bajo su propia lógica y no sólo considerarla como producto de estructuras coercitivas más amplias (es decir, las económicas). Al mismo tiempo, permite ubicar a los sujetos, sus relaciones, su cultura y la política en el centro de la formación de los procesos históricos y contingentes.⁸ Con estas definiciones, es posible enmarcar los discursos y prácticas políticas de los propietarios agrícolas no como la reacción predeterminada y esperable de una clase específica, sino como un proceso hegemónico, en el cual los sujetos resisten y negocian dentro los dinámicos y siempre precarios espacios en que se desarrolla la política.

Además, la política de los propietarios agrícolas frente a la movilización rural se analizará dentro de las mutuas determinaciones entre política local y política nacional durante este periodo. Peter Guardino ha mostrado cómo el enfoque unidimensional de la política nacional oscurece procesos profundamente complejos, tales como las formaciones ideológicas en el ámbito local y las alianzas políticas interclasistas, y cómo éstas pueden determinar irrevocablemente el curso de la política nacional, especialmente en momentos de movilizaciones sociales masivas.⁹ Será por tanto la política en estos dos niveles la que brindará el marco en el cual se desarrollarán los procesos hegemónicos de luchas. En dicho marco, esta élite agraria lo-

⁷ Florencia Mallon, *Campesino y nación...*, p. 85.

⁸ Véase por ejemplo Charles Walker, *De Tupac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*. Cuzco, CBC, 1999; Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen (eds.), *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Institut Français d'Études Andines, 2007; Peter Guardino, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State. Guerrero, 1800-1857*, Standford, Standford University Press, 1996.

⁹ Peter Guardino, *op. cit.*, pp. 110-146.

cal desarrollará sus prácticas y discursos para responder al desafío que significaron los movimientos sociales organizados por los sindicatos agrícolas de la provincia de Llanquihue.

LA PROVINCIA DE LLANQUIHUE

La realidad agraria de la provincia de Llanquihue ha estado histórica y socialmente vinculada al proceso de colonización alemana que se efectuó en el país desde la segunda mitad del siglo XIX. En noviembre de 1845, el gobierno de Manuel Bulnes autorizó por ley el establecimiento de colonias de naturales y extranjeros en 6 000 cuerdas de terrenos baldíos y del Estado. Luego, en decreto de junio de 1853, durante el gobierno de Manuel Montt, se dispuso que todo el territorio alrededor del Lago Llanquihue fuese considerado territorio de colonización.¹⁰ Para lo anterior, nombró a Vicente Pérez Rosales como agente encargado del proceso de internación de los extranjeros. Aunque no sin ciertas dificultades de orden administrativo, en virtud de no haber contemplado la verdadera cantidad de terrenos dispuestos para los colonos (siendo ésta menor de lo que se había pensado en un principio), finalmente se pudieron establecer varias colonias alrededor del lago. Entre 1852 y 1860 llegaron aproximadamente 1 100 colonos alemanes, quienes en su mayoría ya eran agricultores, constituyendo la base de las empresas agrícolas de la provincia.¹¹

Una de las condiciones más importantes impuesta por esta ley fue la obligación de residir en el predio asignado. Dicha ley establecía que todas las ventajas ofrecidas expiraban en el momento en que el colono no hubiera cercado, desmontado, ni puesto cultivo en él. Esta cláusula de residencia en la localidad rural constituyó un elemento central en la configuración de la realidad agraria de las zonas de Valdivia, Osorno y Llanquihue. Al respecto, Bengoa señala que “esta región se caracterizó por la existencia de un campo poblado por sus propietarios, trabajado, por lo tanto, por ellos mis-

¹⁰ Jean Pierre Blancpain, *Los alemanes en Chile (1816-1845)*, Santiago, Editorial Universitaria, 1985, p. 94.

¹¹ Vicente Pérez Rosales, *La colonización de Valdivia y Llanquihue, 1807-1876*, Valparaíso, Imprenta Universo, 1935.

mos, con el apoyo de trabajadores asalariados”.¹² En efecto, todos los testimonios y estudios posteriores señalan que desde el principio imperó en la zona el régimen de trabajo asalariado. En la medida en que los colonos y los trabajadores fueron limpiando los terrenos y haciéndolos aptos para el cultivo agrícola, se necesitó más mano de obra. Si bien la fuerza de trabajo permanente adoptó algunas formas del inquilinaje tradicional, en el sentido de aceptar parte de la remuneración en especie y la otra en dinero, el carácter contractual de la relación siguió siendo predominante al menos hasta comienzos del siglo xx. Un observador de la época señalaba que “terminadas las cosechas y concluidos los contratos, ellos [los obreros] vuelven a sus tierras llevándose el dinero ahorrado y del cual viven durante el invierno”.¹³

Se puede decir que en la formación del espacio agrícola influyeron al menos dos factores a tomar en consideración. En primer lugar, las disposiciones legales establecidas por el Estado para reglamentar la colonia. En segundo lugar, y más importante aún, la condición previa de agricultores de los colonizadores alemanes. Este elemento determinó en última instancia su concepción de propiedad agrícola, la cual sería, en palabras de Blancpain, “de una valorización original que deja de lado la estructura latifundista ibérica”.¹⁴ Los colonos trajeron la idea del campesino-artesano que trabaja con su familia y produce de todo un poco, generando una estrecha relación entre la agricultura y la industria a pequeña escala. Esta misma condición es la que forma, a su vez, las relaciones laborales. La combinación entre el trabajo familiar y la contratación temporal de mano de obra asalariada mientras sea necesaria, genera una relación patrón-obrero con menor coerción extraeconómica, pero no por ello menor paternalismo. En suma, podemos hablar de una sociedad agrícola atípica tanto por la composición de sus partes como por el conjunto general formado por éstas.

Respecto de la producción puede señalarse que durante el siglo xix, ésta era esencialmente para consumo familiar. La papa y el trigo eran culti-

¹² José Bengoa, *Historia social de la agricultura chilena*, Santiago, Ediciones Sur, t. II, 1990, p. 187.

¹³ Federico Matthei, “Monografía del fundo Misión de Quinco”, Santiago, tesis de Ingeniero Agrónomo. Universidad de Chile, 1910, p. 35.

¹⁴ Jean Pierre Blancpain, *op. cit.*, p. 93.

vos seguros junto a los productos hortícolas como repollo, arveja y maíz. Durante los primeros años del establecimiento de la colonia, el desconocimiento de los suelos y del clima hizo que su nivel de productividad fuese más bien bajo; sin embargo, a medida que pasó el tiempo, se logró estabilizar su producción. Debido a la necesidad de autosuficiencia el colono siempre mantuvo un relativo equilibrio entre el cultivo y el ganado y, con base en esto, se introdujeron y mantuvieron ciertos cultivos a pesar de los débiles rendimientos. Además, la ganadería, actividad para la cual esta provincia posee las máximas aptitudes, se desarrolló con gran rapidez. Esta actividad requería menos mano de obra, lo que junto con la abundancia y buena calidad de los pastos, favoreció su desarrollo. Los bovinos venían del norte, pero el sur poseía ya desde comienzos del siglo XIX vacas pequeñas, usualmente propiedad de comunidades indígenas huilliche. Los colonos compraron estos animales a bajo costo. Después de 1860, se internaron animales desde Argentina, que contribuyeron al aumento de la población bovina. Para comienzos de la década de 1860, los alemanes asentados en la provincia ya tenían una masa ganadera considerable, al menos para una provincia que apenas comenzaba a desarrollarse.¹⁵

Para 1960, Llanquihue continuaba siendo predominantemente agrícola. La población total de la provincia era de 167 671 habitantes, de los cuales 58 por ciento pertenecía a la población rural.¹⁶ La mayoría de la actividad industrial estaba constituida por el procesamiento de productos agropecuarios. Respecto a la tenencia de la tierra, el informe de 1966 del Comité Interamericano de Desarrollo Agropecuario (CIDA) indica que, en Los Lagos, los grupos de tamaño multifamiliar eran los de mayor importancia: poseían cerca de 90 por ciento de la tierra agrícola y arable; generaban 78 por ciento de la producción y abarcaban cerca de 50 por ciento de la población agrícola activa.¹⁷ En particular, la provincia de Llanquihue presentaba una fuerte concentración de propiedades medianas y pequeñas, aunque las propiedades grandes tenían la mayor superficie en hectáreas.

¹⁵ Comité Puerto Montt, 1943, p. 64.

¹⁶ Marcos Mamalakis, "Demography and Labor Force", en Marcos Mamalakis (comp.) *Historical Statistics of Chile*, vol. II, Connecticut y Westport, Greenwood Press, 1980.

¹⁷ Comité Interamericano de Desarrollo Agropecuario (CIDA), *Chile. Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola*, Santiago, 1966, p. 99.

Además, en los predios medianos y grandes, a medida que la tierra cultivable iba creciendo, las faenas se iban racionalizando, especialmente a través de la mecanización. En relación con esto último, existían razones para la introducción temprana de maquinaria. Al igual que en el Chile central, la escasez de trabajadores y el aumento de los salarios hizo necesaria la introducción de maquinaria.¹⁸ Pero una tercera razón, que es particular de la zona, y tal vez la más importante, era la de aprovechar el poco tiempo en que el clima permitía las faenas agrícolas con la introducción de maquinaria agrícola.¹⁹

Fue la industria de la leche, sin embargo, la que más se desarrolló durante este siglo, siendo para la década de 1970 la principal industria agropecuaria de la zona. Hasta mediados del siglo xx, la actividad lechera sólo era explotación de temporada (de octubre a marzo), desarrollándose enormemente a partir de la década de 1950. Si bien desde la década de los treinta existían dos cooperativas lecheras —en las comunas de Frutillar y Puerto Varas—, sería a partir del apoyo que dio el Estado desde finales de 1940 cuando esta industria alcanzaría un desarrollo considerable.²⁰ Alrededor de estos años, entraron en funcionamiento nuevas plantas industrializadoras de leche, que se constituyeron en un poder comprador seguro, permanente e impulsor del gran desarrollo que experimentó la producción lechera regional.

Este desarrollo coincidió con la fundación de Agrollanquihue en mayo de 1950. Esta organización se creó con “el fin de la unión, cooperación y la defensa de los agricultores asociados, el desarrollo y fomento de la industria agrícola en general y la representación ante los poderes públicos”.²¹ Los 90 hombres que fundaron la asociación eran en su gran mayoría descendientes de los primeros colonos, por lo que su unidad no sólo era gremial, sino tam-

¹⁸ Véase Claudio Robles, *Hacendados progresistas y modernización agraria en el Chile Central (1850-1880)*, Osorno, Editorial Universidad de los Lagos, 2007 y “Agrarian Capitalism and Rural Labour: The Hacienda System in Central Chile, 1870-1920”, *Journal of Latin American Studies*, 41 (2009).

¹⁹ Jean Pierre Blancpain, *op. cit.*, p. 103.

²⁰ Fabián Almonacid, *La agricultura chilena discriminada (1910-1960). Una mirada de las políticas estatales y el desarrollo sectorial desde el sur*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.

²¹ Agrollanquihue, Acta de Fundación, 21 de mayo de 1950.

bién cultural y política, ya que muchos de ellos estaban vinculados a la política provincial directa o indirectamente por lazos familiares. Para 1970, la asociación contaba con 1 600 socios, y sus labores se centraban principalmente en la modernización de las faenas del campo y lecherías, la adecuada comercialización de sus productos y la defensa de sus agremiados. Incluso extendieron sus iniciativas en el área de educación técnica asociada a actividades agrícolas. Por ejemplo, en 1962 se legalizó la donación de un predio donde se construyó la primera escuela agrícola de la zona.²²

Todo esto fortaleció aún más el gremio de agricultores locales que, especialmente después del terremoto de 1960, habían gozado de prioridad crediticia para la reconstrucción de las plantas procesadoras de leche destruidas por el movimiento telúrico. Además, se promovieron incentivos directos a los propietarios agrícolas tanto por parte del Estado como de organismos internacionales, especialmente la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO por sus siglas en inglés), para seguir promoviendo el desarrollo de la industria lechera. Esto resultaría un factor fundamental en la seguridad política que les otorgó el gobierno de Eduardo Frei Montalva, cuya principal consecuencia fue la implementación tardía de la reforma agraria en la provincia. No obstante, el fortalecimiento paulatino de la izquierda política, así como la creciente presión social y política desde los sindicatos rurales, hicieron que para finales del mandato demócrata cristiano, el tema de la reforma agraria pasara a convertirse en el elemento central que guiaría la política de la provincia.

LA UNIDAD POPULAR Y LA INTENSIFICACIÓN DE LA MOVILIZACIÓN RURAL

La llegada de Salvador Allende al poder implicó la profundización de la reforma agraria, aplicándose de forma efectiva en la provincia y guiando al conflicto político y a los actores locales a nuevos espacios y opciones de lucha hegemónica. La radicalización de la movilización rural fue el factor determinante en las acciones que emprendería Agrollanquihue en defensa de los intereses del gremio patronal. Incluso, antes de que Allende asumie-

²² *El Campesino*, “20 años de Agrollanquihue”, junio de 1970, p. 6.

ra el poder en noviembre de 1970, la sola victoria electoral de la coalición de izquierda en septiembre de ese año tuvo un impacto directo y profundo en las provincias del sur austral de Chile. En Cautín, Valdivia, Osorno y Llanquihue, comenzaron a experimentar una inédita escalada de “tomas” ilegales de predios, lo que Thomas Wright ha denominado un proceso de “hipermovilización” rural.²³ Haciendo referencia a sucesos ocurridos en esta misma zona, la revista *El Campesino* —publicada por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA)— relacionaba la elección de la Unidad Popular y el aumento de los conflictos en el sector agrícola. Al respecto, indicó que “después del proceso electoral parecía que se iba a producir un clima de tranquilidad en los campos [...] pero se trataba de la calma que precede a la tempestad”. Sostenía tal afirmación informando que “en distintas zonas se inició una operación múltiple de tomas de fundos, con ocupación de casas patronales, bloqueos de caminos, destrucción de puentes y secuestros de personas”.²⁴ Renate Winkler, vinculada por lazos familiares con miembros de Agrrollanquihue, recordaba que “[su] predio [“El Retamo”] fue tomado por un grupo de personas en el año de 1970, a los pocos días de haber asumido el poder el señor Allende y hasta la fecha prosigue el proceso”.²⁵ Por su parte, Juan Klein Munzenmayer, socio de la mencionada organización, declaraba que “por razones políticas, me fue usurpado [el predio agrícola] el 7 de enero de 1971”.²⁶ Con ello, el sur austral de Chile, particularmente el sector rural, pasó a tener una visibilidad dentro de la coyuntura política nacional que hasta ese momento sólo se había ubicado en los centros urbanos de mayor importancia y, de forma secundaria, en los campos del Valle Central.

En Llanquihue, el drástico aumento de los conflictos rurales no fue la excepción. Sólo entre noviembre y diciembre habían ocurrido 18 “tomas” de fundos, la misma cantidad que entre marzo y septiembre de 1970,²⁷ por

²³ Thomas C. Wright, *Landowners and Reform. The Sociedad Nacional de Agricultura, 1910-1940*, Chicago y Londres, University of Illinois Press, p. 194.

²⁴ *El Campesino*, “ocupaciones de fundos terminan con la tranquilidad del campo”, diciembre de 1970, p. 6.

²⁵ ACEE núm. 4622, *Solicitud de reconsideración de expropiación*, f/29.

²⁶ ACEE núm. 4623, *Reconsideración acuerdo expropiatorio*, f/06.

²⁷ Emilio Klein, “Antecedentes para el estudio de conflictos colectivos en el campo, 1967-1971”, Santiago, ICIRA, mimeografiado, 1972.

lo que era evidente que la vinculación entre conflicto político y movilización rural estaba en relación directa con la elección de la Unidad Popular. Con ello, la distribución relativa de poder se trastornó profundamente, ubicando a los propietarios agrícolas frente a una situación política que por primera vez desafiaba verdaderamente su posición dominante en la sociedad local. El grado de explosividad y masividad con que emergieron los conflictos en los meses inmediatamente posteriores a la victoria de la izquierda fue totalmente inesperado para el gremio patronal del agro local. El punto más álgido del periodo ocurrió en la huelga provincial, en marzo de 1971, en la que estuvieron involucrados alrededor de 1 500 campesinos y obreros rurales en al menos 180 predios. Este conflicto definiría el curso de la política local en todo el periodo, y se transformaría en el espacio que facilitaría las posteriores acciones de los obreros rurales a favor de sus demandas.

En este contexto, Agrollanquihue debió actuar de forma improvisada y adaptándose de manera rápida y creativa al nuevo escenario político que emergía en la provincia. La acción de los propietarios agrícolas frente a la estrepitosa e inesperada movilización rural, a comienzos de 1971, estuvo definida por el carácter coyuntural y el fracaso de la negociación dentro de los espacios institucionales a nivel local. A pesar de ello, la movilización de los trabajadores, así como la propia naturaleza política que adquirió el conflicto local, llevó a Agrollanquihue a mantener su actitud de no confrontación directa con los trabajadores sindicalizados y a negociar los términos de la solución al problema dentro del diálogo, tanto en espacios institucionales como informales, hasta que concluyó la huelga provincial. Al mismo tiempo, su discurso coincidió coyunturalmente con la posición que tomó el gobierno de la Unidad Popular dentro del conflicto local; una posición que si bien concedía las demandas salariales y laborales de los trabajadores rurales, obligaba a éstos a entregar los predios “tomados” ilegalmente, mientras aplicaba la Ley de Seguridad Interior del Estado al presidente de la Federación Sindical de la Provincia y a otros dirigentes, miembros, a su vez, de la Democracia Cristiana.

El cambio drástico en las relaciones políticas y sociales que sufrió el campo desde finales de 1970 brindó una oportunidad histórica al campesinado para movilizarse en reclamo de sus derechos económicos, sociales y políticos. A partir noviembre de 1970, los obreros agrícolas organizados en

la federación “Por la Razón o la Fuerza” comenzaron a presionar a sus patrones a través de un petitorio general que buscaba mejoras salariales y pago de regalías que, según la versión de los campesinos, estaban retrasadas. A raíz de esta situación, a finales de noviembre de 1970 se reunieron campesinos y propietarios agrícolas a tratar el petitorio, pero no hubo acuerdo. Ante la falta de satisfacción de las peticiones hechas a los agricultores, los obreros manifestaron que “los agricultores debían prepararse para una huelga de carácter general y para nuevas tomas de fundos, para lo cual tienen la debida experiencia”.²⁸ Por su parte, para Agrollanquihue, lo que sucedía en torno a la negociación del petitorio era inaceptable, porque las demandas de los obreros rurales carecían de fundamento real.²⁹

A comienzos de diciembre, de nuevo se reunieron patrones y trabajadores para resolver sus conflictos. La reunión convocada por el nuevo intendente de la provincia, Alfredo Fuchslocher, tenía como objetivo tratar el tema de las “tomas” de fundos y dar a conocer la posición que el gobierno iba a tomar en el proceso. Al respecto, Fuchslocher indicó que, detrás del conflicto que estaba surgiendo en los campos de la provincia, existían actitudes de ciertos sectores políticos que sólo buscaban crear una situación de problemas artificiales. Por su parte, los obreros, representados por el secretario general de la federación “Por la Razón o la Fuerza”, Rafael Gallardo, se defendieron diciendo que “nunca habían admitido políticos en los fundos y que ellos no eran políticos”.³⁰ Sin embargo, incluso los propios agricultores compartían la opinión acerca de que eran elementos de la Democracia Cristiana los que agitaban a los trabajadores para provocar inestabilidad política al gobierno recién instalado.³¹ Así, mientras en las demás provincias del sur austral, era el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) o elementos más extremistas del Partido Socialista (PS) quienes estaban a la cabeza de las “tomas” y las huelgas, en la provincia de

²⁸ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 219, 7 de diciembre de 1970; *El Llanquihue*, “Empleadores y obreros agrícolas tratan pliegos de peticiones”, 25 de noviembre de 1970, p. 3.

²⁹ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 219, 7 de diciembre de 1970.

³⁰ *El Llanquihue*, “Grave situación en los fundos de la provincia se debatió en la Intendencia”, 3 de diciembre de 1970, pp. 7-8.

³¹ *El Siglo*, “Elementos DC dirigen ‘tomas’ de fundos en provincia de Llanquihue”, 5 de marzo de 1971, p. 5; 7 de marzo de 1971; *El Campesino*, “Ocupaciones de fundos terminan con la tranquilidad en el campo”, diciembre de 1970, p. 6.

Llanquihue era el Partido Demócrata Cristiano (en adelante PDC) quien jugaba el papel de agitador político y, aunque no promovía una concepción socialista de reforma agraria, su presión política fue igualmente radical.

Las dificultades presentadas por la situación social y política que se vivía en la provincia obligaron al intendente a conformar una comisión mixta integrada por representantes de la federación “Por la Razón o la Fuerza”, por Agrollanquihue y FEISEMA; y por el gobierno, representado por el intendente Fuchslocher y funcionarios de Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap) y Corporación de la Reforma Agraria (Cora). Para la conformación de esta comisión se firmó un acta que, entre otras cosas, establecía el compromiso por parte del gobierno de abrir una oficina de Cora en la provincia para solucionar los problemas vigentes; el estudio de los predios afectados por “tomas” con problemas laborales sin resolver y por abandono de explotación; y que en la formulación del plan agrícola de la zona se incluyera el estudio de la expropiación de los fundos intervenidos. La parte sindical se comprometió a colaborar con el gobierno y a no “tomarse” más fundos y, en los predios ya ocupados, los obreros se comprometieron a mantener el inventario de los bienes, así como el libre acceso a ellos de los propietarios y sus familias.³² Sin embargo, el compromiso no acabó de forma definitiva con los problemas suscitados en la zona. Al contrario, a la semana de haber firmado dicha acta, surgieron tres nuevas tomas de fundos,³³ lo que demostraba las continuas dificultades para llegar a algún acuerdo entre los distintos miembros de la comisión mixta, en particular en virtud de la negativa por parte de los obreros agrícolas a aceptar las propuestas de conciliación hechas por la misma comisión.

Esto agudizó aún más los problemas en la provincia. Los propietarios denunciaron sistemáticamente la falta de compromiso de los obreros para mantener el inventario y los animales dentro de los predios. Por su parte, los obreros rurales coincidían en que los propietarios no cumplían con su palabra, alimentando las mutuas desconfianzas. Félix Bohle, quien había sufrido la ocupación de sus predios “Calabozo” y “Pantano”, ubicados en

³² Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 219, 7 de diciembre de 1971; *El Llanquihue*, “Comisión mixta estudiará casos de fundos tomados”, 4 de diciembre de 1970, p. 5.

³³ *El Llanquihue*, “Otros tres fundos y una isla fueron tomados en la provincia”, 10 de diciembre de 1970, p. 7.

la comuna de Fresia, se quejaba amargamente en el juzgado de Puerto Varas, debido a que los ocupantes, junto a sus respectivas familias y “sin causa justificada alguna puesto que no existía problema social alguno [...] se apoderaron de mis fundos y 77 animales vacunos y demás bienes muebles cometiendo de esta manera, además del delito de usurpación, el delito de apropiación indebida de especies muebles —animales— que nada que tiene que ver con el proceso de reforma agraria”.³⁴

Uno de los acusados de la usurpación, Gustavo Reuter Siegel, declaraba que varios de los obreros tenían conflictos laborales anteriores con el patrón, pero su determinación definitiva por “tomarse” el predio había surgido de una conversación con un dirigente sindical: “Debo hacer presente a ustedes que días antes de la toma del fundo, el señor Alejandro Flores Castillo dirigente sindical de Fresia había hablado con nosotros a quien le habíamos expuesto nuestros problemas, quien nos aconsejó que tomáramos el fundo para de esta manera presionar a Bohle a que nos arreglara la situación que teníamos con él”.³⁵ Igualmente, el médico Martín Weil Klocker, hijo de un prominente agricultor local, señalaba que en la usurpación de su fundo “Teihuen”, acontecido a mediados de febrero de 1971, los obreros habían sacrificado algunos animales y sacado leña sin permiso. Por su parte, los obreros declararon que habían procedido de este modo debido “al incumplimiento por parte de su patrón, ya que tenían acta firmada ante la gobernación de Puerto Varas, no dándola cumplimiento en ninguna de sus partes [sic]”.³⁶

Ambos testimonios representaban la tensa situación que se vivía en los fundos de la provincia, y las dificultades para que alguna de las partes cediera en su posición dentro del conflicto para comenzar un diálogo efectivo. Pero más aún, los testimonios del caso de Félix Bohle son muy reveladores de los discursos y posturas políticas de ambas partes durante este periodo. Para Bohle, los conflictos en sus predios no eran reales ni tenían relación alguna con la reforma agraria, deslegitimando a los ocupantes por el carácter político de sus acciones, pero al mismo tiempo presentándose como favorable hacia la reforma pero aplicada en la forma en que él creía correcta.

³⁴ AJPV, Causa rol núm. 18441, f/2.

³⁵ AJPV, Causa rol núm. 18441, f/34.

³⁶ AJPV, Causa rol núm. 19661, f/8.

Por otro lado, la declaración de Reuter indicaba hasta qué punto había llegado la politización campesina, mostrando cómo la forma que iban tomando los conflictos estaba menos relacionada con la reforma que con trayectorias históricas problemáticas entre agricultores y obreros. En este sentido, la reforma agraria fue un proceso en el que diferentes actores —propietarios agrícolas, obreros rurales, políticos, etcétera— lucharon por definir los parámetros con los cuáles se desarrollaría la lucha política.

De tal manera hacia fines de febrero de 1971, se programó la visita del ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, quien se reunió con los representantes de los propietarios agrícolas, de los obreros rurales y las autoridades locales, con el objetivo de encontrar una solución definitiva a los problemas que aquejaban al sector agrícola. No hay información precisa acerca de lo que se trató en dicha reunión, sin embargo, por noticias posteriores, es factible sostener que el ministro solicitó la devolución de los predios usurpados y la reanudación de las faenas, lo que estaba dentro del discurso general de la Unidad Popular respecto de las “tomas” ilegales.³⁷ A comienzos de febrero se firmó la entrega de varios fundos, mientras se anunciaba en el *Diario Oficial* la intervención y reanudación de faenas en los predios tomados.³⁸ Esto parece quedar confirmado con el testimonio de Juan Klein, quien, refiriéndose a la “usurpación” de su predio a comienzos de enero de 1971, recordaba que: “a contar de dicha fecha se emitieron reiteradas órdenes de restitución, y no sólo el señor intendente de la Provincia de aquella época, sino el propio ex ministro de Agricultura, don Jaques Chonchol Chait, se comprometieron públicamente a restituir[me] el predio [...] y a indemnizar los daños que la usurpación causaba”.³⁹ Posterior a la visita de Chonchol, no obstante, *El Llanquihue* informaba que los predios seguían en poder de los invasores, denunciando la “absoluta falta de interés de los funcionarios para cumplir las instrucciones precisas del ministro Chonchol de resolver las “tomas de fundos en la provincia”. Según señalaba el diario local, el ministro habría ordenado la devolución de los predios mediante la intervención de los funcionarios

³⁷ *El Llanquihue*, “El Gobierno de la Unidad Popular es contrario a las tomas ilegales”, 27 de febrero de 1971, p. 7.

³⁸ *El Llanquihue*, “Firmaron entrega de varios fundos en la zona”, 3 de febrero de 1971, p. 7.

³⁹ EE 4662, f/06.

agrícolas y el intendente;⁴⁰ la orden nunca se llevó a cabo, ya sea por la negligencia de los funcionarios o por el nivel de presión política ejercida desde los sindicatos.

Al no haber una solución que dejase conforme a los obreros rurales, éstos decidieron votar para convocar a una huelga general con el fin de presionar para que sus peticiones fuesen satisfechas, tanto por los patrones como por las propias autoridades. Sin embargo, al día siguiente, la votación fue suspendida por la Comisión Mixta, debido a que los dirigentes de “Por la Razón o la Fuerza” estaban obstaculizando el proceso de votación al no presentarse a la hora señalada, ni indicar los lugares de votación,⁴¹ supuestamente con el fin de que sólo se presentasen a votar quienes estaban a favor de la huelga. Ante la suspensión de la votación, la federación campesina decidió proceder a tomarse alrededor de 126 fundos, y declarar una huelga ilegal en toda la provincia. Su objetivo era presionar a las autoridades por el petitorio y protestar por las acusaciones de obstaculizar el proceso de votación, que los campesinos afirmaban ser totalmente falsas. En esta situación de extrema tensión política, fue detenido el presidente de la federación campesina, Juan Rubilar Hernández —candidato a regidor por la Democracia Cristiana—, por infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado.⁴² El asesor jurídico de la federación, Sergio Elgueta Barrientos, quien participó activamente en los petitorios y en las negociaciones colectivas durante este periodo, recuerda “que acá se anunció aplicar la Ley de Seguridad del Estado. El ministro ordenó aplicarla a los dirigentes y a todos quienes estaban dirigiendo la huelga”.⁴³

Por otra parte, la producción lechera fue uno de los rubros más afectados. Solo en los primeros tres días de huelga se perdieron alrededor de 130

⁴⁰ *El Llanquihue*, “Casi todos los fundos tomados de la provincia siguen en poder de invasores”, 10 de febrero de 1971, p. 7; para testimonios sobre los interventores durante este periodo, véase, ACEE núm. 5379 fundo “Las Delicias”, f/27; ACEE núm. 4622 fundo “El Retamo”; y ACEE núm. 4623 fundo “El Mirador”.

⁴¹ *El Llanquihue*, “Por falta de garantías se suspende votación de huelga”, 25 de febrero de 1971, p. 7.

⁴² *El Correo de Valdivia*, “110 fundos ocupados y 30 paralizados en Llanquihue”, 6 de marzo de 1971, p. 6; *El Llanquihue*, “Detenido presidente de la Federación Campesina”, 5 de marzo de 1971, p. 7.

⁴³ Sergio Elgueta Barrientos, historia oral, 22 de julio de 2010.

mil litros de leche,⁴⁴ lo que presionó al gobierno y a los agricultores a sentarse a negociar con los campesinos. Dos días después de que inició la huelga, se reunieron a conversar los asesores jurídicos de propietarios y obreros rurales, junto a las autoridades de gobierno, para llegar a un acuerdo definitivo. Sergio Elgueta señala:

Ahí nos reunimos con otros abogados y algunas gentes del gobierno para poner fin a la huelga. Y aquí había un señor Correa que no era ni agricultor ni nada del gobierno, pero creo que él era dirigente de la Confederación de la Producción y Comercio, y este señor nos cedió su casa, recuerdo, y estuvimos tres días con representantes del gobierno para salir adelante con un arreglo, y efectivamente le pusimos arreglo a la huelga mediante un convenio en que prácticamente se alcanzó yo diría un 80 por ciento de lo que los campesinos pedían.⁴⁵

En efecto, el día 8 de marzo se firmó el acuerdo con el que se puso fin al conflicto y se exigía la entrega de los fundos a sus dueños. En el acta de avenimiento se resolvió, entre otros puntos, un salario líquido de 20.50 pesos; bonificaciones, aguinaldos y demás asignaciones en dinero existentes en contratos individuales de trabajo. Este convenio regiría, entonces, desde el 19 de marzo de 1971 hasta el 31 de marzo de 1972.⁴⁶ Además, con el fin de “mantener relaciones cordiales” y evitar nuevas protestas, las autoridades locales enviaron a la Corte de Apelaciones de Valdivia el desistimiento de la acción contra los dirigentes de la federación “Por la Razón o la Fuerza”, que habían sido detenidos bajo la Ley de Seguridad del Estado. De este modo, parecía concluir de forma relativamente pacífica el conflicto que había surgido, aparentemente, de problemas estrictamente laborales, pero cuyas implicaciones habían logrado superar lo local para instalarse, breve pero significativamente, en la política nacional. En el siguiente apartado se analizará con más detalle el curso que siguieron los actores políticos en este periodo de sistemática movilización local, y la trascendencia de sus acciones tanto para ellos mismos como para la política más amplia.

⁴⁴ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 221, 28 de marzo de 1971.

⁴⁵ Sergio Elgueta Barrientos, historia oral, 22 de julio 2010.

⁴⁶ ARNAD-MT, vol. 145, Acta de Avenimiento, 8 de marzo de 1971. Inspección del Trabajo, oficina Puerto Varas.

CONFLICTOS LOCALES, POLÍTICA NACIONAL

Resulta innegable el aumento de los conflictos en el sur austral a partir de la elección de Salvador Allende. No obstante, sería apresurado considerar que todas las provincias del sur de Chile hubieran participado en un conflicto social y político de características similares, tanto en el origen de los conflictos como en el desarrollo de los mismos. En un estudio preliminar para la provincia de Valdivia, Claudio Robles ha argumentado que la tardía implementación de la reforma agraria durante el gobierno de la Democracia Cristiana, habría intensificado tensiones sociales de larga data y facilitado la aceptación por parte de los trabajadores rurales de las estrategias de los actores políticos que promovían una concepción radical de una “revolución agraria”. Así, la coyuntura inmediatamente posterior al triunfo de Allende constituyó una oportunidad política favorable para la realización de huelgas masivas y violentas en las que participaron trabajadores con distintas prioridades.⁴⁷ Esta explicación es absolutamente pertinente en provincias como Valdivia o Cautín, donde la participación del MCR tuvo una presencia fundamental, y donde además la existencia de un conflicto con comunidades mapuche muy politizadas, conformaron los elementos esenciales del conflicto político. Sin embargo, en la provincia de Llanquihue fueron otros los factores que configuraron la cultura política rural durante los primeros meses posteriores a la elección de Salvador Allende, y cuyo desarrollo sería definitorio para el conflicto político en la provincia durante todo el periodo de la Unidad Popular.

La movilización social surgida en Llanquihue a partir de la elección de Salvador Allende abrió una coyuntura política inédita en el terreno nacional. No fueron los elementos más extremos de la izquierda, ni tampoco un discurso de “revolución agraria” de tipo socialista —como señalan Robles y otros autores para otras provincias del sur de Chile⁴⁸— lo que convulsionó a la provincia durante este periodo. Fueron elementos de la Democracia Cristiana, con un discurso que aparentemente tenía un contenido exclusivamente gremial, pero que en un análisis más profundo, los intereses polí-

⁴⁷ Claudio Robles, *op. cit.*

⁴⁸ Kyle Steenland, *op. cit.*; Martín Correa, *et al.*, *op. cit.*

ticos demostraron ser los que guiaron el curso del conflicto en el ámbito local. Esta coyuntura generó un espacio de lucha política en el que las tensiones entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana encontraron en esta pequeña provincia del sur de Chile un lugar de expresión de sus antagonismos. Sin embargo, no hay que pensar que el conflicto a nivel local fue determinado por el nacional, sino que se entiende mejor como un momento de mutua determinación dentro de la trayectoria de la política en general durante este periodo. Así, esta reciprocidad entre movilización rural local y política nacional dio paso a articulaciones discursivas y estrategias de lucha y resistencia que sólo la especificidad de la política en Llanquihue pudo haber observado, mientras que el desarrollo de la contingencia nacional marcó la pauta dentro del desenvolvimiento del conflicto en el terreno local.

El 6 de marzo —primer día de la huelga provincial— el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, declaraba que “el gobierno actuará en los términos más enérgicos para sancionar y reprimir a quienes incitan y arrastran a los campesinos a estos movimientos”.⁴⁹ Junto a esta declaración, culpaba directamente a dirigentes demócratacristianos, quienes “sólo buscan crear problemas al gobierno, y presentar un clima de alarma y confusión”,⁵⁰ enfatizando el carácter abiertamente tendencioso de estas acciones destinadas solamente a dañar la imagen de la Unidad Popular. Por su parte, Sergio Elgueta señalaba sin tapujos, que “lo de nosotros era como una venganza. Cuando nosotros estábamos en el gobierno, ellos nos hicieron las cosas difíciles y ahora nos tocaba a nosotros”.⁵¹ Asimismo, y refiriéndose a la aplicación de la Ley de Seguridad Interior del Estado, informaba que “también la Unidad Popular, cuando era oposición [...] ellos estaban en contra de la ley, pero ahora que había otros actores, no dudaban en usarla”, ratificando con ello la idea de cierto revanchismo político. Pero tanto las palabras del subsecretario Vergara como las del abogado sindical del PDC, eran prueba de cómo tensiones anteriores entre el PDC y sectores de la izquierda estaban resurgiendo y aprovechaba la grieta que la movilización rural había

⁴⁹ *El Siglo*, “Elementos DC dirigen ‘tomas’ de fundos en Provincia de Llanquihue”, 5 de marzo de 1971, p. 5.

⁵⁰ *El Siglo*, “Elementos DC dirigen ‘tomas’”, p. 5.

⁵¹ Sergio Elgueta Barrientos, historia oral, julio de 2010.

abierto en Llanquihue para utilizarla como escenario principal del desarrollo de estas tensiones.

Al parecer, uno de los hechos que marcaron profundamente las tensiones entre la izquierda política y el PDC en la provincia habían acontecido apenas tres años antes. Los trágicos sucesos ocurridos en la ciudad de Puerto Montt el 9 marzo de 1969, donde murieron nueve pobladores y un bebé a manos de carabineros, conocido como la “Matanza de Pampa Irigoyen”, nuevamente eran invocados por la izquierda, ahora en el gobierno, para acusar a la Democracia Cristiana de desviar la atención de un nuevo aniversario de dicho acontecimiento “lanzando una violenta ofensiva en contra del gobierno del pueblo”,⁵² refiriéndose claramente a la huelga de los obreros rurales. En su momento, la izquierda había responsabilizado de la “matanza” al ministro del Interior de Eduardo Frei, Edmundo Perez Zujovic, quien sería asesinado meses más tarde por la Vanguardia Organizada del Pueblo (en adelante VOP). Mientras que, por su parte, el gobierno de la Democracia Cristiana culpó a la acción “instigadora” de Luis Espinoza Villalobos, al ser quien lideraba a los pobladores para tomar los terrenos propiedad de Rociel Irigoyen. De este modo, se confirmaba la tesis de Elgueta Barrientos sobre las venganzas políticas, emergiendo nuevas fisuras donde los niveles de la política, local y nacional, se imbricaban de tal forma que la línea que los separaba, al menos durante esta breve coyuntura, se volvía cada vez más difusa.

Por otro lado, la complejidad de la situación política que se vivía para comienzos de marzo de 1971 en la provincia hizo que surgieran discursos cargados de múltiples connotaciones políticas, especialmente desde el gobierno. La acción de los dirigentes sindicales de “Por la Razón o la Fuerza” se catalogó como el lógico proceder del sector derechista más recalcitrante del PDC. La acción del “freismo” —como *El Siglo* llamó a este sector del PDC— en Llanquihue fue calificada de “evidentes propósitos politiqueros”, utilizando una terminología similar a la que usaban los miembros de Agrollanquihue para referirse a las “tomas” y huelgas que se realizaron durante 1970. En este sentido, habría sido justamente el carácter “politiquero” de la actuación de los dirigentes campesinos, especialmente

⁵² *El Siglo*, “La historia de la provocación antipopular en Llanquihue”, 9 de marzo de 1973, p. 5.

de Juan Rubilar Hernández, lo que llevó al gobierno de la Unidad Popular a reprimir a éste y a otros dirigentes, aplicándoles la Ley de Seguridad Interior del Estado y enviándolos a la cárcel de Valdivia. Con ello, “los porfiados hechos” en Llanquihue desafían la noción de que la Unidad Popular rechazó el uso de la fuerza y la represión en contra de los trabajadores movilizados, por muy ilegal que su acción fuese.⁵³ Así, a pesar de que la aplicación de esta ley no llegó muy lejos, no es menos cierto que la Unidad Popular sólo la aplicó con dirigentes sindicales campesinos de oposición y que, independiente de la organización y masividad de las movilizaciones, éstas no se caracterizaron por el uso sistemático de la fuerza física. Esto último, se encuentra en abierto contraste con la actitud más observadora y obsecuente del gobierno en las zonas de Cautín y Valdivia, donde muchas de las acciones se caracterizaron por su radicalidad y violencia.

PROPIETARIOS AGRÍCOLAS, MOVILIZACIÓN RURAL Y POLÍTICA

El curso de los sucesos ocurridos en Llanquihue en el periodo inmediatamente posterior a la elección de Salvador Allende no sólo se sale de la trayectoria histórica dentro del proceder comúnmente observado por el gobierno de la Unidad Popular frente a la movilización rural en general, sino de las propias estrategias de los propietarios agrícolas locales. Como ya se ha adelantado, Agrollanquihue mantuvo un discurso similar al del gobierno en relación con las responsabilidades de la situación en la provincia. Si bien es muy poco probable que la coincidencia discursiva haya sido consciente o planeada, una vez más queda demostrado cómo la fuerza de la contingencia en este breve momento obligó a los actores a reaccionar de forma rápida y bastante inédita para salvaguardar sus intereses, aunque no por ello sus acciones fueron menos reflexivas. A diferencia de la postura hostil tomada por Agrollanquihue durante los últimos meses de gobierno del PDC, en este periodo la organización patronal prefirió mantener un discurso en el que quitaban responsabilidad directa al gobierno central del conflicto rural en la provincia, apoyando abiertamente sus decisiones —por

⁵³ Véase Heidi Tinsman, *op. cit.*, p. 270; Steve Stern, *Remembering Pinochet's Chile. On the Eve of London 1998*, Durham, Duke University Press, 2004, p. 23.

clara conveniencia—, especialmente las relacionadas con la devolución de los predios tomados, las graves pérdidas económicas relacionadas con el rubro de la leche y el carácter político y ajeno de quienes dirigían las movilizaciones. Así, la reacción contingente de los propietarios agrícolas informaba sobre la lectura que hicieron éstos de los múltiples niveles que abarcaba el conflicto. A nivel nacional, tomaron en cuenta la fuerza y energía con que el gobierno de la Unidad Popular asumió el poder; a nivel de política local entendieron que la Democracia Cristiana aún mantenía el monopolio dentro de la mayor federación campesina en la provincia, y entendieron su propia situación como propietarios agrícolas, al verse sobrepasados por la masividad, la coherencia y la cohesión del conflicto al que debían enfrentarse.

Durante noviembre de 1970, los propietarios agrícolas habían hecho poca mención de la sucesivas “tomas” de predios agrícolas que estaban ocurriendo en la provincia. En efecto, las primeras acciones de Agrollanquihue, una vez asumido el poder por Salvador Allende, habían estado en concordancia con las realizadas por la SNA, es decir, conocer cuáles serían las “reglas del juego” en la implementación de la reforma agraria y la política agraria por parte de la Unidad Popular.⁵⁴ En este sentido, ya en diciembre, los propietarios agrícolas comenzaron a manifestar su preocupación por los problemas suscitados en los fundos de la provincia. Agrollanquihue expresó privadamente su consternación ante lo que consideraban una arbitrariedad por parte de los obreros agrícolas para llegar a una solución en el marco de la Comisión Mixta. Específicamente, se referían al hecho de que éstos exigían, entre otras medidas, la contratación de personas que participaban en las “tomas”, de las cuales, muchas no eran siquiera obreros agrícolas.⁵⁵ A esto se sumaba la consideración de que las ocupaciones de predios eran absolutamente injustificadas. Mario Ernst, prominente dirigente de Agrollanquihue, refiriéndose a las “tomas” de fundos, señalaba que se estaba “abusando de este tipo de acciones”, ya que en la mayoría de los casos “las acusaciones sobre problemas sociales eran falsas. Si se quiere buscar un pretexto [para ocupar un fundo] se encuentra”.⁵⁶

⁵⁴ Thomas C. Wright, *op. cit.*

⁵⁵ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 219, 7 de diciembre de 1970.

⁵⁶ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 220, 22 de febrero de 1971.

Para mediados de febrero, al no haber ninguna solución pese a la firma de un acta de entrega de fundos a comienzos del mismo mes, Agrollanquihue hizo correr una circular entre sus socios con el fin de informar sobre la situación agrícola “ante la amenaza inminente de huelga”. En dicha circular, el lenguaje para referirse al gobierno fue de absoluta condescendencia y esperanza en las diligencias que sus representantes realizaran para “terminar con las tomas de fundos y reiterar que no serán tocados los fundos de menos de 80 HRB y por ende devolver la tranquilidad a nuestra actividad”. Sin embargo, advertían que esto no debiera “interpretarse como un optimismo del futuro de nuestra actividad”, ya que los predios aún seguían en manos de los ocupantes y, junto con ello, se acercaba la inminente huelga liderada por la federación “Por la Razón o la Fuerza”, cuyas demandas “no guardan ninguna concordancia con los programas de reajustes sustentados por el actual gobierno, sino más bien parece ser la quiebra económica de la empresa agrícola” lo que los motiva.⁵⁷ En este sentido, tanto privada como públicamente, Agrollanquihue mantuvo un tono de asentimiento frente a las acciones del gobierno en torno al conflicto que enfrentaba. Esta postura quedó aún más de manifiesto con la llegada de Jaques Chonchol a la provincia durante los últimos días de febrero. Después de su visita, los propietarios agrícolas hicieron uso sistemático de sus instrucciones de devolver los predios agrícolas, así como las del propio ministro Tohá, en diversos medios, en relación con la postura del gobierno contraria a las “tomas”.⁵⁸ “El intendente dejó claramente establecido que el gobierno en ningún momento era partidario de estas tomas”, señalaba enfáticamente Mario Ernst en marzo de 1971, estimando necesario hacer ver al “supremo gobierno que los agricultores de la provincia hemos cumplido con nuestra misión de producir”, indicando, con ello, que seguirían en espera del proceder del Ejecutivo.⁵⁹

⁵⁷ Agrollanquihue, “Circular número 1”, 22 de febrero de 1971.

⁵⁸ *El Mercurio*, “Inquietud por ocupación de campos en Llanquihue”, 5 de diciembre de 1970, p. 11; *El Correo de Valdivia*, 8 de febrero de 1971; *El Llanquihue*, “Ministros consideraron la situación agrícola de la zona sur del país”, 23 de febrero de 1971, p. 1; *El Llanquihue*, “El Gobierno de la Unidad Popular es contrario a las tomas ilegales”, 27 de febrero de 1971, p. 8.

⁵⁹ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 220, 22 de febrero de 1971.

Otro de los aspectos cruciales que se debatió en torno a la movilización rural tuvo que ver directamente con la producción lechera. En este punto también es posible ver cierta coincidencia en los discursos del gobierno y de los propietarios respecto de las graves consecuencias que la agitación social en el campo podría traer a la industria lechera en la provincia. En diciembre de 1970, y a propósito de la ocupación del predio de un “progresista agricultor” en la comuna de Los Muermos, Agrollanquihue publicó un balance de las pérdidas de leche hasta esa fecha, calculando alrededor de 44 mil litros de leche no entregada a varias plantas de la provincia.⁶⁰ Fue justamente esta situación la que movió al intendente a la creación de la Comisión Mixta, no solamente por la situación del sector lechero en sí mismo, sino por usar esta circunstancia como medio de presión al gobierno. En efecto, tal como lo ha demostrado Tinsman, la Unidad Popular, con el fin presentarse como protector de la familia frente a las acusaciones del PDC y la derecha, desarrolló múltiples programas dirigidos a la alimentación de los niños, transformando la entrega gratuita de medio litro de leche diario para cada niño en un tema de alta sensibilidad dentro del gobierno.⁶¹ De hecho, ya en noviembre de 1970, Agrollanquihue informaba que en reunión de dirigentes del Consorcio Agrícola del Sur con el presidente electo, se había acordado “cumplir con un plan lechero que podría ayudar con los planes del gobierno”.⁶² Con ello, y siendo la provincia una de las principales zonas de producción lechera, para el gobierno el ambiente de tensión social en Llanquihue se convertía en un asunto de primer orden.

En este contexto, para comienzos de marzo de 1971, el intendente Fuchslocher realizaba un balance de las pérdidas que había ocasionado la movilización en la provincia. Informaba que alrededor de 45 mil litros de leche se habían perdido sólo en el primer día, por lo que “90 mil niños perdieron un día de leche que el gobierno de la Unidad Popular conquistará para ellos”, a lo que agregaba que el “hospital regional de Puerto Montt

⁶⁰ *El Llanquihue*, “Empleadores agrícolas inquietos por sucesivas tomas de fundos”, 2 de febrero de 1971, p. 7.

⁶¹ Heidi Tinsman, *op. cit.*, p. 228.

⁶² Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 218, 13 de noviembre de 1970.

careció ayer de abastecimiento de leche”.⁶³ Cada uno de estos datos habían sido recogidos, no obstante, por los propios agricultores para entregárselos a las autoridades, con el fin de que éstas buscaran una solución a los conflictos en el campo sin tener los propietarios agrícolas que tratar directamente con los sindicatos y arriesgarse a abrir alguna confrontación innecesaria. En efecto, a finales de febrero, y refiriéndose al problema de la leche, Mario Ernst declaraba que “se ha creado consciencia en los agricultores, tanto pequeños como medianos, de la gravedad que reviste la situación agrícola [...] el gobierno está preocupado de lo que se trata en nuestras asambleas”.⁶⁴ En la misma reunión se acordaba que de ser votada la huelga se presentase un cuadro destacando las pérdidas que ello significaba y que esta fuese publicada en el diario.⁶⁵ Tal como se había dispuesto, una vez votada la huelga, se insertó en el diario local un listado con todos los fundos tomados junto a la nómina de plantas lecheras que no pudieron ser abastecidas. Ninguna de éstas se publicó sin que antes fuesen enviadas al intendente, a solicitud del mismo.⁶⁶

El asunto de la leche se transformó en una poderosa arma de presión de los propietarios locales para mover al gobierno a tomar medidas rápidas en contra de los sindicatos movilizados. Al hacer esto, Agrollanquihue mantuvo un discurso público alejado de cualquier controversia directa con el movimiento sindical, mientras coincidían con el gobierno en culpar a elementos ajenos con claras intenciones políticas. El primer día de paro, la organización patronal insertó una declaración en *El Llanquihue* dirigida a informar a sus socios y a la comunidad sobre la situación que aquejaba al sector agrícola de la provincia. En dicha declaración, no sólo se acusaba la ilegalidad de la huelga, sino también la negativa de los empleadores a participar de conversación alguna con la Federación Campesina, ya “que el carácter político que se le atribuye a este movimiento impide toda intervención de nuestras organizaciones, por ser ellas netamente gremiales y

⁶³ *El Siglo*, “DC programaba anoche tomarse la Intendencia de Llanquihue”, 6 de marzo de 1971, p. 11; *El Llanquihue*, “Se torna crítica la situación de la producción agropecuaria”, 6 de marzo de 1971, p. 7.

⁶⁴ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 220, 27 de febrero de 1971.

⁶⁵ *Idem*.

⁶⁶ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 221, 28 de marzo de 1971.

tradicionalmente marginadas de la política contingente”.⁶⁷ Con esta declaración, los propietarios volvían a afirmar su identidad “apolítica” e interesada solamente en cumplir con su misión de producir;⁶⁸ paralelamente, continuaron con su estrategia de evitar cualquier tipo de conflicto y enemistad con sus obreros agrícolas, aprovechando la filiación política de los líderes sindicales para deslegitimar su autoridad como verdaderos representantes de los obreros del campo. En este sentido, es posible especular que fue el gobierno quien aprovechó esta estrategia de deslegitimación para su propio beneficio, pero además la complementó y la hizo más efectiva por medio del “uso legítimo de la fuerza” con la aplicación de la Ley de Seguridad Interior del Estado. Con ello separó físicamente a los máximos dirigentes provinciales de sus agremiados, al mismo tiempo que dejaba completamente acéfalo el movimiento, obligando a los obreros agrícolas a negociar. La adhesión que tuvo esta medida no sólo encontró apoyo en parlamentarios como el ya conocido socialista Luis Espinoza, sino en los propios empleadores agrícolas, quienes por medio de Agrollanquihue manifestaron su “plena satisfacción con la medida adoptada por el supremo gobierno”.⁶⁹

A pesar de que fue la aplicación de esta última medida del gobierno la que presionó a los obreros agrícolas a negociar, fue la iniciativa de los empleadores la que logró que se llegase a una solución definitiva entre la parte patronal y la federación sindical. En efecto, tal como señaló Sergio Elgueta “y aquí había un señor Correa que no era ni agricultor ni nada del gobierno”,⁷⁰ pero fue justamente este señor Correa quien había ofrecido su casa como lugar de encuentro entre las partes para poner fin a la huelga de los sindicatos rurales. Elgueta se refería a Alfonso Correa, presidente de la

⁶⁷ *El Llanquihue*, “Se torna crítica la situación de la producción agropecuaria”, 6 de marzo de 1971, p. 7.

⁶⁸ Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 222, 1 de mayo de 1971. En esta sesión Mario Ernst afirmaba: “Es necesario señalar enfáticamente al supremo gobierno que los agricultores de la provincia hemos cumplido con nuestra misión de producir”.

⁶⁹ *El Correo de Valdivia*, “110 fundos ocupados y 30 paralizados en Llanquihue”, 6 de marzo de 1971, p. 5; *El Llanquihue*, “En forma total se reanudaron las labores en campos agrícolas”, 10 de marzo de 1971, p. 5; la frase en comillas es de Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 221, 28 de marzo de 1971.

⁷⁰ Sergio Elgueta, historia oral, julio de 2010; la información es corroborada en *El Llanquihue*, “En forma total se reanudaron las labores en campos agrícolas”, 10 de marzo de 1971, p. 5.

Confederación Provincial de la Producción y el Comercio y representante del sector agrícola de la provincia ante el Comité Programado de Inversiones. Si bien Correa no era agricultor, su papel como representante de la máxima organización patronal provincial facilitó una relación de mucha cercanía y cooperación con Agrollanquihue y sus miembros.⁷¹ Fue esta relación cercana la que el presidente de Agrollanquihue, Federico Oelckers, aprovechó para solicitar a Correa que atendiera “la grave situación que afecta a la agricultura de nuestra provincia” y mediara ante el gobierno y los obreros rurales a fin de encontrar la mejor solución a la paralización de labores y las ocupaciones ilegales que sufrían los predios agrícolas.⁷² Como dirigente gremial importante, Correa no podía negarse ante la petición del presidente de la organización patronal con una progresiva visibilidad y preponderancia en la política local para este periodo. Con esta iniciativa, Agrollanquihue lograba finalmente desatar aquel nudo gordiano que impedía la resolución definitiva del conflicto, conservando al mismo tiempo su postura —al menos en el discurso— alejada de la “política contingente”, al designar a un mediador supuestamente neutral. Así, la efectividad de la iniciativa propuesta por Agrollanquihue no sólo se limitó a una solución concreta de la huelga provincial y conservar su discurso de “apoliticidad” intacto; igualmente lograron mantener sus relaciones con los sindicatos rurales en relativa tranquilidad, minimizando al máximo cualquier tipo de roces o resentimientos.

Finalmente, uno de los aspectos que más llama la atención en el proceder de los propietarios agrícolas, pero también de la situación política en general, es la ausencia de violencia física. En Cautín, por ejemplo, la retoma del fundo “Rucalán” por parte de su dueño y otros terratenientes fue un claro ejemplo de la actitud violenta que los propietarios agrícolas del lugar rápidamente adoptaron. En su minucioso estudio sobre la comunidad mapuche que protagonizó la toma de este predio, Florencia Mallon apunta que tempranamente, una vez elegido Salvador Allende, los propie-

⁷¹ Por ejemplo, en abril de 1972 el presidente de Agrollanquihue, Federico Oelckers, “lamenta[ba] profundamente la renuncia de Alfonso Correa a la CPC y pro[puso] enviarle una carta agradeciendo su efectiva gestión durante todo este tiempo”, en Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 236, 10 de abril de 1971.

⁷² Agrollanquihue, Sesión del Directorio núm. 221, 28 de marzo de 1971.

tarios agrícolas estaban más dispuestos a “tomar la ley en sus propias manos”.⁷³ Esta situación contrasta invariablemente con la forma en que Agrollanquihue hizo frente a la avalancha de “tomos” que experimentó desde septiembre de 1970 hasta la huelga provincial de marzo de 1971. Durante esta coyuntura es posible observar una actitud más cercana a la resolución por la vía institucional o, al menos, buscar la negociación directa con la federación campesina. Esto no quiere decir que hayan estado más preparados para recibir esta “hipermovilización”. Al contrario, el proceder más institucional de los empleadores agrícolas tiene relación directa con la existencia de una organización que funcionaba relativamente bien y con amplia legitimidad en la provincia como para que no se tomaran en cuenta sus intereses. A diferencia de provincias como Valdivia o Cautín, en la zona lacustre Agrollanquihue comprendió que su posición dentro de la política local y su acceso preferencial al discurso público pesaban lo suficiente como para resolver por la vía administrativa la coyuntura específica que enfrentaban.

Además, al preferir una opción no violenta en la resolución del conflicto con los sindicatos agrícolas, los propietarios de Llanquihue desafiaron la idea de que los terratenientes del sur reaccionaron de forma inmediata y violenta, formando las llamadas “guardias blancas” armadas. Así, siguiendo a Susan Socolow en su crítico artículo sobre la nueva historia cultural, no es pertinente simplificar la experiencia de las llamadas élites. Al pensar que estos sectores son un grupo monolítico “todopoderoso, equivocado o con pensamientos malos”,⁷⁴ que reacciona de forma violenta ante cualquier señal de amenaza, se reduce ampliamente la capacidad política de los propietarios agrícolas a una sola dimensión de estímulo y respuesta. Al contrario, como se intentó demostrar, Agrollanquihue desarrolló una acción dentro del propio contexto específico en que se configuró en la política local, al mismo tiempo que aprovechaba las oportunidades que le ofrecía el curso de la contingencia nacional. No esperaba una movilización rural como la experimentada en la provincia desde septiembre a marzo, pero decidir por una opción violenta significaba limitar al máximo sus posibilidades de acce-

⁷³ Florencia Mallon, *La sangre del copihue*, pp. 98-99.

⁷⁴ Susan Socolow, “Putting the ‘Cult’ in Culture”, *The Hispanic American Historical Review*, 79 (1999), p. 360.

der a algún espacio de influencia en la política agrícola en la provincia, y con ello disminuir sus posibilidades de negociación ante las eventuales expropiaciones. También implicaba perder toda legitimidad ante los obreros rurales, perdiendo así a una parte fundamental en su estrategia más general de ampliación de su base social. En este sentido, las acciones de Agrollanquihue en esta acelerada coyuntura muestran una capacidad de análisis del contexto político que, como ya se ha dicho, superan la mera reacción espontánea para pasar a una acción política igualmente contingente, pero no por ello menos compleja.

CONSIDERACIONES FINALES

Para mediados de 1971, la situación social y política en Llanquihue había variado profundamente. No es menos cierto que Chile en general había experimentado cambios drásticos, pero éstos habían avanzado con cierto ritmo constante. En cambio, para Llanquihue, y especialmente para la élite agraria local, estos cambios llegaron casi de improviso. La confianza de que ganarían las elecciones de 1970, así como la inesperada masividad que caracterizó a la movilización rural para comienzos de 1971, los impulsó a experimentar un proceso particular de politización. En efecto, muchos estaban vinculados a la política local de forma directa o por vínculos familiares, pero ninguno de ellos había enfrentado una situación social de alta intensidad en sus propias casas. Con ello, muchos de los que se dedicaban de forma casi exclusiva a sus actividades agrícolas, se vieron obligados a recurrir a sus organizaciones gremiales para solicitar una participación más activamente en el acontecer político, a pesar de la insistencia de estas organizaciones en su carácter apolítico.

Agrollanquihue tuvo la responsabilidad, junto con FEISEMA, de enfrentarse a la movilización rural y entender cuáles eran las características en que se insertaba este fenómeno. Para ello, debió entender la complejidad del contexto político que se vivía tanto en Llanquihue como en el país. En este sentido, no se puede decir que el curso de la política local fue dirigido únicamente por la voluntad de los propietarios agrícolas, así como tampoco de los sectores campesinos. Fue una combinación de contingencias en diferentes espacios y niveles, en los que los propietarios agrícolas usaron los

recursos con los que contaban para resistir y, si las articulaciones políticas contingentes lo hubiesen permitido, mantener lo más posible las relaciones de poder dentro de cada fundo en la provincia. ❧

SIGLAS, Y ACRÓNIMOS

ACEE: Archivo Corporación Reforma Agraria – Expediente de Expropiación
Agrollanquihue: Asociación de Agricultores de Llanquihue, Actas de las
Sesiones del Directorio, 1970-1972
AJPV: Archivo Judicial Puerto Varas
Arnad: Archivo Nacional de la Administración

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Diario *El Llanquihue*, Puerto Montt, 1970-1973
Diario *El Siglo*, Santiago, 1970-1972
Diario *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 1971

Revista *El Campesino*, Sociedad Nacional de Agricultura, Santiago, 1970-1972
Revista *Punto Final*, Santiago, 1970-1972

BIBLIOGRAFÍA

- Aljovín de Losada, Cristóbal y Nils Jacobsen (eds.), *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Institut Français d'Études Andines, 2007.
- Almonacid, Fabián, *La agricultura chilena discriminada (1910-1960). Una mirada de las políticas estatales y el desarrollo sectorial desde el sur*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.
- Blancpain, Jean Pierre, *Los alemanes en Chile (1816-1845)*, Santiago, Editorial Universitaria, 1985.
- Bengoá, José, *Historia social de la agricultura chilena*, Santiago, Ediciones Sur, t. II, 1990.
- Comité Interamericano de Desarrollo Agropecuario (CIDA), *Chile. Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola*, Santiago, 1966.

- Correa, Martín *et al.*, *La Reforma Agraria y las tierras mapuches. Chile 1962-1975*, Santiago, Lom Ediciones, 2005.
- Garrett, Patricia, “Women and Agrarian Reform in Chile, 1964-1973”, *Sociología Ruralis*, 22 (1982).
- Gómez Leyton, Juan Carlos, *La frontera de la democracia: el derecho de propiedad en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 2004.
- Guardino, Peter, *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico’s National State. Guerrero, 1800-1857*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- Henderson, Timothy J., *The Worm in the Wheat. Rosalie Evans and Agrarian Struggle in the Puebla-Tlaxcala Valley of Mexico, 1906-1927*, Durham y Londres, Duke University Press, 1998.
- Kay, Cristobal, “Agrarian Reform and Class Struggle in Chile”, *Latin American Perspectives*, 18 (1978).
- Klein, Emilio, “Antecedentes para el estudio de conflictos colectivos en el campo, 1967-1971”, Santiago, ICIRA, mimeografiado, 1972.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 2001.
- Libro de la Provincia de Llanquihue*, Comité de Adelanto Regional de Puerto Montt, Padre Las Casas, Imprenta San Francisco, 1943.
- Loveman, Brian, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile*, Bloomington, University of Indiana Press, 1976.
- Mallon, Florencia, “The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History”, *The American Historical Review*, 99 (1994).
- _____, *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México, CIESAS, Colegio de Michoacán y Colegio de San Luis, 2003.
- _____, “Barbudos, Warriors and Rotos: The MIR, Masculinity and Power in the Chilean Agrarian Reform, 1965-1974”, en Matthew C. Gutmann (ed.), *Changing Men and Masculinity in Latin America*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003, pp. 179-215.
- _____, *La sangre del copihue. La comunidad de Nicolás Ailío y el Estado chileno, 1906-2001*, Santiago, Lom Ediciones, 2004.
- Mamalakis, Marcos, “Demography and Labor Force”, en Marcos Mamalakis (comp.), *Historical Statistics of Chile*, vol. II, Connecticut y Westport, Greenwood Press, 1980.

- Matthei, Federico, “Monografía del fundo Misión de Cuinco”, Santiago, tesis de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile, 1910.
- Pérez Rosales, Vicente, *La colonización de Valdivia y Llanquihue, 1807-1876*, Valparaíso, Imprenta Universo, 1935.
- Petras, James y Hugo Zemelman, *Peasant and Revolt*, Austin, University of Texas Press, 1972.
- Pichardo, Nelson, “The Power Elite and Elite-Driven Countermovements: The Associated Farmers of California During the 1930s”, *Sociological Forum*, 10 (1995).
- Powell, John Duncan, *Political Mobilization of the Venezuelan Peasant*, Cambridge, Harvard University Press, 1971.
- Purnell, Jennie, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico. The Agraristas and Cristeros of Michoacan*, Durham y Londres, Duke University Press, 1999.
- Rendle, Matthew, “Conservatism and Revolution: The All-Russian Union of Landowners, 1916-1918”, *The Slavonic and East European Review*, 84 (2006).
- Robles, Claudio, *Hacendados progresistas y modernización agraria en el Chile Central (1850-1880)*, Osorno, Editorial Universidad de los Lagos, 2007.
- _____, “Agrarian Capitalism and Rural Labour: The Hacienda System in Central Chile, 1870-1920”, *Journal of Latin American Studies*, 41 (2009).
- Sábato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización: Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2004.
- Santana Ulloa, Roberto, *Agricultura chilena en el siglo XX. Contextos, actores y espacios agrícolas*, Santiago, DIBAM, 2006.
- Steenland, Kyle, *Agrarian Reform under Allende*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977.
- Stern, Steve, *Remembering Pinochet's Chile. On the Eve of London 1998*, Durham, Duke University Press, 2004.
- Socolow, Susan, “Putting the ‘Cult’ in Culture”, *The Hispanic American Historical Review*, 79 (1999).
- Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*, Santiago, Lom Ediciones, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2009.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, *Nacionales y gremialistas. El “parto” de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*, Santiago, Lom Ediciones, 2008.

- Walker, Charles, *De Tupac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*, Cuzco, CBC, 1999.
- Winn, Peter, *Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, Lom Ediciones, 2004.
- _____ y Cristobal Kay, “Agrarian Reform and Rural Revolution in Allende’s Chile”, *Journal of Latin American Studies*, 6 (1974).
- Wright, Thomas C., *Landowners and Reform. The Sociedad Nacional de Agricultura, 1910-1940*, Chicago y Londres, University of Illinois Press.

Escrituras en el cielo

Una mirada a la poética (aérea) de la avanzada

Mara Polgovsky Ezcurra

I

El 12 de julio de 1981, seis aviones en perfecta formación sobrevolaron Santiago, dejando caer 400 mil volantes en algunos de sus barrios más pobres. “Nosotros somos artistas”, decían los *flyers* y repetían, “nosotros somos artistas, pero cada hombre que trabaja por la ampliación, aunque sea mental, de sus espacios de vida es un artista”.¹ La Fuerza Aérea dio el visto bueno al plan de vuelo, que, de acuerdo con testimonios, sería ejecutado por ex militares.² Al solicitar la autorización para el proyecto, los miembros del Colectivo Acciones de Arte (CADA) lo describieron como una obra de *land art*, tendencia en boga en Estados Unidos. Se trata de “una escultura sobre el cielo de la ciudad”, apuntaron.³ Uno de los paquetes con volantes cayó sobre el techo de una comisaría, provocando daños menores en el edificio.⁴ Es difícil saber si aquel paquete fue abierto o permaneció archivado como evidencia. No se sabe tampoco lo que pasó con el resto de los volantes, cuyo texto abría con la siguiente interpelación (en mayúsculas): “Cuando usted camina atravesando estos lugares y mira el cielo y bajo él las cumbres nevadas reconoce en este sitio el espacio de nuestras vidas: el color piel morena, estatura y lengua, pensamiento”.

¹ “Ay Sudamérica”, documento reproducido en Robert Neustadt, *Cada día: La creación de un arte social*, Santiago, Cuarto Propio, 2001, p. 150.

² *Ibid.*, p. 34.

³ Carta a la Dirección de Aeronáutica firmada por Lotty Rosenfeld en nombre del colectivo (*Ibid.* p. 147).

⁴ *Ibid.*, p. 88.

II

Al año siguiente, uno de los miembros del colectivo, el poeta Raúl Zurita, viajó a Nueva York para llevar a cabo una acción paralela: escribir poesía en el cielo de la metrópoli con el vapor de agua generado por cinco aviones. Los versos ocuparon una extensión aproximada de ocho kilómetros y lograron verse a una distancia de 60 kilómetros a la redonda. Las imágenes de los poemas celestes fueron reproducidas en la segunda antología de poemas de Zurita, titulada *Anteparaíso*.⁵ El libro cierra con la palabra de la mujer a quien la obra va dedicada, Diamela Eltit (también perteneciente al CADA). La escritora relata que, antes de llevar a cabo la acción, Zurita había atentado contra sus propios ojos, rociando sobre ellos amoníaco puro. Si bien no había perdido la vista, “resultó con quemaduras en los párpados, parte del rostro, sólo lesiones menores en las córneas”.⁶ Lloró él, lloró ella, dijo.

Zurita ha reflexionado repetidas veces sobre la posibilidad de que aquel que pensó esta obra no hubiese podido verla. Su poesía buscaba la mirada y se leía:

Mi Dios es hambre
 Mi Dios es nieve
 Mi Dios es no
 Mi Dios es desengaño
 Mi Dios es carroña
 Mi Dios es paraíso
 Mi Dios es pampa
 Mi Dios es chicano
 Mi Dios es cáncer
 Mi Dios es vacío
 Mi Dios es herida
 Mi Dios es ghetto

⁵ Raúl Zurita, *Anteparaíso*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009. Texto original de 1982.

⁶ *Ibid.*, p. 159.

Mi Dios es dolor
Mi Dios es... mi amor de Dios...

Todo en mayúsculas.

III

Carlos Ramírez Hoffman y Carlos Wieder son ambos contrapartes ficcionales de Raúl Zurita en la escritura de Roberto Bolaño. Estos personajes protagonizan diferentes elaboraciones de la misma historia. La primera, más esquemática y contada por un narrador homónimo a Bolaño, cierra *La literatura nazi en América* (2005).⁷ La segunda es relatada en *Estrella distante* por Arturo Belano o Arturo B, voz literaria preferida del escritor, aunque en el prefacio del libro éste asegura no haber hecho más que escuchar a Arturo y prepararle bebidas durante el mes y medio de encierro en el que compusieron la novela. Wieder, como Hoffman, es un teniente de la Fuerza Aérea chilena; es también poeta y artista visual. Bajo el pseudónimo de Alberto Ruiz-Tagle infiltra los talleres literarios de la Universidad de Concepción en la época en que Allende aún era presidente. Autodidacta, callado, vestido con propiedad, Ruiz-Tagle era difícil de descifrar y más aún de situar en un taller de poesía formado por jóvenes con vagos ideales de izquierda y sueños vanguardistas. Leía sus versos y escuchaba las (feroces) críticas a éstos con una actitud distante, como si no se tratara de su escritura. Su voz poética jamás encontró expresión en aquellos espacios menores. Ya consumado el golpe, Wieder se volvió el poeta oficial del régimen, canalizando la violencia de aquel cambio histórico hacia un “proyecto artístico” de ambiciones desmesuradas. Trasladó su escritura del papel al cielo, formando versos con el humo de un pequeño avión que piloteaba solo (y que algún “loco” imaginó como un caza Messerschmitt escapado de la Segunda Guerra Mundial). Comenzó con esta práctica en Concepción (citando el texto del Génesis en latín), después llegó a Santiago, Chile entero, la

⁷ Para un análisis del regreso de Bolaño a la historia de Carlos Ramírez Hoffman desde la pulsión repetitiva del melancólico véase Gareth Williams, “Sovereignty and Melancholic Paralysis in Roberto Bolaño”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 18, 2009, pp. 132-133.

Antártida. Por aquellos días, Wieder, cada vez más cercano a la cúpula militar, “recibió el espaldarazo” de uno de los críticos más influyentes de Chile (Nicasio Ibache), hombre de ideas católicas, a pesar de su amistad con Neruda y “la Mistral”. Tal como el crítico literario y miembro del Opus Dei, Ignacio Valente (pseudónimo de José Miguel Ibáñez Langois), alabó en el diario *El Mercurio* la magnificencia de la escritura de Zurita,⁸ en *Estrella distante* Ibache postula que Chile se encontraba frente al gran poeta de los nuevos tiempos. Sin embargo, Wieder pronto se revela como un poeta asesino, que arrebató la vida a poetisas jóvenes y fotografía sus cuerpos ultrajados con la idea de montar una exposición de arte para un reducido círculo de “conocedores” y militares. Sus poemas derivan en odas a la muerte: “La muerte es amor/ La muerte es crecimiento/ La muerte es comunión”. Su viraje sanguinario lo obliga a salir de Chile. A partir de aquel momento los pormenores de su vida no son muy claros; deambula por Europa, publica algunos textos en revistas fascistas, funda movimientos sadomasoquistas, filma “baja” pornografía. Posiblemente muere en Blanes, en manos de un policía ya heroico en los tiempos del allendismo.

Este artículo regresa a las escrituras en el cielo, conocido episodio de las artes chilenas contemporáneas, motivo de disputas y rivalidades entre dos de los más prolíficos escritores de las últimas décadas: Raúl Zurita (n. 1950) y Roberto Bolaño (1953-2003). No es mi interés, sin embargo, llevar a cabo una lectura de los hechos a partir del sensacionalismo de las controversias personales. Busco reflexionar sobre la creación artística en Chile durante el periodo de la dictadura militar y los discursos estéticos que han surgido a partir de ésta. Con base en tres escenas, donde se produce un ejercicio expreso de borradura entre arte y vida, realidad y ficción, propondré algunas

⁸ En el artículo titulado “Zurita entre los grandes”, publicado en el periódico *El Mercurio* en octubre de 1982, Valente escribió, “hace muchos años que no surgía en Chile una voz poética del calibre, grandeza y originalidad de Raúl Zurita [...] Cuando apareció su primer libro, *Purgatorio*, tuve la alegría de reconocerlo como el delfín de la poesía chilena, como el legítimo heredero de los grandes. Lo que hubiera de riesgo y anticipación en ese juicio se ve confirmado con creces en su nueva obra, *Anteparaiso*” (Valente, *Veinticinco años de crítica*, Santiago, Zig-Zag, 1992, p. 280).

observaciones sobre la prácticas artísticas de CADA, la poesía de Zurita y la crítica de Bolaño a la vanguardia artística.

El golpe de Estado es sin duda el quiebre más profundo en la historia contemporánea de Chile. Sus consecuencias han dejado marcas —¿cicatrices?— en todos los ámbitos de la creación (desde la actividad productiva hasta la literaria) y el pensamiento (comenzando por las “grandes ideologías” hasta los deseos, prejuicios e imaginarios cotidianos). Por tal motivo sus expresiones más significativas son, muchas veces, no las grandes narrativas sobre los cambios estructurales que ocurrieron en la economía y la organización social, sino las microhistorias individuales, donde el curso de la dictadura es nombrado como una vivencia propia, que marca los recuerdos de infancia, los temores de juventud y la fragilidad de una vejez donde todo lo conocido había cambiado. En cada rincón de intimidad ocupado por el golpe se confirma su violencia y el carácter posiblemente irrecuperable de la historia previa a su llegada. Porque después de aquél la subjetividad, individual o colectiva, era otra. También el lenguaje.

Esta irrupción de la discontinuidad histórica que trajo la llegada del régimen militar ha sido un eje tanto de exploración creativa como de interpretación historiográfica. Así, Nelly Richard, una de las principales teóricas de la producción cultural durante este periodo, ha propuesto la categoría de “escena de avanzada” para nombrar un conjunto de prácticas artísticas experimentales e interdisciplinarias que surgieron a partir del quiebre de “todos los pactos vigentes de legitimación simbólica y social causado por la dictadura”.⁹ Para Richard, la avanzada,

Emerge en plena zona de catástrofe cuando ha naufragado el sentido, debido no sólo al fracaso de un determinado proyecto histórico —el de la Unidad Popular— sino al quiebre de todo sistema de referencias sociales y culturales que, hasta 1973, garantizaba ciertas claves de entendimiento colectivo. Una vez desarticulada la historia y rota la organicidad social de su sujeto, todo deberá ser reinventado, comenzando por la textura intercomunicativa del lenguaje que, habiendo sobrevivido a la catástrofe, ya no sabe cómo nombrar los restos.¹⁰

⁹ Nelly Richard, *Márgenes e instituciones: Arte en Chile desde 1973*, Santiago, Metales Pesados, 2007, p. 16.

¹⁰ *Idem.*

La manera en que Richard describe este desplome del sentido sucede como un desastre natural, es decir, escapa a la voluntad y a la conciencia. Sucede, llega, sin haber sido previsto y sin ofrecer posibilidades para detenerlo. Se instala en el devenir histórico con la fuerza del acontecimiento y, más allá de algunos individuos directamente involucrados con la planeación y ejecución del golpe, la gran mayoría de la población chilena figura como víctima.¹¹ Sin embargo, una vez inaugurado el ciclo histórico que abre la deposición del gobierno democrático de Salvador Allende, la crítica consciente del sentido como categoría unitaria, las tradiciones pasadas, la historia nacional y el lenguaje se convierte en la condición *sine qua non* para la producción artística. Esta es la gran paradoja del arte de la dictadura bajo la mirada teórica de Richard: la llegada de una catástrofe convierte la catástrofe en necesidad e incluso en virtud. Instalado el golpe, ya no había cómo remediar la crisis de verosimilitud de las ficciones de coherencia y estabilidad que parecían sustentar las tradiciones sociales y culturales de la historia nacional. De ahí, entonces, “la incansable actividad de reformulación de los signos llevada a cabo, dentro del arte, por la escena ‘de avanzada’ y su manía de sospecha que impulsan a revisar cada maniobra del discurso”.¹²

Así pues, dentro de la historia del arte chileno, si bien éste fue un periodo de crisis, deshabitación y, en numerosos casos, persecución política, los principales discursos historiográficos destacan su carácter innovador, la efectividad de su rechazo a la tradición y la “superioridad” de sus estrategias críticas —Gaspar Galaz y Milan Ivelic hablan de “una fundamentación teórica de carácter analítico que superaba por su rigor las bases teóricas en que se apoyaban la pintura y la escultura”.¹³ Por lo tanto, en los esfuerzos

¹¹ Esta manera de concebir el golpe enfatiza la participación de los militares sobre cualquier otro actor social. Carlos Huneeus considera que el enfoque es incorrecto porque “oscurece el relevante protagonismo que tuvieron los civiles, que fue decisivo no sólo en el campo económico, sino también en el diseño e instauración de la arquitectura institucional. Los militares fueron acompañados en el poder por decenas de profesionales de alto nivel y por centenares de colaboradores y asesores civiles en múltiples posiciones de autoridad” (Huneeus, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 2000, p. 59). Asimismo, una falencia importante en la narrativa histórica de Richard es que desestima la importancia de la Guerra Fría, la relación entre ésta y el derrocamiento del gobierno de Allende, así como las pugnas políticas que precedieron al golpe.

¹² Nelly Richard, *Márgenes e instituciones*, p. 16.

¹³ Gaspar Galaz y Milan Ivelic, *Chile, arte actual*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1988, p. 195.

de periodización, la dictadura coincide con la formación de una estética “sofisticada” y vanguardista.

Esta condición paradójica puede ser leída de dos maneras o desplegada en dos paradojas, que abren paso a su vez a una avalancha de contradicciones difícil de contener. En primer lugar, bajo la mirada de Richard, surge entre los escombros de la dictadura una escena artística vital e incansable, dispuesta a someterlo todo a la crítica, militante sólo en su impulso deconstructivo, desapegada de ideologías e ilusionismos. El escenario es posible, pero de alguna forma la confusión que privaba en el “resto de la sociedad”, las dudas, los errores, el sufrimiento, la melancolía que generó la instalación abrupta de un régimen sanguinario en su política represiva y en su avance hacia el desmantelamiento del estado de bienestar,¹⁴ no parecen estar presentes en este discurso. Para decirlo de manera simple, el fracaso de la sociedad chilena en su intento por construir un modelo de colectividad incluyente y pacífico coincide con el triunfo de lo que en algún momento fueron los márgenes del canon artístico sobre éste y la consecuente ampliación del terreno de lo posible en el campo creativo. Si llevásemos esta paradoja hasta el absurdo, nos topáramos con un escenario en el que un régimen dictatorial en que el Estado censura la libre expresión y a la vez carece de un proyecto estético propio,¹⁵ representa el contexto idóneo para la exploración creativa autónoma, desinteresada y libre de las limitaciones que repre-

¹⁴ Como señalan Gabriel Salazar y Julio Pinto, dos años después del golpe, en los que el gobierno militar buscó consolidar el control político y fracasó en sus intentos por estabilizar la economía y controlar la inflación, éste decidió aplicar un “tratamiento de shock”. Diseñado por un grupo de economistas e ingenieros conocidos como los *Chicago boys*, el “experimento [...] convertiría a Chile en una especie de laboratorio económico mundial”, cuyo objetivo era dar un viraje de ciento ochenta grados a “medio siglo de economía cerrada y estatismo” por medio una política monetarista y neoliberal. Salazar Vergara y Pinto Vallejos *Historia contemporánea de Chile. III. La economía (mercados, empresarios y trabajadores)*, Santiago, Lom Ediciones, 1999, p. 50.

¹⁵ Antes que desarrollar una iconografía propia, el Estado autoritario desmanteló, censuró y silenció, al tiempo que permitía la importación de productos culturales estadounidenses. Aun así, Gabriel Salazar y Julio Pinto consideran que “el golpe de Estado de 1973 fue, como imagen, un golpe de espada. O si se prefiere, un inhumano ejercicio de tiro, o un nuevo ‘palomeo de rotos’. En definitiva, la abrupta reaparición de la forma más antigua y primitiva de la hegemonía masculina: la ‘guerra’. Muerte de los hijos, las hijas. Tiempo para la *furia dolida de las madres*”. Salazar Vergara y Pinto Vallejos, *Historia contemporánea de Chile. I. Estado, legitimidad, ciudadanía*, Santiago, Lom Ediciones, 1999, p. 194. Aunque no coincido con el uso de los términos “antiguo” y “primitivo” en esta cita, cabe rescatar las imágenes de la espada y la guerra entre varones como elementos de la estética autoritaria.

sentan tanto la institucionalidad artística como el mercado. En los resquicios que encuentre el arte en este territorio sórdido, ahí será pleno.¹⁶ ¿Será?

El segundo sentido posible emerge del inescapable espejismo de las relaciones entre opuestos, tema que ha atravesado la producción literaria de Roberto Bolaño y figura prominentemente en las reflexiones sobre la vanguardia artística a lo largo del siglo xx. La vanguardia puede ser pensada como la configuración idónea para la llegada de un “golpe”, en la medida en que ha estado siempre en busca del *shock* que despierta al sujeto y le permite tomar conciencia de sus condiciones de existencia para, en última instancia, reorientar su praxis vital.¹⁷ Vanguardia artística y violencia son viejas compañeras, cuyas afinidades se forjan desde el momento en que la primera es concebida como metáfora de la guerra.¹⁸

En sus reflexiones sobre arte y política a lo largo del siglo xx, el historiador alemán Boris Groys compara el sueño de radicalidad en las formaciones artísticas vanguardistas con las producciones discursivas, sean visuales o escritas, de agrupaciones consideradas terroristas.¹⁹ Entre sus ejemplos evoca las muy conocidas palabras de André Bretón en el *Segundo manifiesto del surrealismo*, donde sostiene que “el acto surrealista más simple consiste en salir a la calle con un revólver en cada mano y tirar al azar, todo lo que se pueda, sobre la multitud”.²⁰ Este texto, que marcó la historia de las vanguardias, no ha inspirado masacres “reales”, ya que su carácter simbólico está sobreentendido. Ningún miembro del movimiento surrealista terminó en la cárcel por el uso de una retórica incendiaria. De hecho, como postula Kirsten Strom, la violencia presente en textos como el *Segundo Manifiesto* situó al movimiento en relación con otros discursos de la época, primeramente políticos, que recurrían a un lenguaje exaltado y divisivo para llamar al cambio social y a la praxis revolucionaria. No obstante, por su naturaleza,

¹⁶ Este postulado iría en contra de las observaciones de Renato Poggioli, quien establece que la democracia es una condición de posibilidad para el desarrollo de una vanguardia artística. Poggioli, *Teoría del arte de vanguardia*, Madrid, Revista de Occidente, 1964, 106.

¹⁷ Peter Bürger, *Theory of the Avant-Garde*, Michael Shaw (trad.), Manchester, Manchester University Press, p. 80. En su *Teoría de la vanguardia*, Peter Bürger toma el concepto de *shock* de los escritos de Walter Benjamin, particularmente “Sobre algunos temas en Baudelaire”, en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones*, II, Madrid, Taurus, 1972, pp. 123-170.

¹⁸ Renato Poggioli, *Teoría del arte de vanguardia*, pp. 23-25.

¹⁹ Boris Groys, *Art Power*, Cambridge, MIT Press, 2008, pp. 121-124.

²⁰ André Breton, *Antología (1913-1966)*, Mexico, Siglo XXI, 2004, p. 82.

las prácticas estéticas surrealistas abrían una brecha en el sentido de que ponía en duda la realidad misma de aquellos discursos políticos.²¹

Así, si bien Groys observa una retórica violenta tanto entre la vanguardia artística como entre grupos que, ya sea desde dentro o fuera del Estado, ejercen el terror para amedrentar a la población, traza la distinción entre ésta y aquéllos a partir de la distancia entre iconofilia e iconoclasia. Es decir, mientras el terrorismo recurre a la violencia para promover una única verdad y la adoración de ciertas imágenes, símbolos nacionalistas o iconos religiosos, la vanguardia artística tiene una vocación fundamentalmente iconoclasta, crítica y autorreflexiva.²² La distinción tiene cierto valor explicativo, pero este problema se torna bastante más complejo cuando tomamos en cuenta que, como ha demostrado Dario Gamboni, las historias de la iconofilia y la iconoclasia están profundamente entrelazadas.²³ La violencia iconoclasta de las vanguardias no solamente genera nuevos objetos icónicos, sino que tiene efectos similares en el ejercicio de la autoridad, la anulación del pasado y el disciplinamiento del “gusto” de las prácticas iconofílicas del llamado “arte burgués” e incluso de ciertas prácticas religiosas o abiertamente represivas.²⁴

Siguiendo una línea similar de análisis, Willy Thayer somete a un examen en espejo a la retórica de la avanzada al postular, por un lado, su cercanía con la vanguardia —más allá de las intenciones de Richard de deslindarse de ésta— y, por el otro, discutir la convicción paralela de la dictadura y de la avanzada de hacer tabula rasa con el pasado. Richard recurre a la noción de avanzada para deslindarse de la historia de las vanguardias artísticas de las primeras décadas del siglo xx.²⁵ No obstante, como

²¹ Kirsten Strom, “‘Sometimes I Spit for Pleasure on My Mother’s Portrait’. On the Strategic Uses of Inflammatory Rhetoric in Surrealism”, en Sascha Bru y Gunther Martens (eds.), *The Invention of Politics in the European Avant-Garde (1906-1940)*, Amsterdam, Rodopi, 2006, p. 36.

²² Boris Groys, *Art Power*, p. 124.

²³ Dario Gamboni, “Image to Destroy. Indestructible Image”, en Bruno Latour y Peter Weibel (eds.), *Iconoclasm. Beyond the Image Wars in Science, Religion, and Art*, Karlsruhe-Cambridge, London, ZKM-MIT Press, 2002, p. 88.

²⁴ Véanse también los primeros dos capítulos de Dario Gamboni, en *The Destruction of Art: Iconoclasm and Vandalism since the French Revolution*, Londres, Reaktion, 2007.

²⁵ Willy Thayer, “Vanguardia, dictadura, globalización (La serie de las artes visuales en Chile, 1957-2000)”, en Nelly Richard y Alberto Moreiras, *Pensar en la posdictadura*, Santiago, Cuarto Propio, 2001, p. 250.

apunta Thayer, este ejercicio de disociación pierde fuerza al momento que, al analizar las acciones de esta formación artística, Richard utiliza términos como “‘práctica contrainstitucional’, [...] ‘desarreglo calculado de las sistematicidades vigentes’, ‘infracción de la normalidad pautada por las técnicas disciplinarias’ [...], ‘resimbolizar lo real de acuerdo con nuevas claves’”.²⁶ Más aún, las metáforas guerreras no son escasas en la delineación de estas estrategias, que buscan generar “‘quiebres de sentido’, ‘trizar’, ‘hacer caer’, ‘tritular’, ‘fracturar el sistema de la representación’, ‘infringir’, ‘vulnerar el código’, ‘traicionar el sentido’, ‘atentar contra’ [...], ‘transgredir las estructuras’, ‘violar los sistemas de señalización’”.²⁷

De acuerdo con Thayer, la avanzada y el golpe configuran violencia y progreso en la misma dialéctica, que además se funda en una concepción teleológica del devenir histórico. Así, el crítico sostiene que “*Márgenes e instituciones* mantuvo complicidad con el corte fundacional de la dictadura al reiterar el gesto refundacional en el campo cultural, al seguir enarbolado con ello *el progreso como norma histórica*”.²⁸ La palabra “complicidad” es posiblemente desmesurada, pero busca articular una crítica sustancial a la justificación de la violencia en pos de un ideal ya progresista, ya vanguardista. “La Moneda, la República, el Estado en llamas”, escribe Thayer, “es a la vez la representación más justa de la ‘voluntad de acontecimiento’ de la vanguardia, voluntad cumplida siniestramente por el golpe de Estado como punto sin retorno”.²⁹ En la crítica del autor hay claras resonancias de las reflexiones sobre la idea de progreso como motor del avance histórico que siguieron a la emergencia del nazismo. Como apuntaron lúcidamente Theodor Adorno y Max Horkheimer, en su conocido texto sobre el giro epistemológico que significó la Ilustración y el consecuente auge del positivismo, la violencia como necesidad está inscrita en la lógica del progreso. “El progreso”, escriben los pensadores, tiene una doble relación con “la crueldad y la liberación”, el dominio y el pensamiento ilustrado.³⁰ Más aún,

²⁶ *Ibid.*

²⁷ Thayer, “El golpe como consumación de la vanguardia”, en *El fragmento repetido: escritos en estado de excepción*, Santiago, Metales Pesados, 2006, p. 19.

²⁸ *Ibid.*, p. 18, nota 4. Cursivas en el original.

²⁹ *Ibid.*, p. 15.

³⁰ Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007, p. 184.

“la Ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento progresivo, ha perseguido desde siempre el objetivo de quitar a los hombres el miedo y convertirlos en señores. Pero la Tierra enteramente ilustrada resplandece bajo el signo de una triunfal calamidad”.³¹

En diálogo con esta tradición de pensamiento, que busca entender la forma en que la violencia ha sido justificada en nombre del “avance de la historia”, el texto de Thayer no coloca en situación de identidad a la avanzada con la dictadura, de la misma manera en que Adorno y Horkheimer no igualan razón ilustrada y fascismo. El propósito es interrogar en qué medida la vanguardia artística y ciertos ordenamientos políticos de corte refundacional comparten una lectura del curso de la historia, marcada a la vez por un tajante rechazo a la tradición y el ansia de novedad, progreso, desarrollo: “*Dejad que los muertos entierren a los muertos, adelante, adelante*, es una frase que susurra en el tímpano eufórico de la vanguardia, de la dictadura y de la actualidad”, escribe el crítico.³²

Carla Macchiavello coincide con Thayer al situar a la avanzada dentro de la tradición (rupturista) de la vanguardia. Como documenta la historiadora, en abril de 1979, Richard organizó en el Instituto Chileno Norteamericano el “Seminario Arte Actual. Información. Cuestionamiento”, en el que “participaron todos los artistas que formarían la ‘Escena de Avanzada’”.³³ *La Bicicleta*, una de las principales revistas culturales publicadas durante la dictadura, describió el seminario como un esfuerzo por “indagar en el arte contemporáneo extranjero para actualizarse en el arte de vanguardia” y, a partir de estas reflexiones, introducir en el arte chileno “prácticas alternativas de producción que contrarrestaran el arte burgués y conformista predominante”.³⁴ El seminario trabajaba con una distinción categórica entre pasado y presente/futuro. Asimismo, diferenciaba entre la

³¹ *Ibid.*, p. 19.

³² Thayer, *El fragmento repetido*, p. 20. Como trasfondo de esta discusión está el conocido elogio al progreso industrial entre los futuristas italianos y su apoyo al régimen fascista. Véase Marjorie Perloff, *The Futurist Moment: Avant-Garde, Avant Guerre, and the Language of Rupture*, Chicago, University of Chicago, 2003 y Pontus Hultén, *Futurism & Futurisms*, Londres, Thames and Hudson, 1986.

³³ Carla Macchiavello, “Vanguardia de exportación: la originalidad de la ‘Escena de Avanzada’ y otros mitos chilenos”, en *Ensayos sobre artes visuales. Prácticas y discursos en los años '70 y '80 en Chile*, Santiago, Lon, 2011, p. 96.

³⁴ *Idem.*

originalidad de lo nuevo y la supuesta vocación meramente “ilustrativa” del arte político, como las brigadas muralistas que se desarrollaron durante el gobierno de Allende.³⁵ Así, en aquel seminario se fue definiendo un “espacio de acción artística particular” que no sólo se mostraba crítico ante la dictadura sino que también se deslindaba de las prácticas artísticas que aparecieron durante la experiencia socialista en Chile. La escena de avanzada tendría como eje de acción acercar el arte a la “vida ordinaria”.³⁶ Dentro de este proyecto, escribe Macchiavello, las creaciones de la vanguardia internacional funcionarían como “hitos naturales del paisaje artístico, *estrellas distantes*, y guías en el camino solitario que emprenderían estos nuevos profetas”.³⁷

Teniendo en cuenta este carácter vanguardista y “profético” de la avanzada, así como los inesperados reflejos entre actores que se imaginan como antagonicos, en los siguientes apartados discutiré las dificultades que supone estudiar el periodo de la dictadura chilena por medio de la dicotomía entre régimen militar y resistencia artística. Si bien este tema puede abordarse desde múltiples ángulos, mi interés no es proponer una mirada comprensiva, sino analizar de cerca tres variaciones sobre un mismo tema, donde confluyen la palabra poética, las tecnologías de la aviación y el cielo. Mi objeto de estudio será una micro acción de arte de grandes proporciones, una breve irrupción en el celaje que ha permanecido en la memoria, una mínima escena celeste, a partir de la cual podrían escribirse algunos de los capítulos más significativos de la historia cultural de la dictadura.

Tecnologías de vuelo

CADA es una de las figuras centrales de la avanzada. El colectivo nace en 1979, a partir de la voluntad de colaboración creativa de dos escritores (Eltit y Zurita), dos artistas visuales (Lotty Rosenfeld y Juan Castillo) y un sociólogo, Fernando Balcells. Su agrupación buscó resistir la creciente desarticulación y privatización de las prácticas artísticas provocada por la censura, la

³⁵ *Ibid.*, p. 97.

³⁶ *Idem.*

³⁷ *Idem.* Cursivas mías.

autocensura y el exilio.³⁸ En uno de sus documentos fundacionales, los miembros del colectivo apuntan: “el individualismo, que es el sistema de este momento [...], se refuerza en la desarticulación de la comunidad”.³⁹ CADA se opone también a la concepción romántica de la autoría y se desliga de cualquier intento de insertar la producción artística en el mercado. Su proyecto creativo va más allá de la búsqueda de capital simbólico o cultural, aspira a producir formas de vida fundamentalmente solidarias. Continúa el documento: “el arte como trabajo cultural no constituye por ‘sí’ lenguaje, ‘conocimiento’ o transferencia emocional, sino se inscribe como experiencia colectiva de apropiación de la vida, esto es, como exploración crítica y creación de situaciones participativas de reconocimiento de situaciones ocultas y perspectivas abiertas en la historia”.

El trabajo del colectivo se inaugura con este horizonte utópico de fusión arte-vida. De acuerdo con Paulina Varas, a seis años del golpe de Estado, CADA se propuso “activar la memoria colectiva”, citando y haciendo visibles “aspectos de la vida social y política que la dictadura se empeñaba en borrar”.⁴⁰ Hacer visible significó, primeramente, trabajar en las calles, intervenir el espacio urbano, resignificar monumentos —como el Museo Nacional de Bellas Artes, símbolo del conservadurismo institucional— e involucrarse con algunos de los barrios más marginados de Santiago, conocidos como poblaciones. Así, Varas señala que estas intervenciones urbanas formaron parte de la construcción de un “imaginario antidictatorial”⁴¹ y, en este sentido, la acción de arte más exitosa fue la escritura en los muros de la ciudad de la consigna “NO +”, que los paseantes y los inconformes completaban expresando su anhelo de “NO + violencia”, “NO + miedo”, “NO + miseria”.⁴²

Algunos de los integrantes del colectivo, como Rosenfeld, tenían experiencias de militancia en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (en adelante MAPU), que formó parte del gobierno de la Unidad Popular, pero las

³⁸ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 15.

³⁹ Documento sin clasificar titulado “Colectivo Acciones de Arte”. Archivo CADA, hoy integrado a los archivos del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, Santiago.

⁴⁰ Paulina Varas, “CADA: Estrategias del deseo”, *RCH*, marzo 2012, p. 5.

⁴¹ *Ibid.*, p. 5.

⁴² Sobre esta acción de arte, véase Robert Neustadt, *Cada día*, pp. 36-37, 156-163.

acciones de CADA no se llevaron a cabo en colaboración con ningún partido o movimiento político.⁴³ De hecho, el discurso del colectivo lanza una crítica frontal contra algunas categorías fundamentales entre las llamadas izquierdas tradicionales, como el concepto de “interés de clase” y el afán totalizador e internacionalista de algunas maneras de concebir el materialismo histórico: “toda cultura es un producto social”, sostuvo el CADA, “pero no el producto de una clase, sino la resultante de procesos sociales concretos y complejos, en especial nacionales”.⁴⁴ Esta orientación primordialmente nacional, e incluso local, permea toda la obra tanto de CADA como de Raúl Zurita.

No es azaroso que el colectivo haya surgido en el año 1979. Hernán Vidal ha descrito que ya desde 1978 es posible observar un relativo apaciguamiento del “enervamiento nervioso” y las tensiones entre intelectuales “provocadas por el trauma de la violenta instauración del fascismo”.⁴⁵ Al cabo de un lustro de la llegada de Pinochet al poder, la persecución activa de intelectuales y artistas fue perdiendo fuerza, el sistema de censura se fue estabilizando y alcanzó así un cierto grado de predictibilidad. Esto permitió ir creando espacios de diálogo a fin de resistir, desde la cultura, el proyecto ideológico de la dictadura. Se organizaron peñas folclóricas, talleres literarios y grupos de teatro experimental. Asimismo, surgieron galerías de arte relativamente aisladas de la mirada pública, como Sur, Cal y Cromo —dirigida por Richard— que apoyaron proyectos críticos y experimentales. En estos lugares, escribe Vidal, primó “una sensación de camaradería”, que permitía meditar sobre los efectos de aquel quiebre histórico en la historia intelectual del país y su futuro.⁴⁶ Como cabe esperarse, en aquellos microcircuitos de discusión y creación artística hubo también álgidas disputas, donde quedaron confrontados proyectos estéticos y políticos antagónicos, pero es notable que el principal efecto de estas fricciones no fueron

⁴³ *Ibid.*, p. 54.

⁴⁴ “Colectivo Acciones de Arte”, Archivo CADA.

⁴⁵ Hernán Vidal, *Poética de la población marginal. Fundamentos materialistas para una historiografía estética*, Minneapolis, Prisma Institute, 1987, p. 136. Esta clase de terminología era relativamente común cuando Vidal publica su estudio, a finales de la década de 1990. Quienes caracterizaron a las dictaduras latinoamericanas de los años setenta como fascistas buscaron enfatizar la violencia de sus técnicas represivas, como la desaparición forzada y la tortura. No obstante, hay por lo menos una diferencia importante entre dictaduras como la chilena (1973-1990) y la argentina (1976-1983) y los movimientos fascistas en Europa: la ausencia de un movimiento de masas.

⁴⁶ *Idem.*

purgas estériles, sino la proliferación de producciones y la intensificación de las propuestas.⁴⁷ Así, entre la desilusión que trajo el derrumbe del proyecto allendista y la búsqueda de alternativas, (re)surgieron en el arte discursos y técnicas de creación de carácter vanguardista: el montaje, la transgresión de los géneros, la experimentación con múltiples soportes, la irrupción del video, el uso de materiales de desecho (periódicos viejos, envases de leche vacíos y sacos de arpillera usados), la exploración de los márgenes sociales y simbólicos. Surgió también, de forma movediza, desautorizada y muchas veces ambigua, el sueño de utopía.⁴⁸

Dentro de este panorama de circuitos alternativos, Richard marca una diferencia importante entre las agrupaciones artísticas populares de origen político-gremial y la avanzada. Entre las primeras destaca el caso de la Agrupación de Plásticos Jóvenes, que operaba en la semiclandestinidad, era “orgánicamente [dependiente] del militantismo combatiente” y desarrollaba “un trabajo de gráfica popular y muralismo motivado por una estética del compromiso”.⁴⁹ Las obras de la avanzada, en cambio, en lugar de orientarse hacia una estética militante, “apostaban a que su crítica institucional ganara visibilidad pública en los espacios disponibles de exhibición para desafiar al poder y la censura”. Es decir, este conjunto de artistas trabajaba “*desde una oblicua estrategia de pliegues e interferencias*”⁵⁰ necesi-

⁴⁷ En entrevista con Federico Galende, Carlos Altamirano, artista visual y cercano colaborador de Nelly Richard y Carlos Leppe hasta comienzos de los años ochenta, describe algunos de los frentes “hostiles”. Por un lado estaba el Taller de Artes Visuales, dirigido por Francisco Brugnoli y más relacionado con la “ortodoxia marxista”. Por el otro, el triángulo formado por Ronald Kay, Catalina Parra y Eugenio Dittborn. El CADA mantenía un diálogo constante con el círculo de Richard, pero tenían también fuertes desacuerdos. Y Altamirano concluye: “te diría que lo que más define a la avanzada es ese conflicto de todos contra todos que terminó siendo muy productivo”. Federico Galende, *Filtraciones I: Conversaciones sobre arte en Chile (de los 60's a los 80's)*, Santiago, Cuarto Propio, 2007, p. 277.

⁴⁸ Hernán Vidal, *Poética de la población marginal*, p. 188. De acuerdo con Leónidas Morales, “mientras al amparo de una vida ciudadana y política cautiva, en interdicción, las estrategias de la dictadura sometían a la sociedad a un rediseño institucional profundo” a fin de construir una “sociedad de mercado”, “en los espacios de resistencia y lucha contra la dictadura se mantenía abierto un horizonte que, en lo fundamental, parecía cancelado en todas partes: la utopía”. Leonidas Morales, *De muertos y sobrevivientes: narración chilena moderna*, Santiago, Cuarto Propio, 2008, p. 24. Con el regreso a la democracia, escribe Morales, quedaría claro que “aquellos sueños utópicos”, tanto los de la Unidad Popular como los surgidos durante la dictadura, “habían nacido muertos” (p. 25).

⁴⁹ Nelly Richard, *Márgenes e instituciones*, p. 26.

⁵⁰ *Idem*. Cursivas en el original.

riamente abierta a lo experimental y lo contradictorio, mas no por esto menos efectiva.

CADA estuvo activo hasta 1985, aunque ya sólo Eltit y Rosenfeld conformaban el colectivo en aquel año. Castillo se había exiliado en Estocolmo. Balcells y Zurita habían interrumpido su colaboración en diferentes momentos. El colectivo llevó a cabo cinco acciones de arte principales, aunque organizó también acciones menores, de las que quedan pocos registros. Entre sus estrategias creativas, siempre de corte interdisciplinario e intermedial, destacan la inserción de mensajes e imágenes en medios de comunicación masiva, la circulación de textos mimeografiados, la construcción de situaciones inéditas en el devenir cotidiano, el uso del video(arte) para registrar las acciones y posteriormente proyectarlas en distintos espacios, las pintas callejeras.⁵¹ Richard sostiene que, “al transgredir los límites convencionalmente fijados por la(s) disciplina(s)”, CADA y otros integrantes de la avanzada, como Eugenio Dittborn y Carlos Leppe, “metaforizaba[n] el deseo de querer abolir las reglas aprisionadoras de la experiencia que clausuraban todos los horizontes de vida”.⁵² “La infracción de esta lógica concentracionaria”, continúa la crítica, “adoptó [...] la forma de relatos de extra-muros cuyos imaginarios tránsfugas le dieron movilidad e itinerancia al concepto de *margen* que simbolizó su pasión de des-enmarque”.⁵³

¿Qué hay de esta marginalidad tránsfuga en *¡Ay Sudamérica!*, la acción en la que seis aviones bimotores dejan caer volantes sobre las comunas de Conchalí, Pudahuel, La Florida y La Granja?⁵⁴ En el siguiente diálogo (imaginario), ofrezco algunas de sus lecturas.

CADA: “Hay una proposición de vida, no sólo de arte”.⁵⁵

Vidal: “Interpelar a los pobladores con una escuadrilla de seis aviones toma aspecto de raid aéreo militar y no de aproximación amistosa”.⁵⁶

⁵¹ Para una descripción de todas las acciones, véase Robert Neudstat, *Cada día*.

⁵² Nelly Richard, *Márgenes e instituciones*, p. 17.

⁵³ *Idem*.

⁵⁴ El video de la acción puede verse en línea desde el archivo audiovisual del Instituto Hemisférico de Performance y Política: <http://hidvl.nyu.edu/video/003060733.html>

⁵⁵ Eugenia Brito, “Colectivo Acciones de Arte: Cuando el Arte Cae del Cielo”, *Apsi* (105) 1981, p. 24.

⁵⁶ Hernán Vidal, *Poética de la población marginal*, p. 46.

Castillo: “Es divertido. Esa crítica presupone que nosotros pensábamos que la acción iba a despertar un sólo tipo de reacciones. En todos los trabajos del CADA lo interesante es la posibilidad de un lenguaje múltiple. Esa cuadrilla a él le pareció eso, a otra persona puede haberle parecido como los aviones bombardeando La Moneda. A otro le puede haber parecido un recuerdo de la Segunda Guerra Mundial”.⁵⁷

Eltit: “Las avionetas tenían posibilidad de lanzar propaganda o bombas, pero nosotros cambiamos eso, realizando una acción de arte lanzando otras cosas”.⁵⁸

Balcells: “Fue el cumplimiento del sueño del vuelo de la imagen”.⁵⁹

Rosenfeld: “Como una cita del bombardeo del Palacio de La Moneda [...] para reconstruir el trauma político de 1973”.⁶⁰

CADA: “La obra es el cielo; los aviones formados recortándose contra el cielo”.⁶¹

Lizama: “*Ay Sudamérica* o la *Escritura en el cielo de Nueva York*, centradas ambas en el rito de la textualidad, ejercidas ambas desde el cielo, reseñalizan el camino sin regreso a casa del monumentalismo mesiánico”.⁶²

Balcells: “Su entonación tal vez no sintoniza con la sensibilidad auditiva de hoy, pero aún es posible rescatar de su gesto la petición de elevar la mirada, desencorvar el cuerpo y en el trayecto mirar de frente al otro, sin temores ni amenazas”.⁶³

Brito “Este trabajo logra que el cielo, lugar eternamente socorrido por la mirada y los sueños humanos, devenga un nuevo lugar de encuentro, transformándose en el escenario de fondo, en la tela sobre la cual los aviones movidos por el CADA lanzan para cualquiera su proposición final”.⁶⁴

⁵⁷ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 61.

⁵⁸ Juan Andrés Piña, “Diamela Eltit: Los rostros de la marginalidad”, *Apsi*, 29 de noviembre de 1983, s.p.

⁵⁹ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 69.

⁶⁰ Luis Camnitzer, *Didáctica de la liberación: arte conceptualista latinoamericano*, Murcia, HUM-CENDEAC, 2008, p. 118.

⁶¹ Eugenia Brito, “Colectivo Acciones de Arte”, p. 24.

⁶² Jaime Lizama, “El arrebato de la ciudad”, *Revista de Crítica Cultural* 19 (1999), p. 43.

⁶³ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 75.

⁶⁴ Eugenia Brito, “Colectivo Acciones de Arte”, p. 65.

Llona: “El lanzamiento se inscribe entre las acciones de arte más significativas de la historia del arte de América del Sur, por su carga poética mayor, tan delirante en su connotación interna cuanto paradójal por su presunta inocencia”.⁶⁵

Construyo aquí un collage de visiones a fin de evitar la práctica de la historia como una voz única y autoritaria/autorizada. Pienso en Walter Benjamin, en la necesidad de hacer explorar la historia pensada como una colección de datos que transcurren en el tiempo vacío, lineal, y escrita por quienes han olvidado el dolor.⁶⁶

Hay un motivo recurrente entre las citas y una ausencia que, si bien no es sorprendente, merece atención. El motivo es la guerra. Cuando desfilan aviones en el cielo, en formación, hay una tendencia a pensar en la guerra. Lo pensamos hoy como lo pensaron artistas y críticos en la década de los setenta. Esto es lo que nos ha ofrecido la historia del siglo xx, y la tendencia no parece más que agudizarse en el siglo xxi, con la proliferación de los llamados *drones* en los ejercicios bélicos. Los aviones en formación, los recursos y la tecnología que representa volar aviones en formación, no se usan ni para tirar poesía ni para crearla. Se usan para la guerra; es decir, para matar y atemorizar al enemigo. Para matar desde la distancia, a civiles y militares. Y destruir: instalaciones estratégicas, escuelas, fuentes de agua potable. Atrocidades que sólo logran justificarse por medio de la demonización del bando contrario. Por esta razón es a la vez insólito y significativo que en Chile, el 11 de septiembre de 1973, las fuerzas armadas hayan bombardeado su propio palacio presidencial. Las ruinas del palacio, hoy reconstruido físicamente, más no en la memoria, exponen una idea singular del enemigo: el enemigo que no es el otro, sino uno mismo, el enemigo interno, producto de la Guerra Fría y la doctrina de la seguridad nacional. Esta idea nace a partir de una lógica política binaria, que concibe la seguridad del Estado en torno a la división entre amigo y enemigo. Asimismo, se basa en el supuesto de que, para las “democracias de Occidente”, el comunismo

⁶⁵ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 33.

⁶⁶ Walter Benjamin, “Tesis de la filosofía de la historia”, en *Discursos Interrumpidos*, I, Madrid, Taurus, 1989, pp. 181-182, 188.

era un “enemigo interno” ya que, aunque sus orígenes ideológicos y recursos materiales provenían del extranjero, éste tenía gran capacidad para infiltrar las formaciones políticas locales y manipular sus ideas, intereses y estrategias.⁶⁷

Como apunta Rosenfeld, la acción de *CADA* es una reescenificación de esa acción de guerra entre chilenos. Frente al trauma histórico del bombardeo de la Moneda y la muerte de Allende, la obra lo reconstruye —posiblemente movida por la compulsión repetitiva que genera— pero lo lleva hacia un terreno fundamentalmente distinto, al transformar el lanzamiento de bombas en la dispersión de poemas. Esta repetición distorsionada entra así en una dinámica paródica, aunque para el espectador no quede claro que los aviones no pertenecen a las Fuerzas Armadas hasta el momento en que caen los volantes y alguno de ellos termina a su alcance. El gesto espectacular de “los aviones formados recortándose contra el cielo”, es lo que golpea la mirada y marca el recuerdo; de ahí la omnipresencia de la guerra en las descripciones de la obra.

En su exploración de la ambigüedad y su uso productivo para la crítica, la parodia juega un papel privilegiado en la estrategia de pliegues e interferencias con la que Richard describe la avanzada. La asociación entre la visualidad de *¡Ay Sudamérica!* y el golpe de Estado no significa que la obra necesariamente apoye las políticas disciplinarias de la dictadura. Señala, en cambio, las dificultades que supone hacer una parodia de ciertas situaciones o eventos históricos. Jean Baudrillard ha hablado, por ejemplo, de la imposibilidad de simular el robo con violencia de un banco. Incluso si las pistolas son de plástico y los supuestos ladrones no tienen intenciones reales de llevarse el dinero, el dispositivo de seguridad será el mismo, así como los efectos psicológicos sobre las “víctimas”.⁶⁸

Mientras Baudrillard postula que la flaqueza de la parodia como acto crítico radica en que los límites entre realidad e ilusión son inherentemente difusos, Judith Butler estudia este problema desde otra perspectiva. En su ensayo “Merely Cultural”, la teórica postula que la fuerza de la parodia re-

⁶⁷ Véase Patricia Weiss Fagen, “Repression and State Security”, en Juan E. Corradi, Patricia Weiss Fagen y Manuel Antonio Garretón, (eds.), *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1992, pp. 39-71.

⁶⁸ Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Pedro Rovira (trad.), Barcelona, Kairós, 1978, pp. 43-44.

cae precisamente en que genera un espacio de indistinción entre categorías binarias, como amigo/enemigo. Así, antes que cristalizar el antagonismo entre ambas posiciones, o bien, convertirlas en categorías idénticas y simulacrales, abre la posibilidad de generar un cambio dentro de ellas, tornarlas flexibles. La parodia no es, por lo tanto, un mero acto de ataque, “requiere una cierta habilidad de aproximación y acercamiento; involucra una intimidad con la posición que se aproxima”.⁶⁹ Más aún, la audiencia o el lector no siempre sabe “dónde está parado” quien lleva a cabo la parodia, “si se ha pasado al otro bando, si permanece en el suyo, o si puede ensayar esa otra posición sin caer presa de ella en medio del performance”.⁷⁰

En la obra de CADA, la poesía toma el lugar de los explosivos, pero la aproximación a la población no deja de ser distante e impersonal. En el artista que mira a su público desde los cielos y le envía un mensaje que no puede ser respondido, hay ciertos visos de superioridad o dominio. Más aún, en la ocupación del espacio aéreo sin motivo aparente con aviones en formación —en una sociedad donde predomina el miedo generado por el autoritarismo— puede identificarse cierta insensibilidad, incluso un viso de violencia. Así, en su carácter paródico la obra repite el gesto de la dictadura y, aunque construye con él otra narrativa, su relación con el primero le es constitutiva. Por eso Eugenio Llona no sólo destaca lo delirante de la obra, sino el carácter paradójico de su “presunta inocencia”.

Robert Neustadt argumenta que la imagen del raid miliar cambia al momento en que empiezan a abrirse los paquetes y a caer los poemas.⁷¹ Esta transición se observa claramente en el video de la acción. En el instante en que los poemas comienzan a volar dispersos entre las nubes, se interrumpe la estética militar de las demostraciones aéreas (atada a la celebración de la tecnología, la velocidad, la fuerza y, en este sentido, a la estética futurista) y surge la alegoría de la palabra divina, entregada como ofrenda por el cielo. ¿Cómo entender esta alegoría?

Si al comenzar esta discusión destacué entre las citas un motivo recurrente y una ausencia, cabe ahora abordar esta última. Se trata del sentido profético de la obra y, con éste, sus alusiones al cristianismo. La falta de

⁶⁹ Judith Butler, *Social Text*, núm. 52/53, 1997, p. 266.

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ Robert Neustadt, *Cada día*, p. 33.

una lectura que identifique posibles elementos religiosos en la acción de arte no sorprende, por la única razón de que la religión ha sido exorcizada de la crítica del arte contemporáneo.⁷² No obstante, en la obra de Raúl Zurita, y en algunas de las acciones de arte de CADA, las alusiones bíblicas tienen una presencia notable, que también participa de su mirada crítica, de su mirada paródica y de su vanguardismo.

La palabra celeste

En 1975, Zurita quemó su mejilla con un fierro ardiente. Una fotografía de la cicatriz que dejó esta herida se convirtió en la portada de su primer libro, publicado en 1979 con el título de *Purgatorio*. De acuerdo con su testimonio, Zurita se hirió en soledad,⁷³ pero este acto adquirió publicidad al momento en que la fotografía comenzó a circular comercialmente y constituirse como referente en la visualidad artística del periodo. Más aún, el escritor invistió su experiencia dolorosa de una dimensión fundacional en su creación poética. “Ahí empieza mi obra”, escribe, “comienzo a poder expresar algo, a poder comunicar algo: el acto de laceración como primer enunciado de la guagua que nace”.⁷⁴

Años más tarde tuvo lugar el episodio de los ojos al que nos referimos en la segunda de las escenas con las que abre este artículo. Esta experiencia figura en *Anteparaíso* (1983) en pasajes como el siguiente:

Cerrándome con el ácido a la vista del
cielo azul de esta nueva tierra, sí claro:
a la gloria de aquel que todo mueve.
Así, tirándome cegado por todo el líquido,
contra mis propios ojos esas vitrinas;
así quise comenzar el Paraíso.⁷⁵

⁷² Al respecto véase James Elkins, *On the Strange Place of Religion in Contemporary Art*, Londres, Routledge, 2004.

⁷³ Juan Andrés Piña, “Diamela Eltit...”, p. 209.

⁷⁴ Citado por Marcelo Pellegrini, “Poesía en/de transición: Raúl Zurita y ‘La Vida Nueva’”, *Revista Chilena de Literatura*, 59 (2001), p. 49.

⁷⁵ Raúl Zurita, *Anteparaíso*, p. 141.

Estos versos son parte de una obra poética de carácter utópico, que ofrece a Chile entero una promesa de redención en clave cristiana: “Como en un sueño, cuando todo estaba perdido/ Zurita me dijo que iba a amainar/ porque en lo más profundo de la noche/ había visto una estrella”.⁷⁶ El libro combina una serie de poemas con las fotografías de los versos escritos en el cielo de Nueva York. Así, como escribe Eugenia Brito, produce un espacio que “aumenta y magnifica el valor específico de la página” para atravesar los límites de lo simbólico y entrar en el campo de lo real.⁷⁷ Más aún, para la crítica, *Anteparáiso* “promete la realización de una utopía de redención de la patria [...] que pasa por el sacrificio de todos sus hijos”.⁷⁸ Esta promesa tocó “la emotividad de los chilenos en momentos en que la opresión y la tortura eran el alimento de todos los días”⁷⁹ y, a pesar de situarse entre el delirio y el sermón religioso, se constituye como “espejo de la sociedad que lo gestara”.⁸⁰ De ahí la consagración de su escritor después de la publicación, aún en tiempos de la dictadura.

En la obra de Zurita hay una combinación, poco común en el arte contemporáneo, entre experimentación formal de corte vanguardista y reelaboración de un discurso religioso que, si bien no se fundamenta en la fe, tampoco plantea una mera ruptura con la creencia. Algunos han leído las prácticas de mortificación corporal ejercidas por el poeta como un deseo de llevar la escritura, como acto de inscripción, a la esfera de lo vital, aquello que vive, lo que duele.⁸¹ Richard lo relaciona con la práctica del sacrificio, al postular que “el dolor voluntariamente infligido es la sanción legitimante que asimila el artista herido a la comunidad de los dañados”.⁸² No obstante, la misma cicatriz que deja aquel dolor —el dolor que sumerge a la subjetividad del “yo poético” en el padecimiento colectivo— lo marca como un cuerpo elegido. El poeta herido es, simultáneamente, chivo expiatorio y

⁷⁶ *Ibid.*, p. 21.

⁷⁷ Eugenia Brito, *Campos minados: literatura post-golpe en Chile*, Santiago, Cuarto Propio, 1990, pp. 84-85.

⁷⁸ Raúl Zurita, *Anteparáiso*, p. 84.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 60.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 84.

⁸¹ Matías Ayala, “The Photographic Legacy of Surrealism in Late-Twentieth-Century Chilean Poetry”, en *Surrealism in Latin America. Vivismo Muerto*, Londres, Tate, 2012, p. 183.

⁸² Nelly Richard, *Márgenes e instituciones*, p. 83.

emisario, memoria del dolor y núcleo afirmativo de la escritura, o más ampliamente, el arte, como espacio de autoinscripción. Esta manera de concebir la escritura, apunta Brito, “le asegura [...] la posibilidad de dar a Chile una teleología finalista”, aunque “condicionada por una fantasía irreal” y un discurso mesiánico.⁸³

Un análisis detallado de la obra de Zurita escapa a los propósitos de este ensayo. No obstante, conviene detenernos en su relación con la sacralidad por el protagonismo del poeta en la concepción de *¡Ay Sudamérica!*⁸⁴ y su continuación de las acciones aéreas en Nueva York. El poema escrito en el cielo de esta ciudad, titulado “La vida nueva”, y *¡Ay Sudamérica!* son parecidos en la estrategia visual, si bien su contenido textual apunta, por lo menos ante una primera lectura, hacia temáticas distintas. Los volantes lanzados sobre las poblaciones chilenas abren con la ya citada interpelación y continúan con una breve reflexión sobre la compartimentalización de la experiencia en la modernidad, que divide al hombre del campo del de la ciudad, al trabajador manual del artista o del científico. “Un trabajo en la felicidad”, dice el volante, es una aspiración colectiva. Por lo tanto, “concebir la vida como un acto creativo” y trabajar en busca de la “ampliación de los niveles habituales de la vida es el único montaje de arte válido/ la única exposición/ la única obra de arte que vive”.⁸⁵ Esta proposición vanguardista, en el sentido más clásico de la palabra —donde la fusión arte-vida es, ante todo, un ataque a las aspiraciones de autonomía en la creación modernista— contrasta con la letanía que Zurita lleva al cielo de la ciudad norteamericana. En esta última sobresale la mención explícita y reiterativa de dios, el tono de rezo, la asociación, casi tautológica, entre el cielo y la divinidad.

Pero, a pesar de estos contrastes, hay un elemento que está presente en ambos proyectos. Éste consiste en un afán universalista que, por un lado, aspira a la interdisciplinariedad para, desde ella, articular una crítica a la modernidad —con su compulsión de orden, división y clasificación— y por el otro, entrecruza teología, estética y política. La ambición totalizadora del discurso vanguardista confluye así con el deseo premoderno y universal de la

⁸³ Eugenia Brito, *Campos minados...*, pp. 68, 87.

⁸⁴ Zurita dice haber sido el autor del texto escrito en los volantes y las marcas de su pluma son claras, Robert Neustadt, *Cada día*, p. 81.

⁸⁵ Documento reproducido en Robert Neustadt, *Cada día*, p. 150.

idiosincrasia cristiana. Esta confluencia ocurre también en *Anteparaíso*, donde, por una parte, el soporte fotográfico se incorpora de manera experimental al texto poético (que a su vez confunde distintas voces poéticas) y, por el otro, se despliegan una serie de metáforas claramente religiosas y situadas “afuera de la Historia”. Como apunta Carlos Pérez Villalobos, en el texto,

tanto la naturaleza como el cuerpo poetizados respondían a una mirada premoderna, inocente de su espesor de mediaciones sociales y discursivas, y para la cual la historia como producto dialéctico del trabajo humano [...] está completamente ausente. La única historia en *Anteparaíso* es la de la itinerancia de la vida caída, en camino hacia la tierra prometida, según la idea judeocristiana, a saber: como pasión, muerte y resurrección de un cuerpo individual y colectivo.⁸⁶

Mientras Zurita evoca una redención de carácter sacrificial, que atraviesa el paisaje chileno y pasa por el dolor colectivo, CADA sitúa su proyecto utópico y redentor en la fusión arte-vida, que involucra también la intervención del paisaje. En ambos hay “una fantasía de totalidad”, que busca “exceder los límites del arte” y hacer que “el mundo y lo real rediman al arte”.⁸⁷

Con esta aspiración totalizante, en la que la vida misma se convierte en soporte para la creación, se abren tanto una posibilidad liberadora como una pluralidad de incertidumbres. Porque, ¿quién es el sujeto liberado o redimido? ¿Dónde radica su agencia? ¿Cómo se expanden mentalmente los espacios de vida, como demanda CADA? ¿Qué clase de amores redimen, como escribe Zurita? ¿Qué ilusiones someten? ¿Cómo trabajar con una utopía universalista sin tornarla en una imposición, un mensaje divino, cerrado, profético? Y, haciendo eco a Adorno y Horkheimer, ¿de qué manera figura la violencia en este terreno de positividad?

La caída

Estrella distante concluye con el asesinato del poeta vanguardista y homicida que protagoniza la novela. Arturo B, que también es poeta, sirve de puente para que Romero, el policía que lleva años tras sus pasos, pueda

⁸⁶ Carlos Pérez Villalobos, “El manifiesto...”, p. 56.

⁸⁷ Nelly Richard, *Márgenes e instituciones*, p. 96.

reconocerlo y llevar a cabo su misión. A fin de corroborar su identidad, Arturo B espera a Wieder en un bar, sentado junto a un ventanal que mira al mar, e intenta matar el tiempo con la lectura de la obra completa de Bruno Schulz. Las palabras lucen como “escarabajos incomprensibles”, de la misma manera en que habían figurado antes las escrituras aéreas en el cielo de Concepción. Algunas horas más tarde, Wieder llega al bar y se sienta junto al ventanal, a pocas mesas de distancia. “Por un instante”, dice el narrador, “me vi a mí mismo casi pegado a él, mirando por encima de su hombro, horrendo hermano siamés, el libro que acababa de abrir”.⁸⁸

La ficcionalización de algunos pasajes de la vida y obra de Zurita en la escritura de Bolaño busca dirigir la mirada del lector hacia la concepción de la vanguardia como motor del progreso y las contradicciones inherentes a este proyecto, ya sea en la política o en el arte. Al escritor le interesa atravesar las dicotomías en las que se basa la *fe* en el avance de la historia, y la figura del intelectual vanguardista como guía en el trayecto. Es así como, en su intento por disolver los límites entre arte y vida y provocar un *shock* con la obra de arte, el poeta que protagoniza *Estrella distante* deriva rápidamente en un asesino. A pesar de la afrenta que esto representa para Zurita, como sujeto histórico, la importancia de esta crítica va más allá de sus referencias a la poética zuritiana. El imaginario de Bolaño es mucho más enriquecedor si se lee fuera de sus rivalidades personales, es decir, como un juego de reflejos del que no se salva nadie, ni el propio escritor.⁸⁹ Para Bolaño, no hay proyecto totalizante que no lleve la marca de la violencia. La utopía es tanto un lugar de deseo como de sadismo. El mal no solamente es banal, sino seductor, idealista.⁹⁰

⁸⁸ Roberto Bolaño, *Estrella distante*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999, p. 152.

⁸⁹ Cabe apuntar que el entrecruce entre la producción artística de Zurita y algunos símbolos o formaciones culturales de carácter fascista no solamente ha tenido lugar en la escritura de Bolaño. Zurita llamó *Mein Kampf* a su primer poemario, que terminó publicándose como *Purgatorio*. Adriana Valdez lee la utilización recontextualizada del título de la obra de Hitler como un ejercicio de ironía (p. 22), pero la complejidad del texto abre la posibilidad a otras lecturas. Paulina Soto y Vicente Bernaschina, *La épica artística de avanzada. La palabra autoritaria*, 2011, p. 43, disponible en línea en: www.historiacritica.cl/pdf/capitulo5final.pdf; destacan la afinidades entre el *Mein Kampf* de Zurita, como un proyecto estético que se propone, en palabras del poeta, “asumir la construcción de un nuevo modelo social como lugar físico de cumplimiento de obra” (p. 44) y la estetización de la política a la que dio lugar, primero el futurismo, y después, el fascismo.

⁹⁰ Jean Franco, “Questions for Bolaño”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 18 (2009), p. 213.

A cambio de esta crítica feroz a la vanguardia artística Bolaño no ofrece mucho, no puede ofrecer mucho: cinismo, melancolía, injusticia poética.⁹¹ Algunos dirían que sí lo ofrece, ofrece literatura. Pero en su proyecto literario no hay espacio para la poesía, más que como anhelo.⁹² *Estrella distante* concluye en medio de una atmósfera melancólica. Chile ha regresado a la democracia pero ha olvidado los crímenes del poeta-asesino, Arturo B vive en el exilio y tiene pocas noticias de sus amigos de juventud. Algunos desaparecieron. Con su ayuda, la muerte del poeta vanguardista finalmente se consume. En un momento el narrador se detiene “a pensar en cuestiones de importancia. El tiempo, por ejemplo. El calentamiento de la Tierra. Las estrellas cada vez más distantes”. Trata de pensar en Wieder al momento de su encuentro con la muerte. Pero la imaginación lo traiciona. No puede o no quiere imaginar ese último aliento. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007.
- Ayala, Matías, “Notas sobre la poesía de Roberto Bolaño”, En *Bolaño salvaje*, editado por Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón Patriau, 91-101, Barcelona, Candaya, 2008.
- _____, “The Photographic Legacy of Surrealism in Late-Twentieth-Century Chilean Poetry”, en *Surrealism in Latin America. Vivismo muerto*, 177-191, Londres, Tate, 2012.
- Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, Pedro Rovira (trad.), Barcelona, Kairós, 1978.
- Benjamin, Walter, “Sobre algunos temas en Baudelaire”, en *Poesía y capitalismo. Iluminaciones*, t. II, pp. 123-170, Madrid, Taurus, 1972.
- _____, “Tesis de la filosofía de la historia”, en *Discursos interrumpidos*, t. I, pp. 175-192, Madrid, Taurus, 1989.

⁹¹ Véase Rory O’Byrne, “Memory, Melancholia and Political Transition in *Amuleto* and *Nocturno de Chile* by Roberto Bolaño”, *Bulletin of Latin American Research*, 30 (2011), pp. 473-487 y Gareth Williams, “Sovereignty and Melancholic...”.

⁹² Matías Ayala, “Notas sobre la poesía de Roberto Bolaño”, en Edmundo Paz Soldán y Gustavo Faverón Patriau (eds.), *Bolaño salvaje*, Barcelona, Candaya, p. 91.

- Bolaño, Roberto, *Estrella distante*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999.
- _____, *La literatura nazi en América*, Barcelona, Seix Barral, 2005.
- Breton, André, *Antología (1913-1966)*, Mexico, Siglo XXI, 2004.
- Brito, Eugenia, *Campos minados: literatura post-golpe en Chile*, Santiago, Cuarto Propio, 1990.
- _____, “Colectivo Acciones de Arte: Cuando el Arte Cae del Cielo”, *Apsi*, 1981, (105), 23-24.
- Bürger, Peter, *Theory of the Avant-Garde*, Michael Shaw (trad.), Manchester, Manchester University Press, 1984.
- Butler, Judith, “Merely Cultural”, *Social Text*, 1997, núm. 52-53, 265-277.
- Camnitzer, Luis, *Didáctica de la liberación: arte conceptualista latinoamericano*, Murcia, HUM-CENDEAC, 2008.
- Elkins, James, *On the Strange Place of Religion in Contemporary Art*, Londres, Routledge, 2004.
- Franco, Jean, “Questions for Bolaño”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 2009, 18 (2-3), 207-217.
- Galaz, Gaspar y Milan Ivelić, *Chile, arte actual*, Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1988.
- Galende, Federico, *Filtraciones I: Conversaciones sobre arte en Chile (de los 60's a los 80's)*, Santiago, Cuarto Propio, 2007.
- Gamboni, Dario, “Image to Destroy. Indestructible Image”, en *Iconoclasm. Beyond the Image Wars in Science, Religion, and Art*, Bruno Latour y Peter Weibel (eds.), pp. 88-135, Karlsruhe-Cambridge, Londres, ZKM-MIT Press, 2002.
- _____, *The Destruction of Art: Iconoclasm and Vandalism since the French Revolution*, Londres, Reaktion, 2007.
- Groys, Boris, *Art Power*, Cambridge, MIT Press, 2008.
- Hultén, Pontus, *Futurism & Futurisms*, Londres, Thames and Hudson, 1986.
- Huneeus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Santiago, Sudamericana, 2000.
- Lizama, Jaime, “El arrebato de la ciudad”, *Revista de Crítica Cultural*, 1999 (19) (noviembre), pp. 42-45.
- Macchiavello, Carla, “Vanguardia de exportación: la originalidad de la ‘Escena de Avanzada’ y otros mitos chilenos”, en *Ensayos sobre artes visuales. Prácticas y discursos en los años '70 y '80 en Chile*, pp. 89-117, Santiago, Lom, 2011.
- Morales T., Leonidas, *De muertos y sobrevivientes: narración chilena moderna*, Santiago, Cuarto Propio, 2008.

- Neustadt, Robert, *Cada día: La creación de un arte social*, Santiago: Cuarto Propio, 2001.
- O'Bryen, Rory, "Memory, Melancholia and Political Transition in *Amuleto* and *Nocturno de Chile* by Roberto Bolaño", *Bulletin of Latin American Research*, 2011, 30 (4), pp. 473-487.
- Pellegrini, Marcelo, "Poesía en/de transición: Raúl Zurita y 'La Vida Nueva'", *Revista Chilena de Literatura*, 2001 (59), pp. 41-64.
- Pérez Villalobos, Carlos, "El manifiesto místico-político-teológico de Zurita", *Revista de Crítica Cultural*, 1995 (10), pp. 55-59.
- Perloff, Marjorie, *The Futurist Moment: Avant-Garde, Avant Guerre, and the Language of Rupture*, Chicago, University of Chicago, 2003.
- Piña, Juan Andrés, "Diamela Eltit: Los rostros de la marginalidad", *Apsi*, noviembre 29, 1983.
- _____, *Conversaciones con la poesía chilena*, Santiago, Pehuén Editores, 1990.
- Poggioli, Renato, *Teoría del arte de vanguardia*, Madrid, Revista de Occidente, 1964.
- Richard, Nelly, *Márgenes e instituciones: Arte en Chile desde 1973*, Santiago, Metales Pesados, 2007.
- Salazar Vergara, Gabriel y Julio Pinto Vallejos, *Historia contemporánea de Chile. III. La economía (mercados, empresarios y trabajadores)*, Santiago, Lom, 1999a.
- _____, *Historia contemporánea de Chile. I. Estado, legitimidad, ciudadanía*, Santiago, Lom, 1999.
- Soto Riveros, Paulina, y Vicente Bernaschina Schürmann, *La épica artística de avanzada. La palabra autoritaria*, 2011. [En línea]: www.historiacritica.cl/pdf/capitulo5final.pdf
- Strom, Kirsten, "'Sometimes I Spit for Pleasure on My Mother's Portrait', On the Strategic Uses of Inflammatory Rhetoric in Surrealism", en *The invention of Politics in the European Avant-Garde (1906-1940)*, Sascha Bru y Gunther Martens (eds.), pp. 35-48, Amsterdam, Rodopi, 2006.
- Thayer, Willy, "Vanguardia, dictadura, globalización (La serie de las artes visuales en Chile, 1957-2000)", en *Pensar en/la postdictadura*, Nelly Richard y Alberto Moreiras (eds.), pp. 239-260, Santiago, Cuarto Propio, 2001.
- _____, "El Golpe como consumación de la vanguardia", en *El fragmento repetido: escritos en estado de excepción*, Santiago, Metales Pesados, 2006.
- Valente, Ignacio, *Veinticinco años de crítica*, Santiago, Zig-Zag, 1992.

- Varas, Paulina, “CADA: Estrategias del deseo”, *RCH*, marzo, 2012.
- Vidal, Hernán, *Poética de la población marginal. Fundamentos materialistas para una historiografía estética*, Minneapolis, Prisma Institute, 1987.
- Weiss Fagen, Patricia, “Repression and State Security”, en *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America*, Juan E Corradi, Patricia Weiss Fagen y Manuel Antonio Garretón (eds.), pp. 39-71. Berkeley, University of California Press, 1992.
- Williams, Gareth, “Sovereignty and Melancholic Paralysis in Roberto Bolaño”, *Journal of Latin American Cultural Studies*, 2009, 18 (2-3), pp. 125-140.
- Zurita, Raúl, *Purgatorio*, Santiago, Editorial Universitaria, 2007.
- _____, *Anteparaíso*, Santiago, Universidad Diego Portales, 2009.

Formas de leer a Zambra

Luis Bugarini

Los sistemas totalitarios reducen a ceniza tanto el recuerdo como la experiencia. Nada más concluye su hegemonía se vuelve necesario re-fundar el sistema de valores. Una sociedad que padeció el flagelo de una dictadura militar descubre su nueva realidad a través del lenguaje, que es una forma primigenia de la libertad. La geografía pública del debate nacional despierta luego de hallarse circunscrita a una modalidad funcional de la comunicación, la cual no escapa al discurso que sistematiza la ideología del régimen. La libertad, por tanto, es una discursividad que se construye y materializa en una calistenia voluntaria.

Parece natural que las tres novelas de Alejandro Zambra (Santiago de Chile, 1975) se encuentren relacionadas entre sí más allá de haber sido escritas por el mismo autor —lo cual, por cierto, está lejos de ser una ingenuidad—. Lo mismo en *Bonsái* (2006) que en *La vida privada de los árboles* (2007) —ese díptico minimalista que transita por un afluyente compartido—, o en esa novela del recuerdo que es *Formas de volver a casa* (2006),* queda revelada la secuela de catástrofes interiores que sembró el pinochetismo. Todo transfigurado en una lógica impartida desde un monólogo de violencia, acoso y destrucción sistemática del adversario.

“Las palabras te protegen”, escribe Zambra en *Formas*, la novela más lograda del conjunto y la que diversifica la forma del debate de una generación entera, a través del recuerdo de los últimos años de la dictadura. La

* Estos tres libros forman parte de la colección Narrativas hispánicas de la editorial Anagrama (Barcelona).

perspectiva de esta novelística del rescate asoma desde un segmento de jóvenes que amanece al murmullo de ciertas palabras que no pueden ser dichas (“comunista”, “rojo”, “radical”, etc.), pasa por el detalle de la interrupción del dictador en la vida infantil y concluye en las miradas inquietas de los adultos, perplejos e inmóviles frente a la tragedia de su tiempo histórico. Así, lo que relata Zambra es el acto de nacer a un mundo de silencio y a la épica que surge de la necesidad de nombrarlo de nuevo.

En estos pequeños recortes de memoria, integrados a la manera de un puzle, la minucia de la vida familiar se une al eco de los tambores de la Historia, con su pretensión y grandilocuencia. A este rescate de una memoria —o su procesamiento y reelaboración—, se integra la cartografía sentimental reciente de una fracción de vivencia compartida por jóvenes del cono sur y en las tres novelas resalta el candor que produce la cercanía de un interlocutor femenino. Esa voz única que condesa el viejo amor de madre y la preocupación por su destino en una sociedad que abre los ojos después de años de incertidumbre.

Es indispensable señalar que *Formas* alejó a Zambra del preciosismo casi formalista del díptico, que aún sin ser una novela de gran calado logró el entusiasmo de los lectores que se descubrieron en este espejo de tiempo que lo mismo rastrea el inicio de los arcanos del amor, que la visión utópica que nos acerca a la línea final de esa pendiente que se aproxima. Zambra, autor de dos poemarios previos, concentra sus energías en la construcción de la imagen y la transmite sin melodrama. Esta reconstrucción de hechos logra distancia del galimatías y la parálisis que nace de un libro intransitable, por lo que el lector accede de inmediato a este perfil de memoria que se afirma colectiva.

Es notable que las tres novelas, a las que consideraré dos, formen un mapa guiado de encuentro constante. Un chileno de clase media, poeta, narrador y crítico, nacido a fines del siglo xx, atento al devenir de su tiempo, se asoma con perspectiva al pasado inmediato y encuentra que existen claros oscuras en el entendimiento generalizado de la historia colectiva. También que la dictadura es un fenómeno complejo que no se resume en la fotografía del dictador con lentes oscuros y rodeado de leales. Que es, por el contrario, una categoría política que incide en el terreno anímico del *Zeitgeist* y, de ahí, en la vivencia mínima del pueblo que lo resiste. Ahí es posible entender este tanteo narrativo, en las intermitencias de esta frontera.

Las formas del acontecimiento, y aquí me refiero al díptico, estallan en sus bordes imprecisos. El misterio de la vida natural ofrece, al menos en un primer acercamiento, un modo alternativo de encarar el laberinto humano. El bonsái, ese árbol esotérico, cruce de excentricidad y capricho, funciona como metáfora del instante previo a saltar del precipicio. Y ese impulso es *Formas*. Porque en el díptico Zambra no llega al fondo. Se asoma a la calle pero olvida abrir la ventana. Hay una prefiguración de lo que vendrá en esta tercera novela, aunque son pinceladas y bosquejos de trazo suelto. Pero sin la conexión con el pasado reciente que ofrece *Formas* el díptico es apenas un experimento narrativo —translúcido y luminoso, si se quiere—, pero que no podría brincar ese interregno delicado y manierista de la novela efímera, tan actual y a la vez tan poco texturizada.

Es claro que llegamos a la extinción de la literatura chilena en el exilio, a menos que sea por elección voluntaria. Y podemos suspirar ya que las tentaciones del poder sin límite son virales y afectan a regiones enteras. Las enseñanzas están a la vista, lo mismo que la memoria trágica de lo que costó en términos de dolor humano. La democratización de Chile se afianza con paso firme y aunque pudieran existir dudas sobre el modelo económico, los avances en derechos humanos son motivo de tranquilidad. Y como nunca sobra una dosis de incredulidad, refiere Zambra: “Chile es y seguirá siendo un campo de batalla”.

Lo mejor de Zambra está por escribirse. Apenas mostró su aliento. Aunque de no escribir nada más con *Formas* tenemos a la vista un notable ejercicio de memoria articulado en función de ordenar, a partir de una visión personalísima, el pasado reciente de un Chile que se aleja pero deja tras de sí un rastro de inquina y rencor, hallazgo y más páginas por escribir. Un camino hacia la conciliación social es el arte, que dibuja una visión de amplio espectro. Ahí es posible reconocerse y acceder a la experiencia comunitaria. Cruzarse de brazos sobre lo andado sería una comodidad injustificada.

Cabría esperar que el autor chileno continuase esta línea narrativa, que conjuga ingenuidad retórica y malicia literaria, hallazgo súbito y asimismo curiosidad para seguir explorando. ❧

Somos los felices de en medio

María Paz Amaro

*A Juan Downey, dondequiera que se encuentre.
A Sebastián Vidal, por habérmelo presentado.*

La segunda pregunta siempre es la incómoda. La primera refiere al nacimiento: Santiago de Chile, 1971. La segunda refiere a nuestra llegada a México: “¿Antes o después del golpe?” Cada vez que las dos preguntas se suceden una a la otra, mi cabeza se adelanta a interpretar los posibles juicios del que cuestiona tan pronto escuche mi respuesta. Haber llegado después del golpe a un país que se preció de abrir sus fronteras a los que escapaban de las dictaduras del Cono Sur en la década de los setenta y desde mucho antes con la llegada de los españoles republicanos, se equipara a ostentar una especie de extraña aristocracia que concede cierta dignidad similar a la de un título nobiliario. Uruguayos, argentinos y chilenos en su mayoría formaron un pequeño gueto de corte mayoritariamente intelectual, artístico, humanista o científico. Los hijos del exilio fueron a los mismos colegios juntos, ya fuera el Colegio Madrid, fundado por españoles republicanos, o incluso los que ellos conformaron una vez instalados en México. Esos hijos ya se han casado con los hijos de otros refugiados y han formado una comunidad que pareciera abierta hacia su interior pero es francamente cerrada si se viene de afuera. De ahí que la pregunta cobre cierta relevancia “¿Ustedes llegaron antes o después del golpe?” Por suerte, llevo cuarenta años en esta tierra, mi tierra chica. He tenido oportunidad de ensayar y diseñar la mejor de las respuestas: “Llegamos en febrero del 73 pero mi tío no corrió con la misma suerte y a él sí le tocó. Estuvo desaparecido, incomunicado y en un campo de trabajos forzados hasta que lo

pudimos traer a México.” Si acaso no respondo lo que se esperaba escuchar (“Mi padre era del MIR, mi madre de la UP”), casi nadie se atreve a indagar más en mi primer pasado, aun los más avezados callan por pudor. Así es: no formo parte de la élite de los que llegaron “después del golpe”. Salvo por el tío Jorge, no utilizamos los servicios de la Casa Chile hasta el terremoto del 85 cuando avisamos a mi abuelo paterno que estábamos todos vivos. Quince días después de la noticia, mi abuelo murió de una embolia en Punta Arenas.

Si alguien me preguntara hoy en día la diferencia entre ser hija de asilados políticos o hija de migrantes, no alcanzo a ver la real distinción entre un concepto y otro. En mi caso, tampoco pertenecíamos al bando extremo, a los empresarios, expatriados, parientes de dueños de fundo, oligarcas a favor de Pinochet. Mi familia de cinco, tres llegados de Chile y dos hermanos nacidos en México, vivíamos en la incómoda medianía, en un barrio totalmente clasemediero al sur de la ciudad, justo adonde solía acabar el Periférico, en Cuemanco. El exilio fue para mí el estar desprovista de identidad, sin el cobijo ni la pertenencia de crecer entre abuelos, tíos y primos carnales o de cariño, esos que son hijos de los amigos de la infancia de tus padres. Mi padre procedía de una familia que a su vez procedía de un barrio popular en Santiago, por Avenida Independencia. No era descendiente de hijo de fundo, su padre tampoco era un hombre de ideas liberales. Era simple y llanamente nieto de campesinos. Su hermana mayor, la tía Angélica, se casó con un marino que tuvo a bien ayudarnos para rastrear al tío Jorge cuando desapareció. Por aquel entonces, el tío Quico ya era gobernador marítimo de un puerto importante. Mi padre era demócrata cristiano lo mismo que mi madre. El menor de los tres, el tío Jorge, estudiaba sociología en Concepción, el semillero del socialismo en la época de la Unidad Popular. Intentaba formar un nuevo partido político parecido al MIR. Tenía veintitrés años cuando lo tomaron preso; en las semanas subsecuentes lo mantuvieron con los ojos vendados, le pasaban la comida por un hoyo de la celda. Le tumbaron los dientes frontales en los interrogatorios y fue víctima de varios simulacros de fusilamiento. En tanto, los militares entraron a la casa de mis abuelos, rompieron los carteles del Che Guevara que pendían de los muros de la recámara del tío y, por suerte, tardaron poco en

dejarlos tranquilos gracias a las influencias de mi tío el marino, quien logró dar con su paradero en cuestión de semanas y pudo trasladarlo a una cárcel ubicada en una playa cuyo nombre ya no recuerdo. A los ocho meses de identificado, mi tío Jorge viajó de manera clandestina y sin papeles a México, en donde nosotros llevábamos asentados poco más de un año.

Mi madre vivía en Vitacura pero no era rica. Creció entre Doñihue y Rancagua, hija y nieta de campesinos y mineros. Tanto mi padre como mi madre fueron los únicos universitarios en sus respectivas familias. Ambos estudiaron historia, sólo que uno en la Chile y la otra en la Universidad Católica. De la familia de mi madre, los milicos sólo se interesaron por el tío Aquiles, tío político mío casado con la hermana mayor de mi madre, la tía Ana Rosa. Lo buscaron porque hacía teatro “experimental”. Por fortuna le avisaron a tiempo y se mantuvo escondido hasta que se percataron de que el teatro experimental que hacía tenía poco de revolucionario o, en su defecto, no se trataba de un pez verdaderamente gordo. En las semanas siguientes al golpe, casi todos se sentían perseguidos.

Mi infancia fue simple. Los domingos, mi padre se quedaba en la casa a revisar papeles de la librería mientras mi madre hacía un pollo al horno o un bistec a lo pobre, un típico plato casero chileno que consiste en un bistec montado en una montaña de arroz acompañado de papas fritas y un huevo estrellado o frito, como lo llamaban mis padres. Cuando mi madre se hartaba de estar metida en la cocina los domingos, peleaba con mi padre. Casi siempre resultaba el chantaje y todos partíamos en un Datsun primero, en un rambler y en una combi después a comer fuera. Mi padre era muy estricto con el número de refrescos que pedíamos, jugaba poco con nosotros pero era muy cariñoso. La única vez que lo vi llorar de niña fue mientras escuchaba la cantata de Santa María de Iquique narrada por Quilapayún. No quiso darme razones y fue de ahí que agarré una obsesión con el disquito de vinil al tratar de desentrañar entre los gritos, los susurros y los coros, la raíz del sufrimiento silencioso de mi padre.

Fuimos un par de veces a Chile de niños y a finales de 1981 vinieron mis tíos y primos, los Pereira. Mi tío Quico, el patriarca de la familia, era

gobernador marítimo de San Antonio. Para entonces, el tío Jorge había pasado por toda serie de encuentros y desencuentros con mi padre, que siempre coincidían con la visita de mis abuelos, el Pelo y la Pele, sus padres. En una ocasión y con sus padres de testigos añadidos al resto de nuestra pequeña familia, mi padre peleó con mi tío porque no le ayudaba en la librería, nuestro negocio familiar. El tío Jorge calificó a mi padre de “cerdo burgués” mientras lo animaba a golpearle llevándole la mano a su cara: “¡Anda, pégame hueón, no soi más que un cerdo burgués hueón, un cerdo burgués!” Por suerte, mi padre se contuvo, tomó el llavero de San Pedro donde tenía todas las llaves juntas —las de la casa, las de los dos negocios, las del auto... llavero que fue aumentando en proporción al crecimiento gradual de su pequeña fortuna—, salió de la casa, se subió al auto y dejó la cagada, como solían decir mis padres. Mi Pelo juraba regresarse ese mismo día a Chile, mi Pele se rasgaba las vestiduras como la mujer plañidera que siempre había sido, hija de la amargura y el sufrimiento. Mi tío Jorge no volvió a aparecerse por la casa en esas vacaciones. Terminaban por arreglar sus problemas cuando mis abuelos ya estaban de regreso sin poder ser testigos de la reconciliación.

Cuando los Pereira nos visitaron, emprendimos un gran viaje por carretera hasta Cancún. Así ya habíamos conocido gran parte del territorio del centro, sur, norte, oriente y poniente del país, siempre mareados por las curvas, despertados repentinamente por los gritos de mi madre por la forma en que mi padre manejaba y contando nubes de formas extrañas entre las montañas y la terquedad característica de mi padre por avanzar más kilómetros, llegar más lejos, viajar desde Mazatlán hasta Los Cabos en *ferry*. Esa ocasión no fue distinta, mi padre no se tocó el corazón porque viniera su cuñado el marino de copiloto y diez personas más en la combi recién estrenada para tal evento: mis tres primos, mis tíos, mi madre a cargo de mi hermano de un año, mi otro hermano y yo, y mi tío Jorge. Le andábamos pisando la cola a la campaña de Miguel de la Madrid: lugar al que llegábamos, lugar al que teníamos que dar vueltas concéntricas en la combi, hartos, exhaustos y acalorados, para encontrar un hotel decente o de mala muerte que nos alojara al menos una noche en lo que continuábamos el recorrido hacia el preciado destino: el Mar Caribe. Una vez mi padre se quedó dormido en el auto y estuvo a punto

de estrellarse contra un tráiler. Mi madre aprovechó para ponerle más color, como solían decir, y estallar en un *shock* nervioso. Mi tío el marino sacó a empellones a mi padre del asiento del piloto mientras la tía Angélica le ayudaba puteando a su hermano, mi padre, y le gritaba “hueón conche tumadre, estuviste a punto de sacarnos la rechucha, no la embarrei más, no tenía vergüenza hueón...” En tanto, mi madre aprovechaba la tremenda alharaca para volcar tanto sufrimiento contenido sin madre, hermanas ni cuñadas con quien desahogarse e hizo el mejor *performance* que recordamos. El tío Jorge aceptó tomar el volante, no sin antes advertirle a mi madre: “Eso sí Quequita, a mí sí no me hueih ¿ya?”. Y es que mi madre se adhería al asiento con garras y pezuñas, era una pesadilla ir a su lado ya que iba advirtiéndole cada entrada a una curva además de que te utilizaba de su esclavo para recoger el chupón de mi hermano cada vez que se le caía al suelo entre las piernas de todos mis parientes y no te dejaba abrir la ventana bajo ningún motivo. Sin embargo, aquel viaje fue de los mejores. En las largas noches de carretera, hacíamos un show que simulaba al festival de Viña del Mar. Mis primas imitaban a Raffaella Carrá y mi primo el Gonti les hacía el fondo musical con un güiro que improvisaba con la basura plástica hallada en la combi. Yo imitaba a Amanda Miguel, por lo que obtuve el mote impercedero de “La Raca”. Mi tío Jorge cantaba “Puerto Montt” y “Juitete juitete juitete pero volvístete, shacal de mi cariño, shacal de mi ilusioooooon”. Mi hermano, el mexicano mayor, cantaba canciones aprendidas en la primaria: “Soy un indito mexicanito, soy un indito de Mi-choa-cán. Vendo juguetes y cucharitas...” A veces las carcajadas eran tan fuertes que la combi temblaba de un lado a otro y hasta mi madre se olvidaba de contar curvas por instantes suspendidos en la eternidad. Los premios a la mejor interpretación obtenían el coco apañado en la última playa que ya había rodado de una esquina a otra de la camioneta o el queso holandés que mis padres habían comprado en la zona franca de Puerto Morelos y que apeataba hasta provocarnos el vómito.

Nosotros fuimos espaciando nuestras idas a Chile pero el tío Quico se encargaba de mantenernos informados con videocasetes que mandaba repletos del Japening con Já, Florcita Motuda, la visita del Papa Juan Pablo II a Chile, la Cecilia Bolocco entrevistada por Don Francisco.

El tío Quico enviudó cinco años después, mi tía Angélica murió de cáncer. El único hijo varón, el primo Gonzalo, se hizo marino. Mi padre no pudo ir al funeral de mi tía porque acababa de endeudarse con otro local para hacer otra librería. Mis primas, la Marcela y la Mavi, jamás se lo perdonaron. A raíz del terremoto y de la muerte de mi abuelo, el tío Jorge, quien hacía mucho que había dejado de trabajar en las librerías de mi padre y vivía en un ejido llamado Totoapita para trabajar en el Desarrollo Rural de Hidalgo, decidió regresar a Chile sin más. Pudo salir de México sin documentación con un papel firmado por el entonces secretario de gobernación, Manuel Bartlett, amigo del mecenas de mi padre que lo había protegido en la erección del pequeño imperio librero del rey Ubu, imperio que tardaría unas pocas décadas en resquebrajarse. Cuando llegó a Chile lo volvieron a agarrar los milicos pero el tío Quico, que entonces ya se había encumbrado en gobernador marítimo de Valparaíso, lo volvió a rescatar. Meses después lo alcanzaron la tía Emi, su mujer, una chilena también semi exiliada y su hijo nacido en México, de nombre León, en honor a León Trotsky. Tres años después quedó viudo como el tío Quico. Dicen que el acontecimiento que adelantó la súbita muerte de mi tía Emilia fue un golpe al hígado que le dio un Paco durante una manifestación en contra de Pinochet antes del plebiscito.

Yo no he regresado a Chile desde principios de 1997. Pude apenas atisbar los primeros ecos de la globalización chilena en los primeros *malls* y los Blockbuster que habían llegado antes a México. Ahora me cuentan que en Santiago se construye el edificio más alto de América Latina entre luchas estudiantiles por la reforma educativa y otras tantas contradicciones. Me cuentan que Chile está relindo, muy limpio, muy civilizado, pero también muy egoísta. Que hay una zona tan pero tan moderna que los santiaguinos la han bautizado como Sanhattan, el gran orgullo de un país que siempre se sintió en la esquina más alejada del mundo; las cosas importantes sucedían a miles de kilómetros.

Debo hacer un *tour de forcé* necesario para cerrar este texto aunque su eslabón sucedió en otro país latinoamericano al sur de México y al norte de Chile. Hace unos meses estuve en Bogotá. Dicen que Colombia ya salió del hoyo mientras México apenas ha entrado a la boca del lobo. Sentí una vergüenza terrible al percatarme de lo poco que conocía de los

movimientos artísticos latinoamericanos, de lo fuerte, rotundo y maravilloso que es el arte contemporáneo colombiano al igual que el peruano y las vanguardias y neovanguardias en el Ecuador con los Tzantzicos a la par de El Techo de la Ballena venezolano (todo por ver, todo por conocer). Me di cuenta que la historia latinoamericana en muchos aspectos es una; es, sí, bolivariana. Que la sangre derramada y la injusticia dieron por resultado también el cuadro de Alejandro Obregón titulado *Violencia*; que la lucha de género entre muchas otras luchas, dieron a luz las máquinas históricas de Feliza Bursztyn y su trágico desenlace biográfico (tanto por ver, tanto por aprender). Que a Camnitzer, Oiticica y Ferrari se añade una lista que se antoja infinita y que recorre prácticamente cada punto de la América sangrante, desde Nicaragua hasta Paraguay. Entre esa lista, figuraría, por franca obviedad, el nombre del chileno Juan Downey.

La semana antepasada reservé toda una mañana para ver los videos exhibidos en la retrospectiva dedicada a Downey en el Museo Tamayo. En uno de los documentales que conforman la serie *El Ojo pensante*, Downey se obsesiona con la lectura del mundo español contemporáneo a *Las Meninas*. En su reflexión hay, con toda seguridad, un dejo de respuesta a su exilio producto del golpe. El siglo XVII fue un siglo de grave crisis económica para la corona española. Sin embargo, en los momentos más álgidos de crisis, las letras, la dramaturgia y la pintura florecieron de forma tan apabullante como paradójica. Esta es una síntesis a la vez que una lógica de pensamiento presente en muchos de los discursos y fragmentos de las diferentes series de videos de Downey, como queriéndose repetir a sí mismo y también a nosotros, que hubo algo rescatable en todo ese absurdo; algo que mereció y valió la pena vivir.

Me cuesta imaginar qué hubiera sido de mi vida y de la de mi familia si jamás hubiéramos dejado Chile. Probablemente mis padres se hubiesen separado antes o, quizás, permanecerían unidos. Tendría otros hermanos. ¿Qué habría estudiado, qué clase de hijos tendría, a dónde pertenecería? Algo en mí, cercano a una corazonada, me dicta que no hubiera habido mejor destino ni desenlace. ❧

Regresos a Chile

Valeria Luiselli

He visto el Chavo del ocho una sola vez en mi vida. No me enorgullece. Al contrario, es un hecho que me coloca en situaciones incómodas en las sobremesas, que me resta puntaje en el barómetro de los intelectuales-pop, y me obliga a guardar un silencio más bien tonto frente a taxistas nostálgicos y ávidos de conversación. Pero nunca aprendí a ver televisión. Pasé la mayor parte de mi infancia temprana en Corea del Sur. Eran los finales de los años ochenta, era una Corea todavía remota e insular, en donde los únicos canales de televisión con programación occidental pertenecían a la horrible base militar gringa. Con la dosificada excepción de CNN no se veía televisión en mi casa.

Pero una vez vi el Chavo del ocho. Mis padres y yo estábamos en Chile. Era octubre de 1988. Nos hospedaban unos amigos de mis padres que habían pasado algunos años exiliados en México y luego regresado a Santiago para rehacer su vida ahí. Había un cuarto con una litera donde dormían los dos hijos del matrimonio. Pero ese día había más niños, como siete o diez, hijos e hijastros de otros matrimonios que habían estado también en México y que ahora habían vuelto a Santiago. No conozco la cara adulta de ninguno de ellos, pero sí recuerdo sus caras de entonces y recuerdo que esa noche nos dieron de cenar un espagueti con salsa boloñesa. Pero antes de eso, varias horas antes del espagueti, estábamos viendo el Chavo del ocho, sentados en fila sobre el borde de la litera. Me daba entre orgullo y rabia estar viendo un programa donde se hablaba en mexicano y se mostraban imágenes de México. Me daba orgullo porque los niños me pedían que repitiera las frases recién enunciadas en la tele, y a mí me salía bastante bien el mexicano —mucho mejor que a ellos— a pesar de que yo no había

crecido en México. Pero me daba rabia que hubiera un señor que viviera en un basurero y que la Chilindrina fuera tan fea. Me daba vergüenza que eso fuera México. Entonces no tenía modo de saber que ese México era mucho mejor de lo que iba a ser después. Irrumpió de pronto la comitiva adulta en el cuarto de los niños. Venían cargando cacerolas y cucharas. A empellones y jalones toscos pero cariñosos, nos pararon a todos de la cama y, todavía en filita, nos dieron a cada uno nuestra cacerola y cuchara. Salimos todos juntos a la calle. Gritábamos contra Pinocho-Pinochet.

Cuando terminó ese viaje a Chile regresamos a Corea del Sur. Entré a la escuela primaria, y me empecé a ir en autobús con mi hermano a la escuela. En nuestras mochilas, muy a la mano, teníamos que llevar tapabocas, porque en esos años protestaban a menudo los estudiantes en las calles y la policía coreana asfixiaba sus protestas haciendo uso generoso de gas lacrimógeno. A partir del mediodía, casi todos los días de la semana, ardían endemoniadamente los ojos y las entradas de las fosas nasales. La ciudad entera ardía y picaba. Yo tenía un tapabocas estándar, azul, como de enfermera, y mi hermano adolescente había conseguido que le compraran una máscara parecida a la de Darth Vader. Para contrarrestar la envidia que me producía esa máscara, traté de convencer a mis padres de dejarme llevar al menos una cacerola en la mochila, como seguramente llevaban todos los niños chilenos. Nunca voló mi propuesta y no recuerdo si insistí lo suficiente. Seguramente me pareció que mis padres eran mucho más divertidos en Chile que en cualquier otro país del mundo y que yo quería vivir en Chile y no en Corea porque los niños veían el Chavo y luego salían a la calle a darle duro a las cacerolas.

No he vuelto a tocar una cacerola en la calle. La última vez que salí a protestar por algo fui con mi marido y mi hija de dos años al Zócalo de la ciudad de México, en mayo de 2011. El motivo de la protesta no era la educación gratuita. En México, la educación es gratuita y laica desde el siglo XIX. Tampoco tenía que ver con causas como la despenalización del aborto o los matrimonios homosexuales. En la ciudad de México, eso se resolvió hace ya algunos años. Lo que no está resuelto en el país son las más de 40 mil víctimas de la guerra contra el narcotráfico. Aquella marcha era una caminata por la paz, regida por la consigna: “No más sangre”. Es irónico que en México —un país que ha dado asilo a miles de exiliados políticos, que

de algún modo forma parte del imaginario mítico de todos niños latinoamericanos, que tiene el Fondo de Cultura Económica, educación gratuita y laica para todos (al menos nominalmente), y una larga lista de etcéteras encomiables—, ya sólo salgamos a la calle para pedir que no maten a más personas. No, no es sólo irónico: es desolador y es terrible.

El detonador de esa primera marcha por la paz, organizada por un sector “ilustrado” de la clase media (profesores, escritores, periodistas, intelectuales), fue el asesinato a manos del narco del hijo adolescente de Javier Sicilia, un poeta y editor conocido en México. Pero la marcha fue un fracaso. Para empezar, había muy poca gente. Segundo, a pesar de que el motivo de reunión era manifestar el descontento popular con la violencia, las consignas pedían la cabeza del presidente —y ya se sabe que, en México al menos, se puede entender literalmente esa petición: una cabeza cuesta dos mil pesos—. Nada se dijo sobre los narcos. Por último, el Zócalo capitalino ya estaba tomado por manifestantes profesionales: el sindicato de electricistas. No se sumaron a la marcha —¿por qué habrían de hacerlo, si era la marcha de los intelectuales, la marcha de los güeritos, la marcha de la clase media que nunca los había apoyado a ellos en nada?—, aunque sí aportaron consignas mucho mejor rimadas y elaboradas, que finalmente ahogaron las consignas de la marcha por la paz: “Felipillo ¡métase su liquidación por el fundillo!”, “Gobierno de fascistas... serás... barrido... por los electricistas”. Los electricistas apenas hicieron un hueco para que los que caminábamos hacia el Zócalo pudiéramos encontrar un lugar dónde pararnos. Supongo que era lo lógico: la clase media mexicana nunca sabe bien dónde pararse, ni mucho menos sabe cómo organizarse para tomar las calles consistentemente.

Leer las noticias de Chile ahora es redentor e inspirador. Esos mismos niños que veían el Chavo del ocho en Santiago y salían luego a la calle con cacerolas están sabiendo otra vez dónde pararse. No me acuerdo qué pensé ese día de las cacerolas en 1988, ni si tenía conciencia de lo que estábamos haciendo. Sí recuerdo que cuando volvimos a la casa nos dieron de cenar espagueti con salsa boloñesa en la mesa de la cocina, mientras los adultos se tomaban un vino en la sala. Seguíamos eufóricos, queríamos seguir dándole a las cacerolas, queríamos interpretar secuencias enteras del Chavo. Uno de los niños más grandes hizo una interpretación impecable de uno de

los personajes y, en medio del arranque de risa que eso nos produjo, otro niño vomitó entero el plato de espagueti sobre la mesa. Enseguida, todos nos pusimos a vomitar espagueti, como si el vómito, al igual que la risa, fuera contagioso entre los niños.

Leer los periódicos mexicanos me produce ahora la misma rabia y vergüenza —potenciada y sin la compensación de ningún orgullo— que me producía hace tantos años ver al Chavo. Me queda claro que a México se lo está cargando la Chilindrina —es decir, la chingada— y que en Santiago seguirán dándole a las cacerolas, hasta que consigan buenos resultados. Porque seguramente van a conseguirlos. Aunque los niños más chicos que ahora van por la calle con cacerolas no sepan de qué se trata todo eso, un día se van a acordar y todo va a tener mucho sentido. El día de esa marcha en el año 1988 y del episodio un poco cochino pero muy jocoso del espagueti, no sabíamos que estaba por suceder algo importante: iba a ganar el “No” en el plebiscito sobre la continuación de la dictadura, y Pinochet dejaría la presidencia unos meses después. Pero tal vez algo intuíamos. Cuando la madre de los niños de la casa había terminado de limpiar la cocina y nos habían puesto la pijama y nos estaban lavando los dientes para meternos a la cama, el niño que había empezado la cadena de vómitos se disculpó. Dijo: Es que, mamá, estaba emocionado. ❧

México en 1913: la efeméride trágica

Javier Garciadiego

I

Prácticamente todos los años los países deberían conmemorar varias efemérides históricas, las que son de distinta naturaleza: bélicas, diplomáticas, institucionales, culturales, políticas. Las hay también regionales o de alcance nacional. Otras son esenciales, mientras que algunas pueden ser crecientemente prescindibles. En efecto, todas las efemérides históricas son, para comenzar, *históricas*; esto es, dependen tanto del contexto presente en que se les recuerda como del pasado en que se generaron. Por ejemplo, hoy ya no se festeja la recuperación de Puebla lograda por Porfirio Díaz el 2 de abril de 1867, siendo que llegó a ser objeto de una gran celebración anual. Sobre todo, las hay positivas y negativas, unas nos enaltecen y permiten retomar el optimismo nacional; las otras nos avergüenzan con recuerdos sombríos. Sin embargo, ambos tipos de efemérides resultan aleccionadoras si son debidamente conmemoradas. A propósito, uso el término *conmemorar*, que implica recordar juntos, y no el de *celebrar*, por su contenido religioso y solemne, o el de *festejar*, por su carácter festivo, lúdico, populachero, superficial.¹ En el reciente 2010 tuvieron cumpleaños atávicos dos efemérides bélicas, esenciales y de importancia nacional. Hubo celebraciones, cuando menos en un par de jornadas en que se honraron los restos óseos atribuidos a varios héroes del proceso independentista; también hubo festejos, como el dispendioso pero impreciso desfile que precedió a la verbena

¹ Cfr. Enrique Krauze, “Bicentenario: la cuenta regresiva”, *Reforma*, 25 de julio de 2010.

popular de la noche del 15 de septiembre, y hasta hubo ejercicios conmemorativos, como fue el caso de un comprensivo y plural proyecto tele-educativo llamado “Discutamos México”.

¿Cuáles son los acontecimientos que cumplen años de cifras atávicas este 2013? ¿Cómo deberíamos recordarlos? ¿Qué significado tienen para nuestros días? Limitándome a las del periodo moderno y contemporáneo, aunque reconociendo que también las hay para las etapas de la Independencia y la Reforma,² identifiqué cuatro, las que resultarán mejor analizadas si se les considera partes indisolubles de dos procesos. Me refiero al cuartelazo de febrero de 1913, junto con el Plan de Guadalupe, del mes siguiente. Me refiero también al asesinato del senador Belisario Domínguez y a su consecuencia inmediata, el “golpe de Estado” huertista, ambos de octubre. Sin embargo, la importancia de estos procesos no puede ser equiparada: en el primer caso se trató del asesinato del presidente y vicepresidente del país, y su consecuencia fue el estallido del movimiento constitucionalista. El segundo, por execrable que haya sido, fue el asesinato de un senador, y tuvo como consecuencia la pérdida de cualquier vestigio de legalidad que pudiera tener el gobierno, pues se vio obligado a disolver el Congreso, lo que a su vez provocó el descrédito final de Huerta, y la intensificación de una lucha que había estallado seis meses antes, precisamente por el mencionado cuartelazo.

II

El proceso de febrero, supuestamente iniciado el día 9 y conocido como “la decena trágica”, tuvo una duración que rebasó por mucho los diez días a que hace alusión su nombre. No me refiero a que su final debe prolongarse por lo menos hasta el día 22, cuando fueron asesinados Madero y Pino Suárez, sino que sus antecedentes inmediatos se remon-

² Por ejemplo, los *Sentimientos de la Nación*, de José María Morelos, fueron pronunciados el 14 de septiembre de 1813 al inaugurarse el Congreso de Chilpancingo, o la toma por el ejército francés de la Ciudad de México, en junio de 1863, que permitió al general Forey decretar la formación de una Regencia y una Asamblea de Notables. Esta última fue la que decidió que se ofreciera al príncipe austriaco Maximiliano de Habsburgo el trono de México.

tan, por lo menos, a mediados de 1912. La precisión no debe limitarse a sus fechas de inicio y término. En rigor, deberíamos ya reconocer que hubo cuando menos dos cuartelazos.³ Uno fue el encabezado por Bernardo Reyes y Félix Díaz, y terminó, vencido, el propio día 9. De hecho, habría que preguntarse si deberíamos hablar de un cuartelazo abortado, más que de uno rápidamente vencido. El segundo comenzó al día siguiente, pero sus días de mayor dinámica fueron del 16 al 22 de febrero. Lo encabezó Victoriano Huerta y tuvo que incorporar a Félix Díaz como compañero de aventura. Paradójicamente, como efeméride solemos anteponer la del día 9, a pesar de que este cuartelazo no derrocó a Madero, mientras que no solemos reparar en el segundo, que resultara el decisivo. La explicación es doble: porque ambos procesos suelen subsumirse en uno, pues ciertamente el segundo no es explicable sin el primero, y porque éste tiene un inicio preciso, calendarizable, y sobre todo un carácter trágico y una naturaleza escenográfica.

El primer cuartelazo, el del día 9, el de Bernardo Reyes y Félix Díaz, se remonta al surgimiento del movimiento antirreeleccionista y a la aparición pública en el ámbito nacional de Francisco I. Madero. Recordemos los hechos esenciales: se acercaba la sucesión presidencial de 1910 y un envejecido Porfirio Díaz la enfrentaba con un régimen en grave decadencia, y para colmo incurriendo en varios errores de estrategia política, como fue haberse comprometido a impulsar un gran cambio a través de sus célebres declaraciones al periodista norteamericano James Creelman,⁴ y con un país sumido en una severa crisis económica. La edad de Díaz —nacido en 1830— lo había obligado a modificar su ingeniería sucesoria, pues si desde 1884 ésta había sido la simple reelección, a partir de 1904 optó por restaurar la figura del vicepresidente, quien además sería su sucesor. Dentro de su abigarrado equipo de colaboradores don Porfirio escogió como mancuerna electoral —y por ende como sucesor— a Ramón

³ Véase Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*, México, Era, 2013. Véase también Antonio Saborit, “Los dos cuartelazos”, *Nexos*, febrero de 2013, pp. 42-47.

⁴ Consúltese Javier Garcíadiego, “La entrevista Díaz-Creelman”, en *Ensayos de historia socio-política de la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México, 2011, pp. 11-52.

Corral, ex gobernador de Sonora, secretario de Gobernación y destacado miembro —aunque no líder— del grupo de los Científicos.⁵

Una consecuencia no deseada pero inevitable fue el enojo de Bernardo Reyes, quien de leal y eficiente colaborador pasó a ser un elemento de discordia que terminaría por dividir gravemente a la élite política nacional. En efecto, sus muchos seguidores y partidarios —recuérdese que Reyes era un hombre poderoso y popular—⁶ lo veían como única posibilidad confiable de continuidad. Por ello, se convirtieron en críticos del régimen, y luego hasta en sus opositores. En tanto miembros del aparato gubernamental, la suya fue una oposición interna, moderada —dentro del régimen, dirían los politólogos—, pero acaso por ello más dañina, pues el gobierno de Díaz empezó a no cumplir con las responsabilidades que Reyes tenía encomendadas, como eran el control del noreste y del Ejército Federal, entre otras. Es más, el que la oposición electoral a Díaz comenzara en el noreste y el que su ejército careciera de líder y de motivación en la lucha de 1910 y 1911, fueron consecuencia de la separación de Reyes.

Lo verdaderamente grave para el régimen de Díaz fue que la oposición reyista se radicalizó y se alió, o más bien se transmutó en antireeleccionista. Otra vez debemos apelar a los hechos, al pasado. Los reyistas supusieron que las afirmaciones hechas por Díaz a Creelman eran una manera muy elegante de aceptar, sin confesión autocrítica alguna, que se había equivocado en su elección de vicepresidente, y que la apertura anunciada para las elecciones de 1910 tenía como verdadero objetivo elegir a un vicepresidente distinto, que no podía ser otro que el general Reyes, pues nadie tenía sus méritos. Sin embargo, pocos meses después de publicada la célebre entrevista, don Porfirio revirtió sus compromisos y aceptó ser candidato a la reelección, acompañado otra vez de Corral para la vicepresidencia. El enojo de los reyistas fue radi-

⁵ Sobre este personaje véase Jesús Luna, *La carrera pública de don Ramón Corral*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975. Véase también Daniel Cosío Villegas, “El misterio científico”, en *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Parte segunda*, México, Editorial Hermes, 1972, pp. 840-862.

⁶ Para su biografía véanse Victor E. Niemeyer, *El general Bernardo Reyes*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León, 1966, y Artemio Benavides Hinojosa, *El general Bernardo Reyes. Vida de un liberal porfirista*, México, Ediciones Castillo, 1998.

cal, convirtiéndose en un movimiento opositorista; casi podría decirse que pasaron a ser un movimiento electoral independiente, aunque lo cierto es que su candidato no tenía, ni remotamente, una postura opositora tan tajante o una estrategia electoral propia, autónoma. De hecho, en octubre de 1909, Reyes aceptó ser enviado a Europa en una comisión militar.⁷

Este fue el segundo gran error estratégico de don Porfirio. En rigor, fue un error triple. Primero, creer que el verdadero riesgo, la auténtica amenaza a su permanencia en el poder, era Reyes, cuando éste era un apéndice político suyo, siempre leal. Después, menospreciar al sólo físicamente insignificante Madero, joven empresario coahuilense sin experiencia política alguna.⁸ Es claro que Díaz no percibió su potencial carisma; tampoco adivinó sus ocultas capacidades políticas, ni menos aun entendió que Madero venía a representar las demandas acumuladas de las clases medias y altas mexicanas, las que le reconocían a Díaz los avances económicos del país pero le reclamaban los retrasos y adeudos en materia política. Finalmente, don Porfirio creyó que los reyistas quedarían desintegrados, sin guía ni rumbo. Esta ingenuidad de don Porfirio fue tan costosa como inexplicable. La acefalía de los reyistas duró muy poco. En cosa de días, cuando mucho semanas, la mayoría de los reyistas, individualmente o en organizaciones ya constituidas, se pasó al antirreeleccionismo. Estas últimas no cambiaron de nombre, sede o membresía; sin mayores dudas ni remordimientos, pasaron de agrupaciones reyistas a maderistas; de tener un líder militar, optaron por uno civil; de haber servido a un experimentado político pasaron a apoyar a

⁷ Nótese que desde que había dejado la Secretaría de Guerra, a finales de 1902, Reyes se había dedicado por completo a los asuntos cívico-políticos, pues volvió a la gubernatura de Nuevo León.

⁸ Este singular personaje histórico ha dado lugar a una copiosa bibliografía. Además de las espléndidas páginas que le dedica José Vasconcelos en su *Ulises Criollo*, véanse las biografías que le dedicaron, entre muchos otros, Alfonso Taracena, *Madero. Vida del hombre y del político*, México, Ediciones Botas, 1937, y José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, 2 vols., México, Antigua Librería Robredo, 1960. Véanse también los acercamientos académicos de Stanley Ross, *Francisco I. Madero. Apóstol de la democracia mexicana*, México, Grijalbo, Biografías Gandesa, 1959, y de Charles Cumberland, *Madero y la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1977. También debe consultarse la espléndida semblanza de Enrique Krauze, *Francisco I. Madero. Místico de la libertad*, México, Fondo de Cultura Económica, Biografía del poder, vol. 2, 1987.

un empresario ajeno al ámbito público; de ser una oposición dentro del régimen, se convirtieron en un movimiento de la hoy llamada “sociedad civil”. El cambio era radical, aunque sorprendentemente Díaz no calibró su enorme dimensión. Gracias a este proceso el movimiento antirreeleccionista no sólo aumentó su número de afiliados y su presencia territorial,⁹ sino que pudo contar con “cuadros” y dirigentes de enorme experiencia política.

Aquí se encuentra también el mayor antecedente del cuartelazo reyista del día 9 de febrero: el general siempre alegraría que Madero había construido su movimiento opositor usufructuando el suyo, usurpándole seguidores, “cuadros” y jefes. Lo que no parece haber entendido Reyes es que él los había abandonado, dejándolos solos pero en busca de un nuevo caudillo y de un movimiento que les permitiera reubicarse políticamente. En esa estrategia de atracción —cooptación la llaman los politólogos— se manifestó la capacidad política de Madero. Al regresar Reyes de Europa creyó que recuperaría inmediatamente su fuerza política, que los antes suyos volverían a serlo, que desplazaría fácilmente al inexperto Madero, quien se vería obligado a regresar a sus labores empresariales y a retomar sus lecturas y actividades espiritistas.¹⁰ Hoy no debe admirarnos la sorpresa que seguramente se llevó Reyes: se había quedado solo pues los anteriormente reyistas habían encontrado en Madero precisamente lo que buscaban, alcanzar el poder, y no sólo recuperaron sus posiciones sino que las aumentaron y mejoraron.¹¹

⁹ También podría decirse que el antirreeleccionismo se ensanchó sociológicamente, pues no fueron pocas las agrupaciones de obreros y trabajadores que cambiaron de ideología y afiliación.

¹⁰ El hijo del general y principal animador del reyismo como grupo escribió con sorna: “*Panchito*, como lo llamábamos en Monterrey, era constante objeto de burlas, ya por su modo extravagante de vestir, ya por su vegetarianismo, ya sobre todo por su espiritismo a macha martillo”. Cfr. Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas (1889-1913)*, 2 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1929-1930, vol. 1, p. 114.

¹¹ Pienso en varios ejemplos: Francisco Vázquez Gómez sería candidato a la vicepresidencia del país; Luis Cabrera pasó de abogado postulante y periodista de oposición a asesor presidencial y diputado; Venustiano Carranza alcanzaría lo que Reyes le había prometido: la gubernatura de Coahuila. Para el primero consúltense sus propias *Memorias políticas (1909-1913)*, México, Imprenta Mundial, 1933. Para el segundo, algunas de las muchas páginas que le ha dedicado Eugenia Meyer, *Luis Cabrera: teórico y crítico de la Revolución*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972. Para el último, el reciente libro de Luis Barrón, *Carranza: el último reformista porfiriano*, México, Tusquets, 2009.

Al percibir que no tenía posibilidades de triunfo si competía electoralmente contra el victorioso y encumbrado Madero, a finales de 1911 Reyes intentó organizar un movimiento armado contra éste. Su fracaso fue rotundo; en parte, hasta grotesco; por lo menos ridículo, por tanta torpeza. Para comenzar, olvidó que muchos de los que lo apoyaron inicialmente habían cambiado de filiación; no intuyó, de otra parte, que la mayoría de los que permanecieron leales a él no estaban dispuestos a tomar las armas; finalmente, tal parece que Reyes no sabía que a los militares, a quienes apeló para la lucha, no son partidarios de las rebeliones largas e inciertas, aunque sí lo son de las asonadas y los cuartelazos. Sin seguidores, Reyes se entregó en el pueblo de Linares, Nuevo León, a las autoridades locales. Fue trasladado a la Ciudad de México e internado en la prisión de Santiago Tlatelolco. La conclusión es obvia: el viejo hombre de orden no supo ser uno de desorden.

Reyes pasó todo el año de 1912 en prisión. En octubre también sería encarcelado Félix Díaz, el otro gran protagonista del cuartelazo del 9 de febrero. Sus reclamos eran distintos. Reyes estaba firmemente convencido de que ido Díaz —y disuelto el grupo “científico”, yo agregaría— él era el único en el país capacitado para gobernarlo. Nadie más. Por lo tanto, Madero no sólo era un usurpador de sus “cuadros” sino también una amenaza para México. Para Félix Díaz, el sistema político creado por su tío era una especie de monarquía electoral, por lo que ido éste a él le correspondía heredar el gobierno. Abiertamente enfrentado a Madero, llamó a una lucha contra éste en octubre de 1912, la que inició en Veracruz. También fue vencido y trasladado a la capital del país, en donde fue puesto en prisión.¹² Al margen de sus muchas diferencias, generacionales y profesionales, los dos compartieron el desdén del Ejército Federal.¹³ En efecto, ambos buscaron el apoyo castrense pero ninguno lo obtuvo. Las suyas fueron rebeliones de altos miembros de la jerarquía

¹² Sobre Félix Díaz véanse Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, Editorial Jus, 1958, y Peter Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians, and the Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1981.

¹³ Reyes había nacido en 1850 y Félix Díaz, en Oaxaca, dieciocho años después. Uno era un militar experimentado, con varias campañas duras de pacificación al inicio de su carrera, mientras el otro fue acusado de no conocer el olor de la pólvora.

militar, pero no de todo el ejército. Casi podría decirse que se alzaron no en tanto militares inconformes con el rumbo del país, con el desorden supuestamente imperante, con la falta de rumbo y guía, sino en tanto miembros de la élite política a quienes se había arrebatado el poder.

A pesar de la familiaridad con que asociamos sus nombres, casi como si fueran un binomio, lo cierto es que eran dos personalidades absolutamente distintas, sin relación previa alguna. Perteneían a grupos distintos: nunca habían hecho algo juntos antes de organizar su revuelta en busca del poder presidencial. Su alianza fue establecida por sus respectivos operadores a finales de 1912. Todo esto explica que los errores y desaciertos cometidos por ambos el día 9 fueran incontables. Si se contabilizaran sus vicisitudes, la muerte de Reyes lo hace un cuartelazo ridículo. Si se evalúa por la muerte de Madero, resulta un cuartelazo dramático, de insondables consecuencias para la historia de México. Sus secuelas aún marcan el rostro y el imaginario del país. Más aún, seguirán sintiéndose a mediano y largo plazo. La herida fue demasiado profunda.

Propongo una última reflexión sobre el hoy centenario 9 de febrero de 1913: ese día apareció un nuevo protagonista del proceso, Victoriano Huerta, gracias a que otro que debió ser partícipe relevante, el comandante militar de la plaza, Lauro Villar,¹⁴ se eclipsó y pudo esquivar el paso de la historia. Escéptico ante cualquier interpretación que recaiga en factores aleatorios o contingentes, estoy convencido de que Huerta, más temprano que tarde, habría de involucrarse en un proceso golpista. La principal característica de su propio proceso, del segundo cuartelazo, fue que Huerta no había sido parte de la élite política, ni tenía, por ende, poder político alguno. Su reclamo no era por el puesto perdido. Sin embargo, el suyo sí fue un cuartelazo del ejército en tanto corpora-

¹⁴ Lauro Villar nació en 1849 en Tamaulipas. A principios de 1865 ingresó al Colegio Militar y al poco tiempo ya luchaba contra las fuerzas imperiales. Colaboró con los presidentes Juárez, Lerdo y Díaz. Fue ascendido a general de división por Francisco I. Madero, quien lo hizo comandante de la Ciudad de México desde enero de 1912. Es conocido por haber defendido Palacio Nacional durante el inicio de la decena trágica, aunque al ser herido en un hombro fue reemplazado por Victoriano Huerta. Antes de ello, sus fuerzas rechazaron el asalto de Reyes, a quien dieron muerte. Durante la presidencia de Huerta fue hecho senador. Murió retirado en 1923. Cfr. *Así fue la Revolución*, 8 vols., México, Secretaría de Educación Pública/Senado de la República, vol. 8 (N-Z), 1985, p. 1727, y *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 vols., México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992, vol. VII, p. 209.

ción. Cuando él asumió el mando del proceso, el Ejército Federal se volcó en su apoyo, lo que no había hecho con Reyes ni Díaz.

La explicación radica en que Huerta sí era un militar pleno. Más aún, a principios de 1913 Huerta ya era el principal militar del país. Para hacerse del poder nacional antes tuvo que tener el control del ejército. El asunto es fácilmente explicable. En la lucha armada maderista, entre finales de 1910 y mayo de 1911, el ejército porfirista mostró dos serias debilidades: estaba envejecido, con oficiales octogenarios, y careció de un líder nato, pues por sus diferencias político-sucesorias con él, Díaz había desplazado de ese sitio a Bernardo Reyes al quitarle el mando de la Secretaría, en la que ya no puso a un general con tanto prestigio práctico ni tan comprometido con el mejoramiento de la corporación castrense.¹⁵ Además, en tanto vencido por los rebeldes maderistas, el ejército porfirista requería un nuevo jefe que le devolviera la confianza en sí mismo, su aura triunfadora y su peso en el aparato estatal.

Hacia marzo de 1912 estalló la rebelión orozquista en Chihuahua y la Comarca Lagunera,¹⁶ con ciertos ecos en algunas regiones de Sonora, Coahuila, Durango y Zacatecas.¹⁷ Es indiscutible que esta rebelión fue mucho más grave que los intentos de alzamiento de Reyes y de Félix Díaz; también fue mucho más poderosa que la rebelión zapatista.¹⁸ No era sólo un asunto de capacidad de fuego y de destreza militar. Sus secuelas históricas fueron inmensas. Madero dispuso que el propio secretario de Guerra, el general José González Salas, por otro lado pariente

¹⁵ Es indiscutible que Reyes era un militar estudioso, como lo prueban sus proyectos de reforma del Ejército Federal o su capítulo sobre la historia militar del país en la obra *México: su evolución social*. Su sucesor en el puesto fue el general Francisco Z. Mena, de enero de 1903 a marzo de 1905, sustituido a su vez por el general Manuel González Cosío, hasta la renuncia de Díaz.

¹⁶ Michael Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la Revolución*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.

¹⁷ En San Luis Potosí, los hermanos Cedillo —Cleofas, Magdaleno y Saturnino—, en armas contra el gobierno, se declararon orozquistas. Cfr. Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, y Dudley Ankersen, *El caudillo agrarista: Saturnino Cedillo y la Revolución Mexicana en San Luis Potosí*, México, Gobierno del Estado de San Luis Potosí/Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1994.

¹⁸ Recuérdese que los zapatistas estaban formalmente en armas contra Madero desde finales de noviembre de 1911, cuando promulgaron el Plan de Ayala. Para todo lo concerniente al zapatismo consúltese John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1969.

suyo y quien tenía la encomienda de reformar paulatinamente el Ejército Federal, de “maderizarlo”, fuera el responsable de batir a los alzados. El sino trágico de todo este problema comenzó a desplegarse con el suicidio de González Salas, luego de su derrota en la batalla de Rellano.¹⁹ A corto plazo, su fúnebre decisión obligaba a Madero a acudir a un militar con el que no podría tener una relación de confianza como la que tenía con González Salas. Entregar la campaña contra el orozquismo a Felipe Ángeles, entonces director del Colegio Militar, era impensable porque carecía de experiencia práctica, porque su grado contravendría lo dispuesto en la ordenanza y porque sus relaciones con el resto de la oficialidad eran peor que malas.²⁰

La mejor opción con que contaba Madero era Victoriano Huerta, de 58 años, maduro pero no anciano, caracterizado por una doble personalidad: era un soldado profesional, con brillantes estudios en el Colegio Militar, pero también se había forjado en los peores escenarios, con exitosas experiencias en un par de duras campañas de pacificación, como la de los rebeldes de Canuto Neri en Guerrero y la de los indígenas mayas del sureste.²¹ Además, Madero estaba debidamente enterado de que a pesar de su pasado reyista Huerta se había negado a participar en la rebelión reyista de finales de 1911, lo que le permitía otorgarle una cierta dosis de confianza.

Su decisión fue, a corto plazo, acertada. Huerta acabó con el peligro orozquista en pocos meses. Para ello consiguió que se dotara al Ejército Federal con mayores recursos. Sobre todo, se dedicó a conformar un equipo propio, con una oficialidad que, significativamente, contenía los

¹⁹ Véase María Teresa Franco y González Salas, “José González Salas: ministro de Guerra”, México, Universidad Iberoamericana (tesis de licenciatura en Historia), 1979.

²⁰ Para Ángeles véase la biografía “clásica” de Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913. Biografía (1869-1919)*, México, s.p.i., 1944, pero deben verse también las muchas páginas que Adolfo Gilly le ha dedicado; entre otras, “¿Y mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles”, en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008, pp. 37-67, y “Felipe Ángeles: sueños de gloria, camino de solitario”, en Javier Garcadiago y Emilio Kourí (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México: del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*, México, El Colegio de México/Era/Universidad de Chicago, 2010, pp. 505-516.

²¹ Una balanceada biografía suya, bien documentada, es la de Michael Meyer, *Huerta: un retrato político*, México, Domés, 1983.

dos elementos de su propia personalidad como militar. Así, tuvo de colaboradores a jóvenes oficiales recientemente egresados del Colegio Militar, como José Alessio Robles, del arma de caballería; como Joaquín Maass, que además era pariente suyo, y sobre todo, como Guillermo Rubio Navarrete, de apenas 35 años, pero ya todo un talentoso artillero.²² De otra parte, Huerta también tuvo la colaboración cercana de militares de mayor edad y con más experiencias castrenses que estudios, como el oaxaqueño Agustín Sanginés, de larga participación en las campañas pacificadoras porfiristas,²³ y como el tristemente célebre Aureliano Blanquet, cuya biografía colinda con la leyenda.²⁴ Otro militar de carrera muy cercano a Huerta fue el general Antonio Rábago, a quien dejó como sucesor al frente de la jefatura de Operaciones Militares en Chihuahua a finales de 1912,²⁵ cuando Huerta regresó a la Ciudad de México para recomponer su salud luego de acabar con el orozquismo.

Herido el general Lauro Villar en el asalto reyista al Palacio Nacional durante la madrugada del 9 de febrero, Madero designó como nuevo comandante militar de la plaza a Victoriano Huerta. Su decisión no fue producto de la ingenuidad, y menos aún de un momentáneo extravío mental. Madero nombró a Huerta de conformidad con la ordenanza, pues era el militar disponible de más alta graduación; por su brillante triunfo sobre el temible orozquismo y porque había sido informado de que otra vez, como en 1911, Huerta se había negado a involucrarse en la

²² Para conocer la trayectoria de estos jóvenes oficiales deberían consultarse sus expedientes en el Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional: José Alessio Robles, exp. XI/111/3-1940; Joaquín Maass, exp. XI/111/1-223, y Guillermo Rubio Navarrete, exp. XI/III/1-182.

²³ La larga trayectoria de Sanginés en *ibid.*, exp. XI/111/1-187.

²⁴ Blanquet es mencionado, indistintamente, como Aureliano o Aurelio; aunque este último nombre es el que se usa en su expediente oficial, el primero es comúnmente más utilizado. El principal mito concerniente a Blanquet lo hace miembro del pelotón que fusiló a Maximiliano. Para este personaje contamos con una biografía académica: Héctor Díaz Zermeño, *Aureliano Blanquet (1848-1919): ¿cancerbero del traidor Victoriano Huerta o militar leal?*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

²⁵ Antonio Rábago nació en 1861 en Celaya, Guanajuato. Ingresó al Ejército Federal como alférez del Cuerpo de Auxiliares. En 1912 derrotó a los orozquistas en las batallas de Rellano, Conejos y Bachimba. Posteriormente aprehendió al gobernador de Chihuahua, Abraham González, y luego de asesinarlo, se encargó de la gubernatura del estado. Véase “Hoja de servicios de Antonio Rábago”, en Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/111/2-809, t. 1, ff. 99-103, y *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana...*, vol. III, pp. 353-354.

conspiración reyista. Además, Madero también sabía de sus hondas diferencias con Félix Díaz,²⁶ quien por la muerte de Reyes había quedado al frente de los sublevados.

El aspecto militar de la “decena” es de sobra conocido. Su naturaleza trágica ha sido objeto de muchísimas páginas; asimismo, son incontables sus testimonios gráficos, y durante muchos años se mantuvo en la memoria y en la imaginación de muchos capitalinos. Es indiscutible que aquellos días son los más sombríos en la historia moderna de la Ciudad de México: violencia, inseguridad, desabasto, incomunicación y falta de higiene.²⁷ Por lo que se refiere al desarrollo del segundo cuartelazo, tal parece que desde que recibió el nombramiento de comandante militar Huerta comenzó a rebasar sus atribuciones y responsabilidades, entablado pláticas y negociaciones con varios políticos y diplomáticos. Dado que era difícil vencer al sitiado Félix Díaz, cumpliendo así con su mandato, por las características físicas del edificio, por el contexto urbano en que estaba ubicado y por las deficiencias de la artillería de que se disponía,²⁸ pero sobre todo porque un enfrentamiento cabal con él hu-

²⁶ Mientras que Félix Díaz era un militar cuyos ascensos los debía a su apellido, con nula experiencia en los campos de batalla, Huerta era de orígenes muy rústicos. De hecho, se sostiene que era un indio huichol nacido en Colotlán, Jalisco. Véase “Hoja de servicio de Victoriano Huerta”, en Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/111/1-13, t. 4. Véase también la nota número 13.

²⁷ Para un acercamiento literario véase a Martín Luis Guzmán, *Febrero de 1913*, México, Empresas Editoriales, 1963; para un testimonio documentado de un participante en los asuntos militares véase a Juan Manuel Torrea, *La decena trágica*, México, Academia Nacional de Historia y Geografía, 1963; el más conocido testimonio diplomático es el del cubano Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1917; no son pocos los testimonios políticos, entre los que destacan el de Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas (1889-1913)*..., y el de Luis Manuel Rojas, *La culpa de Henry Lane Wilson en el gran desastre de México*, México, La Verdad, 1928. Para las muertes de Madero y Pino Suárez consúltense Guillermo Mellado, *Crímenes del huertismo*, s.p.i., s.f., y Alfonso Taracena, *Madero, víctima del imperialismo yanqui*, México, Clásica Selecta, Editora Librera, 1960. Recientemente se publicaron dos reportajes históricos: uno de Paco Ignacio Taibo II, *Temporada de zopilotes: una historia narrativa de la decena trágica*, México, Planeta, 2009, y otro de José Manuel Villalpando, *La decena trágica: cuando las balas y las traiciones acabaron con la democracia*, México, Planeta, 2009. Finalmente, este año ha aparecido una antología literaria de Antonio Saborit, *Febrero de Caín y de metralla: la decena trágica. Una antología*, México, Cal y Arena, 2013, y un muy completo análisis hecho por Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*...

²⁸ Acusado de haber fallado sus disparos voluntariamente, Rubio Navarrete lo rechazó a partir de varios argumentos tácticos y municionísticos. Cfr. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/III/1-182, t. 1, ff. 65-70. Véanse también sus declaraciones en *La Nación*,

biera generado muchas divisiones al interior del Ejército Federal, Huerta optó por entablar negociaciones con Félix Díaz. Sin embargo, debe quedar claro que desde un principio Huerta fue explícito en el sentido de que se trataba de otro cuartelazo y no de la mera continuidad del primero, pues esto implicaría que Félix Díaz debía heredar el liderazgo. Cualquier competencia era inútil: Huerta se encontraba fuera y al frente de muchísimos elementos, mientras que Díaz estaba sitiado, era vulnerable a un ataque más decidido y sólo contaba con recursos exigüos. Su fuerza era más política y diplomática, pues Huerta no podía hacerse del poder comenzando con una lucha entre militares. A pesar del profundo desprecio que sentía por Félix Díaz, tenía que asumirlo como el compañero principal de su inminente aventura.

En forma paralela a esta compleja y oscurísima estrategia militar y política, Huerta se dedicó a fortalecer su posición mediante el incremento de fuerzas leales a él. Además de Rubio Navarrete, el general Sanginés también estuvo presente en los combates, parcialmente supuestos o perversamente diseñados, contra La Ciudadela.²⁹ Otros militares cercanos a él permanecieron en Chihuahua, como José Alessio Robles y Antonio Rábago. Sin embargo, la actuación más importante de un militar huertista en el conflicto fue la de Blanquet, quien el día 16 arribó a la Ciudad de México al frente de dos mil hombres procedentes de Toluca, pues estaba al frente de la campaña contra los zapatistas del Estado de México.³⁰ El encargo que se le asignó tenía una importancia invaluable: a Blanquet se le hizo responsable directo del Palacio Nacional y sus alrededores. Esto es, quedó como el militar al mando del entorno inmediato del presidente Madero,³¹ lo que explica que él haya sido quien personalmente aprehendiera a Madero y a Pino Suarez el día

24 de febrero de 1913, en Archivo del Centro de Estudios de Historia de México-Carso, fondo DLXXIII, ref. 1.23.2-2.

²⁹ De hecho, Sanginés resultó herido en uno de aquellos combates. Cfr. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/111/1-187, t. 4, f. 951.

³⁰ Meses atrás se había hecho público el reclamo de Felipe Ángeles, pues contaba con menos recursos que Blanquet a pesar de que él enfrentaba a los zapatistas de Morelos, infinitamente superiores en número, fuerza militar y peso político. Sin embargo, era obvio que el grupo huertista se había hecho poderosísimo al interior del Ejército e incluso en todo el gobierno de Madero.

³¹ Cfr. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, exp. XI/III/1-30, y Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado...*, pp. 145-149.

18 y quien quedara como responsable de su reclusión en la intendencia del Palacio, de donde fueron sacados el día 22 para entregárselos a sus victimarios, Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta, ambos gente del propio Blanquet.³²

Los fúnebres hechos han sido reconstruidos ya varias veces con notable puntualidad y suficientes detalles. Valga insistir aquí en que para poder usurpar el gobierno nacional Huerta tuvo antes que dominar al Ejército Federal³³ y prestigiarse ante el sector político y la opinión pública, lo que logró con su contundente triunfo sobre el orozquismo. Más que la herida en el hombro de Lauro Villar, fue determinante la astucia política de Huerta, al no involucrarse en los alzamientos reyistas de finales de 1911 y principios de 1913. Obviamente, esto no se debió a que fuera leal al presidente Madero sino a que sabía que ambos movimientos estaban condenados al fracaso, por su mal diseño y su falta de apoyo. Sobre todo, Huerta no estaba dispuesto a ser lugarteniente de un disminuido general Reyes, en creciente desubicación política; menos aún aceptaría ser lugarteniente de Félix Díaz. Por todo esto se explica que haya esperado el contexto adecuado y el momento oportuno para encauzar su propia lucha, su oportunidad auténtica, el segundo cuartelazo de febrero de 1913: no el del día 9, sino el del 18. Aunque Reyes y Díaz formaron una dupla, Huerta los rebasó, con creces, en astucia política y fuerza militar. A principios de 1913 Reyes y Félix Díaz estaban totalmente desprestigiados, pues los dos habían sido fácilmente vencidos por Madero, política y militarmente,³⁴ y su colaboración estaba basada en una falsa alianza, sin cohesión alguna. Seguramente esto fue la causa del exceso de confianza en que incurrió Madero respecto a estos dos

³² Véase Alfonso Taracena, ...*Ya a hierro murieron. La forma trágica como terminaron los asesinos de Madero y Pino Suárez*, México, Ediciones Botas, 1972.

³³ Acaso la mejor prueba de dicho dominio sea recordar que ya en la presidencia Huerta violó, unilateralmente y a los pocos meses, el Pacto de la Embajada, que disponía que el gabinete tenía que ser diseñado conjuntamente por Huerta y Díaz. Sin rubor alguno, el 13 de junio de 1913 Huerta relevó del puesto de secretario de Guerra al general Manuel Mondragón, para colocar en él a su colaborador de mayor confianza, Aureliano Blanquet.

³⁴ Me refiero, en el caso de Reyes, a las elecciones presidenciales de finales de 1911 y a su rebelión posterior. En el caso de Félix Díaz, éste no había podido ganar las elecciones para gobernador de Oaxaca en 1911, y luego había sido fácilmente derrotado cuando se rebeló en Veracruz en octubre de 1912.

políticos y militares, cuya mayor deficiencia era el anacronismo. En cambio, Huerta gozaba de una enorme popularidad y contaba con un equipo compacto, muy cohesionado, dispuesto a todo con tal de conquistar el poder.³⁵

Las comparaciones no deben limitarse a Reyes, Díaz y Huerta. Pensemos en Madero: sus días de gloria habían pasado exactamente tres y dos años antes;³⁶ en cambio, desde principios de 1912 sus problemas corrían al parejo de su desprestigio. Huerta, en cambio, era el hombre del momento a finales de 1912 y principios de 1913. Durante estos meses México pudo ver de cerca el inescrutable e irreversible paso de todo proceso histórico, que en ocasiones marcha a un ritmo lento y en otras con uno desenfrenado. Así fue nuestro febrero de 1913: frenético.

III

Toda celebración, festejo o conmemoración histórica implica atraer el pasado al presente. Así se trate de una conmemoración gubernamental, por lo general monotemática y monofónica pero siempre broncínea, o de una reflexión más plural, con voces, tonos y perspectivas disímbolas, lo cierto es que pasado y presente son contrastados mutuamente. En este caso las preguntas son previsibles: ¿de qué sirve reflexionar hoy sobre los acontecimientos de febrero de 1913? ¿Cuáles fueron sus consecuencias inmediatas y cuáles sus repercusiones de largo plazo? ¿Qué enseñanzas nos dejan? ¿Podrían repetirse aquellos acontecimientos? ¿Cómo prevenirlo, en caso de que haya tal riesgo?

La respuesta a la primera pregunta puede parecer obvia: visto el fin del gobierno de Madero, nadie debería dudar de que la democracia es vulnerable y reversible de no estar madura y bien consolidada. Podría

³⁵ Recuérdese que por esos mismos días el gobernador maderista de Chihuahua, Abraham González, fue aprehendido y asesinado como resultado de una estrategia diseñada por los militares que Huerta había dejado en esta entidad norteña: Antonio Rábago y José Alessio Robles. El motivo era impedir que estallara cualquier resistencia militar a la llegada de Huerta al poder, y Abraham González era visto como el gobernador más cercano a Madero y también a Pancho Villa.

³⁶ A principios de 1910 Madero fundó el Partido Nacional Antirreeleccionista y fue electo como su candidato a la presidencia del país. A principios de 1911 —febrero—, ingresó al país para encabezar la lucha armada contra Díaz.

decirse que aquel intento de democratización sucumbió ante las ambiciones de poder de algunos miembros del anterior aparato gubernamental, al que no se había maniatado correctamente. También sucumbió ante las pretensiones políticas de la corporación militar del país, que acometió, en 1913, su último cuartelazo decimonónico. También debe culparse a la participación aviesa de un embajador típicamente imperialista. De otra parte, el gobierno de Madero fue derrocado por la falta de instituciones políticas democráticas, trátese de partidos políticos o de un poder legislativo adecuado; también le hizo falta una prensa madura, y en general una mejor y mayor cultura política en prácticamente todas las capas de la población. Sobre todo, faltó una clase media que encarnara y defendiera el proceso.

¿Son estas las principales amenazas a nuestro actual proceso de transición a la democracia? Resulta insostenible asegurar que dicho peligro radica hoy en diplomático alguno, y menos aún en el Ejército Nacional. Sin ser ejemplar, nuestra cultura política ha mejorado mucho, y este periodo de la transición a la democracia se ha caracterizado por la construcción de varias instituciones democráticas, como el Instituto Federal Electoral (IFE), el Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI) y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred), entre otras,³⁷ o por la promulgación de varias leyes positivas, como las demandaba José María Morelos hace 200 años. A corto plazo el peligro para nuestra aún débil democracia radica en la propia clase política, y en la “sociedad civil”³⁸ que aún no se decide a maniatarla. A largo plazo el mayor enemigo de nuestra democracia es la pobre educación que damos y recibimos los mexicanos.

¿Cuáles fueron las secuelas inmediatas y las consecuencias a largo plazo de aquel cuartelazo? La mejor respuesta posible es que dichas secuelas y consecuencias han sido paradójicas. Por un lado, el derrocamiento del régimen de Madero por un gobierno militarista y dictatorial

³⁷ José Woldenberg, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012.

³⁸ Para este asunto es fundamental el crecimiento de la clase media, así como su adecuada distribución geográfica y territorial. Cfr. Luis de la Calle y Luis Rubio, *Clasemediero. Pobre no más, desarrollado aún no*, México, Centro de Investigación para el Desarrollo, 2010.

provocó el estallido de una nueva etapa de la Revolución Mexicana, la llamada fase constitucionalista. Por otro lado, fue tan violenta esta lucha, tan sangrienta la represión a los opositores a Huerta,³⁹ que la opción militarista de gobierno quedó totalmente desprestigiada en México, a diferencia de en los otros países latinoamericanos, que todavía tenían gobiernos militaristas y dictatoriales al inicio del último tercio del siglo xx. Son muchísimos los que han sostenido que la destrucción del ejército oligárquico y la construcción de un ejército revolucionario fue lo que permitió a México no tener ese tipo de gobiernos durante la mayor parte del siglo xx.

Para concluir, propongo una reflexión paradójica e iconoclasta, políticamente incorrecta. Además de Huerta, Reyes y Félix Díaz, también Madero fue culpable del fracaso de aquel proceso democratizante. Fue tan dramática su derrota, que quienes ocuparon después la presidencia del país, de Venustiano Carranza en adelante, no estuvieron dispuestos a favorecer elecciones libres, a contar con un poder legislativo auténticamente independiente, a conceder la libertad de prensa. En otras palabras, el idealista de Madero quiso traer la democracia al país, pero sus desaciertos y errores la pospusieron durante casi un siglo. En política, como en la vida, los cementerios están repletos de gente bien intencionada. En política, como en la vida, los buenos intentos fallidos resultan contraproducentes. Así fue Madero: animador y sepulturero de aquel intento democrático de hace cien años. Para su fortuna, el tiempo lo ha puesto, y con plena justicia, como precursor de nuestra democracia, como su heraldo. 

³⁹ Piénsese en el emblemático Belisario Domínguez.

Alain Badiou: filósofo del terror*

Marco A. Torres

COMUNISMO PARA VEINTEAÑEROS

Alain Badiou a menudo se describe a sí mismo como un pensador de 1968. Entiende su propia filosofía como una forma de lealtad a dos eventos históricos: la agitación social en el París de ese año y la “Revolución Cultural” que se emprendió durante el mismo periodo en China. Sin embargo, también podemos pensar a Badiou como un filósofo de la primera década del siglo XXI, y entender la relevancia histórica de su pensamiento político como un fenómeno característico de los últimos años. A pesar de que ha publicado en Francia desde finales de la década de los sesenta, no fue sino hasta la última década cuando la mayor parte de su trabajo se tradujo al inglés; fue también hasta hace relativamente poco cuando se publicaron colecciones enteras de ensayos interpretativos y monografías sobre Badiou fuera de Francia, y sólo hace poco el filósofo se volvió tema de artículos en revistas como *London Review of Books* y *Artforum*, y su nombre y su concepto del “evento” se han vuelto familiares entre la intelectualidad fuera de su propio país.

Badiou se volvió famoso tarde en su vida, y aunque en sus escritos afirme que todos permanecemos contemporáneos a 1968, es más probable que el reconocimiento reciente de su obra se deba justamente a que hemos dejado de serlo. El mundo de los setenta, de grupúsculos maoístas armados, del Partido Comunista traidor a la causa revolucionaria, de un movimiento obrero “comprado”, de “uno, dos, muchos Vietnam”, se

* Traducción del inglés de Sara Hidalgo.

ha desvanecido. Badiou se ha vuelto un nombre familiar para una generación que no había siquiera nacido en 1968. Ha llegado a la cima de su popularidad muy recientemente, como por ejemplo en 2009, cuando junto con Slavoj Žižek declaró frente a miles de jóvenes de veintitantos años la necesidad de un regreso a la llamada “idea del comunismo”.¹

La juventud de la audiencia que acudió a la conferencia sobre el comunismo resulta reveladora: la mayoría de los oyentes no había nacido en 1968; de hecho, la mayor parte de ellos eran sólo unos niños en 1989, cuando el “experimento comunista” fue declarado un fracaso por autoridades culturales en todas partes del mundo. Habiendo nacido demasiado tarde para experimentar las decepciones y los horrores del comunismo real o para haber apoyado la disidencia anticomunista en Europa del Este —como Badiou y Žižek hicieron— los jóvenes izquierdistas que asistieron a la conferencia nunca tuvieron la oportunidad de pensar en la caída del comunismo como un evento emancipador (algo que dudosamente fue).

A pesar de que a Badiou, como a Žižek, le gusta decir que su llamado a una nueva política comunista resulta escandalosa, inconformista e intempestiva, en realidad el filósofo está bastante bien sintonizado con los tiempos actuales. La política de izquierda de la era poscomunista, caracterizada por movimientos en torno a una causa específica, discursos de pluralismo y un disgusto posmoderno por las “grandes narrativas” (de emancipación humana), se ha agotado. Como la popularidad de los intentos de Žižek por “recuperar” a Robespierre y a Lenin,² y como el universalismo jacobino y el maoísmo sin remordimientos de Badiou demuestran, poco a poco la memoria del Gulag se ha vuelto remota y ha dejado de atemorizarnos. Además, al presentar la idea del comunismo como una “invariante” ahistórica —una “idea reguladora” de la igualdad radical que se ha manifestado intermitentemente a través de toda la historia humana, desde Espartaco hasta Munzer y Mao— Badiou ha respondido de manera directa a las necesidades de su audiencia: a lo

¹ Para más detalles sobre la conferencia “La idea del comunismo” en Birkbeck, véase la reseña de Steven Shaviro, “Communism at Birkbeck”, *Criticism*, 51 (2009), pp. 147-155.

² Slavoj Žižek, “The Divine Violence of Terror”, en *Repeating Lenin*, Zagreb, Arzkin, 2001 (disponible en línea en <http://www.lacan.com/zizrobes.htm>), entre otros.

largo de las vidas de aquellos veinteañeros que asistieron a la conferencia de Birkbeck, no ha habido partido político, movimiento social u organización en la izquierda³ que se presente a sí misma de manera creíble como un esfuerzo sostenible hacia la liberación humana universal, algo que, para bien o para mal, sí hicieron los viejos partidos comunistas. Por lo menos desde finales de la década de los setenta, el proyecto de abolir internacionalmente al capitalismo para reemplazarlo por una sociedad más racional se ha vuelto más remoto que en cualquier otro momento desde su nacimiento a mediados del siglo XIX. Esta falta de continuidad —la ausencia de una narrativa actual de emancipación humana universal— es el mundo en el que nació la mayoría de los que hoy se identifican con la izquierda. El vuelco generalizado de narrativas de revolución a discursos de “resistencia”, ocurrido durante las últimas dos décadas del siglo XX, es el síntoma más evidente de esta condición.

El pensamiento de Alain Badiou es oportuno porque ofrece una imagen nostálgica del comunismo: militante, revolucionario, universalista, quizás incluso violento. Y lo ofrece libre de su herencia histórica. Su filosofía del “evento” es enfáticamente antihistórica. Resulta de fácil consumo para una generación que ha llegado a la adultez después del llamado “fin de la historia”. Como mostraré más adelante, consiste en el intento de mantener viva la política de la emancipación universal en una época en la que la vieja idea ilustrada de la historia como la historia de la libertad ha sido abandonada. Representa la actitud de una izquierda harta de su acción de retaguardia, pero incapaz de regresar, ni a la confianza liberal en el progreso y la perfectibilidad infinita de la sociedad ni a su contraparte comunista: la idea de que la “historia está de nuestro lado”.

FIDELIDAD Y APOSTASÍA

La filosofía del “evento” de Badiou trata de agencia y novedad. El evento no es tanto algo que “sucede” como algo que debe reconocerse.

³ Se puede argumentar que actualmente los discursos de libertad humana universal se han vuelto territorio del derecho, ya sea la exportación de la democracia de los neoconservadores, la libertad por medio del libre mercado de los neoliberales, o incluso la libertad frente al “gran Satán” del Islam radical.

La subjetivización política ocurre tras el reconocimiento de que “hay cierta novedad en la existencia —una tesis antagónica de la máxima del Eclesiastés, *nihil nove sub sole*”.⁴ Para Badiou, este reconocimiento no debe de ser un análisis contemplativo de una nueva situación social, sino una intervención activa. En este contexto, lo novedoso es eso que emerge de la “situación”, pero sin formar parte de ella. El evento es aquello que no puede ser inmediatamente incorporado a la llamada “ley de representación” de esta situación; ley que para Badiou es terreno del Estado. La intervención consiste en dar un nombre a lo nuevo —en volverse un militante de un elemento emergente que aún no se ha integrado al rígido orden social y que aún no ha sido interpretado por el régimen dominante—. ⁵ La intervención es un acto de fe: fuera de la convicción política del sujeto, nada garantiza la verdad del evento: “Como tal el interventor puede ser ambas, completamente responsable por las consecuencias reguladas del evento, y completamente incapaz de presumir que juegan un papel decisivo en el propio evento”.⁶ Al participar fielmente, el sujeto politizado se convierte en parte del evento, pero esta politización sólo puede suceder en el contexto del mismo; todos los demás asuntos políticos son parte de la lógica totalizante del Estado. En este sentido, todos aquellos que no están involucrados en una intervención política son meros objetos de administración estatal. El sujeto politizado debe reconocer la apertura de un espacio en la lógica totalizante de la situación y luchar por mantenerla abierta. De esta manera, el evento y el sujeto emergen de manera simultánea.

El evento se vuelve así una nueva verdad constituida por la fe del sujeto. Todo lo demás es sólo representación, cálculo y administración. La nueva verdad se debe volver el fundamento para el pensamiento y la acción del sujeto que interviene. La fe del sujeto en el evento exige su reconocimiento de la inconmensurabilidad entre la nueva verdad y el orden anterior de las cosas. Las representaciones y formas de causalidad

⁴ Alain Badiou, *Being and Event*, Nueva York, Continuum, 2005, p. 209. Traducción al español: *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Manantial, 1999.

⁵ *Ibid.*, p. 205.

⁶ *Ibid.*, p. 207.

de la situación anterior al evento deberán ser ignoradas para entender y mantener la fe en su novedad.⁷ Pero dado que los eventos son fenómenos poco frecuentes, esto también significa que la política “verdadera” solamente puede suceder en estallidos esporádicos. Esta es la base de la crítica señalada por Daniel Bensaïd, quien reprocha a Badiou el haberse “rehusado a aventurarse en los densos matorrales de la historia real, en la determinación social e histórica de los eventos”.⁸ Bensaïd reconoce el ahistoricismo enfático de la filosofía de Badiou y los efectos potencialmente despolitizantes de una idea de agencia basada en apuestas a manera de Pascal; a su juicio, semejante descalificación de los hechos mundanos del proceso político cotidiano puede llevar a una “sacralización del milagro eventual”.⁹

Pero Badiou no pretende esconder su antihistoricismo. De hecho, en su libro *Theorie du Sujet* va lo suficientemente lejos como para introducir la tesis de que “la historia no existe”, algo que hace con el fin de “refutar la concepción vulgar marxista del significado de la historia”.¹⁰ La novedad del evento se debe precisamente al hecho de que ninguna tendencia histórica o forma de causalidad previamente reconocible lo podría haber determinado. “Una verdad está únicamente constituida por la ruptura con el orden que la sostiene, nunca como un efecto de ese orden.”¹¹ Para Bruno Bosteels el evento es no sólo imprevisible, sino desde una perspectiva preeventual, *impossible*. La determinación histórica del surgimiento del evento sólo puede pensarse desde el interior del evento. Su génesis sólo puede entenderse de manera retroactiva, por aquellos que han reconocido el evento y se han dedicado a él; por los creyentes que han convertido “lo imposible en un insólito de posibilidad”.¹² Así, la causalidad histórica para Badiou se vuelve un efecto del

⁷ Como Bosteels lo explica: “hacer oídos sordos a las ruidosas declaraciones de la imposibilidad de lo que no es, como para permitirse a uno mismo escuchar lo que sucede”, en *Badiou and Politics*, Durham, Duke University Press, 2011, p. 241.

⁸ Daniel Bensaïd, “Alain Badiou and the Miracle of the Event”, en Peter Hallward (ed.), *Think Again, Alain Badiou and the Future of Philosophy*, Londres, Continuum, 2004, p. 98.

⁹ *Ibid.*, p. 97.

¹⁰ Alain Badiou, *Being and Event*, p. 176.

¹¹ *Ibid.*, p. xii.

¹² Bruno Bosteels, *Badiou and Politics*, p. 238.

evento, el producto de la fidelidad. Sólo esta fidelidad —el pensamiento y la acción que hacen justicia a la verdad en el evento— puede comprender el origen y la importancia del evento. El significado de la Revolución Francesa solamente podrá ser comprendido a cabalidad desde la perspectiva activa de Robespierre y Saint-Just, y jamás desde la perspectiva contemplativa de Kant o Hegel.¹³

Esto sucede, según Badiou, porque una vez que el evento se vuelve un objeto de análisis en vez de una fuente de la militancia, éste regresa al ámbito de la representación. Aquello que fue una ruptura en el orden de las cosas se vuelve una vez más explicable en los términos de la situación precedente. El análisis no militante hace del evento algo no reconocible, desarmando y que desarticulan sus elementos “para beneficio de la estratificación, interés calculable y colocación”.¹⁴ Para Badiou, el nombre de este procedimiento es termidor, y es el opuesto a la fidelidad: es el sofocamiento del potencial del evento.

La idea de resistir al termidor resulta fundamental para todo el pensamiento de Badiou. Con este nombre —que tradicionalmente implica el concepto de “traicionar la revolución”— el filósofo entendió la suerte de la política de 1968 en Francia durante la década de los setenta. Durante los dos o tres años que siguieron al mayo del sesenta y ocho, la izquierda se amplió considerablemente. A pesar de su poco entusiasta participación y discutible sabotaje del movimiento, el Partido Comunista Francés (en adelante PCF) ganó ímpetu; además surgió una nueva plétora de organizaciones maoístas y trotskistas que se definían en contra del PCF. La propia Union des Communistes de France Marxiste-Léniniste (en adelante UCFML), a la que pertenecía Badiou, era un brote, más moderado y cauteloso, de la mejor conocida Gauche Proletarienne (en adelante GP).¹⁵ Encabezada por estudiantes jóvenes provenientes de la clase media, educados y carismáticos, la GP surgió de la disolución de la Union de Jeunesses Communistes Marxistes-Léninistes (en adelan-

¹³ Alain Badiou, *Metapolitics*, Londres, Verso, 2005, p. 12.

¹⁴ *Ibid.*, p. 136.

¹⁵ Aunque Badiou nunca se involucró en la GP, los cofundadores de la UCFML, Natacha Michael y Sylvain Lazarus, comenzaron su participación en la política maoísta en la primera organización antes de salirse para formar la segunda.

te UJCM) en 1969, de inspiración maoísta y althusseriana. A pesar de que se volvió ilegal al año siguiente, para 1971 sus miembros se contaban por cientos. Los compromisos intelectuales y políticos de Badiou se formaron durante este momento de entusiasmo de izquierda y militancia “maoísta”.

Se puede argumentar que después de 1968 la política de izquierda se volvió la base para el desarrollo de una nueva derecha en Francia. Este fue el propio terror de Badiou, su experiencia de traición. El maoísmo de los grupos *gauchistes* tenía menos que ver con la situación china que con un rechazo al Partido Comunista Francés y al comunismo soviético. Estos grupos entendían el estalinismo fundamentalmente como una forma de autoritarismo.¹⁶ El mayo del 1968 les había enseñado el potencial revolucionario de la espontaneidad sin líder y el conservadurismo autoritario del comunismo establecido, así que desarrollaron su política no tanto como una crítica, sino como una imagen negativa del estalinismo. En este sentido, para grupos como la GP, la creencia en la clase obrera como un sujeto revolucionario no significaba que ellos deberían dirigirlos y educarlos políticamente; menos aún que deberían ser sus representantes. Al contrario, significaba que debían renunciar a su posición privilegiada como intelectuales y reeducarse, buscando empleo industrial y uniéndose a la clase obrera. La misma plataforma del UCFML establecía que no se llamarían a sí mismos partido; más bien realizarían investigaciones “desde abajo” de los problemas que aquejaban a las masas.¹⁷ Después de presenciar una serie de tomas de fábricas exitosas dirigidas por los propios trabajadores, la GP llegó a la conclusión de que

¹⁶ Así entendió el estalinismo la mayor parte de los pertenecientes a la Nueva Izquierda. Hacían eco de la concepción liberal durante la Guerra Fría sobre la existencia de una nueva clase dirigente, autoritaria y burocrática, en los Estados comunistas. Esta es, sin lugar a dudas, una descripción adecuada de lo que sucedió. Sin embargo, pierde de vista la crítica, lanzada por Trotsky, de que la izquierda más vieja hacía el estalinismo, a saber, que las políticas de la Unión Soviética de “comunismo en un solo país” y “camino nacional hacia el socialismo” eran una contención y un truncamiento del proceso revolucionario que empezó en 1917.

¹⁷ Para Badiou, la esencia del maoísmo francés era “ir hacia la gente”, concepto practicado tanto por la GP como por la UCFML. Badiou habla extensamente sobre el tema en una entrevista con Eric Hazan en 2008, en el sitio de Internet maoísta estadounidense *Kasama*: “On Different Streams within French Maoism”, disponible en línea en: <http://kasamaproject.org/2008/11/03/badiou-on-different-streams-within-french-maoism/>

cualquier tipo de organización política culminaba de manera inexorable en tiranía estalinista, y decidió disolver su propia organización.¹⁸

Este tipo de anticomunismo, que originalmente surgió de la izquierda, en poco tiempo se volvió la raíz de una nueva derecha. André Glucksmann, un miembro de la GP, llegó a confesar estar interesado en Mao sólo como crítico de la Unión Soviética,¹⁹ y terminó por convertirse en una celebridad mediática como “nuevo filósofo” anticomunista hacia finales de la década. En los dos libros que escribió inmediatamente después de salir de la GP, acusó a Marx, junto con otros filósofos de la Ilustración como Fichte y Hegel, de formar parte del mismo proyecto de dominación estatista sobre la gente común —una dominación que necesariamente culminaba en el Gulag—. ²⁰ Para las elecciones de 1978, incluso criticó al moderado y socialdemócrata François Mitterand en estos términos.²¹ Pero Glucksmann no estaba solo: Michel Foucault apoyó públicamente sus libros. *Tel Quel*, el diario literario de vanguardia de Julia Kristeva, iba tras las posturas políticas de moda, pasando de estar afiliado al PCF en 1968, a apoyar el maoísmo *gauchiste* en 1971, a oponerse a cualquier tipo de marxismo para 1975.²² Para mediados de la década de los setenta, la Union de la Gauche de Mitterand se había ganado el voto de la juventud *soixante-huitard*, para quienes el *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn se había vuelto lectura obligatoria.²³ Debilitado por la nueva política antitotalitaria, el PCF entró en decadencia gradual para finalmente verse reemplazado, ya no por el *gauchisme* maoísta de 1970, sino por la democracia social del eurocomunismo.

Estos acontecimientos significaron, para Badiou, una traición al evento que los originó: el mayo de 1968. Visto en retrospectiva, se puede ar-

¹⁸ Michael Scott Christopherson, *French Intellectuals Against the Left*, Nueva York, Bergham Books, 2004, pp. 63-64.

¹⁹ *Ibid.*, p. 101.

²⁰ Los libros son *La cuisinière et le mangeur d'hommes: essai sur les rapports entre l'État, le marxisme et les camps de concentration*, París, Éditions du Seuil, 1975, y *Les maitres penseurs*, París, B. Grasset, 1977.

²¹ Michael Scott Christopherson, *French Intellectuals Against the Left*, p. 187.

²² Sobre el apoyo de Foucault y *Tel Quel* a Glucksmann, véase Christopherson, “In Praise of New Philosophy: Michel Foucault and *Tel Quel*”, en *Ibid.*, pp. 198-206.

²³ *Ibid.*, p. 119.

gumentar que quizás el 68 francés nunca se trató del surgimiento de una nueva conciencia de izquierda, sino que representó un episodio explosivo de la decadencia del estalinismo europeo, y quizá también de la más larga historia de declive del marxismo y de la izquierda en general. Sin embargo, una pregunta semejante jamás podría haber cruzado la mente de Badiou; su ética de fidelidad al evento no lo permitiría. Hasta la fecha, Badiou sigue comprometido —esta es la base de su pensamiento— y todos los que han titubeado en su fe no han hecho más que traicionar el evento. Para él, la historia de nuestro presente sigue siendo la historia de 1968, y cualquier posibilidad emancipadora en nuestros días depende del cumplimiento de las promesas de ese año. Su filosofía se desarrolló como una manera de preservar un evento cuyo potencial revolucionario —si es que alguna vez lo tuvo— nunca se logró; su mandato ha sido el de actuar y pensar contra el termidor post 1968, que a su manera de ver persiste hasta hoy.

HISTORIA DE TERMIDOR

Las historias revisionistas de la Revolución Francesa que aparecieron en las décadas de los setenta y ochenta fueron ejemplares del termidor que siguió a 1968. Cuando Badiou escribe sobre la manera en la que los termidorianos hacen al evento “impensable”, queda claro que está respondiendo a las formulaciones de estos trabajos de historia. El mejor conocido entre estos historiadores, François Furet, fue un ex comunista cuyo proyecto historiográfico estaba expuesto en términos tan perfectamente antagónicos al pensamiento de Badiou, que resulta perfectamente plausible imaginar que el filósofo tenía precisamente a Furet en mente al presentar su definición del termidor en obras como *Metapolítica*.

En su ensayo de 1977, “La Revolución Francesa ha terminado”, Furet critica la vieja tradición historiográfica de pensar el año 1789 como una ruptura decisiva en la historia universal. Pone en tela de juicio la idea generalizada de que este año marcó el fin decisivo del Antiguo Régimen y el comienzo de la historia moderna, argumentando que esta creencia no permite a los historiadores ver la Revolución como lo que realmente fue: no un evento monolítico, ni una ruptura tajante con

el pasado, sino una confluencia de distintas crisis; una amalgama de revueltas sin una causa única, sin un resultado necesario ni una teleología histórica.

Furet atribuye la persistencia de esta noción de la Revolución Francesa a la manera en la que los historiadores marxistas del siglo xx elaboraron sobre el mito de ruptura creado por los propios revolucionarios. Sieyes, Marat, Robespierre, Saint-Just y otros militantes influidos por Rousseau y los *philosophes* creían que la Revolución era nada menos que la refundación de la sociedad: el fin del antiguo oscurantismo y el privilegio arbitrario y el comienzo del gobierno de la deliberación racional y la virtud popular. Furet acusó a los historiadores marxistas de adaptar su lectura de la Revolución Francesa a esta mitología en vez de criticarla. A su juicio, el marxismo trató de meter con calzador el surgimiento gradual del Tercer Estado y su explosión política en 1789 a su propia teoría del desarrollo del capitalismo y la sociedad moderna. En vez de analizar lo que realmente había sucedido, añadieron la mitología propia de los revolucionarios franceses a su esquema de avance social por medio de etapas ascendentes. Furet escribió que los historiadores marxistas incluían “la vida económica y el entramado social como un todo en el mito de la ruptura revolucionaria: antes de la Revolución, feudalismo; después, capitalismo; antes, la nobleza; después, la burguesía”.²⁴

De acuerdo con Furet, la Revolución Francesa no había sido una ruptura, sino simplemente una acumulación de revueltas que se llevaron a cabo dentro de un proceso de reformas modernizadoras que había comenzado tiempo atrás. La autoconcepción de los revolucionarios como los fundadores de una nueva sociedad no era mas que una “ilusión retrospectiva” en la que el colapso de un Estado débil en medio de una serie de revueltas rurales y urbanas se había transformado en una ideología de confrontación entre “patriotas y aristócratas”.²⁵ Para Furet, la manera en la que los marxistas validaban esta mitología como el surgimiento de la conciencia política de una nueva clase burguesa dominante

²⁴ François Furet, “The French Revolution is Over”, en François Furet, *Interpreting the French Revolution*, trad. al inglés Elborg Forster, Nueva York, Cambridge University Press, 1981, p. 13.

²⁵ *Ibid.*, p. 25.

equivalía a “nada más que injertar un análisis de causas económicas y sociales a una narrativa de eventos escrita en la modalidad política e ideológica”.²⁶ De esta manera, los marxistas creaban un discurso histórico legitimador, proyectando hacia el pasado una prehistoria mítica de la Revolución Rusa de 1917. Esto era particularmente problemático para Furet cuando se volvía una apología de los crímenes soviéticos, como cuando, por ejemplo, el historiador marxista Albert Mathiez había “justificado la violencia bolchevique en virtud de su precedente francés”.²⁷

La revisión generalizada entre los intelectuales del significado de las utopías revolucionarias que surgió con la publicación del *Archipiélago Gulag* fue, para Furet, una buena noticia. Significaba que los historiadores serían finalmente capaces de criticar la ideología de los militantes de la Revolución Francesa sin el miedo a ser percibidos como afines a la política conservadora tradicional.²⁸ Significaba también que uno podía ser antirrevolucionario sin ser acusado de reaccionario. Furet quería que la singularidad política de la revolución finalmente se separara, se analizara en sus distintos elementos, desde la distancia y como parte de un continuo histórico más largo.

Furet se deshace de la conciencia de novedad de los participantes del evento revolucionario, encontrando su verdad, en cambio, en la continuidad de tendencias históricas y en la multiplicidad y heterogeneidad de los conflictos. Esta es precisamente la definición que otorga Badiou a la actividad del termidor. Pero el blanco de ataque de Furet no eran ni los revolucionarios franceses ni sus discípulos republicanos, sino la idea marxista de la revolución burguesa. Su revisionismo, a final de cuentas, era un ataque a una tradición intelectual cuyos orígenes, en palabras de Hobsbawm, “se remontaban al periodo del fascismo, o mejor dicho del antifascismo, cuando la ideología tradicional de la Ilustración y los valores republicanos —de confianza en la razón, la ciencia, el progreso y los derechos del Hombre— convergía con el comunismo en el preciso momento en el que se volvió firme y despiadadamente

²⁶ *Ibid.*, p. 13.

²⁷ *Ibid.*, p. 12.

²⁸ *Idem.*

estalinista”.²⁹ El cuestionamiento que hace Furet a la imagen tradicional de la Revolución Francesa como el inicio absoluto de la modernidad era menos un ataque a los valores de la Ilustración en sí mismos que un ataque a la reivindicación marxista de esta bandera.

DISCONTINUIDAD

Existe una afinidad oculta entre la fidelidad de Badiou y la apostasía de Furet y André Glucksmann. Cada uno de los tres, a su manera, le es fiel al espíritu de 1968, ese momento en que la posición del marxismo como conciencia emancipadora de la modernidad entró en sus últimas agonías. Como se mencionó anteriormente, la filosofía de Badiou se opone a cualquier noción de desarrollo o especificidad histórica; en palabras de Bosteels, “la historia no existe” para Badiou. “La política es un arte y no una ciencia, a saber, porque no hay una garantía objetiva, en el sentido de las contradicciones de clase existentes, para el surgimiento de antagonismos políticos; más bien todos estos antagonismos son ellos mismos producto de una intervención astuta, con la que el sujeto responde a la imprevisibilidad de un evento.”³⁰ Como Furet, Badiou estaba reaccionando contra la idea estalinista (no marxista) de que la historia progresaba inevitablemente en etapas de desarrollo claramente definidas, que cada nación tenía que atravesar en su camino inexorable hacia la revolución proletaria. Ambos opusieron su pensamiento a la pretensión estalinista de representar el progreso en la historia.

En la filosofía del evento, la manifestación del potencial de emancipación en las sociedades humanas es intermitente. Su historia es un asunto discontinuo; no el resultado del desarrollo histórico de contradicciones sociales, sino una cuestión de “invariantes comunistas”, “secuencias” y “modalidades” del evento. En su ensayo de 2008, “The Communist Hypothesis”, Badiou escribe que la hipótesis comunista, una invariante que “sin duda ha existido desde los inicios del Estado”, se ha manifestado en la modernidad en dos secuencias separadas: la

²⁹ Eric Hobsbawm, “Surviving Revision”, en Eric Hobsbawm, *Echoes of the Marseillaise*, Piscataway, Rutgers University Press, 1990, p. 99.

³⁰ Bruno Bosteels, *Badiou and Politics*, p. 233.

primera, la de la Revolución Francesa a la Comuna de París; la segunda, la de la Revolución bolchevique al fin de la Revolución Cultural y la muerte de Mao. Estas dos secuencias están puntualizadas por eventos, su duración es la duración de una forma de fidelidad política a las verdades que las inauguran. La primera secuencia estuvo dominada por el vínculo “del movimiento popular masivo a la toma del poder; esta revolución abolirá las formas tradicionales de la sociedad e instalará ‘una comunidad de iguales’”. La segunda planteaba las preguntas: “¿Cómo ganar?”, “¿cómo organizar el nuevo poder para protegerlo de las embestidas de sus enemigos?”³¹

Siguiendo las líneas de este surgimiento intermitente de la idea del comunismo, Badiou afirma que estas secuencias generaron “modalidades” de fidelidad política a estas verdades. Así, a pesar de que el marxismo ha dominado la política de izquierda durante más de un siglo, Badiou argumenta que, como fenómeno histórico coherente, el marxismo nunca existió; que, en cambio, ha habido una “ruptura y refundación más que una continuidad y desarrollo”.³² De manera discontinua, había existido un “modo” clasista, mejor representado, primero por la política de los revolucionarios franceses y después por Marx y los miembros de la Comuna de París; un “modo” bolchevique, representado por Lenin, y un “modo” dialéctico representado por Mao y la Revolución Cultural.³³ De esta manera, la historia del marxismo no fue, según Badiou, una continuidad de intentos de abolir el capitalismo a través de la política obrera, sino, en sus propias palabras, “una historia de singularidades políticas”:³⁴ una colección de eventos revolucionarios únicos, cada uno con su propia verdad; un cúmulo de conflictos, revueltas, grandes pensadores y revolucionarios, separados y discretos, unidos sólo por el delgado hilo de la “idea reguladora” del comunismo.

Por consiguiente, Badiou separa las dos secuencias comunistas de la era moderna por el periodo que existe entre la Comuna de París y la Re-

³¹ Alain Badiou, “The Communist Hypothesis”, *The New Left Review*, disponible en línea en: <http://www.newleftreview.org/?view=2705>

³² Alain Badiou, *Metapolitics*, p. 39.

³³ *Ibid.*, pp. 39-41.

³⁴ *Ibid.*, p. 58.

volución bolchevique; un periodo en el que afirma que “la hipótesis comunista se declaró indefendible”.³⁵ Como Chris Cutrone señala en “The Marxist Hypothesis” —su respuesta a “The Communist Hypothesis”— el problema con esta noción es que dicho periodo “vio el crecimiento y desarrollo masivo del marxismo (aunado y atado al último gran auge de la sociedad y cultura burguesas en la *belle époque*) y culminó en la crisis de la Primera Guerra Mundial y las revoluciones europeas que siguieron [...] es decir, este periodo plantea la cuestión del marxismo como tal, y su importancia en la historia”.³⁶ Fue durante esta era, la de la Segunda Internacional Socialista, cuando el marxismo se volvió por primera vez una fuerza dominante en el movimiento obrero europeo. Esto fue particularmente cierto para el Partido Social Demócrata alemán (PSD), cuya ideología era oficialmente marxista y que, para finales del siglo XIX, se había convertido en el partido político más grande de Alemania. Fue la primera organización política con una verdadera base popular obrera, con millones de miembros y cuyo auge coincidió con el del capitalismo industrial alemán. El Programa de Erfurt del PSD, con su conjunto de exigencias mínimas y máximas, veía una continuidad perfecta entre las exigencias democráticas burguesas y el fin último de derrotar al capitalismo. El partido no se concebía a sí mismo como opuesto a reformas democráticas en favor del socialismo, sino que entendía la meta final del socialismo como una suerte de reforma democrática definitiva. La política revolucionaria no contradecía, sino satisfacía, los ideales burgueses de la Ilustración. En palabras de Engels, “el movimiento obrero alemán había heredado el legado de la filosofía alemana clásica”.³⁷ Para el marxismo de la Segunda Internacional, las ideas del progreso dentro del capitalismo y la revolución más allá de éste fueron inseparables hasta la crisis de la guerra mundial y la revolución entre 1914 y 1919, cuando la socialdemocracia se fragmentó en una verdadera “gue-

³⁵ Alain Badiou, “The Communist Hypothesis”.

³⁶ Chris Cutrone, “The Marxist Hypothesis”, *The Platypus Review*, núm. 29, disponible en línea en: <http://platypus1917.org/2010/11/06/the-marxist-hypothesis-a-response-to-alain-badous-communist-hypothesis/>

³⁷ Parafraseado por Karl Korsch en *Marxism and Philosophy*, Nueva York, Monthly Review Press, 1970, p. 1.

rra civil entre marxistas”.³⁸ Antes de esto, el socialismo marxista creía tener toda la historia del capitalismo de su lado: la Ilustración era su inspiración, las fuerzas productivas del capitalismo, sus armas y la crisis que se acercaba, su oportunidad.

Badiou, sin embargo, no reconoce este periodo como la manifestación de la hipótesis comunista: no fue un periodo de eventos; no fue el producto de una revuelta antiestatista. En cambio, sí fue un momento de desarrollo organizacional y esclarecimiento teórico. Su conflicto principal no era entre las masas y el Estado, sino entre la izquierda y la izquierda, como se puede ver, por ejemplo, en el debate revisionista, en el rompimiento del partido ruso en bolcheviques y mencheviques y en la represión violenta por parte del propio PSD de la revolución alemana de 1918-1919. Aún más importante, la Segunda Internacional representa el periodo en el que el desarrollo del marxismo y el desarrollo del capitalismo se entrelazaron de manera más cercana. El crecimiento del capitalismo industrial engendró las masas obreras que ensancharon los rangos de la socialdemocracia; a su vez, la socialdemocracia creó la política de la clase obrera que condicionó el crecimiento del capitalismo industrial. Fue un momento en el que las dimensiones emancipadoras y catastróficas del capitalismo crecieron juntas y se alimentaron una de la otra, cuando el desafío al orden establecido surgió desde su propio desarrollo. Por esta razón, este periodo no cuadra con la versión maniquea de Badiou en la que la verdad se enfrenta a la representación, la “comunidad de iguales” contra al Estado o el evento a la situación. La dialéctica entre progreso y revolución de la Segunda Internacional no cuadra con la noción de Badiou de que la historia, como una “figura del todo”,³⁹ es necesariamente cómplice del orden represivo del Estado.

Tanto Badiou como Furet son producto de un mismo momento. Ambos están tratando con la crisis de credibilidad que la narrativa comunista del progreso sufrió después de 1968. Los esquemas estalinistas de progreso teleológico por etapas no eran más que una vulgarización de la historia de la izquierda. Sin embargo, al rebelarse contra aquellos esque-

³⁸ Chris Cutrone, “The Marxist Hypothesis”.

³⁹ Bruno Bosteels, *Badiou and Politics*, p. 233.

mas, Badiou y Furet también rechazaron esta historia. Al declarar que “la Revolución Francesa ha terminado”, François Furet quería distanciar su historiografía de una “izquierda que creía que toda la historia estaba contenida en las promesas de la Revolución”.⁴⁰ Al despachar la política de los revolucionarios como mera ideología, su perspectiva aliviaba al presente de las tareas pendientes de 1789, y destrozaba la continuidad del proyecto ilustrado de libertad humana universal que estalló con la revolución burguesa de aquel año. Badiou hace algo similar al divorciar la historia del marxismo de su relación con el desarrollo de la sociedad capitalista. Incapaz de reconocer la continuidad entre la política demócrata burguesa y la socialista radical, desmantela la historia de la izquierda volviéndola una colección de sus confrontaciones más explosivas con el Estado. Sus “secuencias” y “modos” no toman en cuenta la especificidad histórica de la izquierda como un producto de la sociedad capitalista y su Ilustración. Tampoco toman en cuenta el hecho de que la propia izquierda ha sido un factor en el desarrollo del capitalismo.

Desarraigada de sus condiciones de posibilidad, la promesa de superar nuestra sociedad actual flota sin historia. Poco dispuesto a deducir su hipótesis comunista de las circunstancias sociales, Badiou pasa a deducir esta eterna “idea regulativa” por medio de fórmulas matemáticas. Libre de cualquier forma social específica o tendencia observable, la posibilidad del comunismo se convierte en un fenómeno exclusivamente subjetivo, visible sólo para aquellos que se comprometen con la causa. Se manifiesta solamente para los fieles que, convencidos de que encontraron la posibilidad de un nuevo camino, se dedican a mantenerlo vivo, incluso frente a toda evidencia de su envejecimiento. ❧

⁴⁰ François Furet, “The French Revolution is Over”, p. 14.

El estatuto político de Alemania según Joseph Görres (1776-1848)

El joven Görres simpatizó con la Revolución Francesa y militó en los clubes revolucionarios de su Renania natal; publicaba entonces un periódico republicano, *Das rote Blatt*. En 1799 las provincias del Rin, deseosas de organizarse en Estado, mandaron una delegación a París que fue recibida por Napoleón, ahora el dueño de Francia. Görres participó en esta embajada, pero regresó desilusionado y publicó *Resultate meiner Sendung nach Paris*, relato del fracaso a la vez que revisión histórica crítica de la Revolución Francesa. Se retiró de la vida pública durante la dominación napoleónica, publicando con Brentano y Arnim el célebre *Zeitung für Einsiedler*, y también *Die deutschen Volksbücher*.

En 1813 se lanzó a la lucha por la independencia y en 1814 fundó el *Rheinische Merkur*, tan crítico hacia Napoleón que aquél lo calificó de *cinquième puissance*. Para entonces Görres deseaba una Alemania unificada, dotada de sistema representativo, bajo la égida de un emperador. El liberalismo del *Merkur* y su voto por un emperador de la casa de Austria le valieron la hostilidad de Prusia, que suspendió el periódico en 1816. Görres perdió su plaza de profesor por la misma razón. En 1820, su panfleto *Deutschland und die Revolution* le valió una orden de encarcelamiento a la cual escapó refugiándose en Suiza.

Luego se volvió un furibundo ultramontano. El rey Luis de Baviera le dio la cátedra de historia en Munich. El texto que publicamos, extracto de su *Der Kaiser und das Reich*, se encuentra entre sus *Gesammelte Schriften*, sus escritos únicamente políticos, editados en seis volúmenes por sus discípulos (1854-1860). No tenemos la referencia exacta (tomo y páginas), porque

lo encontramos entre los apuntes de André Meyer (1913-2000), historiador y germanista.

*

Si Alemania se vuelve una Confederación de Estados (*Staatenbund*), no será más que la suma de algunas fuerzas aisladas y será siempre fácil para el extranjero atraer a algún miembro de aquel agregado. Si por el contrario Alemania se vuelve un Estado de Estados (*Staatenstaat*), cada uno de sus elementos multiplicará su fuerza con la de sus vecinos y ninguna potencia europea podrá abrir una brecha en esa roca con la punta de su espada.

Que le toque a Austria la corona imperial, que el cetro imperial sea conservado por la casa de los Habsburgo, sobre este punto hay una sola voz de acuerdo en todo el *Reich*; puesto que los méritos de esta casa, no solamente los de ayer y de anteayer, sino de los siglos pasados, se encuentran inscritos en letras de fuego en el frontón de la historia. Nuestros ancestros se hubieran vuelto la presa de los sarracenos si los Habsburgo hubiesen seguido la política de los Staufen; Suecia nos hubiera devorado si Austria no hubiese combatido treinta años contra ella; luego contra los turcos, los franceses de Luis XIV, y finalmente contra Napoleón: Austria no combatió movida por el peligro o la desgracia, sino por la voluntad de servir los intereses de Alemania; lo sacrificó todo a la causa, cuando su propio destino no estaba en juego.

Tal independencia, confianza en su propia fuerza, abnegación consentida en favor de Alemania; tal generosidad no se explica por intereses pasajeros, sino que es el fruto de la historia; esta actitud razonada, sabia y ponderada: esto es verdaderamente imperial y es de naturaleza confiar a Austria la dignidad suprema.

Frente a ella Prusia, con sus pretensiones nueva y justamente adquiridas por los servicios prestados a la causa alemana, con su fuerza interna y dinamismo vital que le confieren el derecho a crecer, pero también la misión de volverse el protector armado del *Reich*: no debe salir empobrecida del combate; su dinastía debe reinar sobre un dominio con más territorios que antes, por la sencilla razón de que Francia la valoró como su peor enemigo; pero consideraría como deseable, si Prusia estuviese des-

tinada a reunir numerosos territorios bajo su dominación, que aquellos no estuviesen obligados a renunciar a Alemania para volverse prusianos, y que, si debe extenderse desde los países eslavos hasta Francia, englobando la totalidad de los países del norte de Alemania, estos países, a su vez, la hagan entrar en su órbita.

El destino de Prusia debe permitirle la disposición de suficientes territorios y riquezas para que no se consuma, como antaño, en esfuerzos desmesurados, para que saque su potencia de la comunidad misma del *Reich*, necesitando constantemente de aquel. Pero si adviniese que un príncipe alemán pudiese decir: “Soy lo bastante poderoso para no necesitar de nadie, puedo descansar en mis solas fuerzas”, entonces el emperador no sería más que una sombra y el cuerpo mismo del *Reich* caería de manera necesaria en descomposición. ❖

Reseñas

Un détail inutile

Patrice Gueniffey

Extraña historia aquélla: durante la Revolución Francesa, ¿habrán curtido pieles humanas para confeccionar pantalones o encuadernar ejemplares de la Constitución, en la Vandea, Étampes o Meudon? El rumor nació después de la caída de Robespierre, cuando las lenguas se soltaron y los periódicos y procesos públicos revelaron los crímenes cometidos durante el Terror, lo cierto y lo falso revueltos. Hasta la fecha, el rumor resurge periódicamente, sin haber jamás, sin embargo, ocupado la primera plana. Todo el mundo oyó mencionar alguna vez a los ahogados de Nantes, los ametrallados de Lyon o las “bodas republicanas”.¹ ¿Quién conoce esta historia cuyo expediente no se había vuelto a abrir desde hace mucho tiempo?

Lo acaba de abrir Jean-Clément Martin,² quien fue titular de la cátedra de la Révolution Française en la Universidad de París I. A partir del rumor, retomado en el siglo XIX por la tradición contrarrevolucionaria y el romanticismo, se remonta a los hechos que lo alimentaron. Puesto que, en efecto, el hecho está comprobado, como en el caso de los 32 vandeanos ejecutados y luego desollados por un médico del ejército, que mandó curtir sus pieles, o del cura de Guebwiller en Alsacia, también desollado después de ser guillotinado.

Uno piensa enseguida en los desollados de Honoré Fragonard, el sobrino del pintor. Martin viaja al pasado en un apasionante capítulo sobre la exhibición de

¹ *Mariages républicains*: amarrar desnudos, frente a frente, a un hombre y una mujer, antes de tirarlos al agua. Nota del traductor.

² Jean-Clément Martin, *Un détail inutile? Le dossier des peaux tannées. Vendée, 1794*, París, Vendémiaire, 2013.

los cadáveres y sus usos (curtir, fabricar grasa, experimentar, armar colecciones curiosas y macabras), mucho antes de la Revolución. Se dice que Luis XV recibió de regalo un par de pantuflas en piel humana y que, en Inglaterra, encuadernaron los relatos de las hazañas de criminales famosos con su propia piel...

¿Arcaísmos bárbaros, en medio del Siglo de las Luces? De acuerdo. ¿“Detalle”? La duda está permitida. Así como la reconstitución del asunto es valiosa y fascinante, así las conclusiones del autor son poco fiables. Curtir pieles humanas, hecho marginal en el repertorio de las violencias revolucionarias, no es el ejemplo más apropiado para intentar demostrar que la Revolución Francesa no fue tan violenta como se dice, por lo menos no más violenta que las de épocas anteriores o posteriores. El paralelo con múltiples ejemplos de masacres y atrocidades en otros lugares y otras épocas es bastante discutible. ¿Sería debido al hecho de que este episodio ocupa un lugar mínimo en la historia de la Revolución Francesa, como al margen? Ciertamente hubiera sido mucho más difícil llegar a semejantes conclusiones con el capítulo de los ahogados de Nantes o de las “bodas republicanas”, los cuales rebasan y por mucho el rumor.

La Revolución Francesa cuenta en su haber esta violencia; si bien no inventó las formas, sí las volvió posibles y les dio un nuevo significado. El pobre Roland, que iba a pagar con la vida su moderación, ciertamente no había previsto y mucho menos deseado aquellos horrores, pero cuando, en su calidad de buen filósofo preocupado por la utilidad pública, proponía volver a los muertos más útiles, destilando sus cadáveres para extraer un aceite que podría, afirmaba él, alumbrar las ciudades, ¿no estaba ya preparando el horror?

Constitución y Nuevo Mundo

Fernando G. Castrillo Dávila

Entre Imperio y naciones. Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810, coordinado por Pilar Cagiao Vila y José María Portillo Valdés, es la publicación del dossier de un congreso sobre los llamados procesos independentistas de los territorios de la América hispánica realizado en el verano de 2010 en La Coruña, España.³ En este contexto se debe de leer la obra y valorar los aportes de cada artículo, pues algunos no son del todo estudios terminados sino investigaciones en proceso

³ Pilar Cagiao Vila y José María Portillo Valdés (coords.), *Entre Imperio y naciones. Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810*, La Coruña, Universidad de Santiago Compostela, 2012.

con novedosas reinterpretaciones de lo que se consideraban lugares comunes en la historiografía del periodo. Naturalmente, ciertos trabajos contienen reflexiones más maduras mientras que otros tienen pendientes algunos de sus objetivos a cubrir.

A diferencia de otros libros de carácter colectivo, que son el resultado de un trabajo conjunto realizado por cuerpos académicos que sostienen una discusión continua y sistemática sobre sus investigaciones (lo cual les permite madurar sus perspectivas en beneficio de un interés común), *Entre Imperio y naciones* reúne una serie de textos muy heterogéneos entre sí, tanto a nivel de profundidad interpretativa, como de extensión y análisis de fuentes. La obra cuenta con 21 aportaciones de autores de ambos lados del Atlántico que, para comentarlas, hemos dividido en siete apartados temáticos.

En el bloque que versa sobre la *Crisis de la monarquía* tenemos dos trabajos que nos hablan sobre el ocaso del Imperio español y uno más sobre la desintegración de un país resultado de la consecuente emancipación. El primero es el de Tulio Halpering (“El momento de 1810”), que en realidad fue la conferencia inaugural del congreso. El autor ve en el año 1810 un momento paradigmático e inédito en la historia de la monarquía, que marcará el antes y el después en el periodo de las independencias americanas. Ya se había enfrentado una situación de crisis a causa de la guerra de sucesión entre los años 1700 y 1713, y a decir de Halpering, tal como en 1808 esta complicada situación no contrajo “protesta ni disidencia entre sus gobernados”. Fue en 1810 cuando la decisión de restaurar la monarquía “secuestrada” por los franceses se consideró un acto revolucionario que involucraba a los súbditos y los comprometía a tomar partido. Pero reconocer que la insurrección en defensa de Fernando VII era legítima conllevaba a comprenderse parte de un Estado en crisis ocasionado por la subyugación ante el enemigo francés, y que bien podría terminar en el hundimiento del sistema imperial. Tanto administradores como súbditos vieron entonces la inevitable fractura de los vínculos de sujeción entre la metrópoli y las colonias, y ocurrió entonces un cambio en la percepción de los actores políticos cuando se supieron pertenecientes a una monarquía en riesgo de desaparecer.

Por otro lado, pero aunado a esto, las regiones en toda la América hispánica tomaron conciencia de su propio poder para atravesar las aguas de la desintegración monárquica sin tener que navegar con una misma bandera. Al interior de las provincias americanas comenzó una serie de luchas de todos contra todos en las que el dilema central dejó de girar en torno a si se reconocía o no a Fernando VII como el monarca “deseado” y se agregaron más intereses a las disputas de las regiones; esto

dio origen a nuevas organizaciones estatales que se convirtieron en sujetos políticos independientes y diferentes entre sí. Para Halpering, la representación, la redistribución de la jerarquía y el cambio del sistema político (monárquico-republicano), fueron algunos de los problemas que al ser señalados y puestos en el centro de atención de las élites coloniales y los grupos insurrectos, marcaron un punto de no retorno que rompió la articulación entre los súbditos y el monarca de forma definitiva. El contexto político internacional, encabezado por el triunfo de la economía inglesa en función de su predominio comercial, sólo aceleró el inevitable proceso de desintegración imperial de la monarquía católica.

La siguiente participación en esta división temática es la de Brian Hamnett (“La quiebra del gobierno metropolitano y la crisis del régimen imperial, 1805-1810”), quien explora los motivos de la debacle económica de la monarquía católica basada en el fracaso de la política recaudativa del absolutismo ministerial borbónico. Para Hamnett, las revoluciones hispánicas sólo fueron la consecuencia de una crisis económica no superada por la corona a finales del siglo XVIII, en un mundo en el que Inglaterra parecía cada vez más fuerte en la extensión de los mares. La política internacional (guerras con Francia e Inglaterra) se teje con la desafortunada condición interna de la monarquía católica, agravada cada vez más conforme pasaron los primeros años del siglo XIX, ocasionando así un panorama de colapso inminente que implicaba a su vez la disolución de la unidad imperial. Las medidas tomadas por el gobierno metropolitano en su afán de conseguir mayor cantidad de recursos para hacer frente a la guerra, generaron más problemas que soluciones, como por ejemplo la desamortización de los bienes del clero, que provocó descontento social en la península y derivó en el retiro de apoyo de esta institución hacia la administración metropolitana. La propuesta del autor estriba en ponderar las equivocaciones administrativas que cometió la corona, las cuales ocasionaron el derrumbe del sistema económico que derivó a su vez en el ocaso monárquico. La invasión francesa sólo aceleró la caída de una monarquía que ya estaba condenada al derrumbe desde los últimos años del siglo XVIII. La intención del autor es cambiar el foco de atención que regularmente alumbraba las causas externas sin profundizar en las internas; Hamnett nos muestra cómo las decisiones propias de la corona propiciaron el contexto de la desintegración imperial.

Pero, ¿qué fue de los nuevos Estados tras su independencia de una metrópoli con tantos problemas? María Teresa Calderón (“1825-1832, crisis y disolución de la unión colombiana”) nos habla en específico de la Gran Colombia. Igual que en el caso de algunos otros países americanos derivados de las guerras de independencia, la unión colombiana cayó en un periodo de inestabilidad y luchas por el poder y

proyectos de Estado. Las tensiones entre liberales y conservadores no tardaron en volverse irreconciliables, pero el mayor de los problemas para la unidad no fue éste, desde 1825 el orden constitucional comenzó a ser cuestionado por los cabildos y el ejército, los pueblos vieron en sí mismos la verdadera representatividad a la que deben de escuchar el gobierno de Bogotá y la Asamblea Nacional. El caudillismo regional que va a aglomerar, pero sobre todo a resumir, los sentimientos y opiniones de un conjunto de ayuntamientos, no encuentran correspondencia en la concepción de Estado que las élites, que detentan el poder central, están construyendo por su parte. Se crea así una distancia cada vez más infranqueable entre unos y otros. La fractura del diálogo entre los intereses y deseos particulares de los cabildos con la estructura gubernamental fundada en una carta magna es irremediable y no puede hacerse más que intentar perder la menor unidad posible. La imposibilidad de definir la fuente absoluta de poder en la unión colombiana termina desastrosamente en la desintegración de los territorios.

La sección a la que hemos llamado *Criollismo y participación popular* cuenta con cuatro artículos, el primero es la aportación de Jean Meyer (“Participación popular en el levantamiento de 1810 en la Nueva España”), en la cual destaca los pormenores de un relato histórico que nos cuenta de una “gran masa insurrecta” que se vuelca hacia las autoridades virreinales en 1810. Su texto ofrece dos vertientes de análisis: en la primera hace una reflexión historiográfica sobre cómo es que se construyó la idea de la masa insurgente en la historiografía nacionalista desde el siglo XIX hasta la actualidad. A través de los escritos de Alamán, Mora, Hernández y Dávalos y Bulnes, entre algunos otros, podemos observar que las diferentes visiones sobre la lucha popular nos arrojan a veces más luces sobre las circunstancias político-partidistas de los autores que de los acontecimientos relatados. En segundo término, Meyer postula las bases para el estudio del conglomerado de novohispanos que se sumó a las órdenes de Hidalgo. La masiva colaboración popular que se puso a las órdenes de Hidalgo debe ser estudiada desde sus particularidades al margen de elementos que nos distraen de su propia naturaleza (“antecedentes, condiciones y causas”), puesto que la “ola hidalguense” tiene un comportamiento espontáneo que la caracteriza y sobre todo la dirige a cada momento. La incendiaria participación de diferentes sectores sociales con distintos intereses y motivos en una sola rebelión no se repitió ni en el proceso insurgente de la Nueva España ni en ningún otro lugar del continente. Esto dota de singularidad al movimiento de Hidalgo y vuelve pertinente la reflexión en torno a la movilización de la masa.

Tratando también el tema de las categorías étnicas en la participación en la lucha insurgente, Víctor Peralta [“La participación popular en las juntas de gobierno

peruanas de Huánuco (1812) y Cuzco (1814)"] aborda el caso peruano a través de las juntas de gobierno de las provincias de Huánuco y Cuzco. El autor explica que, con sus diferencias, ambas operaciones políticas tuvieron un sentido autonomista en las que la movilización social de sectores criollos e indígenas cumplió un papel fundamental. En el caso de Huánuco, la participación popular indígena fue de suma importancia para las élites criollas en 1812, por su necesidad de crear una rebelión de gran envergadura en contra de las autoridades monárquicas. El autor destaca la estrategia utilizada por los criollos y mestizos, que consistía en manipular a los alcaldes indígenas para informar de manera conducida a la población analfabeta. El rumor y la tergiversación de la información fueron decisivos en la lucha por el poder local entre peninsulares y criollos. Pese a los pactos y el interés común por arrebatar el control a los representantes del monarca, la distancia entre criollos e indígenas se fue acrecentando. En cuanto al caso de Cuzco, el autor nos muestra un escenario también con participación indígena activa pero con un problema particular: las confrontaciones de indígenas de la misma región, por el lado autonomista y por parte de las filas realistas. Esta aparente contradicción fraternal conlleva necesariamente a entender el proceso como una guerra civil en la que las categorías étnicas definen sus bandos por medio de un liderazgo externo.

Incluimos en este bloque temático dos trabajos que tratan sobre actores muy concretos en el contexto del desmoronamiento del Imperio Católico, uno en el caso de Argentina y otro en el Gran Caribe. El primero, a cargo de Xosé Ramón Barreiro, nos habla de la participación que la comunidad gallega asentada en Buenos Aires tuvo en la revolución nacional. Enumerando empleados administrativos, militares, clérigos y comerciantes, Barreiro nos muestra toda una comunidad gallega inmersa en la sociedad bonaerense que se perfiló hacia una posición activa en el proceso revolucionario, ya sea a favor o en contra, pero con determinante actitud de influir en el proceso político. Presentes en la Asamblea del 22 de mayo de 1810, que definiría el futuro político a seguir frente a la crisis del imperio, los gallegos fueron el contingente más numeroso de peninsulares, seguidos por los vascos, navarros y castellanos. Barreiro expone las diversas posiciones que este grupo de peninsulares tomaron. Entre opositores y adeptos al proyecto separatista, el autor nos teje un relato en el que el equilibrio político va de la mano de los intereses de los grandes comerciantes, cuyos nombres en el artículo vienen acompañados de una breve descripción biográfica que sin duda puede servir como material de apoyo para el historiador que quiera profundizar sobre el tema en el futuro.

El segundo texto mencionado es el de Digna Castañeda, que aborda el tema del esclavismo y de sus implicaciones en el Gran Caribe, aterrizado en el caso de

dos mujeres de origen africano que fueron esclavizadas y que sufrieron las desventuras de su condición social al tiempo de la decadencia de la monarquía católica. Las protagonistas del estudio toman consciencia de su propio papel como personas libres o con derecho a buscar su libertad en el contexto de un predominio del derecho colonial español de antiguo régimen. La autora liga su estudio con la temática del libro argumentando que batallas como la de estas esclavas se sostuvieron en otros sitios (pone a Cuba como ejemplo) en la búsqueda de independencia del imperio peninsular; sin embargo no parece estar suficientemente bien justificada la orientación con la que abordó el tema para esta publicación.

Una sección de *Historia comparada* se inaugura con el trabajo de Héctor Pérez Brignoli que nos introduce a una reflexión interesante sobre las colonias emancipadas pero en una dimensión más amplia. El autor propone una perspectiva global de las independencias desde que se abre el abanico con la norteamericana en 1776 hasta que se concluye con la panameña en 1903. El autor abandona lo que para él es una visión típica y parcial del periodo de las independencias (1810-1825) ya que ésta limita la visión del historiador, le impide apreciar elementos que motivaron procesos similares en latitudes más distantes y que pueden ser la llave para preguntas fundamentales al momento de analizar la historicidad de las revoluciones americanas. Lo que debe apreciarse es el panorama completo del mundo occidental prestando atención a los países que interactúan entre sí en el mercado mundial. Cuanto más dinámicos y diversos sean los sistemas comerciales, las regiones dentro de su dominio se vuelven más susceptibles al cambio y a la influencia. Pérez Brignoli pasa del análisis de los mercados mundiales a casos específicos como el de Centroamérica, Paraguay y Cuba, cuyas particularidades también proporcionan una mirada compleja de la realidad que se creía más apegada a las explicaciones tradicionales, que tendían a generalizar las emancipaciones de la monarquía.

En esta misma órbita también ubicamos la aportación de Pedro Pérez Herrero [“Fiscalidad en el espacio Atlántico (1787-1860): Tres casos de análisis”]. Ofrece básicamente un análisis que parte de la instauración de un sistema económico liberal en el mundo posterior a las independencias y que va a materializarse en las constituciones de las nuevas naciones. La política impositiva aplicada —en teoría— a la totalidad de la población, implicaba la institución de la igualdad entre los ciudadanos, lo cual a su vez era la muestra irrefutable del establecimiento de la modernidad y el nuevo régimen. Los sistemas hacendarios fueron los encargados de la recaudación de los impuestos, tal como en el antiguo orden; sin embargo, su tarea pareció ser aún más deficiente. Éstos funcionaron no bajo la lógica de las necesidades de las nacientes entidades estatales, sino atendiendo el interés de las

clases dominantes. El autor eligió los casos de Colombia, Argentina y Chile para ejemplificar la arquitectura fiscal en los antiguos dominios hispánicos. Debe destacarse que Pérez Herrero enmarca esta investigación en la trama de un proyecto más ambicioso: por una parte lo asume como derivado de un esfuerzo anterior, y por otra reconoce que el texto propiamente dicho es sólo una versión preliminar, lo que nos deja a la espera de un trabajo aún más interesante.

El estudio de Inés Quintero Sobre analiza las reacciones políticas producidas en la actual Venezuela después de julio de 1808 [“Juntismo, fidelidad y autonomismo (Caracas y Maracaibo: 1808-1814)”]. Concentrándose en las dos ciudades que menciona el título de su artículo, la autora asegura que no existió una posición homogénea en la provincia de Venezuela cuando la noticia de la abdicación de Fernando VII se hizo pública. Muy por el contrario, las decisiones fueron alternativas entre sí, las diferentes regiones, dependiendo de sus particulares intereses y circunstancias concretas optaron por la fidelidad o el autonomismo. Con el paso del tiempo las divergencias de las regiones sobre el asunto de la abdicación del rey católico desaparecieron de la memoria independentista, favoreciendo con ello una versión nacionalista de la historia venezolana. Pero análisis profesionales arrojan luces sobre cuestiones ineludibles en este proceso que involucran conflictos de interés y aspiraciones políticas que bien podían poner a favor o en contra del autonomismo a actores relevantes de la superficie política colonial. En medio de la crisis imperial, pero cobijados aún por la legalidad monárquica, surgen instituciones como las juntas supremas, que serán el espacio desde el cual los criollos buscarán las alternativas acomodaticias, hasta el momento en que la situación los obligue a salir de dicho marco legal y se conforme otra manera de representación muy al margen del rey y las autoridades que lo representan.

El siguiente eje temático, *Revisionismo y términos*, alberga sólo dos trabajos. El primero es la aportación de Alfredo Ávila, quien hace un repaso de la más relevante historiografía contemporánea sobre los procesos de emancipación de la América hispánica concentrando su interés en los términos con los que se ha designado dicha desintegración. Puesto que el uso de los conceptos “autonomía” o “independencia” implican tesis diferentes, Ávila se da a la tarea de diseccionar las propuestas y mencionar su fortalecimiento o declive en función de nuevas aportaciones. Sugiere entonces una arqueología del término “independencia”, que tiene su origen como explicación histórica del devenir de la patria en la segunda mitad del siglo XIX. Dicha propuesta histórica germina en el seno de una nación que se inventa a sí misma a partir de la idea de una patria mexicana previa a 1810, e incluso a la conquista. A grandes rasgos, esta versión indica que la patria integrada por indígenas destierra

del gobierno a los gachupines, y consigue con esto su libertad y soberanía. Este relato histórico de tipo nacionalista presenta grandes problemas cuando se examina con atención. De entrada, se contrapone directamente con la concepción de que lo que aconteció en los territorios americanos fue una guerra civil, enfrentando a miembros de los mismos estratos sociales; basado en estudios como los de John Tutino, Brian Hamnett y Eric van Young, expone las inconsistencias de un relato histórico nacional sobre la independencia.

Por otro lado, trata la hipótesis del autonomismo postulada en principio por Hugh Hamill, que marcaba un punto intermedio entre independencia y fidelidad a la corona en medio de la crisis dinástica de 1808. En esta línea, asegura que Jaime Rodríguez fue el historiador que mejor logró completar dicha tesis al vincularla con el problema del proyecto constitucional de 1812. Sin embargo, para Ávila esta tesis también presenta problemas, puesto que la autonomía pudo buscarse con la sujeción aún al poder monárquico después de 1814 (en específico para el caso de la Nueva España en 1821). En su apartado final titulado “Hacia una manera diferente de entender la ‘Independencia’” cierra el capítulo diciendo que “independencia” y “autonomismo” son conceptos que no terminan de explicar los procesos con precisión. Ávila proporciona un buen recuento historiográfico del que expone sus inconsistencias; sin embargo, al final carece de una propuesta resolutive de cómo resumir los intereses de la separación ante la metrópoli.

El otro texto de este eje temático es de Antonio Annino (“Acerca de lo imperial en perspectiva comparada”). Sólo por el título del texto podríamos haberlo ubicado en el conjunto anterior, sin embargo, el verdadero propósito de Annino no es comparar realidades históricas determinadas sino analizar la construcción del concepto que se refiere a una realidad: “el imperio”, el cual es, en todos los casos, efímero. El colonialismo como política de los Estados dominantes define una relación en la que lo que se pretende es “reproducir unidades similares a las de los territorios de origen” y no crear “formas de subordinación regional”, al menos a nivel teórico. Argumenta que la monarquía castellana se duplicó en América bajo la forma de un imperio colonial, pero de acuerdo con la proclama de la Junta Central, “los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías, sino parte esencial e integrante de la monarquía española”. Esa proclama sustenta también lo que la carta de Bayona contenía “nunca las Indias fueron legalmente colonias sino reinos”.

Sobre *Conmemoraciones* escribe Juan J. Paz y Miño (“El bicentenario del inicio de los procesos de la independencia en América Latina”). El autor fija la postura del Comité del Bicentenario del Ecuador, de la cual se deriva una reflexión global de

las independencias que justifica el título de su ensayo. Lo importante aquí es entender que más que ser una aportación desde la historia crítica, es una explicación de cómo se interpretó el proceso de la desintegración de la monarquía católica por parte de la comisión conmemorativa mencionada. A decir de Paz y Miño, la independencia de los territorios americanos se inserta en el contexto de un mundo revolucionario en el que se incluyen diferentes procesos transformadores en ambos lados del Atlántico. Pero una característica fundamental que define la línea de la reflexión conmemorativa es que “la Revolución de Independencia fue una lucha anticolonial. Ese fue su carácter”. No implicaría necesariamente una contradicción exponer la argumentación en la que se basan los Estados para efectuar las conmemoraciones nacionalistas frente a la posición actual (pero tampoco tan reciente) de los historiadores de desmitificar los relatos dorados de la construcción de las naciones, ya que los procesos de independencia, por su trascendencia histórica, son suficiente justificación para volver sobre el tema. Sin embargo, Miño sesga tajantemente el debate hacia la historia nacionalista cuando da por supuesto que la “independencia” fue el objetivo concreto de los procesos políticos acontecidos a principios del siglo XIX.

Por su parte Pilar Cagiao expone cuál fue la percepción que la prensa española tuvo de las conmemoraciones de la independencia de las colonias americanas entre los años 1910 y 1911. Gracias a la revisión de publicaciones periódicas (principalmente de *Unión Ibero-Americana*), Cagiao nos habla de la intención de ciertos sectores políticos españoles de mejorar las relaciones entre España y las naciones americanas. Este llamado a la unidad encontró correspondencia del otro lado del Atlántico, dando lugar a una grata empatía diplomática en torno a un acontecimiento festivo. En el caso concreto de Argentina, los lazos tejidos en torno a la celebración centenaria fueron muy fuertes y elaborados. En contraste, otros países no parecieron ser tan importantes para el interés español. El acercamiento que España intentó con las naciones americanas estaba mediado por las prioridades la política (comercial), por eso las delegaciones que el gobierno Español envió a los países que festejaban sus centenarios tuvieron grandes diferencias entre sí. La autora comenta rápidamente la cobertura dada a las conmemoraciones de Chile y Colombia, pero no dice nada de la mexicana, que fue una de las que mayor proyección internacional tuvieron en la época. Resulta extraño que no la aborde, cuando subraya el hecho de que Paraguay fue para España “enormemente desconocido y desde luego el gran olvidado de las celebraciones de las independencias”.

Cuatro textos los hemos ubicados en la esfera del *Flujo de ideas* y su influencia en un mundo al pie de la emancipación de la metrópoli. João Paulo G. Pimenta

(“Una incómoda vecindad: Brasil y sus fronteras en el contexto revolucionario hispanoamericano”) propone que en lugar de que se asuma que todas las explicaciones sobre los primeros años de la vida independiente de Brasil responden a sus condiciones atípicas —como recibir grandes migraciones de esclavos y ser sede de la monarquía portuguesa— con relación al resto de las colonias, deben explorarse esas mismas particularidades y entender los procesos que desencadenaron. Los grandes eventos históricos en Brasil se deben a transformaciones que fueron producto de la circulación de ideologías políticas que llegaban en los barcos mercantes. Libros y personas eran portadoras de rumores, noticias certeras y, sobre todo, de opiniones con carga política. Observa en la correspondencia y en la prensa dinámicos debates que repercutieron en la coyuntura política y que motivaron conductas específicas de los actores involucrados. Brasil tenía una posición geopolítica ideal para considerarse un centro neurálgico de traspaso de información en la región. La accesibilidad con el Río de la Plata, Perú, Nueva Granada y Venezuela, y su relación directa con el mundo luso inició una onda informativa que incidió en el contexto de una transformación geopolítica en América.

En su aportación, Rafael Rojas [“El debate de la independencia. Opinión pública y guerra civil en México (1808-1830)”] ofrece otro enfoque sobre el papel que la prensa jugó en la construcción de la cultura política para el caso mexicano. Desde mediados del siglo XVIII existen testimonios de intelectuales que creen en la necesidad de crear una opinión pública en la Ciudad de México que discuta los asuntos del reino y que dimensione los problemas de la monarquía. Esta inquietud es básicamente impulsada por un espíritu ilustrado que comenzará a fraguarse con la prensa, la cual cumplió una tarea cada vez más importante a partir de los sucesos de 1808. El “Real Decreto sobre la Libertad Política de Imprenta”, de noviembre de 1810, es una muestra del interés que se tenía en la prensa y en lo que de ella pudiera surgir. La batalla de las ideas y de la legítima razón comenzó apenas se definieron los bandos insurgente y realista; unos a otros se acusaron de traidores e infieles a la monarquía, así como de herejía y falta de moral cristiana. La religión continuó siendo un elemento indispensable en el debate sobre las razones y la trayectoria de la guerra de independencia, incluso después de 1821, cuando vuelve a incrementarse la discusión por medio de impresos. Según Rojas, la representación del clero en la Primera Regencia delinea los límites de un debate público en torno a lo que se puede y lo que no se puede publicar en la prensa. Tomar conciencia de que la ideología era alimentada por la discusión impresa implicaba realizar esfuerzos para regular la tarea periodística, y fue por eso una prioridad para las élites políticas mantenerla controlada en ese momento y en los años subsecuentes.

Franklin W. Knight (“Haití en las revoluciones americanas”) pone el caso haitiano en el contexto de la emancipación general de la América española. Se introduce al lector por un recorrido que comienza con la independencia de los Estados Unidos de América, pasando por la Revolución Francesa hasta la declaración de la independencia de Haití en 1804, la cual representa para el autor “el caso más paradigmático de un cambio revolucionario en la historia del mundo moderno”. Lo que hace tan excepcional este caso es el cambio radical de la estructura económica y social definida en gran medida por el esclavismo. En virtud de los profundos cambios en la organización política de la otrora Saint Domingue, el impacto de su revolución influyó rápidamente en otros países. Al parecer, la experiencia haitiana sembró la duda en la comunidad negra de si el sistema esclavista estaba justificado y, sobre todo, si era irrevocable. Las comunidades blancas que se encontraban en contacto con la población negra vieron en la revolución haitiana un motivo para ratificar la represión racial ante el miedo a la sublevación. Aunque las condiciones que permitieron a Haití conquistar el control de su gobierno no se repitieron en ninguna de las demás colonias americanas, el autor expone la importancia ideológica que concentró este caso y su proyección histórica en la construcción de un concepto fundamental para el resto de la historia contemporánea: el de los derechos humanos.

Si tenemos casos tan radicales como el de Haití, otros pueden ser vistos con menor grado de interés si se evalúan rápidamente sus resultados. En ocasiones, cuando un proceso histórico no se muestra con toda su fuerza, pensamos que simplemente no ocurrió, como es el caso de la búsqueda de independencia de Cuba. Sergio Guerra [“El Caribe hispano durante la independencia de América Latina (1790-1830): el caso cubano”] muestra cómo la isla caribeña, lejos de estar desvinculada de la ola de proyectos insurgentes americanos al momento de la debacle de la monarquía, se encontraba en plena sintonía con los procesos acontecidos en la región. Pese a no haber estallado una rebelión propiamente dicha, la evidencia de conspiraciones para efectuar un golpe de Estado en la isla entre 1810 y 1812 nos habla de que no se encontraba en un rezago de conciencia política con respecto al resto de las colonias americanas. Más bien, su misma cercanía con Haití, así como el miedo de la sublevación de los esclavos, derivó en férreas medidas de control que previnieron una posible rebelión insurgente. El flujo de ideas era una cuestión que mantenía preocupadas a las autoridades virreinales que trataron de adelantarse a las variables. Por otro lado, había otras razones por las que las élites criollas de la región occidental de la isla estaban temerosas de un movimiento independentista: la afectación que podría tener la plantación de productos caribeños y su incidencia en la economía ante el estalli-

do de la sublevación. Debe resaltarse del artículo el análisis de las acciones de criollos que, sin haber sido efectuadas desde la convicción de fidelidad a la monarquía, sí combatieron *de facto* la posibilidad de la rebelión insurgente.

Tradición, derecho y orden constitucional es el siguiente bloque temático que se abre con la participación de Beatriz Rojas (“El gobierno de los pueblos frente a la Constitución de 1812”). Según el derecho natural, el gobierno de los pueblos debe ser administrado por ellos mismos. Esta sentencia fue asumida y respetada por los conquistadores en el contexto de la fundación de pueblos en el Nuevo Mundo, lógica que continuó hasta que los franceses tomaron preso al monarca español Fernando VII. Para entonces, el territorio novohispano se encontraba articulado por cabeceras que se regían al interior y administraban sus propios recursos, aunque estuvieran subordinadas a autoridades superiores en la escala regional. Frente a la crisis dinástica de 1808, los ayuntamientos se asumieron como la representación fidedigna del “pueblo”, como la voz legítima de los súbditos de la corona, en detrimento de otras corporaciones consideradas de mayor jerarquía política y administrativa. Esta tradición no pasó inadvertida al momento de formular un nuevo orden constitucional en 1812; por el contrario, se consideró como una realidad concreta que definiría la representación política a partir de ese momento. Esto no quiere decir que la práctica se efectuara sin complicaciones; a causa de tensiones políticas no resueltas tras la independencia, así como por problemas suscitados a partir de categorías étnicas, la aplicación de la Constitución de Cádiz se vio entorpecida.

A continuación tenemos un texto que tiene gran relación con el de Beatriz Rojas y que de alguna manera completa la visión sobre la participación de los pueblos en el complejo proceso de desintegración del Imperio. Nos referimos a la aportación de José María Portillo Valdés (“Identidad política y territorio entre monarquía, imperio y nación: foralidad tlaxcalteca y crisis de la monarquía”), el cual se inserta en el debate sobre las identidades políticas y el derecho monárquico. El hecho de que no existieran identidades nacionales que buscaran su autonomía, representación o independencia en el marco de la decadencia de la monarquía hispánica, no quiere decir que no hayan existido formas alternativas de identidad. Portillo Valdés asegura que la foralidad es una de ellas. El autor compara el caso de Castilla con el Tlaxcala para explicar las características de la foralidad y su incidencia en los asuntos políticos en los momentos más complicados para la unificación del Imperio. La participación de los pueblos en el debate político de la crisis marcó su porvenir una vez que los Estados estuvieron formados, pues su condición de sujetos políticos ya estaba acreditada. A diferencia de

las nuevas naciones, cuya representación política estaba apenas por construirse según un nuevo y particular marco constitucional, las cabeceras municipales fueron el origen de la participación política. El aporte de las cartas magnas se basó en instituir la territorialización del poder político y dotar de una estructura jerárquica a los mismos pueblos para su representación ante la unidad nacional.

Cierra el bloque el trabajo de Frank Moya (“Influencias constitucionales en las luchas por la independencia de Santo Domingo”), que parte de la situación política en Santo Domingo. El proceso de emancipación de esta colonia española fue el más discontinuo de entre los demás, pues atravesó por seis transiciones políticas. El movimiento encabezado por el general Toussaint Louverture dotó a la isla de una constitución basada en la francesa, pero no fue duradera pues Napoleón Bonaparte restableció la esclavitud. A partir de ello, la guerra desatada fue más cruenta y comenzó entonces la verdadera independencia haitiana. Desde 1805, varias constituciones fueron redactadas sin poder construir verdaderamente un orden constitucional. En los años de 1809 a 1822, Santo Domingo experimentó un decaimiento en su economía: no hubo inversiones de capitales, la moneda se devaluó y la agricultura estuvo muy disminuida. La salida para los conspiradores independentistas, esta vez contra España, fue tratar de unificarse con Haití. Pero el acto revelador fue la promulgación de un Acta constitutiva del Estado independiente de la parte española de Haití. Se retomaron para la creación de ésta los principios franceses de igualdad y libertad, en términos generales los derechos del hombre, y sobre todo algunos rasgos de la constitución haitiana de 1816. En 1843, los dominicanos buscaron emanciparse de Haití, objetivo que consiguieron al año siguiente, dejando una vez más inconclusa la experiencia constitucional, la cual tardaría varios años más en fraguar sólidamente.

Este dossier no sólo contiene investigaciones en muy distintos grados de avance, sino que además la tipología de los textos es variada. En él se pueden encontrar indagaciones históricas basadas en estudios comparativos, análisis de conceptos, y revaloración de procesos minimizados según visiones generalizadoras. Correspondencia (ya sea de élites políticas o intelectuales), proclamas, legislación, prensa y la historiografía decimonónica y reciente han sido las fuentes con las que los autores han construido sus disertaciones, que pasan desde la historia fiscal a la historia diplomática. Básicamente todos los esfuerzos individuales buscan arrojar nuevas luces sobre la crisis colonial, la desintegración de la monarquía y la formación de nuevos Estados-nacionales, enfocando el lente sobre los problemas de participación de los diferentes sectores sociales, las particularidades de las regiones, el tránsito y trascendencia de ideologías revolucio-

narias y el derecho moderno en tensión con órdenes tradicionales. Asimismo, incluye reflexiones teóricas e historiográficas sobre modelos de comprensión del proceso de desintegración de la monarquía católica.

De todos los bloques temáticos tratados, creemos que los más sólidos, tanto por la densidad de los trabajos como por la articulación que se puede encontrar entre ellos, son el de *Criollismo y participación popular*, y el correspondiente a *Tradición, derecho y orden constitucional*. Por lo tanto, el historiador interesado en la insurgencia como movimiento social, el papel de las élites criollas, y el que esté enfocado en problemas relacionados con el cambio del orden legal o el constitucionalismo gaditano en función del gobierno americano en los años posteriores a la disolución de la monarquía, encontrará en este libro valiosas referencias interpretativas.

La corte del Rey Sol

Raúl Olvera Mijares

Presentada originalmente como su tesis de habilitación en la Universidad de Fráncfort bajo la asesoría de Karl Mannheim, *Die höfische Gesellschaft* (1933) corrió con suerte singular pues, a los pocos días de haber sido presentada y habiéndose ya aprobado, llegarían los nazis al poder y clausurarían el Instituto de Sociología. Publicada por primera vez en 1969 en una versión ampliada, la tradujo en 1982 al castellano Guillermo Hirata y ve la luz en su segunda edición 30 años después, bajo el título de la *La sociedad cortesana* (México, FCE, 2012, 368 pp). Obra esencial para entender el pensamiento y la aportación capital de Norbert Elias. Partiendo de un punto de vista realista, Elias considera que las realidades u objetos propios de la ciencia sociológica no son abstracciones de cuño nominalista como la sociedad o el individuo sino más bien una configuración de seres humanos que, en cierto momento histórico y cierto espacio geográfico, interactúan unos con otros. La corte de Luis XIV en Versalles es el escenario del estudio. Las cortes han existido desde civilizaciones antiquísimas, como fueron China e India, y las hubo también en Europa. El caso de Francia desde el rey San Luis, en el siglo XIII, hasta la llegada de Enrique IV de Borbón, en el siglo XVII, resulta paradigmático a causa de la continuidad histórica, a diferencia de una Alemania anterior a la Unificación, dividida en una multitud de principados, ducados y condados.

La forma característica que la corte habría de adoptar durante el siglo XVIII, teniendo a Versalles como asiento, constituiría un modelo a imitar para el resto de

Europa. Preparado el terreno por Mazarino y la reina, cuando Luis XIV era aún un crío, los cargos para la nobleza de espada, los príncipes de sangre, se vieron cada vez más restringidos, al pasar de fungir como gobernadores generales, condestables o jueces a meros cortesanos. Parte del éxito de la nueva política se basaba en el papel preponderante del oro. La abundancia del preciado metal, sobre todo que afluyó en grandes cantidades de América, colocó a la antigua nobleza en una posición difícil, pues las rentas de sus tierras, de acuerdo con contratos inveterados, seguían produciendo los mismos dividendos, siendo que el costo de la vida había aumentado al menos tres veces más. El rey, mediante los tributos e impuestos, era quien poseía la mayor concentración de capital que repartía sabiamente entre sus súbditos a cambio de que lo atendieran como criados. Los príncipes de sangre eran —en la corte de Versalles— fundamentalmente pensionistas que ejercían funciones varias, todas importantes para la administración de la casa real y la pompa de la corte, pero inocuas en cuanto a su poder estratégico que era nulo. En una configuración como Versalles ni siquiera el soberano estaba exento de ciertas interdependencias con los cortesanos, parte de ellos *noblesse d'épée* pero otra parte *noblesse de robe*, es decir funcionarios de toga, burgueses encumbrados, que eran los que ejercían la administración. Jugando un grupo contra el otro, el monarca absoluto (un término que desde el punto de vista del análisis tiene un significado matizado y restringido) mantenía en equilibrio el poder.

La amarga experiencia de su padre, Luis XIII, y su tío Gastón, el duque de Anjeo y de Orleans, quien se había vuelto contra él, sublevándose y teniendo que ser ejecutado, le recordaban al astuto monarca el cuidado que debía tener con que incluso miembros de la familia real (su hijo por ejemplo, que quiso hacer su propia corte aparte y por fortuna murió joven) podían convertirse en amenazas y competidores potenciales. El conde de Saint Simon y el duque de La Rochefoucauld (vástago del autor de las célebres *Maximes morales*) constituyen buenos ejemplos de grandes de Francia que se vieron reducidos a simples criados del rey, cuyos ancestros habían sido destacados guerreros. Los torneos caballerescos sucumbieron ante la danza, las artes y las buenas maneras. Prácticas todas estas que convenían al monarca, quien nutría las filas de sus ejércitos con mercenarios. Incluso las amantes del rey, como madame Scarron, convertida después en la marquesa de Maintenon, tenían más influencia que la propia reina. Un burgués como Colbert, gobernaba como el ministro con más influencia en la administración.

Elias compara a sátrapas de la calaña de Hitler con Luis XIV, en el sentido de que también el austriaco toleraba una gran oposición en el seno de su, en apariencia, monolítico Estado, concediéndole a las ss relativa autonomía pero no ilimitadas

facultades, enfrentando a las diversas fuerzas que buscaban hacerse con el poder, siendo siempre el primer mandatario quien llegaba a dirimir la disputa. Las disfuncionalidades son las que explican la caída de los regímenes totalitarios. En el caso de Luis XIV (hay que guardarse de usar términos históricos que no corresponden a su época, como tampoco los de feudalismo o sociedad industrial), la causa que vino a propiciar el fin de su casta surgió cuando las hordas de desposeídos, capitaneadas por un par de oportunistas, decidieron armar la Revolución y decapitar a Luis XVI, nieto de Luis XV.

En uno de los capítulos finales, Elias reflexiona sobre el carácter prerromántico de algunos poetas y pensadores, entre ellos Du Bellay, Ronsard, Desportes, Fœ-neste, que con sus versos y exaltación de la vida pastoril y las perdidas bondades del campo, nobles que suspiraban por sus casas en la campiña, prefiguraban ya las frescas y letales ideas de Rousseau. Eso sin mencionar como Racine y la tragedia clásica, al igual que las huestes de pintores, músicos y arquitectos, supieron encarnar el espíritu de corrección, elegancia y sumisión que demandaba el momento histórico. No cabe duda de que la enseñanza de Norbert Elias, en líneas generales, queda plasmada en esta obra, profunda reflexión histórica, social, psicológica y antropológica sobre una época, cuyos conceptos fundamentales, sin embargo, son susceptibles de emplearse para desbrozar otros periodos históricos, partiendo siempre de las cosas reales y las personas concretas, los acontecimientos históricos en su mayor fidelidad y carácter necesariamente complejo e interdependiente. ❖

Cajón de sastre

Notas compiladas por Jean Meyer

El hombre no desciende del simio, tiene con él ancestros comunes, lo que es muy diferente”. El paleoantropólogo Pascal Picq explica cómo, a partir de hace cinco a siete millones de años, en África, el linaje humano se separó del de los chimpancés. *Le Monde*, 15 de diciembre 2012. Picq publicó en 2011 *L’homme est-il un grand singe politique?* (París, Odile Jacob).

Unas puntas de lanza de Sudáfrica indican que la tecnología tiene medio millón de años. El autor es el ancestro común del *Homo sapiens neandertal*. El hallazgo en el yacimiento de Kathu Pan 1 cambia la idea sobre las adaptaciones del hombre primitivo, dice Jayne Wilkins en *Science* (*El País*, 21 de noviembre de 2012).

Nueva evidencia genética sugiere que los australianos autóctonos pueden descender directamente del más antiguo de los diversos grupos que dejaron África para colonizar el mundo. Eso pondría en duda el modelo convencional de migración al señalar varias olas de dispersión africana. *The Wall Street Journal* del 23 de septiembre de 2011 resume el artículo publicado en *Science* por Eske Willerslev y su equipo.

Fabrice Remeter y su equipo afirman en *Proceedings of the National Academy of Sciences* (verano 2012) que el fósil más antiguo del hombre moderno asiático tiene 60 mil años. Encontraron su cráneo en Laos, a 260 kilómetros de Vientiane. Esto confirmaría la idea de salidas de África anteriores a la fecha tradicional de 70 a 60 mil años.

Tres libros apasionantes: *Painted Caves, Paleolithic Rock Art in Western Europe* de Andrew J. Lawson (Oxford, Oxford University Press, 2012); *Avant l'Histoire. L'évolution des sociétés, de Lascaux à Carnak*, de Alain Testart (París, Gallimard, 2012); *A l'aube spirituelle de l'humanité. Une nouvelle approche de la préhistoire*, de Marcel Otte (París, Odile Jacob, 2012).

“No era el último neandertal. Nuevas dataciones anticipan 10 mil años el fin de la especie en el sur de la península ibérica”. El equipo internacional liderado por Rachel E. Wood reabre la polémica sobre su convivencia con el *Homo sapiens* (*El País*, 5 de febrero de 2013).

“Evidencia genética sugiere que hace cuatro milenios un grupo de aventureros salieron de la India y desembarcaron en Australia”, afirman Irina Pugach y su equipo en *Proceedings of the National Academy of Sciences*, de enero del 2013.

Un equipo de arqueólogos franceses ha descubierto en Egipto, junto a un puerto histórico en la costa del mar Rojo, unos papiros considerados como los más antiguos hasta la fecha; algunos llevan fecha del año 27 del reinado de Keops, el segundo rey de la IV dinastía que reinó hace más de 4500 años (*El País*, 12 de abril del 2013).

El País del 29 de mayo del 2013 anuncia que fue hallado en Boloña el manuscrito más antiguo en hebreo de la Torá; el pergamino ahora fechado entre 1150 y 1225 había sido minusvalorado por su “grafía torpe y extraña”.

Toda la prensa internacional reportó, a principios del año, el descubrimiento de los restos de Ricardo III debajo de un estacionamiento en Leicester. Se comparó el ADN del esqueleto con el de un descendiente de Ana York.

En febrero de 2013 el canal France 2 presentó el telefilm *Toussaint Louverture*, de Philippe Niang, sobre el héroe haitiano (1743-1803).

La primera guerra de Afganistán, la guerra anglo-afgana de 1839-1842, es el tema del gran libro de William Dalrymple, *The Return of the King: The Battle*

for Afganistán, 1839-1842 (Nueva York, Knopf, 2013). Una guerra innecesaria, una ocupación sangrienta y una retirada ignominiosa: un libro de actualidad sobre el primer capítulo de una tragedia que no termina aún.

El libro de Amy S. Greenberg trata de otra guerra, otra tragedia: *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 US Invasión of Mexico* (Nueva York, Knopf, 2012). Ulysses S. Grant, quien participó como joven teniente en esta guerra, dijo en 1879: “*I do not think there was ever a more wicked war than that waged by the United States on Mexico*”. Volvió a decirlo en 1885, a la hora de su muerte.

Otra guerra —guerra civil complicada por la intervención extranjera— es el tema de Stephen R. Platt en su *Autumn in the Heavenly Kingdom. China, the West, and the Epic Story of the Taiping Civil War* (Nueva York, Knopf, 2012). Cuando las fuerzas imperiales acabaron, por fin, con Hong Rengan, al final del año 1864, la gran rebelión Taiping, iniciada en 1851, había cobrado entre 20 y 70 millones de vidas...

Otra guerra civil, la que cobró 620 mil vidas en los Estados Unidos, coincide con los últimos años del movimiento Taiping. Muchos soldados fueron afectados por la “nostalgia”, término usado por los médicos del siglo XIX para designar su deseo de regresar a casa. La “nostalgia” aguda llevaba, según ellos, a la *mental dejection*, al “trastorno cerebral” y, a veces, a la muerte. El único remedio era el regreso a casa. O sea, en esos años de guerra, la desertión. Los médicos militares diagnosticaron muchos casos de “nostalgia” y para frenar la epidemia el alto mando prohibió que las bandas del ejército tocaran “Home, Sweet Home”. Eso cuenta la historiadora Stephanie Coontz en su artículo *Beware Social Nostalgia* (*New York Times*, 19 de mayo 2013).

Esa guerra de Secesión parece no haber terminado: Jaime Janowski se pregunta, a la hora del *Memorial Day*, en su artículo titulado *Misplaced Honor*, si no es una incongruencia que todas las bases del ejército estadounidense, en los estados del sur, lleven nombres de generales confederados; en efecto, las bases se llaman Fort Lee en Virginia, Fort Hood en

Texas, Fort Benning y Fort Gordon en Georgia... por lo menos diez llevan nombres de generales cuyas tropas mataron soldados azules de la Unión. Se pregunta por qué no haber nombrado una base Fort Rommel o Camp Cornwallis (*New York Times*, 26 de mayo 2013).

1887: La novela del filipino José Rizal, *Noli me tangere*, fue condenada inmediatamente por las autoridades españolas debido a su “carácter herético” y su “filibusterismo”, recordaba Juan Goytisolo, en la página 23 de *El País*, el 3 de mayo de 2012. El libro había sido impreso en Berlín, a cuenta del autor, que tenía apenas 26 años. Celebrado como un héroe en las Filipinas, es un perfecto desconocido en España, por más que tenga un monumento en Madrid, en la esquina de un estadio. Un consejo de guerra lo había condenado a muerte de la manera más injusta. Fue fusilado el 31 de diciembre de 1896.

Una guerra más: aquella entre la renacida Polonia y el bolchevismo triunfante en Rusia, en 1920. Es el tema del libro de Adam Zamoyski, *Warsaw 1920. Lenin's Failed Conquest of Europe* (Londres, HarperCollins, 2008). Esta guerra, tan breve como brutal, reveló y confirmó personalidades como el polaco José Pilsudski, León Trotski, el José soviético, Stalin, y su futura víctima, Tujachevski. Las consecuencias del conflicto fueron considerables tanto para la historia de la Unión Soviética como para las relaciones entre Varsovia y Moscú. El odio de Stalin a los polacos se debe en buena parte a la humillación que sufrió en la batalla de Varsovia en el verano de 1920. El pacto germano-soviético, el reparto de Polonia, Katyn, Varsovia, agosto de 1944 y lo que sigue figuran en la larga lista de consecuencias.

El Gulag nace precisamente en la década de 1920. *Les enfants du Goulag* es el título del documental realizado por Romain Icard en 2011. Lutzean nació en el tren que llevaba a su madre al campo. Galia nació en el jacal de presos exiliados en Kazajstán; Dina tenía tres años cuando llegó al campo y Paulina fue deportada a los 18 porque no colectó impuestos suficientes en su miserable pueblo. Romain Icard encontró a estos sobrevivientes y su testimonio es devastador.

El 6 de mayo de 1974, Pierre Renouvin escribía a André Meyer lo siguiente: “Había constatado, en aquel entonces, que no existía una traducción completa al francés de *Mein Kampf* (los párrafos que trataban sobre Francia estaban bastante dulcificados). Resulta que un día, en 1935, cayó entre mis manos una traducción que me pareció completa; compré un ejemplar. Pocos días después, quise comprar otro para la biblioteca del Instituto de Historia de Relaciones Internacionales, pero no pude conseguirlo. Tuve la impresión de que esa edición, demasiado completa, ¡había sido retirada de la venta! Pero el ejemplar que había comprado y que se encontraba en mi residencia en Bretaña, se lo llevaron los oficiales alemanes que ocuparon mi casa en 1940”.

Eduardo VIII, ¿agente de los nazis? El documental de Gaël Chauvin (Francia, 2012) revela, a partir de los archivos del FBI, la traición del monarca inglés. La fábula de una abdicación provocada por su amor contrariado por la americana divorciada Wallis Simpson fue la cortina de humo que disimuló la gravedad de la crisis. La tentación fascista del germanófilo y efímero monarca queda ampliamente demostrada.

Solos contra Hitler: el documental del alemán Michael Gaumnitz (2012), cuenta el intento de una pareja alemana, Otto y Anna Hampel, de despertar la conciencia de sus compatriotas, difundiendo postales entre 1940 y 1942. Pagaron con su vida esa heroica empresa. El escritor Hans Fallada los habían inmortalizado en su novela *Sólo en Berlín* y Hans Joachim Kasprzik en su película *Jeder stirbt für sich allein*.

Hablando de Resistencia: el quebequense Yves Lavertu publicó en 2000 *Combattant* (Montreal, Boréal), la biografía de Jean-Charles Harvey, canadiense francés, brillante periodista que se unió a De Gaulle en Londres, en el verano de 1940. Totalmente desconocido en Francia, hizo del semanario que había creado en Montreal, en 1937, *Le Tour*, el órgano oficioso de la Francia libre. Luchó con tenacidad y éxito contra el régimen de Vichy y sus partidarios en Québec.

Elena Rzhevskaya tenía 91 años cuando tuvo el gusto de ver publicada la traducción francesa de sus memorias: *Les carnets de l'interprète de guerre*. Sur

la guerre, comme je l'ai vue, de la bataille de Moscou jusqu'aux derniers tours dans le bunker d'Hitler, et la tentative de Staline de récrire l'histoire (París, Christina Bourgois, 2011). Voluntaria a los 23 años, su dominio del idioma alemán le valió trabajar como intérprete del Estado Mayor.

L'héritage de Vichy: ces 100 mesures toujours en vigueur (La herencia de Vichy: estas cien medidas siempre en vigor), libro escrito por Cécile Desprairies y publicado en 2012 por Armand Colin, París, describe, en forma de catálogo —las cien medidas— la impronta del régimen que colaboró con los nazis sobre la Francia contemporánea. Para mal, pero también para bien, algo que Robert Paxton había señalado hace más de 40 años en su famoso libro *Vichy's France*.

Bajo la dirección de Stéphane Guégan, las ediciones Beaux Arts publicaron en 2012 un libro muy ilustrado, *Les arts sous l'occupation. Chronique des années noires*. Se puede ver cómo en la Francia de Vichy, bajo la ocupación alemana, hubo artistas e intelectuales para crear obras innovadoras, sin ser *collabos* (colaboracionistas con los nazis). Con todo y censura, casi todas las voces de la modernidad pudieron y supieron expresarse.

Bruno Birolli y Paul Jenkins nos ofrecen un documental sobre *Ishiwara, el hombre que desató la guerra* (Francia, 2012). Es el retrato de un nacionalista japonés a ultranza, Kenzhi Ishiwara (1889-1949), miembro de una secta mística y militarista, fotógrafo y cameraman de gran talento, agregado militar en Berlín. Llegó al rango de jefe de operación en el Estado Mayor del ejército imperial y fue el gran rival de Ideki Tojo, lo que le evitó ser enjuiciado, en 1946, por crímenes de guerra.

El lado oscuro de la Liberación: Mary Louise Roberts ha escrito un libro sobre las violencias sexuales cometidas por los soldados estadounidenses, en Francia, entre 1944 y 1945, *What Soldiers Do* (Chicago, University of Chicago Press, 2013). Terrible. En los Archivos Nacionales, entre mil documentos, se puede leer aquél, firmado por un general norteamericano: “En las regiones ocupadas por nuestras tropas, las mujeres no se atreven más a ir a la ordeña de las vacas sin ser acompañadas por un hombre. Ni la presencia de un

hombre las protege. En la Manche un sacerdote ha sido asesinado cuando intentaba proteger a dos muchachitas atacadas por soldados americanos, luego las dos niñas fueron violadas”. El libro cita propaganda militar estadounidense y relatos periodísticos que, antes del desembarco de Normandía, describían a Francia como “un tremendo burdel habitado por 40 millones de hedonistas” (*¡Life Magazine!*).

Para terminar de manera positiva, hay que saber lo que dijo en Gettysburg el vicepresidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson, en el Memorial Day de 1963, con motivo del centenario de la famosa batalla del mismo nombre. Contestaba a la demanda por los derechos civiles y, concretamente, a la “Carta desde la cárcel de Birmingham” de Martin Luther King. Johnson dijo: “Hace cien años, el esclavo fue liberado, cien años después el negro sigue encadenado por el color de su piel”. Sacó en 1964 las consecuencias de su reflexión con el famoso Civil Rights Act. También dijo, quien había empezado como maestro de primaria de niños de pobres trabajadores mexicanos en Texas: “Hace años que escucho la palabra ‘¡Espera!’; suena con aguda familiaridad al oído de cada negro. Ese ‘¡Espera!’ ha llegado a significar ‘nunca’. Debemos entender, con uno de nuestros más distinguidos juristas, que ‘la justicia que tarda demasiado, es denegación de justicia’ [...] El negro pide justicia hoy. No le estamos contestando, no contestamos a los que están enterrados en esa tierra, cuando le pedimos al negro ‘paciencia’. No tiene sentido argumentar que la solución de los dilemas del presente se encuentra en las manecillas del reloj” (*New York Times*, 26 de mayo de 2013, por David M. Shribman, “L.B.J.’s Gettysburg Address”).

OMISIÓN

En el número anterior de *Istor*, al publicar en la sección “Textos Recobrados” las contestaciones de Alberto María Carreño a Leo Degrelle, hechas en 1919, a propósito de los “Arreglos” de junio entre el Estado mexicano y la Iglesia, se nos pasó presentar a los dos personajes. Alberto María Carreño, historiador mexicano, miembro de la Academia de Historia, era el hombre de confianza del arzobispo de México, Pascual Díaz. Leo Degrelle (1906-1994) era un joven periodista, mili-

tante de la Acción Católica de la Juventud Belga. Los católicos belgas fueron de los más solidarios, entre todos los europeos, con el México católico a la hora del conflicto religioso y de la Cristiada.¹ Por eso Degrelle viajó a México; en su librito bastante fantasioso, *Mis andanzas en México*, afirma que intentó unirse a los combatientes cristeros. ¡Quién sabe! Pero no cabe duda de que vino a México puesto que la entrevista que hizo a Alberto María Carreño se encuentra en el archivo arquidioncesano.

A su regreso a Bélgica, Degrelle se radicalizó en el sentido fascista. Impresionado por el grito de guerra de los católicos mexicanos: ¡Viva Cristo Rey!, fundó *las ediciones de Rex*, antes de romper en 1935 con el Partido Católico Belga, al que juzgaba de pequeño burgués y cómplice de la “corrupción” política general. Al año creó el partido *rexista* (*Christus Rex*), que obtuvo 19 por ciento de los sufragios en las elecciones de 1937. El episcopado belga, preocupado por su admiración por Mussolini y Hitler, prohibió a los católicos votar por el partido rexista: en 1939 obtuvo sólo 4.43 por ciento de los votos.

En la Bélgica ocupada por los nazis, Degrelle optó por la unión del Rexismo al nacionalsocialismo. Fundó en 1941 la Legión Valonia, incorporada a la Waffen ss, para combatir en el frente ruso. Participó intensamente en todos los combates, con sus voluntarios belgas, de modo que recibió las más altas condecoraciones de la mano de Hitler y el grado de *Brigadeführer* de las ss. A la caída del Reich, escapó en avión, se le acabó el combustible y amarizó en la bahía de San Sebastián. Franco le dio asilo político, mientras Bélgica lo condenaba a muerte. Amigo de Franco, se volvió un rico empresario. Su antisemitismo furibundo le valió una condena en la España democrática por su negación del genocidio contra los judíos.

FE DE ERRATAS

En el mismo número, en la nota 8 de la página 106, falta el año, el editor y el lugar de edición. Es Belín, París, 2000.

¹ Laura O'Dogherty “Los católicos belgas y el conflicto religioso en México”, en Jean Meyer (comp.), *Las naciones frente al conflicto religioso en México*, CIDE/Tusquets, México, 2010, pp. 33- 53.

En la página 124, línea 2, se debe leer 1916 (y no 1915) y en la última línea, 1916, y no 1914.

Página 130, línea 7: en lugar de “del 14 de agosto”, se debe leer *Agosto 14*, alusión a la novela histórica de Alexander Solzhenitsyn.

Página 186, en el último párrafo, se debe leer 1918-1981, en lugar de 1818-1881.

Perdón. 

In memoriam

JEAN-CLAUDE MARGOLIN (1923-2013)

Hijo de un inmigrante ruso venido de Ucrania a París a principios del siglo XX, y de una lorena que ayudaba a su esposo en el negocio de abarrotes familiar, Jean-Claude Margolin hacía brillantes estudios cuando la guerra lo llevó a combatir en las filas de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI). Así participó a la liberación de Toulouse, en agosto de 1944.

Al terminar sus estudios universitarios en filosofía, enseña en liceos hasta 1962, cuando entra a la universidad de Tours, en el Centro de Estudios del Renacimiento, del cual fue director entre 1978 y 1982. Traductor de Erasmo desde 1954, dedica su tesis de doctorado a una edición crítica y traducción de *De pueris instituendis*, publicada en 1966. Un año antes había publicado *Erasme et la musique*, un año después, *L'idée de nature dans la pensée d'Erasme*, luego varios libros y muchos artículos agrupados por el editor londinense Variorum Reprints. En 1995, publicó un magistral *Erasme et l'Europe*. En 2007, Gallimard nos ofreció su *Anthologie des humanistes européens de la Renaissance*. El especialista en Erasmo era también hombre de grandes síntesis: en 1977 salió *L'avènement des Temps Modernes*, en la prestigiosa colección "Peuples et Civilisations". Participó finalmente en el gran proyecto del músico Jordi Savall, *Erasmus van Róterdam, Eloge de la folie* (Alia Vox, con 6 discos compactos, 2013).

GILLES VEINSTEIN (1945-2013)

Desde 1972 hasta 1998, este historiador enseñó en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (EHESS). No la dejó cuando lo eligie-

ron, en el Colegio de Francia en diciembre de 1998, como titular de la cátedra de historia otomana y turca. Le tocaba porque dedicó toda su enseñanza y sus investigaciones a la historia de los turcos y sus imperios. Dirigió en la EHESS el Centro de historia del dominio turco y también en el CNRS el programa de investigación en estudios turcos y otomanos. Dueño de instrumentos de trabajo como la paleografía y la diplomática otomanas, trabajaba en todos los archivos de Estambul a Venecia y de Roma a Sarajevo.

Ningún sector de la historia de la región le era extraño: historia social y económica, comercial y religiosa, diplomática e institucional. Presente en la *Histoire de l'Empire ottoman*, dirigida por Robert Mantran (Fayard, 1989), editor y traductor de *Le paradis des infidèles* de Mehmed Efendi (Maspero, 1981), es coautor del fascinante *Sérail ébranlé. Essai sur les morts, dépositions et avènements des sultans ottomans (XIV-XIX siècles)*, publicado por Fayard en 2003.

Un gran historiador, tempranamente desaparecido. ❧

Colaboradores

En nuestro *Dossier* sobre Chile y los años previos y posteriores inmediatos al golpe conviven los textos de **Gladys Lizama Silva**, historiadora de la Universidad de Chile exiliada en México, en donde se doctoró en ciencias sociales, con especialidad en historia, por el CIESAS y la Universidad de Guadalajara, donde es académica, es autora de *Zamora en el porfiriato. Familias, fortunas y economía* (Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000); **Francisco Zapata**, doctor en sociología por la Universidad de París, es profesor investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, su libro más reciente es *Cuestiones de teoría sociológica* (México, El Colegio de México, 2006); **Viviana Bravo Vargas**, becaria posdoctoral en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y doctora en estudios latinoamericanos por la UNAM, es autora de *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La rebelión popular y la subjetividad comunista en los '80* (Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2010); **Felipe Sánchez Barría**, historiador por la Universidad de Concepción y estudiante de la maestría en historia en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y **Mara Polgovsky Ezcurra**, internacionalista de El Colegio de México y estudiante de doctorado en el Centre of Latin American Studies de la Universidad de Oxford. Por nuestra amplia *Ventana al mundo* es posible asomarse a las voces de **Luis Bugarini**, crítico y escritor mexicano, al que puede encontrarse en el blog *Asideros* de la revista *Nexos* en línea; **María Paz Amaro**, historiadora del arte, fundadora del diccionario virtual *Ars-Tesaurus* y doctoranda en arte contemporáneo en la UNAM, y **Valeria Luiselli**, escritora mexicana, autora del libro de ensayos *Papeles falsos* (2010) y la novela *Los ingrátidos* (2011), ambos apare-

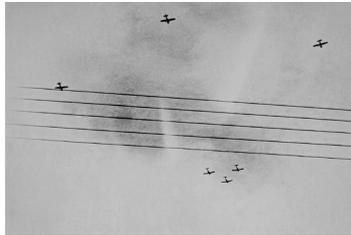
cidos bajo el sello de Sexto Piso. Más allá de nuestro tema de portada, en *Notas y Diálogos* el historiador y presidente de El Colegio de México **Javier Garciadiego** (re)visita la decena trágica. En *Coincidencias y divergencias*, por su parte, **Marco A. Torres**, doctorando en historia latinoamericana en la Universidad de Chicago, polemiza sobre la postura filosófica de Alain Badiou. Finalmente, nuestra sección de *Reseñas* contiene lecturas de nuestro fiel colega de la École des Hautes Études en Sciences Sociales **Patrice Gueniffey**, de **Fernando G. Castrillo Dávila** de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y del incansable lector, escritor y filósofo **Raúl Olvera Mijares**. ❧

Retomarán los libros, las canciones
que quemaron las manos asesinas.

(...)

Yo pisaré las calles nuevamente
de lo que fue Santiago ensangrentada.

Pablo Milanés



ISTOR

año XIV, número 54, otoño de 2013, se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2013 en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos.

El tiro fue de 1000 ejemplares.